

HISTORIA DEL MARXISMO



(5)

EL MARXISMO EN LA ÉPOCA DE
LA II INTERNACIONAL (III)



EDICIONES
DOSCUADROS



Miembros de la Liga de Lucha para la Emancipación de la Clase Obrera (1897).
De pie (de izquierda a derecha): Aleksandr Málchenko, Piotr Zaporozhets, Anatoli Vanéyev. Sentados (de izquierda a derecha): Vasili Starkov, Gleb Krzhizhanovski, Vladímír Lenin, Julius Márto.

HISTORIA DEL MARXISMO, Vol. 5
El marxismo en la época de la Segunda
Internacional(III)

VV.AA. (Ed. ERIC HOBSBAWM)

Edición de
DOS CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados
Revisión y corrección de la traducción: 2Cuadrados

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Septiembre de 2024

Índice

ANDRZEI WALICKI	
Socialismo ruso y populismo	5
<i>1. Áreas de consenso, reales y presuntas (8), 2. Desacuerdos y conflictos (16), 3. Marx y Engels ante el problema populista (30)</i>	
VITTORIO STRADA	
El «marxismo legal» en Rusia	43
<i>1. La polémica con el populismo (44), 2. Socialismo «ético» y revisionismo (53), 3. El marxismo, instrumento de europeización (59)</i>	
ISRAEL GEITZLER	
Georgi V. Plejánov: el fracaso de la ortodoxia	67
VITTORIO STRADA	
La polémica entre bolcheviques y mencheviques sobre la revolución de 1905	103
<i>1. La socialdemocracia rusa y Europa (104), 2. La cuestión agraria (107), 3. Clases y Estado en la revolución (114), 4. Socialismo y democracia «burguesa» (123), 5. «Partido militar» y «partido de masas» (129), 6. La ruptura entre mencheviques y bolcheviques en el V Congreso (139), 7. Trotski, Parvus y la «revolución permanente» (142), 8. Partido y revolución: la tesis de Lenin (148), 9. La polémica «antipopulista» de los mencheviques (154), 10. Jacobinismo y leninismo (160)</i>	

JUTTA SCHERRER

Bogdánov y Lenin: el bolchevismo en la encrucijada

173

1. *Una amenaza de escisión entre los bolcheviques* (175), 2. *La «imagen del mundo» política* (182), 3. *Agitación y propaganda*, (187) 4. *«Cultura proletaria»* (195), 5. *Colectivismo: la ideología de la sociedad futura* (214), 6. *La filosofía de la lucha proletaria* (226)

MASSIMO L. SALVADORI

La socialdemocracia alemana y la revolución rusa de 1905. El debate sobre la huelga de masas y sobre las «diferencias» entre Oriente y Occidente

247

1. *Las raíces de una polémica* (237), 2. *La revolución rusa y la situación alemana* (239), 3. *La polémica entre partido y sindicatos* (241), 4. *Kautsky: Alemania entre Rusia y Estados Unidos* (258), 5. *Rosa Luxemburg: las «lecciones» de Rusia* (266), 6. *Parvus: la revolución rusa y la democracia obrera* (277), 7. *Bernstein: Estado y sociedad en Oriente y Occidente* (285)

ANDRZEI WALICKI

Socialismo ruso y populismo

No hay duda de que uno de los temas más importantes en la historia intelectual rusa del siglo XIX fue el problema de las relaciones entre Rusia y Occidente. En el pensamiento decimonónico ruso hubo varias fases en el desarrollo de lo que podríamos llamar el «debate sobre Occidente» o, por el contrario, el «debate sobre Rusia». En los años cuarenta, los eslavófilos romántico-conservadores estaban enzarzados en discusiones filosóficas y culturales con los liberales o demócratas occidentalizantes, que se inspiraban sobre todo en el hegelismo, filtrado a través del prisma de la filosofía hegeliana del derecho (en el caso de liberales como K. Kavelin), o a través de la «filosofía de la acción» de la izquierda hegeliana (en el caso de la izquierda democrática, representada por V. Belinski y A. Herzen).¹ En los años cincuenta y sesenta, con la consolidación del primer populismo (y sobre todo del «socialismo ruso» de Herzen), el debate dio un giro, ya que la crítica a Occidente y la defensa del carácter «distinto» de Rusia, y sobre todo de las comunas aldeanas rusas, dejaron de ser monopolio de la derecha conservadora. En los años setenta, con el nacimiento de lo que puede llamarse el «populismo clásico»,² el problema de las relaciones entre Rusia y Occidente se redujo al problema del capitalismo, y el rechazo del capitalismo se convirtió en un dogma para la juventud revolucionaria rusa. A partir de los primeros años ochenta, los primeros marxistas rusos, representados por el grupo de Plejánov,

¹ Cf. A. WALICKI, *Un'utopia conservatrice. Storia degli slavofili*, Turín 1973.

² Cf. ID., *Controversy Over Capitalism. Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists*, Oxford 1969 (trad. cast. *Populismo y marxismo en Rusia*, Barcelona 1971). Como fecha convencional de nacimiento del populismo «clásico» he elegido 1869, año en que se publicaron tres importantes documentos populistas: las Cartas históricas de Lavrov. ¿Qué es el progreso? de Mijailovski y La situación de la clase obrera en Rusia de Flerovski. El «socialismo ruso» de Herzen y las ideas de Chernishevski sobre la comuna aldeana representan la primera fase del populismo. Para una historia exhaustiva del movimiento revolucionario populista cf. F. YENTURI, *Il populismo russo*, Turín 1972.

Liberación del trabajo, empezaron a defender el progreso capitalista como fase necesaria de evolución, y mantuvieron una dura polémica con los populistas. Más tarde, en los años noventa, se incorporaron a la polémica, por un lado los llamados «populistas legales», y por otro lado los «marxistas legales». Las obras del joven Lenin alcanzaron una nueva dimensión, pero también él se oponía a la idea populista de «saltarse» la fase capitalista del desarrollo, y por supuesto a la confianza populista en la potencialidad socialista de la comuna campesina. Así pues, todos los marxistas rusos, independientemente de las grandes divergencias que les separaban, coincidían en el rechazo del populismo. Por este motivo muchos historiadores han sacado la conclusión, bastante precipitada, de que los populistas rusos fueron única y exclusivamente adversarios del marxismo, hasta el punto de que éste sería el único elemento que justificaría su inclusión en la historia de ese pensamiento.

Como ya he intentado demostrar en otro lugar,³ esta opinión es demasiado simplista y superficial. La relación entre el populismo ruso y el marxismo fue bastante más compleja y dialéctica, y los populistas no se limitaron a oponerse al marxismo, sino que también sufrieron profundamente su influencia. El primer encuentro entre el marxismo y el populismo ruso tuvo lugar antes de que surgiese un marxismo ruso; y por tanto, al no tener oposiciones marxistas en Rusia, los populistas no fueron, en absoluto, adversarios del marxismo, sino más bien al contrario. Si «populismo clásico» significa concebir al capitalismo como «enemigo número uno», podríamos decir incluso que este tipo de populismo no sólo estuvo influido, sino que, en cierto sentido, fue creado por el marxismo. No es casual que la fase clásica del pensamiento populista empezara tras la publicación del primer libro de *El Capital*, ni fue fortuito el hecho de que, con gran sorpresa de Marx, la primera traducción de *El Capital* se editara en Rusia gracias al empeño de los populistas (la traducción fue empezada por Herman Lopatin, amigo personal de Marx, y fue terminada por Nicolás Danielson, quien consideraba perfectamente compatibles el marxismo y el populismo). En resumen, los demócratas rusos quedaron tan impresionados por *El*

³ WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia* cit. El presente ensayo se basa en las partes de este libro dedicadas a los temas aquí analizados.

Capital, especialmente por la descripción de las atrocidades de la acumulación primitiva, que decidieron conjurar por todos los medios el desarrollo capitalista de Rusia, y de este modo se convirtieron en populistas «clásicos» a todos los efectos.

Podemos afirmar, pues, que el populismo ruso no fue sólo una reacción contra el capitalismo en Rusia, ni tampoco únicamente una reacción contra el «efecto demostrativo» del capitalismo en Occidente, sino que fue también, y quizá principalmente, una respuesta rusa al pensamiento socialista occidental. Fue la reacción ante el socialismo occidental por parte de la *intelligentsia* democrática de un país de campesinos atrasados, que se encontraba entonces en una fase inicial del desarrollo capitalista, y se comprende que fuera ante todo una reacción al marxismo, ya que al fin y al cabo Marx ya se había convertido en el personaje principal del socialismo europeo y era el autor de la obra más prestigiosa sobre el desarrollo del capitalismo.

Tras la difusión del marxismo en Rusia, los populistas tomaron mayor conciencia de la incompatibilidad de determinadas premisas del materialismo histórico con sus opiniones sobre el desarrollo social auspiciado en Rusia, pero incluso entonces algunos de ellos continuaron aprendiendo del marxismo, e intentaron discutir con los «discípulos rusos de Marx» en términos marxistas. El significado de estas discusiones, y su importancia con respecto a los problemas del «Tercer mundo contemporáneo», consiste en el hecho de que los populistas rusos (y, podríamos añadir, los primeros marxistas polacos, que en parte estuvieron influidos por ellos) fueron los primeros pensadores que subrayaron las características específicas de los «atrasados», es decir de los países agrícolas atrasados, que conocen el desarrollo de la modernización en condiciones creadas por la coexistencia con los países de capitalismo avanzado, e intentaron elaborar la teoría de una modernización socialista de esos países.

Este problema fue ignorado por Plejánov, dogmáticamente convencido de que los países atrasados simplemente tenían que repetir las mismas fases de desarrollo ya atravesadas por los países avanzados. Sin embargo, el mismo Marx, hacia el final de su vida desaprobó este punto de vista evolucionista y, con gran contrariedad del grupo de Plejánov, se hizo de hecho defensor de las opiniones

populistas. Podemos, pues, afirmar que el encuentro entre marxismo y populismo ruso produjo algunos importantes resultados: una profunda conciencia de los problemas específicos del atraso económico, a los que el marxismo no ofrecía ninguna solución elaborada; las primeras tentativas de elaborar teorías de la modernización socialista de los países atrasados (teorías que no estaban libres, como veremos, de un cierto utopismo vuelto hacia el pasado, pero que se formulaban muchas veces en lenguaje marxista y eran capaces de comprender algunos importantes aspectos del marxismo); por último, el análisis de los problemas de Rusia y de las teorías y las esperanzas de los pensadores populistas rusos fue tal vez el factor decisivo de un cierto cambio en el pensamiento de Marx en los últimos años de su vida, un cambio de perspectiva y un planteamiento de nuevas preguntas cuya importancia, hoy claramente perceptible, fue enormemente subvalorada en el siglo XIX, a causa de la fascinación ejercida por la idea de un progreso lineal y «eurocéntrico».

Pero ya he tenido ocasión de caracterizar las distintas tendencias del pensamiento populista y de analizar sus cambios de actitud con respecto al marxismo,⁴ por lo que me limitaré a abordar algunos problemas esenciales, indispensables para comprender de qué modo el populismo fue receptor del marxismo.

1. *Áreas de consenso, reales y presuntas*

Los primeros lectores populistas de *El Capital* consideraron a Marx el mayor economista de su tiempo, y acogieron con los brazos abiertos la teoría del valor-trabajo y el desenmascaramiento del carácter de la explotación capitalista. Gracias a ellos, las ideas de *El Capital* empezaron a difundirse entre los campesinos y los obreros rusos: un activista de Tierra y libertad, J. M. Tishchenko, durante su participación en los años setenta en el movimiento de «ir al pueblo», no se separó nunca del libro de Marx;⁵ otro afiliado a Tierra y libertad,

⁴ Ibid.

⁵ Cf. O. V. APTEKMAN, *Obshchestvo «Zemlia i Volia» 70-chgodov po lichnym vospominaniyam*, Petrogrado 1924, p. 246.

el conocido revolucionario S. Kravchinski, escribió un relato, *Mudri Ca Naumovna*, en el que intentó ilustrar y vulgarizar para los trabajadores la teoría de la plusvalía. Casi todos los pensadores populistas (tanto revolucionarios como reformistas) solían referirse a Marx en sus críticas a la economía política liberal; a menudo estas críticas eran más duras que las de Marx, ya que tendían a ignorar las contribuciones eruditas de la economía política liberal y a ver en ésta únicamente una cobertura ideológica, o incluso una mera apología declarada del capitalismo. Incluso los pensadores populistas más próximos a Bakunin, y por tanto opuestos a las opciones de Marx y Engels en la Internacional, unían en general a una actitud negativa ante el Marx político un profundo respeto por el Marx teórico. Stefanovich, uno de los más representativos seguidores populistas de Bakunin, expresaba así esta actitud ambivalente: «El marxismo, como teoría (no como adhesión al partido socialista occidental, que expresa su política práctica) no es incompatible con el populismo».⁶

La mayor influencia en la formación de la imagen populista del capitalismo no procedió de su experiencia directa del capitalismo, tal y como existía en Rusia o en Occidente, sino más bien del análisis marxiano de la acumulación primitiva en Inglaterra, y de su conclusión de que la expropiación de los campesinos es una condición necesaria para el desarrollo capitalista. Se quedaron horrorizados ante esta perspectiva y no intentaron elaborar la teoría de un desarrollo más moderado del capitalismo; a través de Marx llegaron por el contrario a la conclusión de que, si se permitía que el capitalismo se desarrollase, el precio humano que habría que pagar sería necesariamente el mismo que había pagado Inglaterra, por lo que era necesario impedir ese desarrollo en interés de los valores humanos.

Un instructivo ejemplo de la influencia ejercida por el análisis marxiano de la acumulación primitiva en el pensamiento populista se encuentra en el artículo de Eliseev titulado *La plutocracia y sus bases sociales* (1872).⁷ Eliseev citaba ampliamente a Marx e incluso muchas

⁶ Citado por S. M. LEVIN, *Obshchestvennoe dvizhenie v Rossli, 60-70 gody XIX veka*, Moscú 1958, p. 334.

⁷ Reeditado en N. K. KARATAEV, *Narodnisheskaia ekonomicheskaja literatura*, Moscú 1958, pp. 125-159.

páginas de su artículo no son más que paráfrasis de *El Capital*. Naturalmente la conclusión general era que había que hacer todo lo posible para impedir el desarrollo capitalista de Rusia. Curiosamente, Eliseev, que representaba la corriente reformista del pensamiento populista, parece convencido de que tal conclusión concuerda con lo que Marx había dicho acerca del hecho de que, en el proceso de dar a luz un nuevo orden social, el papel de la partera corresponde a la fuerza, que es también un poder económico. Si la fuerza es la partera, según el razonamiento de Eliseev, esto significa que el papel del Estado es activo, y que éste puede legítimamente intervenir en el proceso de transformación social para prevenir las consecuencias no deseadas del mismo. De este modo los escritores populistas utilizaron *El Capital* de Marx para convencer al gobierno zarista de que era su deber combatir al capitalismo ruso, y argumentaciones análogas fueron utilizadas más tarde, en los años ochenta y noventa, por los llamados «populistas legales».

Un ejemplo clásico de la influencia de Marx en el populismo ruso nos lo proporcionan las ideas de Nikolai Mijailovski, uno de los teóricos populistas más destacados y representativos. En sus escritos *Qué es el progreso* (1869) y *La lucha por la individualidad* (1875-1876), proponía una concepción sociológica según la cual la división del trabajo en la sociedad (en cuyo desarrollo Spencer había visto el principal criterio de progreso) representaba esencialmente un retroceso, ya que se conseguía al precio de la desintegración y fragmentación de la personalidad humana. La idea de las consecuencias inevitables de la división social del trabajo estaba influida sobre todo por Marx, y ya en 1869, en su artículo *La teoría de Darwin y las ciencias sociales*, Mijailovski se reclamaba de la concepción marxiana de la división del trabajo, subrayando los aspectos negativos de ésta, que habían sido comprendidos y teóricamente explicados, como él ponía de manifiesto, por el autor de *El Capital*;⁸ al respecto se recordaban las ideas de A. Smith, de Ferguson y de otros, es decir las mismas referencias que usaba Marx en el mismo contexto. Y ciertamente no es difícil encontrar en *El*

⁸ Cf. N. K. MIJAILOVSKI, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. I, San Petersburgo 1911, pp. 170-172.

Capital muchos pasajes que Mijailovski habría podido citar en apoyo de sus tesis, como por ejemplo:

La unilateralidad y hasta la imperfección del trabajador parcial se convierten en perfecciones suyas en cuanto miembro del trabajador total (...). En la manufactura, el enriquecimiento del trabajador global y, por lo tanto, del capital en fuerza productiva social está condicionado por el empobrecimiento del trabajador en fuerzas productivas individuales (...). Cierta anquilosamiento intelectual y físico es inseparable incluso de la división del trabajo en el conjunto de la sociedad. Pero como el período manufacturado lleva mucho más adelante esa escisión social de las ramas del trabajo y, por otra parte, aferra finalmente al individuo por su raíz vital con la división que le es peculiar, suministra por fin el material y el estímulo de la patología industrial.

Al final de este pasaje, Marx citaba con aprobación el *Familiar Words* de Urquhart: «La subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo».⁹

Naturalmente Mijailovski quería impedir el «asesinato» del pueblo ruso. Por ello definía el progreso como una «aproximación gradual al individuo total, a *la* máxima y lo más diversificada posible división del trabajo entre los órganos del hombre, y a la mínima división posible *del* trabajo entre los hombres».¹⁰ Sólo en una sociedad homogénea e igualitaria, la individualidad humana podrá ser diversificada, total y completa. Se trataba de una argumentación bastante refinada a favor de una utopía campesina vuelta al pasado, que idealizaba la economía natural y la autarquía primitiva de la comuna aldeana rusa. El campesino ruso, sostenía Mijailovski, vive una vida primitiva pero plena; es autosuficiente desde el punto de vista económico, y por tanto independiente, «completo» y «total»; satisface todas las necesidades con su propio trabajo, haciendo uso de todas sus capacidades, y en una sola persona reúne el agricultor y

⁹ Cf. K. MARX *El Capital. Crítica de la economía política*, en OME, Barcelona-Buenos Aires-México 1976 ss., vol. 40, libro primero, pp. 376, 389, 390-391.

¹⁰ MIJAILOVSKI, *Polnoe sobranie sochineni* cit., p. 150.

el campesino, el pastor y el artesano. La inexistencia o el escaso desarrollo de la «cooperación compleja» hace que los campesinos rusos sean recíprocamente independientes, mientras que la «cooperación simple» (es decir, la cooperación que implica a los hombres como «seres enteros») les une en una solidaridad moral basada en la simpatía y la comprensión mutua. Hay que distinguir entre *niveles* y *tipos* de desarrollo. La comuna campesina representa un nivel de desarrollo inferior al de la fábrica capitalista, pero es superior a ésta en cuanto a *tipo* de desarrollo. Lo mismo puede decirse en el caso de la individualidad: el hombre occidental está sin duda a un nivel superior de desarrollo, pero al mismo tiempo pertenece a un tipo inferior con respecto al campesino ruso, que aún no ha perdido su «totalidad» primitiva. Contestando a los liberales, Mijailovski afirmaba que la idea de que el capitalismo (la forma más alta de «cooperación compleja») había liberado al individuo, carecía totalmente de fundamento; es más, éste transformaba al individuo en un «mero órgano» de los organismos sociales, sacrificando despiadadamente hombres concretos y vivos al ídolo de la «máxima producción».

Modernizando la terminología de Mijailovski, se puede decir que en su opinión la peor consecuencia del desarrollo capitalista era la alienación del trabajo producida por la separación de los productores inmediatos de los medios de producción. Es evidente que también en este caso Mijailovski aprende de Marx: en *El Capital* encontró una descripción dramática de la expropiación de los productores inmediatos, separados por la fuerza de sus medios de supervivencia y privados de este modo de la autosuficiencia y de la «totalidad individual». Según el esquema de Marx, una condición fundamental del capitalismo es la anulación del trabajador; por su parte, el socialismo, que es la «negación de una negación», expropiará a los expropiadores y hará que los medios de producción sean propiedad de los productores (aun sin restablecer *la* propiedad privada de los mismos). Como otros populistas, Mijailovski dedujo que su país debía «saltarse» la fase capitalista, y que los rusos tenían que hacer todo lo posible para impedir la industrialización según el modelo inglés. Además, la adaptación de las ideas de Marx a sus propias concepciones convenció al pensador populista de que el socialismo moderno y la comuna rusa no eran más que niveles distintos del

mismo tipo y, por tanto, que la causa de los trabajadores en Rusia era esencialmente una causa conservadora, ya que su victoria dependía de la conservación y del desarrollo de las formas existentes de trabajo (los *artels* de los artesanos rusos) y de propiedad (la propiedad colectiva de la tierra).

Como puede verse, Mijailovski coincidía con Marx en el hecho de que las formas de trabajo, es decir las relaciones de producción, tienen una influencia decisiva en la personalidad y la cultura de una época determinada. En efecto, esta opinión fue compartida por la mayor parte de los populistas, con la notable excepción de Petr Lavrov, que atribuía mayor importancia al desarrollo del pensamiento crítico. El primer pensador populista que se adhirió a esta tesis fue Petr Tkachëv, el principal ideólogo de la corriente «blanquista» del movimiento populista entendido en un sentido amplio. Ya en 1865, es decir antes de que se publicara el primer libro de *El Capital*, escribía:

La vida social con todas sus manifestaciones, incluidas la literatura, la ciencia, la religión y las formas políticas y jurídicas, no es más que el resultado de principios económicos claramente definidos, que están en la raíz de todos estos fenómenos sociales. Los principios económicos dados, en su desarrollo gradual y consecuente, crean un entrelazamiento de relaciones humanas, y generan la industria y el comercio, la ciencia y la filosofía, el derecho y las formas políticas; en pocas palabras, suscitan toda nuestra civilización y su progreso.¹¹

Es fácil ver en esta cita una paráfrasis del escrito de Marx *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). La idea del «materialismo económico -sostenía Tkachëv- ha llegado a nuestra prensa, como todo lo que en ésta merece ser destacado, desde la cultura de Europa occidental. Ya en 1859 el conocido exiliado alemán Karl Marx la había formulado de un modo claro y preciso... Esta idea está difundida actualmente entre todos los hombres honestos y

¹¹ P. N. TKACHËV. *Izbrannye sochinenia*, vol. V. Moscú 1935, p. 93.

capaces de raciocinio, y ninguna persona inteligente puede oponerle serias objeciones».¹²

Hay que subrayar que Tkachëv estaba muy lejos de comprender a fondo el materialismo histórico. Su «materialismo económico», en efecto, era una curiosa mescolanza de algunos elementos del marxismo con un utilitarismo bastante primitivo, característico del «padre del nihilismo ruso», Dmitri Pisarev. Es interesante observar también que Tkachëv basaba su «materialismo económico» (una teoría que normalmente no puede separarse de un determinismo concebido en términos mecanicistas) en la convicción «voluntarista» de que todo el futuro de Rusia dependía de la voluntad y de la acción decidida de la vanguardia revolucionaria. Era una convicción contradictoria con la tesis de Marx, formulada en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, según la cual «una formación social no desaparece hasta que se han desarrollado todas las fuerzas productivas que pueda contener». Los liberales rusos, y más tarde también los marxistas rusos, sacaban en general la conclusión de que en Rusia la revolución socialista debía ir precedida por el pleno desarrollo del capitalismo, y sobre este punto surgieron, como veremos, desacuerdos y conflictos entre el populismo y el marxismo en Rusia. Lo que ahora nos interesa intentar entender es cómo fue posible que Tkachëv se declarase totalmente (y no sólo en parte) de acuerdo con el «materialismo económico» de Marx y rechazara al mismo tiempo el determinismo histórico estrechamente unido a aquél.

Todo problema teórico nace en un contexto específico. En los años setenta los populistas rusos no consideraban el materialismo histórico (o mejor, para usar su definición, el «materialismo económico») de Marx como una nueva variante del determinismo histórico, es decir no lo situaban en el contexto del debate sobre el papel de los factores «objetivos» y «subjetivos» en la historia, sino que lo asumían como teoría de la absoluta prioridad de la economía sobre la política, situándolo por tanto en el contexto del debate sobre las revoluciones sociales (económicas) y políticas. Uno de los aspectos más característicos del populismo ruso en los años setenta fue el amargo escepticismo con respecto a las revoluciones

¹² Ibid., vol. I, p. 70.

«puramente políticas», que abrían la puerta al constitucionalismo y el parlamentarismo liberales, a los que se consideraba simples instrumentos del dominio burgués. A la lucha directa con fines «políticos» contraponía la lucha directa con fines «sociales» (económicos), y no se limitaba a ignorar la primera, sino que llegaba incluso a rechazarla abiertamente por su contenido de clase inevitablemente «burgués». Influidos por el «efecto demostrativo» de los resultados de la revolución francesa, los populistas rusos querían tener la garantía de que su revolución, a diferencia de lo que había ocurrido con las revoluciones políticas en Occidente, cambiaría la estructura económica, y no sólo la estructura política, de la sociedad, de modo que no favoreciera los intereses de la burguesía. Éste fue el motivo principal por el que los revolucionarios de Rusia (país que tanto había sufrido por su estructura política autocrática) adoptaron curiosamente una intransigente y obstinada postura de desprecio por la libertad política «burguesa» y «fraudulenta» de Occidente.

El marxismo contenía muchos argumentos para apoyar esta tesis, y por tanto los populistas rusos consideraron con frecuencia que el «materialismo económico» de Marx era la más convincente justificación teórica de la actitud «apolítica» que les caracterizaba.

En el artículo de Mijailovski *Con motivo de la traducción al ruso de «El Capital»* (1872)¹³ la obra fundamental de Marx fue utilizada como argumento decisivo a favor de la concepción populista de la primacía absoluta de las cuestiones «sociales» sobre las «meramente políticas». La crítica populista del liberalismo político se formuló recurriendo a las bases mismas del materialismo histórico: los sistemas políticos no son más que el reflejo de las relaciones económicas y, por tanto, sólo los cambios en la esfera económica (es decir «social») tienen realmente importancia. La crítica marxiana del carácter formal de la democracia burguesa fue interpretada como equivalente a la idea de que la «libertad política» es imprescindible para el capitalismo, y favorece únicamente a los intereses de la burguesía, agravando ulteriormente la situación del pueblo. El hecho de que Marx y Engels no hubiesen olvidado nunca las cuestiones y las luchas políticas era considerado, de acuerdo con las opiniones de

¹³ Reeditado en KARATEV, *Narodniceskaia ekonomicheskaia* cit., pp. 160-169.

Bakunin, como pura y simple incoherencia, resultado de su oportunismo político.

Para no incurrir en equívocos es necesario señalar que el problema de la contraposición entre revolución «política» y revolución «social» tenía varios aspectos. En un determinado sentido, Tkachëv, a diferencia de los revolucionarios de Tierra y libertad, propugnaba la «lucha política»: estaba convencido de que el derrocamiento de la autocracia zarista, que sería sustituida por una dictadura de la vanguardia revolucionaria, era una condición necesaria para la revolución social. Pero era un adversario inflexible de la revolución «puramente política» y de la libertad política, convencido de que su naturaleza ilusoria sería desenmascarada por el «materialismo económico». Podríamos decir incluso que su actitud con respecto a la libertad política fue mucho más hostil que la de los demás populistas: Petr Lavrov y Mijailovski consideraban que la libertad política, aunque era deseable para la *intelligentsia*, debía sacrificarse en bien del pueblo, mientras Tkachëv veía en la libertad política un mal en absoluto, al servicio exclusivo de los más fuertes desde el punto de vista económico, que aumentaría al máximo la desigualdad social.

2. Desacuerdos y conflictos

Los populistas acogieron pues el marxismo de un modo bastante peculiar: aceptaron de buen grado la crítica de Marx a la democracia política burguesa, pero ignoraron completamente su convicción de que, a pesar de todo, se trataba de un gran paso adelante con respecto a la autocracia. Impresionados por las atrocidades del desarrollo capitalista, se negaron a considerar el ascenso del capitalismo como el mayor progreso en la historia del hombre. Su interpretación del capitalismo fue, en conjunto, no marxista, ya que veían en el desarrollo capitalista un proceso esencialmente regresivo; por otra parte, su visión del capitalismo no habría sido posible sin la aportación crítica de Marx.

A principios de los años setenta los populistas no se daban cuenta del hecho de que el marxismo podía ser utilizado como justificación teórica de un desarrollo capitalista en su país. El primer pensador

populista que abordó este problema fue Tkachëv. No ignoraba la tesis marxiana sobre la necesidad del pleno desarrollo de cualquier formación económica, pero intentó interpretarla a su manera, o sea aplicándola al desarrollo económico interno de cada formación, considerada separadamente de las demás, y no al desarrollo histórico en su conjunto, es decir como secuencia precisa e irreversible de las formaciones económicas. Todo principio económico -decía- tiene una lógica propia de desarrollo interno; así como en el razonamiento no podemos pasar directamente de la premisa inicial a la conclusión, tampoco en el desarrollo histórico de un principio económico (o sea, de una formación económica) pueden saltarse las fases intermedias.¹⁴ Sin embargo, es posible iniciar un ciclo de desarrollo totalmente nuevo, siempre que los viejos principios económicos hayan sido totalmente eliminados. Esta posibilidad de elección se realiza sobre todo en las épocas de transición, cuando las viejas relaciones económicas han caducado, y las nuevas aún no se han impuesto plenamente. En Rusia la revolución socialista puede vencer ahora, cuando se ha agitado la vitalidad de la vieja formación feudal, o bien en un futuro remoto, cuando el país haya atravesado todas las dolorosas fases del desarrollo capitalista. Hoy todo el futuro del país está en manos de los revolucionarios, mañana será demasiado tarde. Alemania se encontró ante la misma alternativa en el momento de su gran guerra campesina. Thomas Müntzer, a pesar de lo que dijo Engels, tuvo la posibilidad objetiva de vencer, con lo que Alemania se habría ahorrado los sufrimientos del desarrollo capitalista.¹⁵ Hoy se ofrece la misma posibilidad a los socialistas rusos: tal vez Rusia esté más cerca del socialismo que Occidente, dado que aún no ha emprendido la vía del capitalismo.

Engels se basó en esta idea para hacer una breve sátira del infantilismo bakuninista («Volkstaat», 6-8 de octubre de 1874). Tkachëv respondió con una *Carta abierta* (1874), acusando a Engels de haber traicionado por oportunismo el auténtico espíritu

¹⁴ TKACHËV, *Izbrannye sochinemia cit.*, vol. 1. pp. 260-262.

¹⁵ *Ibid.* Puede ser útil observar que la opinión de Engels sobre la posibilidad de victoria de Müntzer (diametralmente opuesta a la de Tkachëv) fue repetidamente citada por Plejánov, que la utilizó como argumento contra la idea de la «toma del poder» por parte de la vanguardia revolucionaria.

revolucionario y de desconocer las condiciones de Rusia. Engels, por su parte, respondió a Tkachëv con el artículo *Las condiciones sociales en Rusia*, en el que subrayaba que un alto nivel de desarrollo capitalista es una condición necesaria del socialismo:

La burguesía es una condición previa, y tan necesaria como el proletariado mismo, de la revolución socialista. Por tanto, quien sea capaz de afirmar que es más fácil hacer la revolución en un país donde, aunque no hay proletariado, no hay tampoco burguesía, demuestra exclusivamente que debe aún estudiar el abecé del socialismo.¹⁶

Esta opinión era totalmente acorde con el prólogo a la primera edición alemana de *El Capital*. El desarrollo histórico era descrito como un proceso de historia natural, objetivo e independiente de la voluntad humana, que se abre camino con «férrea necesidad», y no deja otra opción a los países atrasados que la de atravesar las mismas fases de crecimiento económico ya cubiertas por los países más avanzados. La aplicación de este punto de vista teórico a Rusia planteó un dilema dramático a los socialistas rusos, formulado muy agudamente en el artículo de Mijailovski, *Karl Marx ante el tribunal del señor Zhukovski* (1877). La teoría marxiana -sostiene Mijailovski- proporciona a los socialistas occidentales una explicación científica del pasado y una serie de argumentos en defensa de la necesidad y deseabilidad del socialismo; para ellos aceptarla no significa ninguna ruptura moral, ninguna separación entre su ideal y el diagnóstico de la situación actual de las cosas. El socialista ruso que abraza la teoría marxista se encontrará en una situación distinta: se verá obligado a admitir que, de momento, las condiciones necesarias para el socialismo no existen en su país, y que la imagen del futuro inmediato de Rusia no corresponde a la descripción marxiana del desarrollo capitalista en Inglaterra. Además, el determinismo histórico marxiano le obligará a aceptar todas las consecuencias del desarrollo capitalista, a pesar de la absoluta conciencia del dolor y los sufrimientos que éste produce en el pueblo. Por tanto, el socialista

¹⁶ Cf. F. ENGELS, *Las condiciones sociales en Rusia*, en K. MARX y F. ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 2, p. 410.

ruso, si quiere permanecer fiel a la teoría marxiana, tiene que convertirse en un observador *pasivo*, que estudia los procesos sociales con una indiferencia fatalista, o bien en un activo defensor del capitalismo.¹⁷

La previsión de Mijailovski se convirtió en realidad, al menos en parte. Algunos revolucionarios rusos, influidos por Marx, adoptaron la actitud de los observadores pasivos, considerando que los acontecimientos sociales debían abandonarse a sí mismos hasta que el capitalismo ruso estuviera lo suficientemente maduro para ser derrocado.¹⁸ Por otra parte, a partir de los años ochenta el marxismo fue utilizado como soporte principal del desarrollo capitalista en Rusia, lo cual es un hecho aún más significativo. En 1885, N. Ziber, un profesor de la Universidad de Kiev que se consideraba marxista, publicó su libro sobre *David Ricardo y Karl Marx* (del que ya se habían editado algunas partes en los años setenta)¹⁹ en el que el marxismo era interpretado como continuador directo de la economía burguesa clásica, y llegaba a la conclusión de que el paso por la fase capitalista venía impuesto por una ley universal de desarrollo económico; Marx aludió a este estudioso, entre otros, de un modo positivo en el *postscriptum* a la segunda edición alemana de *El Capital*. En los años noventa aparecieron en Rusia los llamados «marxistas legales», que defendían la industrialización capitalista auspiciada por el ministro Vitte y propugnaban una rápida disolución de la comuna campesina. Fue una corriente de pensamiento muy extendida, con periódicos propios y representada incluso por algunos profesores universitarios y de institutos de enseñanza superior. Petr Struve, su representante más prestigioso, escribió las *Notas críticas acerca del desarrollo económico en Rusia* (1894), cuya conclusión no dejaba lugar a dudas: «Reconozcamos nuestro atraso cultural y vayamos a la escuela del capitalismo». Años más tarde el mismo Struve confesaría que el

¹⁷ MIJAILOVSKI, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. IV, San Petersburgo 1909, pp. 167-173.

¹⁸ Cf. B. P. KOZMIN, *Iz istori revoliutsionnoi mysli v Rosi*, Moscú 1961. pp. 381-382.

¹⁹ Los artículos de Ziber publicados en 1870 ejercieron cierta influencia en el joven Plejánov. Cf. V. VAGANYAN, G. V. *Plejánov Opyt jarakteristiki sotsialnopoliticheskij vozzreni*, Moscú 1924, p. 36.

«marxismo legal» era esencialmente una «justificación del capitalismo», y que por tanto el papel que tuvo en el desarrollo del pensamiento ruso podía compararse al de la economía política liberal en Occidente. Plejánov expresó una opinión análoga con estas palabras: «El aspecto peculiar de nuestra historia reciente ha consistido en el hecho de que incluso la europeización de nuestra burguesía se ha conseguido bajo las banderas del marxismo».²⁰

Plejánov, «padre del marxismo ruso», representaba una variante posterior en la aplicación de las teorías marxistas a las condiciones atrasadas de Rusia. En sus primeras obras marxistas - *El socialismo y la lucha política* (1883) y *Nuestras discrepancias* (1885) - lanzó un apasionado ataque contra las dos posiciones que ponían en peligro el movimiento revolucionario ruso: el viejo prejuicio populista contra la «libertad política» y la idea «blanquista» de la toma del poder. En su opinión el marxismo ruso era la continuación del occidentalismo ruso; la gran misión de la clase obrera rusa era llevar a cabo la obra de Pedro el Grande. La toma del poder por parte de los socialistas revolucionarios no habría hecho más que obstaculizar la realización de este fin, con lo que se habría producido una grave regresión histórica. El socialismo auténtico es imposible si no se ha conseguido un nivel elevado de desarrollo económico y un nivel asimismo elevado de conciencia de clase entre los trabajadores. Los revolucionarios que intenten imponer el socialismo en un país atrasado «deben buscar la salvación en los ideales del comunismo patriarcal y autoritario», sustituyendo los «peruanos Hijos del Sol» y sus funcionarios por una casta socialista.²¹ Para impedirlo los revolucionarios rusos debían optar por «la vía larga y difícil del capitalismo», la vía de la lucha política que pasa por la actividad de agitación entre los obreros, colaborando con los liberales y todas las fuerzas progresistas de la sociedad. Entre la revolución política y la revolución socialista (es decir el derrocamiento del absolutismo) debe pasar un período de tiempo bastante largo que permita la máxima industrialización capitalista y la educación de los trabajadores en la escuela del orden legal y de la libertad política.

²⁰ P. STRUVE, *Kriticheskie zametki po voprosu po ekonomicheskom razvili Rosi*, San Petersburgo 1894, p. 288.

²¹ G. V. PLEJÁNOV, *Sochinenia*, 24 vol., Moscú 1920-1927, vol. II, p. 81.

Este período será más breve en Occidente porque en Rusia, gracias a la influencia occidental, el movimiento socialista empezó muy temprano, en la fase inicial del capitalismo. Pero no deberá ser demasiado breve, ya que la excesiva reducción temporal de cualquier proceso lleva siempre a resultados finales no deseados.

El punto básico del pensamiento de Plejánov consistía en su profunda, casi profética, comprensión de los peligros de la construcción del socialismo en un país atrasado, donde la democracia política no ha existido nunca, y donde la misma idea de socialismo puede ser fácilmente deformada. Deseaba para su país un desarrollo «normal», «europeo», que siguiese la sucesión racional de las fases y estuviese siempre en perfecta armonía con el desarrollo interno, económico y cultural. Racionalizó este deseo en una tesis teórica según la cual ese desarrollo es una «necesidad histórica», y toda idea de desarrollo no capitalista de Rusia no es más que utopismo subjetivo. Retrospectivamente, sin embargo, queda claro que su ideal de socialismo construido en Rusia tras la conclusión definitiva del proceso de occidentalización, sólidamente basado en un capitalismo altamente desarrollado y democrático, resultó tan utópico como el ideal populista de evitar el coste humano del progreso económico. Desde el punto de vista puramente político el programa de Plejánov era de bastante difícil realización: era prácticamente imposible desarrollar entre los trabajadores rusos una conciencia de clase, es decir la conciencia de un inconciliable conflicto de clase con la burguesía, y al mismo tiempo conseguir infundir en su mente una teoría científica en base a la cual deberían adaptarse al dominio burgués durante un par de generaciones. El problema fue claramente percibido por Lev Tijomirov, técnico del partido populista Voluntad del pueblo, que comparó a Plejánov con un misionero que intentara convencer a los salvajes de que la esclavitud es una fase necesaria de la civilización, y de que por tanto les resultará útil convertirse en esclavos.²²

Desde el punto de vista de los populistas, las divergencias entre Plejánov y los «marxistas legales» eran bastante menos importantes que la coincidencia fundamental de sus opiniones. En la práctica

²² Cf. el artículo de Tijomirov, ¿Qué debemos esperar de la revolución?, en "Vestnik Narodnoi Voli", Ginebra 1884, n.2.

política tanto Plejánov como Struve defendían el desarrollo capitalista, y veían en la burguesía un aliado en la lucha por la libertad política; en el terreno teórico tanto el grupo de Plejánov como los «marxistas legales» justificaban esta toma de posición refiriéndose a los conceptos de «necesidad histórica» y de «leyes objetivas» del desarrollo económico. Los populistas, profundamente opuestos a esta visión política, dirigieron su polémica no sólo contra «los discípulos rusos de Marx», sino también contra los mismos Marx y Engels. En opinión de Mijailovski, el hecho de que Engels (citado por Struve) hubiese dicho que la esclavitud había sido una fase necesaria de desarrollo, porque sin ella el socialismo moderno no habría sido posible, representaba un ejemplo perfecto de la presuntuosa autoexaltación típica del hegelismo. También Hegel, observaba Mijailovski, consideraba que el nacimiento de su filosofía absoluta justificaba todas las atrocidades de la historia.²³

A las reacciones emotivas, morales, se añadieron esfuerzos intelectuales para responder al desafío del historicismo marxista. Los populistas apoyaron con argumentaciones teóricas su convencimiento de que la victoria del capitalismo en Rusia no era ni mucho menos inevitable. Un primer grupo basaba sus argumentaciones en la llamada «sociología subjetiva», elaborada por Lavrov y Mijailovski a finales de los años sesenta. Sus presupuestos fundamentales pueden resumirse en tres puntos. En primer lugar, era una defensa de la ética, una teoría axiológica que reivindicaba una esfera de existencia autónoma de los valores, no derivados de los hechos o reducibles a éstos (desde este punto de vista es evidente en Lavrov la influencia de Kant y de los neokantianos). En segundo lugar, era una posición epistemológica y metodológica, que negaba o discutía la posibilidad de un método «objetivo» en las ciencias sociales. Se afirmaba que el conocimiento histórico y sociológico nunca puede ser realmente «objetivo», ya que depende siempre de las emociones inconscientes, o aún más de los ideales previamente elegidos conscientemente por los estudiosos. En tercer lugar, era una filosofía de la historia, según la cual el «factor

²³ Cf. el artículo de MIJAILOVSKI, *O g. P. Struve i ego kriticheskij zametkaj po voprosu ob ekonomicheskom razviti Rosi*, en ID., *Polnoe sobranie sochiineni*, cit., vol. VII.

subjetivo» - el pensamiento y la voluntad del hombre- puede oponerse eficazmente a las llamadas «leyes» del desarrollo, y puede tener un papel decisivo en el proceso histórico. En los tres puntos se pone de manifiesto la valoración superior del «subjetivismo» con respecto al «objetivismo», es decir a la doctrina según la cual la voluntad, la conciencia y los valores humanos siempre acaban subordinándose a las «leyes objetivas». En el marxismo, los populistas rusos vieron inicialmente el mejor desenmascaramiento de la explotación capitalista; pero más tarde llegaron a la conclusión de que se trataba de la más perniciosa de las formas recientes de «objetivismo», que daba un valor absoluto al desarrollo de las fuerzas productivas, con total indiferencia por el coste humano de ese desarrollo. Tras esta conclusión su «sociología subjetiva» se convirtió en un instrumento de lucha contra el marxismo.

Un segundo grupo de argumentaciones utilizadas por los populistas rusos contra el marxismo no estaba vinculado a la tendencia a combatir como tal el «método objetivo» en las ciencias sociales. Muchos pensadores populistas estaban incluso convencidos de que su idea de una transición directa al socialismo se basaba sólidamente en un análisis totalmente objetivo de las condiciones económicas y sociales de Rusia. Esta argumentación se encuentra, por ejemplo, en los escritos de Tkachëv y Tijomirov, que señalan la debilidad de la burguesía rusa, o en los primeros artículos de Plejánov que, en su fase populista, estaba totalmente de acuerdo con la concepción de las «leyes objetivas del desarrollo, pero insistía en que estas leyes no son uniformes ni universalmente aplicables».²⁴ En conjunto, los principales pensadores populistas de los años setenta, y sobre todo Míjailovski y Lavrov, se identificaban con el convencimiento pesimista de que el tiempo trabajaba en su contra, y de que el llamado «curso objetivo de los acontecimientos», es decir el automatismo del desarrollo económico, empujaba a su país a seguir el camino del capitalismo. Sin embargo, a principios de los años ochenta, esta tendencia pesimista fue discutida por una teoría populista del desarrollo económico que se declaraba totalmente

²⁴ Cf. el artículo de PLEJÁNOV, *La ley del desarrollo económico de la sociedad y las tareas del socialismo en Rusia*, 1879, en ID., *Sochinemia*, vol. I. Para un análisis de este artículo cf. WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia* cit.

«objetiva» y que llegó a la conclusión sorprendentemente optimista de que el desarrollo no capitalista de Rusia no sólo era una posibilidad objetiva, sino también una necesidad histórica. Ésta fue la teoría que V. Voroncov, principal representante del populismo «legal», no revolucionario, propuso en el libro *El destino del capitalismo en Rusia* (1882).²⁵

El capitalismo en Rusia, sostenía Voroncov, es un capitalismo artificial, una parodia del capitalismo. No puede desarrollarse sin sustanciales apoyos gubernamentales. Sus potencialidades productivas están muy limitadas porque no puede competir con el capital de los países industrializados más avanzados; los mercados exteriores ya están repartidos; el mercado interior no puede ampliarse a causa de la pobreza creciente de las masas, inevitable corolario del capitalismo en su primera fase de desarrollo. En Occidente, el capitalismo ha realizado una gran misión progresista, consistente en la «socialización del trabajo»; en Rusia, en cambio, como en todos los países que «han entrado tarde en la arena de la historia, no es más que una forma de explotación de las masas en beneficio de un pequeño grupo de la población. La necesidad histórica no es el capitalismo, sino la «socialización del trabajo» a través de la industrialización. Sin embargo, dadas las condiciones de Rusia, la industrialización sólo se puede alcanzar mediante la planificación socialista, emprendida y controlada por el Estado. Voroncov consideraba esta conclusión no como un «ideal subjetivo», sino como el resultado de un análisis objetivo de las desventajas y las ventajas peculiares de un país atrasado: desventajas creadas por la falta de un mercado y por la debilidad de la burguesía indígena, y ventajas consistentes en la posibilidad de importar tecnología moderna ya preparada y de aprender de la experiencia histórica ya acumulada en los países evolucionados de Occidente.²⁶

²⁵ Una interesante discusión de las diferencias entre «populistas legales» y «marxistas legales» se encuentra en A. P. MENDEL, *Dilemmas of progress in tsarist Russia. Legal marxism and legal populism*, Cambridge (Mass.) 1961.

²⁶ Cf. V.VORONCOV, *Sudby kapitalizma v Rosi*, San Petersburgo 1882. p.14. La idea de que el atraso podría ser una especie de privilegio ya había sido formulada en Rusia por Herzen, que se inspiraba en Chaadaev y en el famoso ensayo de Chernishevski, *Crítica de los prejuicios filosóficos contra la propiedad comunal de la tierra* (1859).

Como los demás populistas, Voroncov preveía que el socialismo ahorraría a los campesinos rusos las atrocidades de la «acumulación primitiva». Al mismo tiempo, al haber estudiado a fondo a Marx, al que cita a menudo en su libro, no podía aceptar el ideal de Mijailovski de un trabajo no dividido y no socializado. En su opinión la «socialización del trabajo» en el sentido marxista del término representaba un signo de progreso y una necesidad del desarrollo económico. No era, por tanto, contrario a la industrialización, y acusaba a los marxistas rusos, y también el gobierno ruso, de identificar industrialización con industrialización capitalista. Se oponía a ésta y proponía una industrialización no capitalista como único medio de superar el atraso económico y al mismo tiempo como el camino más corto y en cierto sentido «privilegiado» hacia la fase superior del desarrollo económico.

Las teorías de Voroncov fueron desarrolladas y modificadas por otro «populista legal», Nikolás Danielson, que se escribía con Marx y Engels y fue el primer traductor de *El Capital*. En el campo de la economía política se consideraba marxista, e intentaba aplicar el método marxiano a los problemas específicos de un país atrasado. Su formulación de la principal tarea que había que realizar era «cómo elevar la industria rusa al alto nivel de la industria occidental, aumentando el bienestar del pueblo y sin caer en la dependencia económica con respecto a los países más civilizados».²⁷ En su opinión, la solución consistía en la nacionalización, la planificación socialista y el mantenimiento de la comuna campesina, considerada como el germen de la agricultura socialista, y también él se preocupaba ante todo de defender a los «productores directos» del peligro de la expropiación capitalista. Propugnaba medios más radicales que Voroncov; era escéptico con respecto a medidas como la reducción de los impuestos a los campesinos, el crédito a bajo interés, la promoción de las asociaciones artesanas, y otras de este tipo, y atribuía en cambio gran importancia a la industria moderna a gran escala, creada y gestionada por el Estado. Sus *Líneas fundamentales de nuestra economía social después de la emancipación de los campesinos* (1893), inspirada en la obra de Marx, utiliza

²⁷ NICOLAION (DANIELSON), *Ocherkl nashego poreformennogo obshchestvennogo joziaistva*, San Petersburgo 1893, páginas 300-301.

abundantes citas no sólo de *El Capital* (sobre temas como la destrucción de las industrias rurales, la proletarización, la concentración del capital, la función con el crédito público y del desarrollo de los ferrocarriles, y otros de este tipo), sino también de su correspondencia con Marx y Engels.²⁸ A veces Danielson formulaba opiniones contradictorias con las de sus maestros (sobre todo con respecto a Engels), pero intentaba ocultarlo. Así, mientras apelaba continuamente a la autoridad de Marx y Engels, siempre que polemizaba con ellos lo hacía sin citarlos directamente, intentando pasar por un marxista ortodoxo.

No parece quedar ninguna duda sobre el hecho de que los «populistas legales» subvaloraron enormemente las posibilidades de desarrollo capitalista de Rusia, y, al mismo tiempo, fueron demasiado optimistas en lo que se refiere a la industrialización no capitalista. Asimismo confiaron demasiado en la posibilidad de que, bajo los auspicios del Estado, la industrialización viniera acompañada por un constante aumento del bienestar del pueblo. No hay duda tampoco de que cometieron muchos errores en la interpretación de los datos estadísticos, de que sus opiniones sobre la dirección que había tomado la economía rusa eran tendenciosas, etcétera. A pesar de ello, podemos observar -desde la perspectiva de nuestro tiempo- que sus teorías no sólo eran una tentativa legítima de defender a los campesinos, a los que en aquellos años tantos socialistas estaban demasiado dispuestos a considerar «condenados», sino también la primera tentativa de plantear y resolver algunos problemas del atraso económico, aún hoy cruciales para los países atrasados o dotados de desarrollo desigual. Planteaban el problema de la industrialización no capitalista como un medio de «superar y adelantar» a las naciones económicamente

²⁸ El libro de DANIELSON, *Ocherki* cit. fue escrito por sugerencia de Marx, que había insistido que los datos sobre el desarrollo de la economía rusa que había recibido en las cartas de Danielson debían ser presentados y analizados en una publicación impresa. Al mismo tiempo autorizó a Danielson a utilizar citas de su correspondencia con él. El primer capítulo del libro, publicado en 1880, fue muy apreciado por Marx, que vio confirmadas en él sus ideas sobre las consecuencias sociales del desarrollo capitalista.

más avanzadas,²⁹ aunque eran dolorosamente conscientes de que los países atrasados no sólo no deberían, sino que tampoco pueden repetir en su desarrollo el esquema clásico inglés.

El punto débil de la argumentación de Voroncov y de Danielson consistía en aceptar implícitamente que su programa económico podía ser llevado a cabo por el Estado zarista existente. Por este motivo Plejánov les definía desdeñosamente como «socialistas polizontes». Los populistas, por su parte, consideraban a los marxistas rusos como apologetas camuflados de los capitalistas, propugnadores de la expropiación de los campesinos. El nacimiento del «marxismo legal» fue considerado como una clara confirmación de esta opinión. No es de extrañar, por tanto, que en los años noventa el debate entre populistas y marxistas rusos alcanzara la máxima tensión.

Hay que recordar que, además del Grupo por la liberación del trabajo y los «marxistas legales», existía en los años noventa una tercera variante del marxismo ruso: el marxismo revolucionario que, a diferencia del grupo de Plejánov, no se desarrolló en el exilio, sino en el interior del país, y que en muchos aspectos siguió las tradiciones revolucionarias del populismo. En los años ochenta y a principios de los años noventa muchos miembros de los medios revolucionarios, especialmente en la región del Volga, mantenían opiniones en las que el marxismo se combinaba con el culto a «la voluntad del pueblo» y con la idea populista de la transición directa al socialismo. En los años ochenta el más significativo representante de esta formación intelectual mitad marxista y mitad populista fue Alexander Ulianov, condenado a muerte en 1887 por un atentado fallido contra la vida del zar. Sus ideas son muy interesantes como tentativa de conciliar populismo revolucionario y marxismo.

Ulianov se consideraba un continuador de la Voluntad del pueblo, pero en su *Programa de la fracción terrorista del partido «Voluntad del pueblo»* abandonó la denominación tradicional de «socialistas-populistas» y definió a sus seguidores simplemente como «socialistas». No ponía sus esperanzas en las comunas campesinas,

²⁹ El mismo tema se encuentra en el libro de FLEROVSKI [pseudónimo de Vasili V. Servil, *La situación de la clase obrera en Rusia*. cf. ID., *Izbrannye ekonomicheskie proizvedenia*, vol I, p. 566.

sino que veía la principal fuerza revolucionaria en la clase obrera urbana: el socialismo era para él «el resultado necesario de la producción capitalista y de la estructura de clase capitalista». Sin embargo, esto no excluía, en su opinión, «la posibilidad de una transición distinta, más directa, al socialismo». Según su interpretación, la ley del desarrollo económico que preveía el paso a través del capitalismo para alcanzar el socialismo no era universal sino condicional: «Expresa una necesidad histórica que rige el proceso de transición al socialismo, *si* se permite que ese proceso se desarrolle de un modo espontáneo, *si* no se produce ninguna intervención consciente por parte de ningún grupo social».³⁰

Para comprender la posición de Ulianov hay que tener presente que había traducido uno de los primeros escritos de Marx, la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. La traducción se publicó en Suiza con un interesante prólogo de Lavrov.³¹ Para Ulianov la crítica de la religión, que era el tema central del artículo de Marx, tenía una importancia secundaria; lo que le interesaba sobre todo era el pensamiento de Marx sobre la posibilidad de acelerar el desarrollo histórico de un país atravesando algunas fases de ese desarrollo sólo a nivel ideológico. Según el joven Marx, el desarrollo del pensamiento político en Alemania había ido más lejos que su desarrollo histórico, ya que Alemania había experimentado en el pensamiento todo lo que Francia había experimentado en la realidad: por esto Alemania podía saltarse la fase de la revolución burguesa clásica, según el modelo francés. Muy justamente Ulianov ve en ello un importante argumento a favor de la tesis de que los países económicamente atrasados pero ideológicamente avanzados pueden saltarse o acelerar algunas fases de su propio desarrollo «natural».

Vladimir Ulianov, el futuro Lenin, profundamente conmovido por la ejecución de su hermano mayor, quedó igualmente impresionado por la actitud de los liberales locales, que rompieron las relaciones con la familia.³² Poco tiempo después entró a formar parte de los marxistas revolucionarios. Naturalmente había aprendido mucho de

³⁰ Citado por KARATAEV, *Narodniceskaia ekonomiceskaia literatura* cit., p. 631.

³¹ V. P. L. LAVROV, *Filosofía i sotsiologia*, Moscú 1965, vol. 11, pp. S81-613.

³² Cf. N. K. KRUPSKAIA, *Memories of Lenin*, Londres 1930, pp. 4-5.

Plejánov, pero ya en sus primeras obras se advierten algunos puntos de divergencia. Estas divergencias se acentuaban quizás en su actitud con respecto a los populistas, los liberales y los «marxistas legales». A diferencia de Plejánov, el joven Lenin sospechó desde un principio que Struve era un liberal burgués, y le acusó de haber subrayado excesivamente lo que distinguía al marxismo del populismo, pasando por alto sus objetivos comunes como ideologías de los productores directos.³³ Se distanció del «objetivismo» de Struve, observando con agudeza que fácilmente podía degenerar en una justificación de la situación existente, y le contrapuso el espíritu del *partinost*. No acusó a los populistas de ser demasiado anticapitalistas, sino al contrario, de ser demasiado poco conscientes de las tendencias capitalistas existentes entre los campesinos y, por tanto, de agarrarse a ilusiones burguesas. En su opinión el capitalismo ruso (a diferencia de lo que decían Struve y Plejánov) no era una estructura que se desarrollaría plenamente y produciría sus frutos en el futuro, sino algo ya definitivamente establecido, es decir, una estructura ya suficientemente madura como para justificar el hecho de que sus defensores (los liberales) fueran considerados conservadores, y hubiera que combatirlos. Esta opinión no se debía a una subvaloración del atraso económico ruso: Lenin consideraba maduro al capitalismo ruso porque para él el criterio de juicio principal de la «madurez» del capitalismo era el carácter de las divisiones y de las luchas de clase, y no sólo el desarrollo de las fuerzas productivas.³⁴

La importancia de estas peculiaridades de la posición de Lenin en los debates de los años noventa puede valorarse plenamente si se examinan en la perspectiva del desarrollo posterior de su pensamiento político. Sus primeras obras se centran en la reivindicación del gran papel del «factor subjetivo» -la conciencia revolucionaria y la voluntad organizada- en el proceso histórico, en su profundo interés por la cuestión agraria, en su negativa a

³³ V. I. LENIN, *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*, en ID., *Obras completas*, Buenos Aires 1969 ss., vol. 1, pp. 351 y ss. (especialmente pp. 515 y ss.).

³⁴ Cf. ID., *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*, ibíd., págs. 139 y ss. (especialmente 326 y ss.).

considerar a los campesinos como una «masa reaccionaria» (actitud característica de los mencheviques y en general de la II Internacional),³⁵ en su táctica política basada en la alianza no con los liberales (como postulaba Plejánov), sino con los partidos democráticos campesinos. Toda esta historia pertenece, sin embargo, al período siguiente.

Dada nuestra posibilidad de examinar las cosas retrospectivamente, podemos constatar que en los debates decimonónicos entre populistas y marxistas rusos, tanto los primeros como los segundos formularon problemas fundamentales sin que ni unos ni otros consiguieran prever el futuro. Fue verdaderamente una hegeliana «ironía de la historia» el que en 1917 los socialrevolucionarios «neopopulistas» apoyaran la democracia política «burguesa» (a pesar de la tradicional hostilidad populista por la libertad política), mientras los marxistas revolucionarios la liquidaban (a pesar de que en los debates con los populistas de los años noventa todos ellos, incluido Lenin, la habían defendido). Resultó correcta la previsión populista de que el derrocamiento de la autocracia iría seguida en Rusia por una revolución socialista, de que no transcurriría mucho tiempo entre la revolución burguesa y la revolución socialista. Resultó infundada, en cambio, su optimista confianza en el hecho de que ese desarrollo no comportaría pagar un «precio por el progreso» muy alto, es decir, que la industrialización socialista que seguiría a la revolución no requeriría grandes sacrificios humanos. En 1917 Plejánov vio en Lenin al continuador de Tkachëv, y observó justamente que la revolución bolchevique contradecía en sus presupuestos fundamentales su interpretación del marxismo.³⁶ La victoria del marxismo en Rusia fue pues algo distinto a las teorías y las previsiones del «padre del marxismo ruso».

3. *Marx y Engels ante el problema populista*

Ante la creciente fuerza del movimiento revolucionario ruso, participe también de la causa del socialismo, Marx y Engels tuvieron

³⁵ Cf. D. MITRANY, *Marx Against the Peasant*, Londres 1952, parte 1.

³⁶ G. PLEJÁNOV, *God na rodine*, vol. 11, París 1921. Cf. S. H. BARON, PLEJANOV, *The father of Russian marxism*, Londres 1963.

que plantearse un problema típicamente «populista»: ¿era posible que en Rusia el socialismo venciese antes de que el capitalismo ruso hubiese alcanzado el nivel de desarrollo de Occidente? ¿Era posible que la revolución socialista venciese en un país atrasado antes de la victoria del socialismo en los países más avanzados de Occidente?

En 1882, en el prólogo a la traducción rusa (de Plejánov) del *Manifiesto*, Marx y Engels daban la siguiente respuesta:

Si la revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra podrá servir como punto inicial de un desarrollo comunista.³⁷

Engels ya había expresado una opinión análoga en 1875, durante su polémica con Tkachëv (*Las condiciones sociales en Rusia*). Aun repitiendo que los países occidentales avanzados estaban bastante más cerca del socialismo que la atrasada Rusia, admitía al mismo tiempo que la comuna campesina rusa podría sobrevivir hasta el momento en que fuera posible transformarla en una forma más elevada, comunista, de unidad agrícola. En su opinión, sin embargo, la realización de esa posibilidad dependía de una victoria anterior de la Revolución proletaria en Occidente.

En 1894, en el postscriptum a la reedición de su ensayo sobre *Las condiciones sociales en Rusia*, Engels declaró que la posibilidad de «salvación» de la comuna rusa ya había sido eliminada por los progresos del capitalismo ruso. Sostenía además que esa posibilidad había sido siempre bastante aleatoria, puramente teórica, y que su existencia se había puesto de manifiesto exclusivamente por motivos tácticos, a fin de no desanimar a los revolucionarios rusos.

Un útil comentario a esta afirmación se encuentra en la carta de Engels a Vera Zasúlich del 23 de abril de 1885. Resulta evidente que en su opinión la verdadera tarea histórica de los revolucionarios rusos era el derrocamiento de la autocracia zarista, y que no se tomaba en serio sus convicciones socialistas. Por este motivo no

³⁷ K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del Partido comunista*, en OME, Barcelona-Buenos Aires-México 1976 ss., vol. 9, p. 374.

compartía la preocupación de Plejánov de que la «toma del poder» por parte de los socialistas revolucionarios distorsionaría el normal desarrollo de Rusia. La realidad posrevolucionaria, afirmaba, es siempre distinta de los fines subjetivos que se señalan los revolucionarios, porque la necesidad histórica acaba prevaleciendo: «Quienes se vanaglorian de haber hecho la revolución acaban dándose cuenta, al día siguiente, de que no sabían lo que se hacía; de que la revolución realizada no se parece a la que habían soñado. Es lo que Hegel llama la ironía de la historia».³⁸ Si los seguidores de la Voluntad del pueblo (cuya heroica lucha Marx y Engels apoyaban entusiásticamente) hubiesen podido leer esta carta, no les hubiera gustado mucho ser tratados como instrumentos inconscientes de la irónica racionalidad de la historia.

El escepticismo de Engels sobre las posibilidades de victoria del socialismo en Rusia no se basaba sólo en los datos más recientes sobre el desarrollo del capitalismo ruso, sino también, y sobre todo, en el siguiente presupuesto teórico:

Es históricamente imposible que una sociedad que se halla a un grado de desarrollo económico inferior tenga que resolver problemas y conflictos que surgen y pueden surgir sólo en una sociedad que se halla a un grado de desarrollo mucho más alto (...). Cada formación económica concreta tiene que resolver sus propios problemas, nacidos de su propio seno, acometer la solución de problemas que se plantean ante otra formación, completamente ajena, sería un contrasentido absoluto.³⁹

Este presupuesto les ofrecía la posibilidad de descubrir un lenguaje común con los populistas rusos. Un buen ejemplo de ello es su correspondencia con Danielson. Se trataba de un intercambio de opiniones entre dos hombres que veían los mismos hechos desde perspectivas totalmente distintas: la posición de Danielson era la de un hombre profundamente comprometido con los acontecimientos

³⁸ MARX-ENGELS, *India, Cina, Russia* a cargo de B. Maffi, Milán 1960, p. 251.

³⁹ F. ENGELS. *Postscriptum* (1894) a *Las condiciones sociales en Rusia*, en MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, vol. 2, p. 426.

de su país, ansioso por contrastar o impedir los procesos no deseables. Engels en cambio era un observador no directamente implicado, y consideraba el desarrollo del capitalismo ruso como una «natural» e inevitable evolución social. «La historia -escribía en una carta a su corresponsal ruso- es la más cruel de todas las diosas, y hace pasar su carro triunfal por encima de montañas de cadáveres, no solo en tiempos de guerra sino también en tiempos de «pacífico» desarrollo económico».⁴⁰ Para Engels se trataba de una explicación, en cierto sentido de una justificación teórica de las atrocidades que la historia reservaba a los campesinos rusos; para Danielson (que citó la afirmación en sus *Líneas Fundamentales*) era en cambio una advertencia de los peligros que representaban los procesos históricos espontáneos e incontrolados.

Detengámonos ahora en los análisis de Marx. En 1884 Engels envió al grupo *Liberación del trabajo* una carta de Marx a la redacción de «Otechestvennye Zapiski» escrita en 1877 como respuesta al artículo de Mijailovski, (Marx no la había mandado por temor a que su publicación comprometiese a la revista progresista rusa ante las autoridades). El grupo de Plejanov no la publicó, pero apareció en las páginas de «Vestnik Narodnoi Voli» (Ginebra 1886, n.5 y, poco tiempo después, en una revista rusa autorizada. Los autores populistas (Mijailovski, Voroncov, S. N. Krivenko) vieron en ella la demostración de que Marx no había compartido las opiniones de sus «discípulos» rusos, e inmediatamente se aprovecharon de ella en sus polémicas con los marxistas rusos.

En esta carta Marx pronuncia su juicio sobre la teoría de Mijailovski acerca de la tragedia del marxismo ruso. Eliminaba la pieza fundamental de esta concepción al afirmar que *El Capital* no se proponía ser una teoría universal del desarrollo histórico, «una teoría histórico-filosófica de la marcha general fatalmente impuesta a todos los pueblos». En efecto -declaraba-, «en el capítulo sobre la acumulación primitiva, únicamente pretende indicar la vía mediante la cual, en el Occidente europeo, el orden económico capitalista fue engendrado por el orden económico feudal», pero estas consideraciones no se extienden mecánicamente a las demás partes del mundo.

⁴⁰ Engels a Danielson, 24 de febrero de 1893, en cit., vol. 50, pp. 44-45.

Hechos de una analogía sorprendente, pero verificados en situaciones históricas distintas, producen resultados totalmente diferentes. La clave de estos fenómenos se encontrará fácilmente estudiándolos por separado uno por uno y luego comparándolos entre sí; no se encontrará nunca con el *passé-partout* de una teoría histórico-filosófica, cuya virtud suprema es ser suprahistórica.⁴¹

Marx rechazaba la idea de Mijailovski de que *El Capital* expresaba una actitud negativa con respecto a los esfuerzos de los rusos que intentaban encontrar para su país una vía de desarrollo distinta y mejor que la occidental. Con mucha franqueza formulaba esta opinión:

Para poder juzgar con conocimiento de causa los procesos económicos en la Rusia contemporánea, he aprendido el ruso y he estudiado durante años y años las publicaciones, oficiales y no oficiales, que tratan sobre este tema. He llegado a la siguiente conclusión: si Rusia continúa por el camino que emprendió en 1861, perderá la mejor ocasión que la historia ha ofrecido nunca a un pueblo de no sufrir los tormentos del régimen capitalista.⁴²

Naturalmente los populistas interpretaron estas palabras como una confirmación de su confianza en que Rusia tenía la posibilidad de evitar el desarrollo capitalista. El prestigioso autor populista Gleb Uspenski vio en la carta de Marx un «amargo reproche» a la sociedad rusa, incapaz de utilizar su «mejor ocasión».⁴³ Lenin, en polémica con los populistas, afirmó que en realidad Marx había evitado dar

⁴¹ MARX-ENGELS, *Sobre el modo de producción asiático*, Barcelona 1969, pp. 168-171.

⁴² *Ibid.*, p. 168. Es oportuno subrayar en este contexto que Marx quedó muy impresionado por el libro de FLEROVSKI, *La situación de la clase obrera en Rusia*, que consideraba la obra más importante en su género, después de la de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra.

⁴³ Cf. el artículo de G. I. USPENSKI, *Amargo reproche*, en *ID, Sobranie sochineni*, vol. IX, Moscú 1957, pp. 166-173.

una respuesta precisa.⁴⁴ Plejanov basaba su interpretación de la carta de Marx en el hecho de que después de 1877 Rusia había continuado por la vía del capitalismo y por tanto (según la fórmula de Marx) debía sufrir «los tormentos» del desarrollo capitalista.⁴⁵

Pero ni Lenin ni los populistas sabían que Plejanov poseía un documento posterior en el que la posición de Marx estaba aún más clara y era aún más incompatible con la interpretación dada al marxismo por Plejanov. Se trataba de la carta de Marx a Vera Zasúlich (8 de marzo de 1881), descubierta después de la revolución de octubre en el archivo del grupo Liberación del trabajo y publicada en 1924.⁴⁶ Era la respuesta a una carta de Zasúlich en la que preguntaba a Marx si era cierto que la comuna campesina rusa estaba condenada, y que Rusia, como todos los países del mundo, tenía que recorrer, «por ley histórica inevitable», todas las fases de la producción capitalista. Respondiendo a esta «maldita pregunta» de los populistas rusos, Marx repetía una vez más que *El Capital* no contenía una teoría universal del desarrollo económico, y que «la "fatalidad histórica" de ese movimiento está, pues, expresamente reducida a los países de la Europa occidental». Concluía, por tanto:

⁴⁴ Cf. LENIN, *Quiénes son los amigos del pueblo* cit., pp. 281 y ss.

⁴⁵ PLEJANOV. vol. VII, pp. 263-264. En su comentario a la carta de Marx, Plejanov tuvo que formular sus opiniones con una cautela mayor a la habitual en él. En otros momentos se refería a «leyes sociológicas generales» y no dudaba en afirmar que el marxismo permite prever «con precisión matemática» la dirección futura de los procesos económicos.

⁴⁶ En 1881 Plejanov y Vera Zasulich eran aún populistas. No publicaron la carta de Marx porque sabían que este tenía la intención de elaborar sus ideas sobre la posibilidad de una transición directa al socialismo en Rusia en un escrito dedicado al tema. Pero ¿por qué se abstuvieron de publicarla más tarde tras la muerte de Marx? ¿Se trató de una tentativa consciente de ocultar determinadas ideas del maestro que no coincidían con las suyas? Según J. Z. POLEVOI. Moscú 1959, p. 163, la publicación de la carta de Marx era simplemente inútil por cuanto sus opiniones y las de Engels sobre el tema ya habían sido expresadas en el prólogo a la edición rusa del Manifiesto. Sin embargo, no parece un argumento totalmente convincente; cf. el debate entre E. JUREVSKI y B. NICOLAEVSKI, en «Sotsialisticheski Vestnik», Nueva York-París 1957, n. 4-5.

El análisis ofrecido en *El Capital* no presenta, pues, razones ni en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que le he dedicado, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esa comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, pero para que pueda funcionar como tal, habría que eliminar primero las influencias deletéreas que la asaltan por todas partes y asegurarle después las condiciones normales para un desarrollo espontáneo.⁴⁷

La tarea de «eliminar las influencias deletéreas» externas (o sea, la influencia del Estado, de los capitalistas y de los terratenientes) coincidía con las tareas que se habían señalado los populistas revolucionarios, y su realización no se hacía depender de una victoria anterior de la revolución socialista en Occidente. No se trataba de un olvido, como lo demuestran los cuatro borradores de la carta de Marx, encontrados en su archivo, que constituyen una minuciosa elaboración de la conclusión general.⁴⁸ Si los populistas rusos hubiesen podido leer estas páginas de Marx, sin duda habrían encontrado en ellas una valiosa y prestigiosa justificación de sus esperanzas. Además -tenemos que añadir- los borradores habrían alcanzado su objetivo: Marx los había elaborado no sólo para responder a la carta de Zasúlich, sino también como esbozo del opúsculo que quería escribir a petición del Comité ejecutivo de la Voluntad del pueblo.

El razonamiento de Marx tiene muchos puntos en común con la *Crítica de los prejuicios filosóficos* contra la *propiedad comunal de la tierra* de Chernishevski, un artículo que Marx había leído con atención y que, evidentemente, ejerció sobre él una cierta influencia.⁴⁹ El comunismo, sostiene Marx, es «un renacimiento en una forma superior de un tipo social arcaico», representado por la

⁴⁷ Marx a Vera Zasúlich, 8 de marzo de 1881. en MARX-ENGELS, *Cartas sobre El Capital*, Barcelona 1968, pp. 234-235.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 237-244. Cf. SHIZUMA HINADA, *On the meaning on our time of the drafts of Marx's letter to Vera Zasulich. With textual criticism*, Londres 1964.

⁴⁹ Cf. V. M. SHTEIN, *Ocherki razvitiia ruskoj obshchestvenopoliticheshoi mysli*, Leningrado 1948, p. 236.

comuna campesina rusa, y por ello Rusia podría pasar directamente (siempre que las condiciones externas fueran favorables) de las comunas rurales a la producción comunista moderna a gran escala. A las comunas primitivas les cuesta morir, y es bastante probable que su decadencia no se incluya de un modo inevitable en el curso natural de la evolución, como afirmaban los estudiosos liberales, sino que a veces sea el resultado de presiones externas. La comuna campesina rusa representa el tipo más elevado de colectivismo arcaico, basado no en ligámenes de sangre, sino en relaciones de vecindad, y esto aumenta sus posibilidades de evolución en un sentido progresista. Rusia se encuentra actualmente en una posición extraordinariamente aventajada, ya que el comunismo primitivo ruso ha sobrevivido hasta que en Occidente se han dado las condiciones económicas, tecnológicas y culturales del comunismo moderno. Rusia no es un país aislado ni, como la India, un país sometido a la dominación extranjera; tiene contactos con el mercado internacional y puede beneficiarse de la tecnología y de la cultura modernas, asimilando los frutos del capitalismo occidental pero rechazando el *modus operandi* de éste. En una situación excepcional como ésta no hay ninguna necesidad de desarrollo capitalista. Los defensores del capitalismo ruso, que proclaman la necesidad de recorrer toda la serie de fases del desarrollo, no deben olvidar que también la industrialización capitalista en Rusia se salta algunas de sus «fases naturales», asimilando los resultados ya elaborados por el desarrollo industrial en Occidente, como la tecnología moderna, los ferrocarriles y el sistema bancario (lo mismo había sostenido Chernishevski en su artículo). Lo que los liberales rusos llamaban «desintegración natural de la comuna campesina» es, en efecto, el resultado de una consciente opción política del Estado, que ejerce fuertes presiones financieras sobre la comuna para poder subvencionar el capitalismo ruso a costa de los campesinos (la misma interpretación había sido propuesta por los populistas). Si los notables ingresos extraídos por el gobierno a los campesinos emancipados, que se utilizan para estimular el capitalismo ruso, se usaran para desarrollar la agricultura, nadie podría hablar de «desintegración natural» de la comuna, y todos reconocerían su importancia como elemento de la superioridad de Rusia sobre el Occidente capitalista.

La conclusión era simple y clara. La comuna campesina rusa no está amenazada ni por una presunta «fatalidad histórica» ni por una teoría abstracta: su auténtico enemigo es la autocracia rusa, que sostiene artificialmente el capitalismo. Lo importante no es la solución de un problema teórico, sino la destrucción de un enemigo concreto. «Para salvar la comuna rusa, es necesaria una revolución rusa».

El opúsculo sobre la comuna campesina que Marx había prometido al Comité de Petroburgo de la Voluntad del pueblo no llegó a ser escrito. ¿Fue únicamente la enfermedad lo que impidió que Marx lo escribiera, o bien Marx no estaba totalmente convencido de haber reflexionado lo suficiente sobre el problema y prefirió no emitir un juicio prematuro?

Un análisis más profundo de los borradores de la carta a Vera Zasúlich redactados por Marx sólo podría llevarse a cabo en el contexto de un estudio más amplio sobre las ideas de Marx acerca del comunismo primitivo y sobre su evolución. Baste señalar que el interés por las comunidades primitivas nació en Marx bastante tarde, y estuvo ligado al «problema populista». Hobsbawm ha señalado con razón que «en lo que concierne a la sociedad primitiva comunitaria, los puntos de vista histórico de Marx y Engels se vieron, sin duda, influidos por la lectura de la obra de dos autores: Georg von Maurer, quién intentó demostrar la existencia de la propiedad comunal como una etapa de la historia alemana, y sobre todo, Lewis Morgan, cuya obra *Ancient Society* (1877) suministró la base de su análisis del comunitarismo primitivo».⁵⁰

La primera reacción de Marx a las obras de Maurer, expresada en su carta a Engels del 25 de marzo de 1868, consistió en decir que habían privado a los rusos de «las últimas huellas de una pretendida originalidad».⁵¹ Nos parece que esta afirmación de Marx es suficiente para demostrar que su interés por Maurer estuvo en cierta medida estimulado por las primeras teorías del populismo ruso, y con toda probabilidad por el «socialismo ruso» de Herzen. Más tarde, el

⁵⁰ K.MARX, *Formaciones económicas precapitalistas*, prólogo de E. J. Hobsbawm, Madrid 1967, p. 48.

⁵¹ Marx a Engels, 14 de marzo de 1868, en MARX-ENGELS, *Cartas sobre El Capital* cit., p. 156.

interés científico por las estructuras sociales y económicas arcaicas, muy intensificado por la fascinación que ejerció *Ancient Society* de Morgan en su mente, permitió que Marx mirara con otros ojos el populismo ruso, convertido ahora en una importante tentativa de «encontrar en lo que existe de más antiguo las cosas más nuevas».⁵² A ello deberíamos añadir la influencia de la literatura económica y sociológica rusa que Marx «devoró» a partir de 1873.⁵³ Sobre la base de estos hechos podemos sacar la conclusión de que la influencia y la misma existencia del populismo ruso fueron algunos de los factores más importantes que determinaron la transformación de las opiniones de Marx sobre el comunitarismo primitivo.

La posibilidad de que la comuna campesina actuase como punto de apoyo de la regeneración social rusa fue exagerada tanto por los populistas (aunque no por todos) como por Marx. Hay que subrayar, sin embargo, que la verdadera importancia de las teorías populistas (consideradas desde nuestro punto de vista) no está tanto en lo que afirmaban a propósito de la comuna, cuanto en la elaboración de algunas ideas generales sobre el desarrollo no capitalista de los países atrasados. Lo mismo puede decirse de los borradores de la carta a Vera Zasúlich, en los que encontramos la interesante formulación de una serie de problemas nuevos e importantes, como el problema del desarrollo «asincrónico», en el que se superponen fases distintas, el particular «privilegio del atraso», la función del contacto cultural, el «efecto demostrativo» y la importación de tecnología en un desarrollo acelerado y concentrado; en pocas palabras, los problemas de la vía no capitalista a la modernización.

Una rápida comparación entre las ideas de Marx y las de Engels demuestra que las actitudes respectivas hacia los «problemas populistas» no eran totalmente idénticas. Globalmente, Engels era más pesimista sobre las perspectivas del socialismo en Rusia. A diferencia de lo que sostenía Marx (en los borradores de la carta a Zasúlich), tendía a interpretar la desintegración de la comuna campesina en Rusia como un proceso «natural» e inevitable, y nunca dejó de repetir que la revolución socialista tenía que vencer primero

⁵² Marx a Engels, 25 de marzo de 1868, *ibíd.*, p. 158 (Marx se refiere también a la obra de Maurer).

⁵³ Cf. el prólogo de Hobsbawm a MARX, Formaciones cit., p. 51

en Occidente. Nunca aceptó la idea de que la comuna campesina fuera un elemento de la «superioridad» de Rusia sobre Occidente; incluso en algunas de sus formulaciones la comuna campesina era presentada no tanto como el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia sino como tradicional punto de apoyo del despotismo ruso.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que estas diferencias pueden atribuirse no tanto a divergencias teóricas cuanto a razones políticas inmediatas, y a la incidencia de diversos acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, la polémica de Engels con Tkachëv reflejaba el ambiente creado por el asunto Nechaev y por los duros conflictos entre marxistas y bakuninistas en el seno de la Internacional; los borradores de la carta de Marx a Vera Zasúlich reflejan las exageradas esperanzas compartidas en aquel momento tanto por Marx como por Engels acerca de la inminencia de una revolución en Rusia; la actitud más cauta que adoptaron en el prólogo de la edición rusa del *Manifiesto* de 1882 puede interpretarse como una reacción a la derrota de la Voluntad del pueblo; y, por último, la correspondencia de Engels con Danielson y su postscriptum al artículo *La situación social en Rusia* pueden explicarse refiriéndose a las nuevas perspectivas abiertas por la rápida industrialización capitalista, tanto de Alemania como de Rusia. A principios de los años ochenta no sólo Marx sino también Engels mostraron gran interés por la «propiedad arcaica». En un artículo sobre la marca alemana (1883) Engels aconsejaba a los campesinos alemanes que hicieran renacer, de una forma nueva y más elevada, la antigua comuna rural. Consideraba que ese renacimiento permitiría a los campesinos emprender una vía no capitalista hacia la producción agrícola moderna, a gran escala.⁵⁴ Más tarde Danielson elaboraría una idea análoga: «injetar la *gran industria* en la comuna campesina». Sin embargo, en los años noventa, Engels se muestra escéptico a este respecto hasta el punto de considerar que «en nuestros días la suerte del campesino parece echada».⁵⁵ Así pues, las

⁵⁴ Cf. K. MARX, F. ENGELS, *Sobre el modo de producción asiático* cit., pp. 206 y ss.

⁵⁵ Engels a Danielson, 15 de marzo de 1892; en MARX-ENGELS, *India, Cina e Russia* cit., p. 259.

opiniones de Marx y Engels sobre estos problemas no eran inmutables y no pueden explicarse sacándolas de su contexto histórico y político. Sin embargo, la importancia de tales opiniones no puede reducirse a un mero valor documental. El populismo ruso planteó a Marx y a Engels un efectivo problema teórico, y no sólo práctico, un problema cuya importancia universal no sería reconocida hasta el siglo XX, y los borradores de Marx de la carta a Vera Zasúlich fueron sin duda una de las primeras tentativas serias de abordarlo.

VITTORIO STRADA

El «marxismo legal» en Rusia

Por «marxismo legal» se entiende la actividad política y cultural que llevó a cabo entre 1894 y 1901 un pequeño grupo de estudiosos rusos: Petr Struve, Mijail Tugan-Baranovski, Sergei Bulgakov, Nikolai Berdiaev y Semen Frank.⁵⁶ A pesar de la brevedad del período en que actuó este pequeño grupo, el marxismo legal (así llamado porque sus publicaciones en Rusia no eran clandestinas) constituye una página bastante rica en motivos de interés no sólo desde el punto de vista de la historia cultural rusa sino también para una historia de las ideas marxistas en general. Ciertamente es digna de atención la personalidad de cada uno de los cinco «marxistas legales», todos los cuales dejaron en distintos campos una huella profunda con su actividad de políticos, economistas, historiadores y filósofos; pero aún más interesante es la historia del grupo hasta su disolución, que llevó a sus miembros fuera del marxismo en una trayectoria política y cultural individual.

Los motivos de interés del marxismo legal pueden resumirse de la siguiente forma: sus relaciones con el «marxismo revolucionario» ruso en la lucha común contra el populismo; su significación en la «crítica del marxismo» que fue autónoma y anterior con respecto a la que se vincula al nombre de Bernstein; y su función en la creación de un movimiento político democrático-liberal en Rusia. Dado que los campos de actividad de los marxistas legales van de la economía a la filosofía, unidas a la política, un estudio analítico de los mismos, vinculado a las vicisitudes históricas del último lustro del siglo, nos llevaría en direcciones bastante diversas, incluso en un sentido

⁵⁶ Sobre el «marxismo legal» véanse N. ANGARSKI, *Legalny marxizm*, Moscú 1925 (apareció sólo el primer volumen); A. P. MENDEL, *Dilemmas of Progress in Tsarist Russia. Legal Marxism and Legal Populism*, Cambridge (Mass.) 1961; R. KINDERSLEY, *The First Russian Revisionist. A Study of Legal Marxism in Russia*, Oxford 1962; R. PIPES, Struve, *Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge (Mass.) 1970. Hay una reseña bibliográfica sobre el tema en el fascículo 87 de las "Istoricheskie zapizki" (V. P. BULDÁKOV, *Istoriograficheskaia problematika "legalnogo marxizma"*). Cf. también el ensayo introductorio a mi edición del *¿Qué hacer?* de Lenin (TurIn 1971).

personal. Por ello será mejor partir del núcleo político de su actividad común y seguir sus ramificaciones metodológicas para determinar los modos en que el marxismo legal dejó de existir y por tanto de constituir un objeto directo de estudio para la historia del marxismo. El primer punto que habrá que tener en cuenta será la polémica con el populismo, en la que se distinguieron sobre todo Struve, con su libro *Kriticheskie zametki k voprosu ob ekonomicheskom razviti Rosi* (Notas críticas acerca del desarrollo económico de Rusia) y Berdiaev con *Subektivizm i individualizm v obshchestvennoi filosofii. Kriticheski etiud o N. K. Mijailovskom* subjetivismo e individualismo en la filosofía social. Ensayo crítico sobre N. K. Mijailovski, San Petersburgo, 1901), precedido de un amplio ensayo introductorio de Struve.

1. La polémica con el populismo

La polémica con el populismo no era nueva en Rusia. En cierto sentido la habían empezado Marx y Engels al interesarse por las formas y los ritmos del desarrollo económico en Rusia y al mantener relaciones epistolares con populistas rusos. Sin embargo, más que de una polémica se trataba de un intercambio de opiniones sobre problemas nuevos planteados por los mismos Marx y Engels, quienes encontraron motivos de estímulo para su investigación en el contacto con la realidad rusa, así como el populismo ruso asimiló a su manera análisis e ideas fundamentales de Marx y Engels, y reaccionó ante los mismos con sus originales y utópicas perspectivas de una vía no capitalista para Rusia.

En un sentido estricto, la polémica marxista con el populismo empezó con la formación de un marxismo teórico en Rusia, que, como es sabido, con la figura de Plejánov se distanció de la experiencia populista y se opuso a ella con una crítica radical. El problema de la relación con el populismo fue no sólo el primero sino el constante problema del marxismo ruso y constituye todavía un importante problema teórico e historiográfico. En sus dos escritos de crítica a los fundamentos del populismo, *Socializm i politicheskaia barba* (El socialismo y la lucha política, 1883) y *Nashi raznoglasiya* (Nuestras discrepancias, 1885), Plejánov atacó en primer lugar el dogma de la imposibilidad del desarrollo capitalista en Rusia y

demostró no sólo que ese desarrollo era teóricamente posible, sino que ya estaba concretamente en marcha. El blanco principal de la polémica de Plejánov, más que la teoría populista del específico desarrollo económico ruso, era sin embargo el conjunto de consecuencias políticas que podían extraerse de esa teoría: en particular el «subjektivismo» jacobino o blanquista que atribuía a una minoría de revolucionarios, dotados de una clara conciencia política y de una fuerte organización conspirativa, la tarea de conquistar el poder estatal y de usarlo para imprimir al desarrollo económico un sentido no capitalista es decir socialista, reduciendo así en Rusia a cero la fase capitalista vigente en Occidente. En este plan político Plejánov veía una ilusión antihistórica que, si acaso se llevaba a término, llevaba no al socialismo sino a la dictadura de una casta de sedicentes funcionarios socialistas. Desde estas mismas posiciones críticas, Plejánov, hasta la época del *¿Qué hacer?* y con particular vehemencia en vísperas de la revolución bolchevique, llevará a cabo su polémica con Lenin, en quien advirtió una profunda continuidad con el jacobinismo populista.

Distinto es el tipo de crítica que Struve hace del populismo: más atento a las cuestiones del desarrollo económico de Rusia, aunque no carente de un espíritu político que, en su desarrollo, llevará a este marxista legal al liberalismo. Struve distingue en el populismo dos «fracciones» o tendencias, una occidentalista y otra eslavófila. Ambas tienen en común un elemento esencial: la teoría del desarrollo económico original de Rusia o simplemente la fe en la posibilidad de este tipo de desarrollo que evite en Rusia el capitalismo occidental. Por tanto el populismo es sustancialmente eslavófilo, en el sentido de que niega la unidad cultural entre Rusia y Europa occidental. Pero en el seno del populismo, Struve, como se ha dicho, distingue dos tendencias: una propiamente eslavófila, que pone sus principales esperanzas de desarrollo autónomo ruso en el carácter nacional específico de instituciones económico-sociales como la *obshchina* y el *mir*; otra, en cambio, occidentalista a su manera, en cuanto propugna la acción creativa consciente de la «personalidad pensante», es decir, de los intelectuales que sabrán regular el curso de ese desarrollo. La posición de Struve es de un occidentalismo radical que regenere a Rusia en una relación de unidad y homogeneidad con toda Europa. Y el instrumento de este neooccidentalismo es, para él, el marxismo.

El marxismo, para el Struve de las *Kriticheskie zametki*, tiene un programa filosófico preciso, aunque carente de un fundamento adecuado. La génesis y el análisis del sistema capitalista no agotan el marxismo, que es una «teoría filosófica de la historia»:

La filosofía histórica de Marx basa su doctrina en los orígenes del sistema capitalista, pero es también más amplia; según la idea de su creador, abarca todos los posibles cambios de las formas sociales tanto del pasado como del futuro; es una audaz tentativa de explicar todo el proceso histórico en base a un único principio.⁵⁷

Struve, por otra parte, pone ya las premisas de una futura crítica del marxismo, cuando escribe que «no podemos dejar de reconocer que aún no se han formulado los fundamentos puramente filosóficos de esta doctrina, y que ésta aún no ha examinado el inmenso material concreto que constituye la historia universal». Y prosigue:

Evidentemente, es necesaria una revisión de los hechos desde el punto de vista de la nueva teoría; es necesaria una crítica de la teoría sobre la base de los hechos. Quizá muchas tesis unilaterales y muchas generalizaciones demasiado apresuradas serán abandonadas. Pero el germen de la doctrina es, en mi opinión, correcto.⁵⁸

El punto en el que Struve lleva a cabo ya su «revisión» es la teoría del Estado: la tesis marx-engelsiana que atribuye al Estado una función de dominio de clase se considera unilateral: «El Estado es en primer lugar organización del orden, y es organización del dominio (de clases) en la sociedad en la que la sumisión de algunos grupos a otros está condicionada por la estructura económica de ésta».⁵⁹ Y observa:

⁵⁷ P. Struve, *Kriticheskie zametkie k voprosu ob ekonomicheskom razviti Rosi*, San Petersburgo 1894, p. 45

⁵⁸ *Ibid.*, p. 46.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 53

La negación del Estado por parte de Marx y sus seguidores, negación derivada de su concepción del Estado como organización de dominio, en nuestra opinión, por una parte se explica por el hecho de que han ido demasiado lejos en la crítica del Estado contemporáneo, y por otra recuerda la afinidad originaria entre la visión de Marx y las primeras concepciones de Proudhon.⁶⁰

De esta primera importante divergencia con el marxismo se derivan dos consecuencias. La primera es que el Estado sólo puede llevar a cabo una acción conforme al proceso económico existente y sólo en el seno de este proceso tiene un margen de libre intervención; se rechaza así la idea populista que *atribuía* al poder estatal la facultad demiúrgica de elegir un determinado tipo de desarrollo económico (no capitalista), como si se tratase de una opción política iluminada por una oportuna teoría ético-social. El Estado «puede llevar a cabo una política librecambista o proteccionista, el Estado puede luchar contra los excesos del capitalismo mediante la legislación industrial, en su política agraria puede tender a favorecer la gran propiedad terrateniente o bien la pequeña propiedad, pero no puede «hacer» lo que sólo puede ser el resultado de un determinado proceso histórico y no puede organizar la producción en un terreno totalmente falso de preparación para la misma».⁶¹ De hecho,

la política del Estado es la resultante de las fuerzas sociales. Además, tanto el Estado como la intelligentsia -aun admitiendo que estén por encima de las clases sociales y de sus intereses- están ligados en sus acciones por el nivel cultural de la masa de la población.⁶²

De este modo, el utopismo populista, y en general todo tipo de utopía que confiriera al poder estatal una función determinante de desarrollo económico-cultural, era rechazado de raíz en nombre de un marxismo que se constituía en garante teórico de un desarrollo

⁶⁰ Ibid.

⁶¹ Ibid., p. 278.

⁶² Ibid., p. 276

capitalista dirigido a democratizar las instituciones, incluidas las instituciones nacientes del movimiento obrero.

La segunda consecuencia derivada de la teoría struviana del Estado era el liberalismo. Si el Estado no es únicamente una forma de dominio de clase, que una revolución proletaria universalista tiene la misión de destruir tarde o temprano, sino que constituye una forma permanente de organización social, se hace necesaria una reflexión teórico-política que analice las tendencias de desarrollo de la institución estatal en el mundo moderno y que elabore también las reglas de la relación entre esta institución metaindividual y los individuos y los grupos. Struve rechaza una hipóstasis acrítica del Estado que confieren a esta institución una sustancialidad fantástica a la que se sacrifiquen los reales intereses de las personas unificadas en la comunidad estatal. Es el peligro que se corre siempre que la «fluida relación jurídico-social llamada Estado se transforma en una esencia autónoma, que puede ser pensada separadamente de las personas vivas y de su relación recíproca». ⁶³ Por otra parte Struve no predica «un nominalismo ingenuo, según el cual la sociedad es la recíproca relación mecánica de los átomos humanos, de los individuos». ⁶⁴ Pero, aunque el individuo no constituya «la única realidad del proceso social», «el individuo que se autodetermina es la base moral absoluta de toda estructura social, y en este sentido el individualismo es un principio moral absoluto». ⁶⁵ Aquí se acentúa la divergencia con el marxismo determinista, y precisamente esa divergencia lleva a los «marxistas legales» a posiciones idealistas de tipo kantiano o religioso. Struve analiza también el socialismo, como problema ético y político, desde el punto de vista del individualismo (es decir, de la libertad entendida como autonomía de la persona) y afirma que ningún universalismo es aceptable si resulta incompatible con los derechos del individuo.

El liberalismo en su forma pura es el reconocimiento de los derechos inalienables del individuo, que deben estar por encima de los atentados de cualquier totalidad colectiva

⁶³ ID., *Na raznye temy* (1893-1901), San Petersburgo 1902, página 533.

⁶⁴ Ibid.p. 534

⁶⁵ Ibid.

metaindividual, como quiera que esté organizada y cualquiera que sea su denominación.⁶⁶

Desde esta óptica leemos sus primeras declaraciones de fe liberal: La primera palabra del liberalismo es la libertad de conciencia y Struve señala su origen en la lucha por la libertad religiosa y su patria en la Inglaterra independentista. En este sentido el liberalismo, cuyo significado no se agota en una determinada organización del poder y es incluso más vasto y profundo que el de la democracia (la democracia es sólo un instrumento para resolver el problema del liberalismo), no tiene un valor de clase, o sea no es meramente burgués, como pretende un determinado marxismo, sino que tiene valor internacional e ideológico general.

La crítica de Struve al Estado-Leviatán adquiere acentos de lúcida premonición cuando se detiene a considerar el extraordinario perfeccionamiento del poder estatal por obra del grandioso progreso técnico moderno. Seguimos la argumentación de Struve porque precisamente en el análisis del Estado se distancia definitivamente del marxismo, que, sobre todo en la versión leniniana, no se interesaba por la problemática del Estado en las relaciones con los individuos. Para Struve el moderno Estado de derecho ha entrado en una fase de crisis y de contradicciones en cuanto «ha reconocido los inalienables derechos del individuo» y consiguientemente «ha restringido de hecho y de derecho la esfera del dominio estatal»; pero, al mismo tiempo, se han creado «en primer lugar, nuevos campos y fenómenos de vida que (en algunos casos repentinamente y en otros gradualmente) han acabado bajo el poder y la influencia del Estado» Y «en segundo lugar, un nuevo vasto aparato estatal con todos sus dispositivos funcionando regularmente ha penetrado en esferas que antes le eran inaccesibles».⁶⁷ Este poder del Estado es un factor nuevo y específico de nuestro tiempo. Y está claro que

su significado cultural varía totalmente en función del hecho de que al Estado, armado con todas las más modernas conquistas de la técnica industrial, administrativa y de otro

⁶⁶ Ibid., p. 542.

⁶⁷ Ibid., p. 550.

tipo, se contraponga o no el individuo investido con sus derechos. En otras palabras, ¿qué significa el crecimiento del poder material del Estado, crecimiento creado y ralentizado por el progreso de todo tipo de técnica, cuando los derechos del individuo no han cristalizado en el derecho y cuando el dominio o el reconocimiento del derecho objetivo no va acompañado por el absoluto reconocimiento de los derechos subjetivos? Estamos profundamente convencidos de que este problema, que es de gran interés para la filosofía de la cultura y por tanto del derecho, es al mismo tiempo el problema fundamental de la cultura rusa contemporánea, el que absorbe a todos los demás.⁶⁸

Struve estaba convencido de que «nunca, en ninguna época histórica la falta de los derechos del individuo cristalizados en el derecho ha constituido un peligro cultural tan grande como en el siglo de los enormes Estados dotados de una perfecta red de ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, y de un «aparato» burocrático «ilimitado» de impecable eficiencia»,⁶⁹ y precisamente esta convicción confería su auténtico significado a la célebre conclusión de las *Kriticheskie zametki*, a todo el «marxismo legal» y más tarde al liberalismo constitucional de Struve: «Reconozcamos nuestro atraso cultural (*nekul turnost*) y vayamos a la escuela del capitalismo».⁷⁰ Era una invitación que parecía aberrante a los populistas, que mantenían todavía la ilusión de poder evitar a Rusia la «escuela» del capitalismo, y que parecía apologética al marxismo revolucionario, que pensaba que podría reducir al mínimo aquella «escuela», limitándola como máximo a un aprendizaje negativo. El «marxismo legal» de Struve llevaba en cambio a un aprendizaje positivo, no sólo antizarista, y no podía dejar de llevar a un rechazo total del marxismo como concepción social y como proyecto político coherente y completo.

Ya en las *Kriticheskie zametki* Struve había esbozado su interpretación antirrevolucionaria del marxismo; reflexionando, en

⁶⁸ Ibid., p. 551.

⁶⁹ Ibid., p. 552.

⁷⁰ *Kriticheskie zametki* cit., p. 288.

1901, sobre los años de su marxismo legal, objetaba a un crítico populista, Mijailovski (que veía en el «giro crítico» del marxismo ruso un reflejo del giro análogo que se había producido con Bernstein en el marxismo occidental), que ya en su libro de 1894 había expuesto «un montón de herejías» y que «el carácter antipopulista de aquella primera tentativa literaria (suya) había ocultado en gran medida a los adversarios (su) no ortodoxia». Además, continuaba Struve, su «revisión» del marxismo «había empezado ya durante la alianza con la ortodoxia, sin romper esa alianza», que estaba cimentada por el adversario común, el populismo, y por la exigencia de dar una nueva interpretación teórica y práctica de la realidad rusa. Todo esto «sucedió antes del gran acontecimiento» de la literatura marxista europeo-occidental, antes de la publicación del libro de Bernstein». Por eso «el movimiento crítico en el marxismo ruso no sólo ha nacido antes que el europeo-occidental, sino que tiene caracteres totalmente originales» y se distingue «por una superior audacia», ya que «con decisión y sin reservas ni restricciones conciliadoras de ningún tipo» rompe «con todas las tesis del marxismo que resultan inconscientes a los ojos de los representantes de este movimiento».⁷¹

Las observancias retrospectivas de Struve son exactas. La «superior audacia» de que alardea se explica no sólo por la superior fuerza cultural y por el variado trabajo de grupo de los «marxistas legales», sino también por su falta de compromiso político con respecto a las organizaciones socialistas y por su evolución hacia metas que ya no tenían nada en común con la ideología marxista ni con el movimiento obrero. Mientras el revisionismo bernsteiniano nacía en el seno del mayor partido socialdemócrata, el revisionismo de los «marxistas legales» rusos era simultáneo a la tentativa de constituir el primer partido socialdemócrata en Rusia. Sin embargo, a nivel político ambos revisionismos tuvieron efectos análogos: así como en Alemania Bernstein no consiguió vincular el movimiento obrero al liberalismo; en Rusia Struve y los demás marxistas legales se distanciaron definitivamente de la socialdemocracia y dieron vida a un movimiento liberal cada vez más opuesto a un movimiento obrero cada vez más radical.

⁷¹ *Na raznye temy* cit., pp. 301-302.

También en lo que se refiere al concepto de revolución Struve inició su replanteamiento ya en las *Kriticheskie zametki*, precisamente en el capítulo que trata de la contraposición marxista entre riqueza nacional y bienestar popular, es decir entre progreso (económico) en la esfera de la producción y progreso (social) en la esfera de la distribución. Marx -señala Struve- veía en el desfase entre los modos de producción y la organización de la distribución una de las contradicciones fatales para el capitalismo, y ponía sus esperanzas en un ulterior desarrollo del sistema capitalista, ya que sólo éste era «capaz de crear las premisas materiales y psicológicas de un nuevo y más justo orden social». Algunos pasajes de Marx hacen pensar que imaginaba el paso del capitalismo al nuevo régimen social como un derrumbe brusco del capitalismo bajo el peso de sus crecientes contradicciones, continúa Struve; pero al mismo tiempo Marx fue de los primeros en señalar «el significado socio-cultural de la legislación laboral y de la gradual unificación económica y política de las masas trabajadoras». Desde entonces

sus seguidores han luchado y luchan incansablemente por las reformas que favorecen al proletariado industrial. Esta política se basa en el reconocimiento de que en el sistema capitalista existe la posibilidad de un mejoramiento parcial y gradual de la situación de la clase obrera. Las reformas sociales constituyen los anillos que vinculan el capitalismo al sistema que lo sustituirá y, cualquiera que sea el carácter político del anillo final que señalará la frontera entre las dos formas económico-sociales, una de estas formas se desarrolla históricamente a partir de la otra.⁷²

Entre el capitalismo y el socialismo no hay, por lo tanto, un «abismo», sino «toda una serie de grados».⁷³

⁷² Ibid., pp. 130-131.

⁷³ Ibid., p. 131.

2. Socialismo «ético» y revisionismo

El reformismo estaba ya claramente enunciado en estas breves consideraciones de 1894. Pero con el estudio de *Die Marxsche Theorie der sozialen Entwicklung. Ein Kritischer Versuch*,⁷⁴ este reformismo desarrolla sus premisas revisionistas, insertándose originalmente en la *Bernstein-debatte*. Struve advierte una contradicción en el concepto marxiano de revolución cuando, por una parte, Marx postula una teoría de la «miseria creciente» del proletariado y, por otra, atribuye al mismo proletariado la misión de asumir las conquistas culturales de la humanidad, conquistas intensificadas en el capitalismo. Según Struve el empobrecimiento económico y la madurez político-social de la clase obrera, madurez que debe hacerle capaz de realizar el más grandioso de todos los revolucionamientos, se excluyen mutuamente, si se consideran las cosas con realismo. Pero la contradicción más radical es intrínseca al concepto teórico de revolución social, que, para Struve, no sólo carece de significado, sino que además es falso. En realidad, si la revolución social tiene que referirse a la transformación completa del orden social, actualmente ésta sólo puede pensarse en forma de un proceso continuado e ininterrumpido de reformas sociales. La revolución política puede ser el anillo final de este proceso, pero el revolucionamiento no depende de este resultado y puede concebirse perfectamente sin él. En su análisis del concepto de revolución, Struve llega a negar la dialéctica, único fundamento de aquel concepto: la concepción dialéctica lleva necesariamente a pensar la transformación social como un proceso más o menos simple de revolución política; pero el revolucionamiento social, en su abstracción, es un proceso de desarrollo complejo, y cuanto mayor sea el contenido que atribuyamos a este proceso, mayor es la dificultad de concebirlo como «revolución». Si por revolución social se entiende un revolucionamiento completo del orden de la sociedad, la relación entre esta revolución y la revolución política, es decir la «revolución», puede formularse así: cuanto más revolucionaria sea

⁷⁴ Publicado por primera vez en «Archiv für Soziale Gesetzgebung und Statistik», XVI, 1899. Hay una mala traducción rusa: *Marxovskaia teoria socialnogo razvitiia*, Kiev 1905.

la transformación social, menos «revolucionaria» puede ser. La complejidad y la riqueza de contenido excluye la simplicidad del método.

El distanciamiento del marxismo revolucionario, que atribuía a la revolución política una función de aceleración y de hegemonía de la revolución social, era total. Un distanciamiento que, naturalmente, se verificaba también en las concepciones filosóficas como una desviación de Hegel a Kant, ya presente en la primera obra struviana y destinada a ser cada vez más explícita. La ley de la «continuidad de todo movimiento», que la dialéctica marxista rechaza hegelianamente como tautológica (y «reaccionaria») se afirma en nombre de Kant. Y el viejo principio «natura non facit saltus» se transforma en el de «intellectus non patitur saltus». Con esta reafirmación de la lógica no dialéctica el concepto de revolución es empujado por Struve a la esfera en la que, desde los tiempos de Kant, se encuentran el libre arbitrio (en el sentido de actos sin causa), la sustancialidad del alma, etc.; prácticamente son conceptos de extraordinaria importancia, pero teóricamente carecen de significado. Así pues, incluso a nivel filosófico el revisionismo de los «marxistas legales» era más profundo y coherente que el de Bernstein y llevaba a una ruptura aún más clara con el marxismo revolucionario, hegeliano y positivista (y al mismo tiempo voluntarista en sus expresiones más radicales).

En el espíritu del «socialismo ético» de tendencia neokantiana, pero siempre con la originalidad de planteamiento propia del «marxismo legal», comprometido en una polémica con un fenómeno específicamente ruso como el populismo, Berdiaev intenta dar un fundamento moral suplementario a la teoría marxiana. También él, como Struve, está convencido de que el socialismo se desarrolla en las mismas entrañas del capitalismo y no se le contrapone como una especie de milagroso fenómeno revolucionario generado por un demiúrgico acto creativo:

El capitalismo es bueno no sólo porque desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad, que son la base de todo progreso, sino también porque en su seno surge un tipo superior de psicología social. La vía a través de la cual se democratiza la sociedad humana sigue la dirección del

desarrollo del capitalismo y de la gran industria y de hecho no consiste en la lucha contra este desarrollo. El desarrollo del capitalismo no es un fatal «curso natural de las cosas», y las «correcciones» democráticas de este desarrollo no pueden ser consideradas como una violación de este «curso natural». Estas «correcciones» son una parte imprescindible del desarrollo social natural, el resultado regular de la lucha de los aspectos iluminosos de la sociedad capitalista contra los aspectos oscuros. El capitalismo en estado puro, sin «correcciones», no sólo no alcanzará en Rusia el punto culminante de su desarrollo, sino que no lo ha alcanzado en ningún país, porque no es más que una abstracción, inconcebible en la realidad histórica... Los elementos del nuevo tipo de socialidad que podemos esperar en el futuro invaden la sociedad contemporánea y la democratizan; para alcanzar nuestro fin supremo en la sociedad el bien debe aumentar y el mal debe disminuir. Estas «correcciones» creadas por el mismo desarrollo capitalista tapan los huecos de la sociedad existente hasta que todo el tejido social sea totalmente nuevo... Nosotros comprendemos más a fondo que los populistas los aspectos oscuros del desarrollo del capitalismo y de la gran industria, pero saludamos este proceso porque no sólo nos llevará a formas superiores de vida, sino que también aumenta inmediatamente el bien con respecto a las formas atrasadas.⁷⁵

A esta justificación ética del capitalismo y de su «mal» relativo y transitorio, pero inevitable, corresponde una análoga justificación del ideal superior de una futura sociedad que lentamente se va realizando, según Berdiaev, ya en el seno de la contradictoria sociedad capitalista. El marxismo da al ideal social (socialismo) un doble fundamento. En primer lugar lo declara «objetivamente necesario» en el sentido de que las tendencias del desarrollo social son tales que el régimen social que consideramos ideal se realizará como «inevitable resultado de la legalidad inmanente del proceso

⁷⁵ N. BERDIAEV, *Subzektivizm i individualizm v obshchestvennoi filosofii. Kriticheski etiud o N. K. Mijailovskom*, San Petersburgo 1901, pp. 259, 260, 261.

histórico». ⁷⁶ Los tres volúmenes de *El Capital*, añade Berdiaev en una nota, están dedicados sustancialmente a este fundamento. Pero además de esta sanción lógico-objetiva del ideal, el marxismo da otra psicológico-subjetiva: «el ideal de convivencia, que coincide con la previsión científica, resulta subjetivamente deseable por una clase social determinada, y esta clase lucha por su realización». Entre estos dos fundamentos hay una relación de dependencia porque el segundo, que prácticamente es el más importante, está subordinado teóricamente al primero. Pero ambos le parecen insuficientes a Berdiaev, quien considera necesario un tercer fundamento al que define «ético-objetivo»:

Hay que demostrar que nuestro ideal social no sólo es objetivamente necesario (categoría lógica), no sólo es subjetivamente deseable (categoría psicológica), sino que es también objetivamente moral y objetivamente justo, que su realización será un progreso en el sentido de una mejora, en suma que es universalmente obligatorio y tiene valor incondicionado como debe ser (categoría ética).⁷⁷

Aunque prevé que sus «compañeros de ideas», o sea los marxistas, considerarán que esto es una «herejía inadmisibile», Berdiaev se propone desarrollar el «punto de vista ético» sobre el marxismo y viene así a ocupar, con esta primera y única obra «marxista» suya comprometida, un lugar original en el «socialismo ético» europeo.

Otro momento central de la reflexión filosófica del «marxismo legal» de Berdiaev es la sociología del conocimiento. Berdiaev llega necesariamente al problema del subjetivismo cognoscitivo en su crítica del «método subjetivo» de Mijailovski, quien postula una primacía del momento ético («subjetivo») en el proceso gnoseológico («objetivo») en el que no se da un conocimiento evaluativo de los fenómenos sociales. Berdiaev reconoce, con Mijailovski, el subjetivismo, pero como «a priori psicológico», en el sentido de que un «objetivismo psicológico», una visión

⁷⁶ Ibid., p. 63.

⁷⁷ Ibid., p. 63-64.

desapasionada e indiferente de la realidad social es una ilusión, una «hoja de parra que a menudo oculta un "subjetivismo" de la peor especie». ⁷⁸ Pero el problema está en encontrar una relación entre este subjetivismo psicológico, inevitable, y el objetivismo lógico (trascendental), indispensable. Ya que subjetivismo y objetivismo son dos categorías de distinto orden, no deben contraponerse necesariamente ni excluirse mutuamente. La cuestión, para Berdiaev, se plantea en estos términos: ¿en qué condiciones el inevitable subjetivismo humano no contradice las exigencias del objetivismo científico? ¿Qué se necesita para la unión armónica de lo subjetivo y lo objetivo?

Este problema puede resolverse no con la confusión entre la conciencia psicológica (subjetiva) y la conciencia trascendental (objetiva), como hace Mijailovski, sino con su rigurosa delimitación. Para resolver este problema es necesario el trabajo común de la teoría del conocimiento y de la sociología. Los fundadores de la concepción materialista de la historia han señalado la vía correcta, pero el aspecto filosófico del problema ha quedado sin elaborar. La psicología (subjetivismo) de toda clase social progresiva crea el terreno más favorable para una actitud objetiva (en sentido científico) ante los fenómenos. Los ideólogos de una clase progresiva no tienen nada que temer y pueden mirar de frente a la verdad, porque su aliado es el proceso histórico. Una original armonía entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo deseable y lo necesario, un mínimo de utopía que siempre es directamente proporcional a la falta de armonía entre lo subjetivamente deseable y lo objetivamente necesario, son los rasgos más característicos de una clase históricamente progresiva, de una clase a la que pertenece el futuro. ⁷⁹

Naturalmente, precisa Berdiaev en una nota, se trata de una armonía relativa y no absoluta, y la verdad es el proceso (humanamente) infinito de aproximación a la verdad. El ideólogo de

⁷⁸ Ibid., p. 46.

⁷⁹ Ibid., pp. 47-48.

una clase progresiva puede estar más lejos de la verdad que un pensador socialmente reaccionario, pero las condiciones psicológicas favorables al conocimiento objetivo se encuentran en el sentido arriba indicado:

Nosotros no negamos de hecho que el carácter agudo de la lucha social pueda ser muy desfavorable para el conocimiento, en cuanto impide que se desarrolle el pensamiento teórico. Esto se ha manifestado de hecho en la filosofía del marxismo, por ejemplo, que cojea notablemente. Los ideólogos no han tenido tiempo de hacer avanzar el pensamiento teórico, y de ahí se ha derivado la desastrosa tendencia a la ortodoxia. Pero en este caso las condiciones desfavorables se reducen al insuficiente desarrollo y a la insuficiente fuerza de un determinado grupo social, mientras que la «idea» de este grupo sólo puede ser favorable para el conocimiento. Construir una concepción armónica, íntegra y progresiva sólo es posible si nos compenetramos con esta «idea» y si anticipamos la potencia y la fecundidad que nos espera en el futuro. Por esto, tal vez, hay que elevarse por encima de la lucha cotidiana, pero sólo para compenetrarse aún más con el significado histórico-universal de esta lucha.⁸⁰

La misma relación establecida por Berdiaev entre lo psicológico y lo trascendental para el problema cognoscitivo, se establece para el problema moral: sólo en la conciencia moral de una clase social progresiva hay armonía entre los dos momentos, porque

la psicología de la clase progresiva es el resultado de una adaptación a las exigencias del progreso social universal. Y por eso sólo en ella se observa la coincidencia de lo individual y de lo particular con lo universal, que constituye el carácter fundamental de lo moral. Ciertamente, la moralidad, como la verdad, no puede ser de clase, pero históricamente asume

⁸⁰ Ibid., pp. 48-49.

forma de clase y su portador es la clase social que empuña la bandera del progreso universalmente humano.⁸¹

La moral de la clase más progresiva (más próxima a fundirse con la universalidad humana), la moral de la clase obrera, se convierte, en su idea, en el «principio de una legislación universal», así como la perspectiva abierta por esa clase lleva, a nivel cognoscitivo, a una fusión tendencial del momento psicológico y el momento trascendental, es decir a un máximo progreso hacia la verdad científica.

3. El marxismo, instrumento de europeización

Los marxistas legales, que en un primer momento intentaron ensanchar al máximo los límites teóricos del marxismo y conducir a su interior afluencias filosóficas de distinto origen, tuvieron luego que salir y alejarse del área marxista, emprendiendo cada uno de ellos vías propias de desarrollo. En su mayor parte estas vías tuvieron un tono religioso más o menos acentuado. Por esto es particularmente interesante seguir la evolución «del marxismo al idealismo» del «marxista legal» que con más coherencia siguió la vía religiosa hasta convertirse en uno de los principales teólogos rusos del siglo XX: Sergei Bulgákov. En el prólogo a su recopilación de artículos escritos entre 1896 y 1903, Bulgákov, en una especie de lúcida autobiografía teórica, explica un cambio que fue propiamente suyo, pero que en cierta medida ilumina por reverberación la evolución de una parte de la cultura rusa de aquellos años. Por parte de Bulgákov, ya fuera del marxismo, hay el siguiente reconocimiento de la función que tuvo el joven marxismo ruso para los «marxistas legales»:

Tras la asfixiante atmósfera de los años ochenta, el marxismo fue una fuente de vigor y de optimismo activo, el grito de guerra de la joven Rusia, casi su fermento social. Asimiló y propagó con tenaz energía un determinado modo

⁸¹ Ibid., p. 78.

práctico de actuar, consagrado por la experiencia secular de Occidente, y de este modo reapareció la fe, que casi había desaparecido de la sociedad rusa, en la proximidad del renacimiento nacional, señalando que la europeización económica de Rusia era el camino seguro hacia este renacimiento.⁸²

Bulgákov subraya más adelante que «el marxismo ruso era totalmente ajeno a cualquier ilusión idílica, y con toda su energía avanzaba el principio del realismo político-social, de una concepción lúcida y científica de la realidad económica rusa».⁸³ Incluso el «materialismo económico» que Bulgákov, cuando escribía aquellas líneas, ya rechazaba, le parecía que tenía los mismos méritos de realismo: «cualquiera que sea nuestra actitud hacia esta doctrina, hay que reconocer que tenía indiscutibles ventajas científicas y lógicas con respecto a la sociología subjetiva contra la que tenía que combatir».⁸⁴

Bulgákov reconoce al marxismo no sólo una superioridad «científica» con respecto al populismo, sino una mayor abundancia de significados que le confiere un puesto exclusivo entre todas las demás doctrinas político-sociales, pero que al mismo tiempo le crea una insuperable contradicción interna. El marxismo, escribe Bulgákov, «da a sus seguidores más de lo que pueda darles cualquier teoría científica, cualesquiera que sean los méritos que ésta tenga: tiene muchos caracteres de una doctrina puramente religiosa y, aunque como principio niegue la religión como «ideología» burguesa, en ciertos aspectos es un indudable sustituto de la religión», ya que el marxismo «explica al hombre -si lo hace bien o mal es otro asunto- el hombre mismo: le asigna un determinado puesto en el mundo y en la historia, indica deberes, da un fin a la vida y a la actividad, en definitiva le ayuda a dar un sentido a su existencia».⁸⁵

⁸² S. BULGÁKOV, *Ot marxizma k idealizmu. Sbornik statei (1896-1903)*, San Petersburgo 1903, p. VII.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. VIII.

⁸⁵ *Ibid.* p. XI

La fascinación particular del marxismo está, para Bulgákov, en esta unión de conceptos científicos y utópicos, unión lógicamente no natural, pero psicológicamente comprensible.

Dada esta noción del marxismo, Bulgákov sigue el itinerario de todo el «marxismo legal»: en primer lugar Kant («debo reconocer que Kant siempre ha sido para mí más indudable que Marx y considero necesario verificar a Marx con Kant y no al revés»)⁸⁶ y Bernstein, quien «clavó una cuña en el corazón del marxismo y lo rompió en dos partes desiguales, de distinta solidez y distinto significado».⁸⁷ Éste, al criticar la táctica de la socialdemocracia alemana e invitarla a un mayor acomodo a la vida, «inevitadamente debía atacar también los elementos utópicos del marxismo, que constituían su poesía y le conferían los caracteres de una fe religiosa».⁸⁸ La conclusión de esta crisis, convertida en crónica, del marxismo fue que

la cuestión del ideal social, que antes se planteaba y se resolvía para mí totalmente en la esfera de la sociología positiva marxista, poco a poco fue saliendo de ella y se formuló cada vez más claramente como problema metafísico-religioso, que afectaba a las raíces más profundas de la concepción metafísica y hacía vibrar las fibras más sensibles del sentimiento religioso⁸⁹.

La evolución de Bulgákov «del marxismo al idealismo» se había así realizado, aunque, como él mismo reconocía, «quien ha pasado alguna vez por la escuela del marxismo, no puede ni debe olvidar nunca sus lecciones»⁹⁰.

El esquema de desarrollo de los «marxistas legales» sigue siendo el que se sintetiza en la fórmula del paso del «marxismo al idealismo» a través del kantismo y del revisionismo y, a nivel

⁸⁶ Ibid. p. XIII-XIV.

⁸⁷ Ibid., p. XIV.

⁸⁸ M. TUGAN-BARANOVSKI, *Sovremenny sotsializm v svoem istoricheskom razvitii*. San Petersburgo 1906, p. IV

⁸⁹ *Ibid.*, p. XVI.

⁹⁰ *Ibid.*, p. XXI.

político, del socialismo al liberalismo en algunos casos o del «socialismo científico» al «socialismo utópico» o ético en otros (en particular en el caso de Tugan-Baranovski, para quien el socialismo «utópico» merece «la más seria atención» y, «en ciertos aspectos, e incluso más científico que el marxismo»). No sólo el marxismo, sino el mismo kantismo fue para algunos marxistas legales una simple etapa hacia una nueva concepción religiosa del mundo. Este camino es claramente explicado por Frank, que ve a Kant en la frontera entre dos épocas: es al mismo tiempo quien da una culminación filosófica al racionalismo y quien lo destruye por primera vez; su sistema es una eterna oscilación entre racionalismo e idealismo religioso. Así como el dualismo intrínseco al «socialismo científico» ha llevado a éste a la disolución, también la sutil pero frágil construcción kantiana deberá disolverse para ceder el puesto a una nueva visión metafísica. Por esto «ni el lema "Kant y Marx" ni el más sensato "Kant en vez de Marx" pueden satisfacer las exigencias espirituales de nuestro tiempo. Una verificación severa de la herencia intelectual del pasado mostrará necesariamente que ni Kant ni Marx pueden ser actualmente nuestros guías».⁹¹

También para quienes no se alejaron tanto del marxismo y no abandonaron tan decididamente el socialismo, fue éste el ámbito de los problemas en que operó el marxismo legal. Este sólo en parte fue el equivalente del revisionismo europeo-occidental: al «marxismo legal» ruso no hay que reconocerle únicamente su anticipación en el tiempo, reivindicado por sus representantes, en materia de revisionismo; ni hay que reconocer únicamente la radicalidad de su revisión del marxismo que superó de largo la de la revisión bernsteiniana hasta llegar a un antimarxismo de principio. La situación histórica en la que operaban los dos revisionismos era distinta: en Alemania, donde existía el más fuerte partido socialdemócrata, el problema consistía en adaptar la doctrina de Marx a una lucha parlamentaria que no había suprimido la lucha de clases pero hacía inactual una conquista revolucionaria del poder. Toda la discusión en torno a las propuestas de Bernstein, aparte de las cuestiones doctrinales, versaba sobre la dificultad de hacer

⁹¹ S. L. FRANK, *Filosofia i zhizn. Eliudy i nabroskl po filosofi kultury*, San Petersburgo 1910, p. 354.

cuadrar una praxis reformista con una doctrina revolucionaria. En Rusia, en cambio, el marxismo había nacido como teoría antes de la formación de un partido socialdemócrata y en aquel país el revisionismo, el «marxismo legal», se desarrollaba simultáneamente con la formación de ese partido y con la lucha contra la autocracia zarista. Además en Rusia se planteaba el gran problema de una superación del populismo, que a su vez, en el pasado, no había ignorado el marxismo, aunque había sacado del mismo enseñanzas muy particulares.

En estas condiciones la lucha entre revisionistas y revolucionarios tenía que asumir formas más inconciliables que en Alemania, con mayor razón por cuanto los revisionistas pronto abandonaron el marxismo y la mayoría de ellos incluso el socialismo, mientras los revolucionarios sufrían una escisión (entre mencheviques y bolcheviques), desconocida entonces por la socialdemocracia occidental. Esto creó una distancia cada vez mayor y más hostil entre los ex «marxistas legales», pasados en su mayoría al liberalismo organizado en un partido político burgués moderado, el partido democrático-constitucional, de tipo europeo-occidental, y los marxistas revolucionarios, sobre todo los bolcheviques, aún influidos por el espíritu populista conspirativo y al mismo tiempo profundamente nuevos como fenómeno teórico y organizativo. Toda una serie de problemas teóricos y políticos que los «marxistas legales» habían planteado y que luego habían creído que podrían resolver sólo con una crítica radical del marxismo, permanecieron ignorados por el marxismo ruso (y también por el marxismo occidental coetáneo) de principios del siglo XX, o encontraron en él una solución inadecuada, mientras, por su parte, los neoliberales ex marxistas no consiguieron situar sus soluciones en la concreta realidad política y social rusa. La historia del «marxismo legal», más allá del valor de su investigación en una esfera específica como la economía política y la historia económica, sigue siendo actualmente de gran interés no sólo por las obras más importantes de sus representantes, sino también por el uso al que fue sometido el marxismo por primera y única vez: instrumento de una europeización política liberal de un país en vías de rápido desarrollo económico como Rusia. Posteriormente, el marxismo se convirtió en

un instrumento político, ya no liberal, de un desarrollo económico acelerado, distinto de los conocidos hasta entonces en Europa.

Para los marxistas rusos, el problema del «marxismo legal» se traducirá posteriormente en el de la actitud a asumir con respecto al liberalismo ruso y, como tal, se agudizará particularmente durante la revolución de 1905. Con respecto a los «aliados» de antes, convertidos en enemigos acérrimos, Lenin dirá que en seguida había visto en la crítica de Struve al populismo el germen de su futuro liberalismo, recordando su propio escrito *Ekonomicheskoe narodnichestva i kritika ego v knige g. Struve* (El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve), publicado en una miscelánea editada en 1895 que fue destruida inmediatamente por la censura. Al publicar de nuevo aquel escrito en 1908, Lenin escribió en el prólogo general al volumen en el que aparecía:

La vieja polémica con Struve, anticuada en muchos sentidos, reviste importancia por ser un ejemplo instructivo que muestra el valor político y práctico de una polémica teórica intransigente. Se ha acusado infinidad de veces a los socialdemócratas revolucionarios de una excesiva inclinación a tales polémicas con los «economistas», con los bernsteinianos y los mencheviques (...). Entre nosotros se habla mucho de que los rusos en general, los socialdemócratas en particular, y los bolcheviques en especial, sienten excesiva inclinación a la polémica y a las escisiones. Pero se olvida también muy a menudo que la excesiva inclinación a pasar del socialismo al liberalismo es engendrada por las condiciones de los países capitalistas en general, por las condiciones de la revolución burguesa en Rusia en particular, y por las condiciones de vida y de trabajo de nuestros intelectuales en especial. Desde este punto de vista vale la pena echar una ojeada a los acontecimientos de hace diez años, a las discrepancias teóricas con el «struvismo» que se perfilaban ya entonces y a las pequeñas divergencias (pequeñas a primera vista) que llevaron a una total limitación política entre los partidos y a

una lucha implacable en el parlamento, en la prensa, en las asambleas públicas, etc.⁹²

En el mismo artículo, Lenin, con un procedimiento típicamente suyo, amalgama las distintas tendencias adversas al bolchevismo:

Quando se lanza una mirada de conjunto a la lucha de las dos corrientes del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa durante los últimos 12 años (1895-1907), no se puede menos que llegar a la conclusión de que el «marxismo legal», el «economismo» y el «menchevismo» son formas distintas de una misma tendencia histórica.⁹³

Se trata de una tendencia que, según Lenin, viene determinada por el hecho de que «en todos los países capitalistas el proletariado está inevitablemente ligado por miles de vínculos transitorios con su vecino de la derecha: la pequeña burguesía» y que «estas tendencias no podían menos de manifestarse con mayor agudeza, de un modo más concreto y con más claridad» en un país tan «pequeño-burgués» como Rusia, donde simultáneamente se preparaba la «revolución burguesa» y se formaban los «primeros gérmenes del joven Partido obrero socialdemócrata».⁹⁴ Mediante este procedimiento sociológico-político, que no sólo unificaba fenómenos

⁹² LENIN, Prólogo a la recopilación «En doce años», en *Obras completas*, Buenos Aires 1969 ss., vol. 13, pp. 109-110.

⁹³ *Ibid.*, p. 125.

⁹⁴ *Ibid.*. Distinta fue la crítica dirigida a Struve, en el marco polémica general antibernsteiniana y antirrevisionista, por Plejánov, cuyas posiciones se manifestaron en un plano más abstractamente teórico que directamente político, y asumieron básicamente la forma de una defensa de la «dialéctica materialista». Vale la pena reproducir la conclusión de los tres artículos dedicados a la crítica de Struve: «Hace ya muchos años que en nuestra revista *Sotsial-Demokrat* expresamos la idea de que la teoría populista había caducado definitivamente y que nuestra *intelligentsia* burguesa, desembarazada del populismo, necesitaba europeizar sus ideas. Actualmente esta europeización se ha realizado ya en gran parte, pero se ha realizado de una forma que para nosotros ha resultado inesperada. Cuando señalábamos su necesidad no pensábamos que se llevaría a cabo bajo la

distintos como el liberalismo, el «economismo» y el menchevismo, sino que los reducía a meras manifestaciones de una influencia maléfica de la pequeña burguesía, toda la problemática interna de estas tendencias quedaba anulada y se afirmaba, según el principio ideológico de la ortodoxia, un único partido marxista auténtico: el de Lenin.

En un artículo de 1901, «contra la intolerancia ortodoxa», Struve había sintetizado de esta forma el «razonamiento fundamental de la ortodoxia»:

El curso de las ideas que a través de la superstición ortodoxa lleva a la intolerancia es, en sus líneas generales, el siguiente. A una determinada visión práctica, que expresa y, por así decirlo, defiende los intereses de una determinada clase social, y con ellos el desarrollo progresivo y los intereses de toda la humanidad, corresponde una sola construcción teórica plenamente determinada; todas las demás concepciones teóricas son expresiones, que no responden al progreso humano, de los intereses de otras clases antagónicas o, al menos, no directamente solidarias con la clase «elegida».⁹⁵

A este mecánico monismo práctico-cognoscitivo, Struve oponía un dialéctico pluralismo teórico y político en el mismo seno de una clase, negando el «razonamiento fundamental de la ortodoxia». Al mismo tiempo, rompía las fronteras entre marxismo y liberalismo, al menos las que se habían trazado hasta entonces.

bandera del marxismo, aunque sea un marxismo «revisado». Siempre queda algo por aprender...» (G. V. PLEJÁNOV, *Sochinenia*, vol. XI, Moscú-Petrogrado 1923. p. 271).

⁹⁵ STRUVE, *Na raznye temy* cit., p. 294.

ISRAEL GETZLER

Georgi V. Plejánov: el fracaso de la ortodoxia

Si los socialistas rusos reconocen como principio el derecho a la libertad de palabra y lo incluyen en su programa, no pueden restringir su ejercicio al grupo o al «partido» que aspira a la hegemonía en un determinado período del movimiento revolucionario.

PLEJÁNOV, *Nuestras divergencias*⁹⁶

Nacido en noviembre de 1856, en una familia de pequeñísima nobleza rural de la provincia de Tambov, y destinado, como muchos miembros de su familia, a la carrera militar, Georgi Valentinovich Plejánov se dedicó tarde a la causa revolucionaria, en 1875, mientras estudiaba en el Instituto de minería de Petroburgo. Entró en la organización populista *Zemlia i Volia* en otoño de 1876, poco después de su fundación, y fue uno de los organizadores y el principal orador en la famosa demostración de la plaza Kazan del 6 de diciembre de 1876. Cuando, en octubre de 1879, *Zemlia i Volia* se disolvió y la mayoría constituyó la *Narodnaia Volia*, Plejánov dirigió el *Cherny Peredel*, la «fracción negra», minoritaria, que se oponía decididamente al terrorismo de la *Narodnaia Volia*, insistía en la propaganda populista ortodoxa entre los trabajadores y los campesinos, y sostenía que se guiaba en su programa práctico de «partido ruso social-revolucionario» por las «proposiciones del socialismo científico».⁹⁷

Huyendo al extranjero en enero de 1880, Plejánov vivió durante todo aquel año la rápida crisis de su *Cherny Peredel*, y el fracaso de la *Narodnaia Volia* en 1881. Inmediatamente, abandonó el populismo y en 1882 escribió su primera obra claramente marxista, una introducción a la segunda edición rusa del *Manifiesto del Partido*

⁹⁶ G. PLEJÁNOV, *Sochinenia*, a cargo de David Bórisovích Riazanov, 24 vol., Moscú 1923-19272, vol. 11, p. 94.

⁹⁷ *Chèrny Peredel*, enero de 1880, n.º1, en PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. I, p. 109.

comunista.⁹⁸ Un año después, junto con los amigos de los días del Cherny Peredel, Pavel Axelrod, Vera Zasúlich y Lev Deich, fundó el grupo Liberación del trabajo, que se marcó la doble tarea de difundir en Rusia « las ideas del socialismo científico» mediante la traducción y la distribución de las principales obras de la «escuela de Marx y Engels», y de reexaminar la teoría revolucionaria y la sociedad rusas «desde el punto de vista del socialismo científico».⁹⁹

Aunque pronto destacó, y así fue reconocido en el futuro, como teórico guía de la socialdemocracia rusa y como el principal filósofo marxista del socialismo europeo, Plejánov (lo declaró con orgullo en el discurso que pronunció en la conferencia del Estado de Moscú poco después de volver del exilio en 1917) se consideraba «un revolucionario y nada más que un revolucionario».¹⁰⁰ En efecto, mientras su carrera práctica de revolucionario tuvo breve duración en Rusia y, curiosamente, escasa resonancia en la emigración, su teoría revolucionaria constituyó su principal y más significativa contribución al marxismo ruso; éste será, por tanto, el objeto principal de este ensayo, aunque se hará referencia a su filosofía marxista en la medida en que se interfiere con su teoría revolucionaria y con el papel que tuvo en la socialdemocracia rusa y europea. Fue el profundo odio por el despotismo zarista y por el atraso ruso, que en su opinión era el fundamento de aquél, más que las desigualdades y las injusticias del capitalismo burgués, lo que hicieron de Plejánov un revolucionario. Y, análogamente, fue el temor a una restauración despótica lo que informó su teoría revolucionaria, moviéndole a rechazar todos los esquemas maximalistas de una prematura toma del poder, desde el «ahora o nunca» del jacobinismo de Petr Tkachëv y del blanquismo de la Narodnaia Volia hasta el programa de Lenin de 1905 y de 1917 sobre la dictadura revolucionaria. No menos feroz fue la batalla que emprendió contra todas las tentativas de los revisionistas, de los

⁹⁸ *Predislovie k ruskomu izdaniu "Manifesta Kommunisticheskoi Parti"*, en PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. I, pp. 150-152.

⁹⁹ *Ob izdani "Biblioteki Sovremennogo Sotsializma"*, 25 de septiembre de 1883. *ibíd.*, vol. II, pp. 22-23.

¹⁰⁰ G. V. PLEJÁNOV, *God na rodine*, París 1921, vol. II, páginas 101-102.

marxistas legales, de los economicistas y de los liquidadores para sustraer el socialismo a la revolución.

Más que cualquier otra cosa, Plejánov odiaba el despotismo. Durante una conferencia en Berna, en 1896,¹⁰¹ advirtió a quienes consideraban que los rusos estaban destinados a combatir por la «igualdad» y el socialismo más que por la «libertad» política: «un programa de este tipo» y una prioridad como la indicada únicamente «reforzarían el despotismo oriental» donde, para citar a Nikolai Nekrasov, su poeta preferido, «los gemidos de los esclavos son sofocados por los sicofantes y los silbidos de las frustradas». Decididamente,

el capitalismo es malo, pero el despotismo es peor. El capitalismo desarrolla la bestia en el hombre, pero el despotismo transforma al hombre en una bestia de carga. El capitalismo pone sus sucias manos en la literatura y en la ciencia, pero el despotismo mata a la ciencia y a la literatura.¹⁰²

Aun el más benévolo de los Estados paternalistas, una vez que sus súbditos han sido privados de los derechos políticos, les transforma, en el mejor de los casos, en «esclavos hartos, en ganado bien alimentado».¹⁰³

Como todos los despotismos, el despotismo ruso se basaba en una amplia base de atraso, porque Rusia era «el Estado más atrasado de Europa».¹⁰⁴ Como se dijo en septiembre de 1880 en el «Cherny Peredel».

Rusia está oprimida por la maldición que la historia lanza sobre todo país atrasado y corrupto. La misma naturaleza, por así decirlo, ha tomado las armas contra nuestra desventurada patria y la golpea con una calamidad tras otra... no menos graves que las plagas que azotaron a los egipcios.¹⁰⁵

¹⁰¹ *Filosofsko-literaturnoe nasledie* G. V. Plejanova, vol. I, Moscú 1972, p. 38.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ PLEJANOV, *Sochinenia* cit., vol. II, p. 366.

¹⁰⁴ *Ibid.* p. 94.

¹⁰⁵ *Ibid.*, vol. 1, p. 124.

En las enseñanzas de Marx y Engels, Plejánov encontró al mismo tiempo una teoría científica y una estrategia revolucionaria que contenían la promesa de una liberación de Rusia del despotismo y del atraso y que además le servirían en su lucha tanto contra los maximalistas impacientes, a los que había que disciplinar y frenar, como contra los anémicos minimalistas, que habían abandonado la revolución por las reformas.

Ante el dilema de los socialistas rusos que luchaban por una sociedad socialista posburguesa y poscapitalista, pero estaban destinados a hacer su revolución en una Rusia zarista preburguesa y precapitalista, Plejánov, en sus primeros opúsculos marxistas, *El socialismo y la lucha política* (1883) y *Nuestras discrepancias* (1884),¹⁰⁶ propuso una estrategia que distinguía dos estados consecutivos en la esperada revolución rusa. Habría, primero, una inmediata revolución liberal-burguesa que derrocaría el poder zarista, llevaría al poder a la burguesía liberal, crearía instituciones políticas liberales y un desarrollo económico capitalista; una vez realizado esto, la clase obrera en desarrollo, con la ayuda de la intelligentsia socialista, armada con la «teoría revolucionaria», procedería a adquirir la conciencia política, la organización, el poder y el probable apoyo campesino, necesarios para hacer posible la revolución proletaria-socialista y la constitución de un gobierno socialista para realizar el socialismo.¹⁰⁷

Dado que Rusia había llegado tarde al capitalismo, y su burguesía era aún débil mientras el movimiento socialista era ya fuerte, el capitalismo y el dominio burgués estaban «destinados a marchitarse antes de haber florecido del todo». Aunque el necesario «período constitucional» del dominio burgués y del desarrollo capitalista fuera de breve duración, y acelerara por tanto el advenimiento de la revolución socialista, no había que hacer coincidir las dos revoluciones:

Unir dos fenómenos esencialmente distintos, como el derrocamiento del absolutismo y la revolución socialista,

¹⁰⁶ Ambos opúsculos en *Ibid.*, vol. 11, pp. 27-362.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 70-71, 87-88, 335-336.

emprender la lucha revolucionaria en base a la suposición de que estos dos fenómenos coincidirían en la historia de nuestra patria, significa retrasar la llegada de uno y de otro.¹⁰⁸

Dado que la revolución socialista era aún una cuestión de un futuro muy distante, los revolucionarios socialistas y la clase obrera tenían un interés vital en la «revolución liberal en maduración» y en la consecución de «instituciones políticas libres».¹⁰⁹ Por tanto, tenían que seguir el «espléndido ejemplo» ofrecido a Alemania por el *Manifiesto del Partido comunista* en vísperas de la revolución de 1848 y combatir junto a la burguesía «donde quiera que ésta actúe de modo revolucionario contra la monarquía absoluta». Al mismo tiempo, no deben «cesar ni por un momento de infundir en la clase obrera la concepción más clara posible del antagonismo entre burguesía y proletariado».¹¹⁰

Además, tenían que prestar atención a que la burguesía liberal, que necesitaba la «bocanada de aire fresco del autogobierno», no «se alejase por miedo» de la revolución, por temor al «fantasma rojo» de una toma de poder por parte de los socialistas.¹¹¹ Incluso, y éste era el mensaje práctico central de los primeros opúsculos marxistas de Plejánov, cualquier tentativa impaciente de toma del poder por parte de una minoría revolucionaria del tipo de la Narodnaia Volia, tendente a instaurar el socialismo en un país atrasado, estaba destinada a terminar en «el más vergonzoso fracaso».¹¹² De hecho, aun en el caso de que se hubiese producido esta posibilidad azarosa por el retraso de Rusia y la apatía de las masas, y la minoría social-revolucionaria consiguiese mantenerse en el poder como una especie de «casta socialista» inspirada en los «hijos del sol peruanos», no se construiría el socialismo, ya que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Aún peor, bajo este «comunismo patriarcal y autoritario» el pueblo perdería toda capacidad de «progreso ulterior», y desde luego no se educaría

¹⁰⁸ Ibid., pp. 271, 337-338.

¹⁰⁹ Ibid., p. 86.

¹¹⁰ Ibid., pp. 106, 83.

¹¹¹ Ibid., pp. 75-76, 83.

¹¹² Ibid., p. 329.

en el socialismo. El resultado de esta toma del poder y de tales «experimentos y vivisecciones sociales» desde arriba no sería más que un «despotismo zarista revestido de comunismo», un «monstruo político parecido al antiguo Imperio chino o al imperio peruano», precisamente lo opuesto de lo que se había entendido.¹¹³

En apoyo de su apremiante advertencia contra un prematuro acceso al poder de los socialistas revolucionarios en la Rusia atrasada, Plejánov citaba y se identificaba con la clásica advertencia de Engels en *La guerra de los campesinos en Alemania* de 1850 contra «la peor cosa posible» que puede suceder al jefe de un partido radical que pretendiese tomar el poder o se viera obligado a hacerlo «en una época en la que el movimiento aún no estuviera maduro para el dominio de la clase que representa y para la realización de las medidas que tal dominio implica»: prisionero de un «insoluble dilema», ya que lo que «puede hacer contradice su imagen pública anterior y sus acciones anteriores (Auftreten), sus principios y los intereses inmediatos de su partido, y lo que tendría que hacer no puede hacerse, estaría irremediabilmente perdido».¹¹⁴ Los socialistas revolucionarios habrían podido evitar aquella «incómoda posición» resolviendo, gracias al socialismo científico, «la más grande y más revolucionaria teoría social del siglo XIX», su difícil situación. Con la ayuda del socialismo científico habrían descubierto «las leyes del desarrollo social» y la dirección en que se movía Rusia y habrían podido darse cuenta de que el futuro ofrecía «antes que nada» el triunfo de la burguesía y del capitalismo, que debía ser aceptado «el mal del presente en nuestro país», y el «inicio» de la emancipación política y económica de la clase obrera.¹¹⁵

Mientras la estrategia revolucionaria de Plejánov, a medida que la elaboraba en las dos últimas décadas del siglo, se basaba en gran parte en las obras de Marx y Engels de 1848-1850, y en particular en el *Manifiesto del Partido comunista* y en el *Mensaje del Comité central a la Liga de los comunistas* de marzo de 1850, esta su «primera tentativa de aplicar una peculiar teoría científica al análisis de las intrincadas y complejas relaciones» de Rusia era un análisis que no podía

¹¹³ Ibid. pp. 77-78, 81-82, 295-296, 306.

¹¹⁴ Ibid., pp. 329-330.

¹¹⁵ Ibid., pp. 231, 273.

«detenerse en las obras de Marx y Engels».¹¹⁶ Ciertamente Plejánov no tenía muy en cuenta la admiración de Marx por el *modus operandi* de la Narodnaia Volia en cuanto «específicamente rusa e históricamente inevitable»¹¹⁷ ni tenía en cuenta la indirecta crítica desfavorable a *Nuestras discrepancias* por parte de Engels, quien veía en la Rusia de la época «uno de los casos excepcionales en los que un puñado de individuos puede hacer la revolución» y donde «lo importante es que... la revolución estalle. Que sea una facción u otra la que dé la señal, que tenga lugar bajo una u otra bandera, poco importa».¹¹⁸ Con razón, por tanto, Plejánov ha sido definido por uno de sus biógrafos «el padre del marxismo ruso».¹¹⁹ Sin embargo, era también algo más, porque la ideología y la estrategia revolucionaria socialdemócrata fundada por él permitió que un amplio y creciente sector de la intelligentsia rusa, que detestaba tanto al zarismo ruso como al capitalismo burgués occidental, y había buscado por tanto una «particular» vía rusa al socialismo, basada en el muzhik y en su tradicional comunidad aldeana, encontrara un «papel honorable y útil», progresista, como dirigentes de la naciente clase obrera, a la que Plejánov definía como «el pueblo en el sentido europeo de la palabra». De este modo, y sólo de este modo, estos intelectuales podían participar en el movimiento general de liberación contra el absolutismo y así «completar la europeización de Rusia».¹²⁰

En los años ochenta, tras haber descubierto el «alma del marxismo» en el «método»,¹²¹ Plejánov lo aplicó tan creativamente a la escena rusa de su tiempo que Lenin y toda una generación de jóvenes marxistas rusos vieron en su escrito *El socialismo y la lucha política* «la primera profesión de fe de la socialdemocracia rusa», y lo compararon con el *Manifiesto del Partido comunista*, «la primera

¹¹⁶ Ibid., pp. 104-105, 44.

¹¹⁷ Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en K. MARX y F. ENGELS, *Werke (Mew)*, vol. 35, p. 179.

¹¹⁸ Friedrich Engels a Vera Zasúlich, 23 de abril de 1885, Mew, vol. 36, p. 304. Cf. también Karl Kautsky y Eduard Bernstein, 30 de junio de 1885, en M. RUBEL, *Marx-Engels: Die russische Kommune*, Munich 1972, p. 177.

¹¹⁹ S. H. BARON, *Plekhanov, the father of Russian marxism*, Londres 1963.

¹²⁰ PLEJÁNOV, Sochinenia cit., vol. 11, pp. 84-85; vol. 111, p. 78.

¹²¹ Ibid., vol. 1, p. 24.

profesión de fe del socialismo mundial».¹²² En los años 1880-1890, se había enraizado en el socialismo europeo y (con la autorizada aprobación de Engels y de Kautsky) se había convertido en un eminente teórico y divulgador del marxismo, como «concepción del mundo coherente, armoniosa y completa»,¹²³ que incluía el materialismo dialéctico (se le atribuye precisamente la acuñación de este término),¹²⁴ el materialismo histórico, la economía y la sociología política marxiana. En una serie de obras que incluía el ensayo «en el sexagésimo aniversario de la muerte de Hegel» de 1891 (muy elogiado por Engels),¹²⁵ las *Notas a «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica» de Engels* de 1892 y, sobre todo, su principal obra filosófica, *Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia* de 1895,¹²⁶ Plejánov expone «el marxismo como doctrina teórica»,¹²⁷ convirtiéndose así en el «maestro de marxismo» de Rusia. Martov, por ejemplo, tenía un vivo recuerdo de la «gozosa excitación» producida por la aparición legal («como un relámpago en un cielo sereno») de la *Concepción monista* en «todos los marxistas rusos».¹²⁸

Aunque la exposición de Plejánov se basa en gran parte en el *Anti-Dühring* de Engels y en el *Ludwig Feuerbach*, y forma parte de la elaboración de la teoría marxista iniciada por Engels a finales de los años ochenta y continuada por Kautsky, por Lafargue, por Antonio Labriola, por el mismo Plejánov en la última década del siglo, lo que distingue el marxismo de Plejánov es precisamente la importancia dada (como ha demostrado Walicki¹²⁹ al determinismo y a la necesidad; el modo como reivindica la certitud científica estremece,

¹²² V. I. LENIN, *Obras completas*, Buenos Aires 1969 ss., vol. 4, p. 293.

¹²³ En el sexagésimo aniversario de la muerte de Hegel, en PLEJÁNOV *Sochinenia* cit., vol. VII, p. 4.

¹²⁴ Cf. M. RUBEL, *Karl Marx. Essai de biographie intellectuelle*, París 1971 pp. 299, 147; G. LICHTHEIM, *Marxism*, Londres 1964, p. 15, nota (trad. casi. *El marxismo*, Barcelona 1971).

¹²⁵ Engels a Kautsky, 3 de diciembre de 1891, Mew, vol. 38, p. 235.

¹²⁶ PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. VII, pp. 57-323.

¹²⁷ L. MARTOV, *Zapiski Sotsial-demokrata*, Berlín-Petersburgo- Moscú 1922, p. 243

¹²⁸ *Ibid.*

¹²⁹ A. WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia* cit., páginas 114-121.

su rechazo del «moralismo» y del «subjetivismo» es el más apasionado, su insistencia en la teoría y en la ortodoxia es ciertamente la más intransigente y militante.

En su concepción de la historia humana como si procediese según leyes férreas «independientes de la voluntad del hombre» y «desconocidas por la conciencia humana», Plejánov postulaba que lo que la «determinaba» en «última instancia» es «el desarrollo de las fuerzas productivas naturales», hasta el punto de que una «determinada base económica» «debe producir inevitablemente la adecuada superestructura ideológica», por ejemplo, en las ciencias sociales, así como a una fase de «ciencia social burguesa» sucederá una fase de «socialismo científico», y a la «economía burguesa» la sucederá una «economía socialista».¹³⁰

El marxismo es para él la «gran revolución en las ciencias sociales», tan grande como la realizada por Darwin en la teoría de la evolución y por Copérnico en la astronomía, que en primer lugar ha situado al hombre en condiciones de descubrir las «leyes objetivas del desarrollo histórico», y luego, a través de «un estudio riguroso del mismo», ha permitido hacer de la necesidad «la obediente criada de la razón».¹³¹ Los marxistas, armados con el materialismo dialéctico, definido como «filosofía de la acción», sabrán por tanto «ligar con la corriente de la historia» hacia la «meta final» del socialismo, la inevitable «realidad del futuro». El socialismo científico estará «firmemente convencido» de la «inevitabilidad» de la llegada del socialismo, sabiendo que está «garantizada» por todo el curso del desarrollo social, como lo está el hecho de que «el sol que hoy se pone no tardará mucho en salir mañana».¹³²

Mientras el determinismo y la confianza de Plejánov en el conocimiento racional estaban en armonía con el espíritu de la época, naturalista y positivista, y eran comunes a la mayor parte de sus compañeros de marxismo, la particular calidad e intensidad de su «necesidadismo» y de su confianza en la ciencia marxista probablemente debe ponerse en relación con la teoría y la estrategia revolucionaria elaboradas por él en los años ochenta en la polémica

¹³⁰ PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. VII, pp. 45, 200; vol. X, p. 88.

¹³¹ *Ibid.*, vol. VII, pp. 187-188, 244.

¹³² *Ibid.* p. 245; vol. XI, p. 259.

con los populistas «subjetivistas» y «moralistas», que continuó hasta el fin de sus días. Plejánov esperaba que los socialdemócratas revolucionarios rusos, decididos a derrocar el zarismo y, por añadidura, el capitalismo burgués existente, harían una revolución «burguesa», aceptarían el dominio burgués y el desarrollo capitalista como necesidad histórica y practicarían una autodisciplina de abstracción del poder hasta el momento en que Rusia alcanzara los requisitos necesarios para estar madura para el socialismo. Esta autodisciplina y autolimitación, basadas en la confianza en la inevitabilidad de la vía europea al socialismo de Rusia, requerían una justificación y un marco conceptuales necesarios.¹³³

Para Plejánov la piedra de toque de la fidelidad al marxismo era la aceptación y la defensa incondicional de las enseñanzas filosóficas, económicas y socio-históricas de Marx y Engels, consideradas como una concepción del mundo exhaustiva e interrelacionada. Por ejemplo, ya en 1882, cuando él mismo apenas era marxista y el marxismo aún no se había convertido en una doctrina, Plejánov criticaba ya a S.M. Stepniak-Kravchinski como «persona demasiado tolerante con todo tipo de pensamiento socialista» y proponía hacer de *El Capital* un lecho de Procusto para todos los colaboradores de la *Vestnik narodnoi voli*;¹³⁴ en los años noventa estaba ya tan cerca de convertir la ortodoxia en un lecho de Procusto que recibió una advertencia del mismo Engels: «Jaurès va por el buen camino. Está aprendiendo el marxismo, y no hay que darle demasiada prisa. Ya ha progresado bastante... Por otra parte ¡no exijamos demasiada ortodoxia!».¹³⁵

No es sorprendente que en 1898, cuando Bernstein y Conrad Schmidt pretendieron poner en discusión algunos elementos de la teoría marxista, Plejánov viera inmediatamente en aquella «crítica»

¹³³ Para esta interpretación cf. WALICKI, *Populismo y marxismo* cit.; por mi parte quiero subrayar la indicación de Plejánov de abstenerse del poder durante la revolución burguesa.

¹³⁴ Plejánov a Petr Lavrov, primavera de 1882, citado en BARON, *Plekhanov* cit., p. 84.

¹³⁵ Engels a Plejánov, 26 de febrero de 1898, en K. MARX y F. ENGELS, *Opere*, Roma 1977, vol. 50, p. 449.

un ataque al «socialismo moderno en su conjunto» y se lanzara a una batalla sin cuartel en defensa de la «teoría socialista... inexpugnable fortaleza contra la que todas las fuerzas hostiles se estrellan y se dispersan». ¹³⁶ En la batalla contra los revisionistas alemanes, los «marxistas legales» y los «economicistas» rusos, Plejánov se convirtió en el más fiero adalid de la ortodoxia marxista y llegó a inocular en la socialdemocracia rusa el espíritu combativo, la intransigencia doctrinal y la intolerancia que la han caracterizado posteriormente.

Plejánov estaba bastante menos interesado en las argumentaciones de los «críticos» del marxismo que en su función o «misión histórica», que, en su opinión, consistía en vaciar al marxismo de su «contenido social revolucionario», desmantelando pieza a pieza «la dialéctica, el marxismo, el concepto de contradicción social como factor del progreso social, la teoría del valor y de la plusvalía, la revolución social y la dictadura del proletariado», «componentes indispensables del socialismo científico marxiano», que es «el arsenal espiritual del proletariado» en su lucha con la burguesía. ¹³⁷ Denunciaba también que se pusiera en discusión la teoría del empobrecimiento o del valor como algo «equivalente a una tácita aceptación de las teorías del oportunismo [burgués o reformista]», y reaccionó con gran furia cuando supo que Víctor Adler se había reído y había replicado: «¿Qué importa?» a la observación de Kautsky de que uno de los pecados de Bernstein era el rechazo de la teoría del valor. ¹³⁸

Debió horrorizarse, en la época de su ataque a Conrad Schmidt y al neokantismo, al oír aseverar a Kautsky que el «neokantismo era lo que menos le preocupaba» y que «en caso necesario» podría ser incluso compatible con las concepciones históricas de Marx y Engels. ¹³⁹ Para Plejánov

¹³⁶ *Sobre la presunta crisis del marxismo*, primavera de 1898, en *Literaturnoe nasledie G. V. Plejanova*, vol. V, pp. 20-21.

¹³⁷ Sochinenia cit., vol. XI, pp. 269-270.

¹³⁸ Vozhdi ruskoi S-D o voine, en "Golos", 18 de octubre de 1914, n.º 31.

¹³⁹ Kautsky a Plejánov, 22 de mayo de 1898, en *Literaturnoe nasledie Plejanova* cit., vol. V, p. 264.

la filosofía de Kant [es] el «opio» con el que [la burguesía espera] adormecer al proletariado, un proletariado cada vez más «exigente» e ingobernable. El neokantismo se ha puesto de moda entre la clase dominante como arma espiritual en la lucha por su propia existencia.¹⁴⁰

No es casual que, mientras Conrad Schmidt se quejaba del límite al que había llegado Plejánov para desacreditar la «reputación política» de las personas que no estaban de acuerdo con él en el terreno filosófico,¹⁴¹ Vera Zasúlich, amiga devota y admirada, admitía «agudamente» que Plejánov tenía un talento especial para polemizar de tal manera que «despierta en el lector simpatía por su adversario».¹⁴² Pero Plejánov no tenía tiempo para «métodos polémicos camaraderiles», que no podían usarse contra los revisionistas «apóstatas», a los que el «ortodoxo» ya no debe considerar como «compañeros» sino que los tiene que combatir hasta el final».¹⁴³ No hay que sorprenderse de que desaprobara tan enérgicamente a los socialdemócratas alemanes por su negativa a expulsar a Bernstein del partido¹⁴⁴ y atribuyera esta debilidad a la difusión del oportunismo en la socialdemocracia europea y a la falsa concepción de la libertad de opinión, como si un partido político fuese una academia de ciencias:

La libertad de opinión en el partido puede y tiene que ser limitada, porque el partido es una unión libremente formada de personas que piensan de la misma manera, y cuando la unidad de pensamiento desaparece, se hace inevitable una escisión. Imponer al partido en nombre de la libertad miembros que no comparten las mismas concepciones,

¹⁴⁰ *Conrad Schmidt gegen Karl Marx und Friedrich Engels*, en "Neue Zeit", 1898-1899, p. 145.

¹⁴¹ *Sochinenia* cit., vol. XI, p. 132.

¹⁴² LENIN, *Obras completas* cit., vol. 4, p. 344.

¹⁴³ *Sochinenia* cit., vol. XII, p. 453.

¹⁴⁴ *Ibid.*, vol. XI, pp. 63-64.

equivale a limitar su libertad de actuación y a impedir el éxito de las actividades.¹⁴⁵

A Plejánov le urgía asegurarse de que esta falsa libertad de opinión y esta debilidad no acabase prevaleciendo en la socialdemocracia rusa y, una vez ajustadas las cuentas con Bernstein y Schmidt, se dedicó a los «marxistas legales» rusos. Como escribió a Pavel Axelrod,

la lucha contra el bernsteinismo en Rusia es la tarea más urgente del momento. El «Nachalo» de Struve y Tugan-Baranovski está totalmente de parte de Bernstein. A la influencia de nuestros «marxistas de cátedra» debemos contraponer nuestra influencia de marxistas revolucionarios... La lucha es obligatoria. Es una especie de imperativo categórico: «Du kannst, denn du sollst».¹⁴⁶

Su primera víctima fue Struve, a quien expulsó del partido; y habría continuado con otros si no le hubiesen frenado Alexander Potresov y Vera Zasúlich, el «Struvefreundliche Partei». Para Plejánov - se decía - la «mera existencia» de Struve en «este mundo era una injusticia».¹⁴⁷

Plejánov se dedicó seguidamente a los «economicistas» Sergei Prokopovich y Ekaterina Kuskova, de quienes pidió la expulsión de la Unión de los socialdemócratas rusos en el exterior porque habían llegado «aún más lejos que el conocido «apóstata» Bernstein en su rechazo de la «concepción socialdemócrata».¹⁴⁸ Al no conseguir nada de este modo, acabó atacando a la misma Unión, un organismo que se había negado coherentemente a someterse a su autoridad, y en marzo de 1900, en un venenoso panfleto, *Vademecum*¹⁴⁹, en el que

¹⁴⁵ Ibid., vol. XII, pp. 444-445.

¹⁴⁶ Plejánov a Axelrod, 21 de abril de 1899, *Perepiska G. V. Plejanova i P. B. Axelroda*, Moscú 1925, p. 81.

¹⁴⁷ Citado en R. PIPES, *Struve, liberal on the left. 1870-1905*, Cambridge (Mass.) 1970, pp. 273, 236-237.

¹⁴⁸ PLEJÁNOV, *Sochinenia*. cit., vol. XII, p. 21.

¹⁴⁹ *Vademecum dlia redaksi "Rabochego dela": Sbornik materialov*, Ginebra 1900; para el prólogo de Plejánov cf. *Sochinenia*, cit., vol. XII pp. 3-42.

hacía sin escrúpulos amplio uso de cartas privadas de los miembros de la Unión, intentó acusarles de eclecticismo, de tolerancia con la variedad y de herejía, de implicación en el economicismo, de falta de respeto por la teoría ortodoxa y de tanta «confusión» ideológica que pronto, predijo, «habrá tres partidos socialdemócratas cada vez que se encuentren dos socialdemócratas».¹⁵⁰ En aquella ocasión recibió una brusca réplica por parte de Boris Krichevski, quien, en nombre de la Unión, afirmó que la socialdemocracia rusa no era «una secta, sino un partido político... en el ámbito del socialismo internacional», y la Unión era el comité del partido en el exterior y no una «cofradía religiosa».¹⁵¹ Así pues, el *Vademecum* produjo un efecto de boomerang sobre él mismo, y en abril de 1900, junto con su grupo Liberación del trabajo, fue separado de la Unión. En aquel momento se habría encontrado totalmente aislado de la socialdemocracia rusa si no hubieran llegado a Europa occidental, aquel mismo año, Lenin, Potresov y Martov y no hubieran fundado la Iskra, en la que entraron él, Axelrod y Vera Zasúlich. Por su «intolerancia extrema», como la definió Lenin,¹⁵² y por su insaciable necesidad de reconocimiento de su autoridad y su leadership, perdió más de un discípulo y amigo que anteriormente le admiraban, y las cartas y los escritos de «discípulos» suyos como Lenin y Potresov, Martov y Vladimir Akimov cuentan una larga y triste historia de dolorosas emancipaciones de su «maestro de marxismo». Es reveladora la descripción que hace Lenin a Potresov de su encuentro con Plejánov en agosto de 1900: «Jamás, jamás en el curso de mi vida había experimentado por ningún hombre una estima y un respeto tan sinceros, tal *vénération*; ante nadie me había comportado con tanta «humildad»; y jamás había recibido semejante «puntapié»».¹⁵³

¹⁵⁰ Ibid., p. 41. Sobre la lucha de Plejánov contra el economicismo cf. J. FRANKEL, *Vladimir Akinov on the Dilemmas of Russian Marxism 1895-1903*, Cambridge 1969, pp. 24-53.

¹⁵¹ Citado en D. GEYER, *Lenin in der Russischen Sozialdemokratie*, Colonia 1962, p. 194.

¹⁵² LENIN, *Obras completas cit.*, vol. 4, p. 343.

¹⁵³ Ibid., p. 348. Más adelante Lenin observa: «Desde el momento en que un hombre con el cual queremos realizar en común un trabajo que tanto nos interesa, con quien mantenemos las más estrechas relaciones, emplea con sus camaradas métodos de jugador de ajedrez, no cabe duda de que ese

Este «grito del corazón» encontró eco en el amargo poema de Akimov, *Al maestro*:¹⁵⁴

Nos has llamado a despiadada batalla,
Pero, unidos en torno a tu causa de lucha,
Engaño y odio hemos hallado,
Y ningún sagrado campo de batalla.

Su agresiva posición polémica y la batalla perdida que llevó a cabo por la dirección política y la autoridad teórica dejaron una profunda huella en su obra. Al esbozar un programa de partido para la socialdemocracia rusa, en los últimos meses de 1901, aparecía más agudamente consciente del «movimiento revisionista», que en su opinión se extendía «por toda Europa, de Kazan a Londres y de Palermo a Arcángel», «minando y debilitando las posiciones teóricas de la socialdemocracia»,¹⁵⁵ que de las realidades y del futuro de la Rusia zarista.

Cuando, en enero de 1902, el proyecto fue debatido en el grupo de la Iskra, Lenin, despiadadamente infalible, captó en seguida «el defecto principal y básico» del mismo, el «carácter exageradamente abstracto de muchas de las formulaciones, como si estuvieran destinadas (...) a un ciclo de conferencias» y no al «programa del proletariado que lucha contra las manifestaciones muy reales de un capitalismo muy definido, sino el programa de un manual de economía, dedicado al capitalismo en general».¹⁵⁶ Plejánov casi admitió la justeza de la acusación de Lenin, al declarar en defensa de sus propias posiciones que el programa «debe contener» una réplica a la «crítica del marxismo, si no quiere ser acusado de que sus autores no han «tenido en cuenta el estado presente de la «ciencia»; además, añadía, una caracterización del capitalismo que se basase en las «relaciones económicas rusas» sería «incorrecta». Un indicio del declive de su autoridad, especialmente frente a Lenin en la Iskra, fue

hombre es una mala persona, una muy mala persona, dominada por un egoísmo mezquino y una vanidad personal, un hombre insincero».

¹⁵⁴ V. Akimov, *K Uchíteliu*, ms. Bund Archives, Nueva York.

¹⁵⁵ *Filosofsko-líteraturnoe nasledie Plejanova*, vol. I, p. 86.

¹⁵⁶ LENIN. *Obras completas* cit., vol. 6, pp. 52. 75-76.

el hecho de que permitiera con enfado que la comisión editorial intentara conciliar su proyecto con el contraproyecto de Lenin, antes que abrir con él una polémica que Plejánov temía que «fuera interpretada como una escisión entre los ortodoxos».¹⁵⁷

Un examen del proyecto original de Plejánov¹⁵⁸ revela bastante más atención a su teoría marxista que a las tareas concretas, las exigencias y los objetivos de la socialdemocracia rusa. Aparte de la prolija y enfáticamente ortodoxa caracterización del capitalismo, basada en el Programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana, lo que distingue al proyecto de Plejánov son sus teorías de la revolución burguesa y de la dictadura del proletariado.

Dado que la tarea política inmediata en la agenda rusa era el derrocamiento de la autocracia zarista y su sustitución por una República democrática, Plejánov señalaba los «numerosos vestigios del ordenamiento social precapitalista» que ejercen en nuestro país una espantosa opresión sobre toda la población trabajadora y constituyen el más seno de los obstáculos que retrasan «los éxitos del movimiento obrero ruso. Por esto propugnaba que la socialdemocracia rusa se limitara a luchar por «las instituciones jurídicas que, como complemento jurídico natural de las relaciones capitalistas de producción, existen ya en los países capitalistas adelantados y son necesarias para el pleno y amplio desarrollo de la lucha de clases del trabajo asalariado contra el capital».¹⁵⁹

Mientras Lenin se aseguraba de que esta ampulosa versión de la teoría de Plejánov sobre la revolución burguesa no fuera recogida en el proyecto final del programa de un «partido militante», intentaba también atenuar el lenguaje militante con el que Plejánov lanzaba su grito de guerra, deliberadamente antirrevisionista, de la dictadura del proletariado:

Para realizar esta revolución social, el proletariado debe conquistar el poder político, que lo convertirá en dueño de la situación y le permitirá eliminar todos los obstáculos que se

¹⁵⁷ Plejánov a Vera Zasúlich. 19 de marzo de 1902, en *Leninski sbornik*, Moscú-Leningrado 1924, vol. 11, pp. 93-94.

¹⁵⁸ LENIN, *Obras completas* cit., vol. 6, pp. 11-18.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 18.

opongan a su gran objetivo. En este sentido la dictadura del proletariado es la condición política esencial de la revolución social.¹⁶⁰

Hasta Lenin se sorprendió de conceptos como «dueño de la situación», «gran objetivo», y pensó que bastaba con «revolución social». Mientras Plejánov, tomando nota del comentario de Lenin, suprimía algunas palabras «altisonantes» en su segundo proyecto y sustituía «dictadura del proletariado» por «poder estatal del proletariado», Lenin pensaba que se trataba de «algo idéntico», porque «en política quien detenta el poder es el dictador».¹⁶¹

En efecto, la introducción de Plejánov de 1900 al *Manifiesto del Partido comunista* contiene una definición de la dictadura de clases, incluida la dictadura del proletariado, que, gracias al acento puesto en su función y en sus poderes represivos, es análoga a la que se daba en el proyecto original de programa de 1902:

La dictadura de una clase determinada es el dominio que permite a esa clase el uso de la fuerza organizada de la sociedad en defensa de sus propios intereses y por la supresión de todos los movimientos sociales que directa o indirectamente amenazan a esos intereses.¹⁶²

Fue Plejánov, por tanto, quien introdujo en el programa del partido obrero socialdemócrata ruso (POSDR), a diferencia de todos los demás partidos socialdemócratas, un nuevo y, por su misma admisión, «algo amenazante»¹⁶³ compromiso en favor de la dictadura del proletariado, a la que consideraba sinónimo de dominio proletario dotado de poderes represivos ilimitados; lo que desde luego no hizo fue considerarla un sinónimo del gobierno de la mayoría y de la democracia.

De hecho, cuando el II Congreso del POSDR discutió el proyecto final del programa (que era más obra de Lenin que de Plejánov) en

¹⁶⁰ Ibid., p. 29.

¹⁶¹ Ibid., pp. 52 ss.

¹⁶² PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. XI, p. 319.

¹⁶³ *Filosofsko-literaturnoe nasledie Plejanova*, vol. 1, p. 88.

agosto de 1903, y se planteó la cuestión del compromiso de la socialdemocracia a favor de los principios democráticos, Plejánov estuvo a la altura de la situación y pronunció su famoso discurso jacobino sobre el tema «salus revolutionis suprema lex», al que debían subordinarse todos los principios democráticos, incluido el sufragio universal y la inviolabilidad de la persona. Previendo una situación en la que «el proletariado revolucionario» hubiera restringido los derechos de las clases superiores o la duración de los parlamentos, enunció que

si en el fervor del entusiasmo revolucionario el pueblo elige un buen parlamento (una especie de *Chambre introuvable*) deberemos esforzarnos en convertirlo en un *Long Parliament*; pero si la elección resultara un fracaso, deberíamos intentar disolver el parlamento, no al cabo de dos años, sino posiblemente al cabo de dos semanas.¹⁶⁴

De este modo, al compromiso a favor de la dictadura del proletariado por parte de la socialdemocracia rusa, Plejánov había añadido una regla autoritaria, según la cual el compromiso a favor de la democracia debía estar sujeto a la oportunidad revolucionaria.

La división de opiniones, aplausos y silbidos, con que fue acogido su discurso no le impresionó en absoluto. Pocos meses después, en un llamamiento público a la Liga extranjera de los emigrados socialdemócratas y en una conversación privada, Martov intentó convencer a Plejánov de que suavizara la impresión que había dado con aquel discurso jacobino, pero por toda respuesta a sus esfuerzos recibió un glacial y lacónico «¡Gracias!»¹⁶⁵ Martov se dio cuenta entonces de que la «concepción de la dictadura del proletariado» de Plejánov «no dejaba de tener un cierto parentesco con la dictadura jacobina de una minoría revolucionaria». No debería haberse sorprendido de ello, ya que Plejánov nunca había ocultado su tendencia al «jacobinismo», tanto al nivel práctico del partido

¹⁶⁴ *Vtorol sezd Rsdry*, Protokoly, Moscú 1959, pp. 181-182.

¹⁶⁵ *Protokoly II-go ocherednogo sezda Zagranichnoi Ligi rusko, revoliutsionnol social-demokrati*, Ginebra 1904, p. 57.

político, como a nivel teórico.¹⁶⁶ A la desilusión de Martov corresponde la satisfacción de Lenin, que aprobaba de corazón el «verdadero jacobino» que había en Plejánov.¹⁶⁷

El II Congreso fue un gran momento, si no el punto culminante, de la carrera de Plejánov. Apareciendo junto a Lenin, que era el principal arquitecto y el principal motor del mismo, Plejánov recibió finalmente el reconocimiento de teórico-guía de la socialdemocracia rusa al ser elegido por aclamación presidente del congreso.

Su vivo y exuberante discurso de apertura sobre el tema de Ulrich van Hutten: «Es ist eine Lust zu leben!» (vivir es un placer)¹⁶⁸ reflejaba con exactitud su orgullo por la victoria y las realizaciones de la Iskra y del marxismo ortodoxo militante. También debió gustarle ver que los restos derrotados del economicismo, Vladimir Akimov y Alexander Martinov, y los irreverentes independientes bundistas, totalmente aislados, abandonaban el congreso. Pero precisamente entonces hubo una conmoción: la escisión entre los partidarios de Martov, los futuros mencheviques, y los partidarios de Lenin, los futuros bolcheviques. Plejánov estuvo «a punto de llorar».¹⁶⁹ Si bien durante el congreso e inmediatamente después, Plejánov defendió abiertamente a Lenin, en noviembre de 1903, en un notable giro, se puso en contra suya y llegó a denunciarlo como un Robespierre, pasándose a los mencheviques.¹⁷⁰

Durante la guerra ruso-japonesa, Plejánov mantuvo una posición coherentemente derrotista. Atribuía la responsabilidad de la guerra a la autocracia zarista, «el peor y más peligroso enemigo del pueblo ruso», y esperaba una derrota rusa que «destruiría los fundamentos del régimen de Nicolás II».¹⁷¹ En la sesión inaugural del Congreso de Amsterdam de la Internacional socialista, en agosto de 1904, Plejánov y Sen Katayama, el socialista japonés, mostraron

¹⁶⁶ L. MARTOV, *Mirovoi bolshevism*, Berlín 1923, p. 72. Sobre el jacobinismo de Plejánov cf. BARON, *Plekhanov* cit., pp. 115, 129, 213.

¹⁶⁷ *Leninski sbornik*, vol. I. Moscú-Leningrado 1924, p. 27; N. K. KRUPSKAIA, *Reminiscences of Lenin*, Moscú 1959, p. 91.

¹⁶⁸ *Vtoroi sez d Rsdrp*. pp. 5-6.

¹⁶⁹ *Sochinenia* cit., vol. XIX, pp. 378-379.

¹⁷⁰ *Pisma P. B. Axelroda i Lu. O. Martova*, Berlín, 1924, p. 97.

¹⁷¹ *Sochinenia* cit., vol. XIII, pp. 96-97.

públicamente su internacionalismo y solidaridad socialista cuando, entre grandes aplausos de los delegados reunidos, se levantaron y se estrecharon la mano. La idea principal del discurso de Plejánov al congreso fue: «Ha llegado por fin el momento de que el despotismo encuentre su merecido final».¹⁷² Coherentemente con esto, y a nivel teórico, Plejánov, discutiendo con Jaurès y Bernstein, confirmó la afirmación del *Manifiesto del Partido comunista* según la cual «los trabajadores no tienen patria»: el *Manifiesto* se refería a una patria *burguesa* y la afirmación, a pesar de la difusión del sufragio universal, era por tanto todavía válida.¹⁷³

En cuanto al tema general de la relación entre «patriotismo y socialismo» y a la actitud socialista ante la guerra, Plejánov reiteró su favorito «*ius revolutionis suprema lex*» e insistió en el principio de la oportunidad revolucionaria: aunque el internacionalismo socialista era totalmente compatible con el amor y la devoción por la propia patria, «los intereses de la humanidad revolucionaria, o sea, del presente movimiento internacional del proletariado, o sea del progreso», se situaban por encima. El mismo criterio de oportunidad revolucionaria se aplicaba a la guerra, por lo que no se podía hacer ninguna distinción entre beligerancia agresiva y defensiva, y si los socialistas eran «los mayores partidarios de la paz» era porque las guerras entre las naciones civilizadas ocasionaban «gran daño» al movimiento de emancipación del proletariado.¹⁷⁴

Cuando se produjo el domingo sangriento del 9 de enero de 1905, y con él el apasionado llamamiento de Plejánov a la «resistencia armada» que habría podido transformarse en levantamiento armado y en la revolución, «su» revolución rusa debía haber sido más «burguesa» que nunca; su consejo táctico a los compañeros socialdemócratas en Rusia fue que buscasen aliados entre los elementos progresistas de la sociedad, como la burguesía liberal, y «yendo por separado pero golpeando juntos», derrocaran al poder zarista y pusieran la realización de la «libertad burguesa», y no el socialismo, a la orden del día inmediata.¹⁷⁵ En este espíritu, dio

¹⁷² Ibid., p. 372.

¹⁷³ Patriotizm I Sotsializm, *ibid.*, pp. 263-267.

¹⁷⁴ Ibid., pp. 269-270.

¹⁷⁵ *Vrozidli vmeste byt*, *ibid.*, pp. 192-193, cf. también p. 337.

instrucciones a los socialdemócratas rusos para que no «asustaran a la burguesía, y no la trataran como una única «masa reaccionaria», sino que «hicieran distinciones».¹⁷⁶ Nada había cambiado, a pesar de las nuevas circunstancias de la revolución de 1905 y del debate sobre la estrategia y sobre el poder revolucionario que ésta suscitó entre los socialdemócratas rusos, y el consejo táctico de Plejánov estaba aún inspirado en la estrategia revolucionaria de su teoría sobre la revolución burguesa, que continuó predicando como si fuese un principio inmutable de la ortodoxia marxista consagrado desde hacía tiempo.

Plejánov orientó entonces su vigor polémico y su erudición marxista contra las tentativas de Trotski, de Lenin y de un grupo de mencheviques de revisar la teoría y la estrategia revolucionaria marxista rusa a la luz de su experiencia y comprensión de la revolución de 1905 y de las lecciones sacadas de la impresionante fuerza y energía revolucionaria de la clase obrera, de la aparición y de la popularidad de los soviets, de la importante efervescencia y del movimiento campesino, de la debilidad de la burguesía liberal y del gran prestigio, del ardor revolucionario y la renovada aspiración al poder de los socialdemócratas.

La teoría de Trotski de la «revolución permanente», antítesis total de la de Plejánov sobre la revolución «burguesa», fue condenada inapelablemente, y su programa revolucionario que unía la revolución burguesa y la revolución proletaria en Rusia y contemplaba una continuidad revolucionaria entre el programa mínimo y el programa máximo de la socialdemocracia rusa, fue liquidado por Plejánov con la desdeñosa sentencia: «Toda la historia continua», y la dogmática aseveración de que no se trata más que de «realización de nuestro programa mínimo en el orden del día».¹⁷⁷

Pero Plejánov dirigió toda su fuerza polémica y un abundante arsenal de autorizados textos marxistas contra Lenin y su nuevo plan revolucionario de 1905 («la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos»). Como antítesis de la autodisciplina de abstención del poder teorizada por Plejánov, Lenin había

¹⁷⁶ *Filosofsko-literaturnoe nasledie Plejanova*, vol. 1, páginas 215-216; *ibid.*, p. 338.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 215.

propugnado que el deber de los socialdemócratas, que representaban «el partido de clase independiente del proletariado», era asumir el poder en el curso de la revolución burguesa en Rusia y participar en un gobierno democrático-revolucionario de amplia base; sus aliados serían los socialistas revolucionarios, que representaban a los campesinos, «aliados naturales de los trabajadores», y otros elementos demócratas radicales; los liberales, sin embargo, quedaban excluidos.¹⁷⁸ Contra este nuevo plan revolucionario, Plejánov citaba los conocidos textos marxistas ya usados contra una prematura toma del poder en *Nuestras discrepancias* de 1884.¹⁷⁹ Pero su caballo de batalla era ahora una carta que Engels había escrito a Turati en enero de 1894 en respuesta a la cuestión que éste le había planteado acerca de una posible participación de los socialistas italianos en un gobierno revolucionario. El consejo de Engels era que no había que participar, sino formar «la nueva oposición» al nuevo gobierno, ya que, en su opinión, aunque se recibiera la oferta de «alguna cartera en el nuevo gobierno» en base a la victoria común siempre se estaría en minoría: «*Este es el mayor peligro*». En apoyo de su sugerencia, Engels había aducido el ejemplo de Ledru-Rollin, de Louis Blanc y de Flocon en febrero de 1848, como advertencia contra «el error de aceptar semejantes cargos»: «minoritarios en el gobierno -señalaba Engels- compartieron voluntariamente la responsabilidad de todas las infamias y traiciones con respecto a la clase obrera cometidas por la mayoría de republicanos puros, mientras su presencia en el gobierno paralizaba la acción revolucionaria de la clase trabajadora».¹⁸⁰ Mientras en la carta Engels ponía claramente el acento en la situación de minoría en el gobierno, como había sucedido a Louis

¹⁷⁸ LENIN, *Obras completas* cit., vol. 9, pp. 9 ss. Para un análisis de las teorías revolucionarias de Lenin entre 1905 y la Revolución de Octubre remito a mi contribución a la tercera parte de la presente *Historia del marxismo*.

¹⁷⁹ *K voprosu o zajvate vlasti*, en *Sochinenia* cit., vol. XIII, pp. 203-211.

¹⁸⁰ Engels a Filippo Turati, 26 de enero de 1894. La carta de Engels, publicada originariamente en la "Crítica social". 1 de febrero de 1894 (Pléjanov recurre a esta publicación) ha sido editada en K. MARX y F. ENGELS, *Scrilli italiani*, a cargo de G. Bosio, Milán-Roma 1955. pp. 172-174; en K. MARX y F. ENGELS, *Corrispondenza con italiani: 1848-1895*, a cargo de G. Del Bo, Milán 1964, pp. 518-521. véase el original francés.

Blanc, Plejánov, llevado por su propia furia polémica y buscando una victoria sobre Lenin, parafraseaba a Engels del siguiente modo:

Después de la victoria el mayor peligro sería («éste es el mayor peligro», dice Engels) *que los socialistas entrasen en el nuevo gobierno...* Participando en el nuevo gobierno democrático, los socialistas compartirían la responsabilidad de todos los errores y traiciones de ese gobierno con respecto a la clase obrera y, al mismo tiempo, con su sola presencia en el gobierno paralizarían la energía revolucionaria de esta clase.¹⁸¹

Tras esta «irrefutable prueba», Plejánov sacaba su exaltante conclusión: «El texto citado nos dice que participar en un gobierno revolucionario junto a los representantes de la pequeña burguesía significa traicionar al proletariado».¹⁸²

Lenin no quedó convencido. Admitiendo que no conocía la carta de Engels más que por la exposición de Plejánov, se quejaba de que Plejánov «no reproduce su texto íntegro, ni nos dice si fue publicada, y si lo fue, dónde». Rechaza las referencias históricas de Plejánov a la Alemania de 1850 y a la Italia de 1894 por irrelevantes para la Rusia de enero (domingo sangriento) y mayo (Tsushima, huelgas) de 1905. En cuanto a la «conclusión» de Plejánov, de «considerar inadmisibles en principio toda participación del proletariado en un gobierno revolucionario durante la lucha por la república, durante la revolución democrática», Lenin la critica duramente como un «principio del anarquismo condenado por Engels de la manera más inequívoca».¹⁸³

Plejánov esquivó el golpe acumulando autorizados textos marxistas uno tras otro, burlándose de Lenin por su «sorprendente ignorancia» y definiéndolo como una «mezcla de blanquismo y de jauresismo».¹⁸⁴ El insulto y el uso tedioso, repetitivo y quisquilloso de

¹⁸¹ *Sochinenia* cit., vol. XIII, pp. 210-211.

¹⁸² *Ibid.*

¹⁸³ LENIN. *Obras completas*, cit. vol. 8, pp. 549-550.

¹⁸⁴ *Vybrannye mesta iz perepíski s družlamí*, en *Sochinenia* cit., vol. XIII, pp. 273-304.

referencias históricas y de textos autorizados, en vez de datos empíricos relevantes para una Rusia en el umbral de la revolución, son un triste indicio de la paralizante incapacidad de Plejánov de reconsiderar su teoría de la revolución burguesa a la luz tanto de la revolución de 1905, como de las contribuciones creativas a la teoría revolucionaria marxista rusa por parte de Trotski, Lenin y, en menor medida, Martov.

Peor aún fue que, del mismo modo que no había tenido en cuenta en absoluto las innovaciones de sus antiguos discípulos de la socialdemocracia rusa, Plejánov ignoró también las opiniones de sus compañeros socialistas europeos. En octubre de 1906 envió una carta circular a un determinado número de dirigentes socialistas europeos para que dieran su opinión acerca del «carácter general de la revolución rusa»: ¿se trata -preguntaba- de una «revolución burguesa o socialista»? Sólo uno, Theodore Rothstein (un emigrado ruso que vivía en Londres), sobre nueve que respondieron, estaba «profundamente convencido», como Plejánov, de que Rusia estaba en vísperas de una «revolución burguesa y no socialista»; Paul Lafargue y Enrico Ferri pensaban que sería una revolución burguesa de breve duración con fuertes tendencias socialistas». Kautsky, Harry Quelch, Edouard Milhaud, Turati y Vandervelde pensaban que una revolución rusa no sería ya burguesa ni aún socialista, sino que se trataría de algo intermedio, mientras Vaillant preveía una revolución social dirigida por un partido de vanguardia socialista.¹⁸⁵

Plejánov quedó profundamente dolido de que Kautsky publicara una amplia respuesta en la «Neue Zeit», postulando una alianza entre obreros y campesinos con el fin de derrocar el régimen zarista y apoyando abiertamente la hipótesis revolucionaria de Lenin; su embarazo aumentó cuando los bolcheviques, «agarrándose a las faldas de Kautsky», publicaron rápidamente una traducción rusa del escrito en un opúsculo presentado por Lenin.¹⁸⁶

¹⁸⁵ *Mnenia zapadno-evropeiskij sotsialistov o sovremennom obshchestvennom dvizhenie v Rosi*, en "Sovremennaia zhizn", noviembre de 1906, pp. 206-225.

¹⁸⁶ K. KAUTSKY, *Triebkraefte umd Aussichten der russischen Revolution*, en "Neue Zeit", 1906-1907, pp. 331-333; para la reacción de Plejánov cf. *Sochinemia* cit., vol. XV, pp. 295-302; el prólogo de LENIN en LENIN, *Obras completas*, cit., vol. 11, pp. 447-453.

La dirección teórica de Plejánov en el marxismo ruso llegaba, pues, a su fin. Mientras los mencheviques completaban su teoría de la revolución burguesa con su concepto de los «órganos de autogobierno revolucionario»,¹⁸⁷ y Kautsky la rechazaba definiéndola como «un viejo lugar común»,¹⁸⁸ Lenin, aun rindiendo homenaje a la obra teórica de Plejánov y a su «crítica de los populistas y los oportunistas», definida como «una conquista perdurable de la socialdemocracia de toda Rusia», denunciaba que su papel y su actividad como «dirigente político de los socialdemócratas rusos en la revolución burguesa (...) no resiste la crítica». En su opinión, «en esta esfera ha dado pruebas de un oportunismo que ha causado a los obreros socialdemócratas rusos cien veces más daño que el oportunismo de Bernstein a los obreros alemanes».¹⁸⁹

Mientras Plejánov defendía su estrategia revolucionaria como teoría marxista, su filosofía marxista se hacía cada vez más rígida y vinculante. Sorprendido por la difusión del empiriomonismo entre los socialdemócratas rusos, y tal vez como respuesta al desafío de un tal Ermila, un trabajador socialdemócrata que, a finales de 1907, desde la cárcel de Jarkov le pedía que presentara una exposición «definida, clara y exhaustiva» de su concepción marxista del mundo, en vez de «los fuegos artificiales dispersos en sus escritos, según le dictan sus necesidades polémicas»,¹⁹⁰ en 1908 Plejánov produjo, quizá por primera vez, una exposición no polémica de su marxismo. Su artículo *En el veinticinco aniversario de la muerte de Marx* y el librito *Las cuestiones fundamentales del marxismo*, ambos publicados aquel mismo año,¹⁹¹ presentan el marxismo «como una completa y armónica concepción materialista del mundo» que abarca la historia y la naturaleza, en la que «cada aspecto está tan estrechamente

¹⁸⁷ Cf. I. GETZLER, *Marxist revolutionaries and the dilemma of power, Revolution and politics in Russia Essays in memory of B.I. Nikolaesky*, a cargo de A. Rabinowitch. J. Rabinowitch y L.K.D. Kristof, Indiana (U. P.), 1972, pp. 103-104.

¹⁸⁸ *Sochinenia* cit., vol. XV, p. 295.

¹⁸⁹ LENIN. Obras completas cit., vol. 11, pp. 452-453.

¹⁹⁰ Ermita a Plejánov, *Literaturnoe nasledie Plejanova* cit., vol. V, p. 311.

¹⁹¹ *Sochinenia* cit., vol. XVI, pp. 285-298; vol. XVIII, páginas 182-252.

vinculado a todos los demás» que «no se puede remover impunemente uno y sustituirlo por una serie de concepciones arbitrariamente extraídas de otra concepción del mundo».¹⁹²

En cuanto al problema central del materialismo histórico, la relación entre base y superestructura, Plejánov estaba seguro de que podía reducir «las opiniones de Marx y Engels» al siguiente esquema:

1) La situación de las fuerzas productivas; 2) las relaciones económicas creadas por ellas; 3) el orden socio-político que surge sobre una determinada «base» económica; 4) la psicología del hombre social, en parte directamente determinada por la economía, en parte por el orden socio-político surgido de la economía; 5) distintas ideologías que reflejan las características de esa psicología.

Era una fórmula «monista», totalmente impregnada de materialismo y lo suficientemente amplia para abarcar «todas las "formas" de desarrollo histórico».¹⁹³

Ciertamente Plejánov se aseguraba de que ningún socialdemócrata ruso se atrevería impunemente a poner en cuestión algún componente de su concepción marxista ni intentaría actualizarla e introducir en ella nuevos elementos. Con el mismo celo ortodoxo con que había atacado en un momento determinado a los revisionistas, los marxistas legales y los economicistas, ahora arremetía contra todos los que «llevan al marxismo elementos heréticos», tanto mencheviques como bolcheviques. Como dijo a Fedar Dan, «un heterodoxo del campo bolchevique no es para mí peor que un heterodoxo del campo menchevique».¹⁹⁴

Su ira se desencadenó cuando un grupo de intelectuales bolcheviques, entre los que se incluían Anatoli Lunacharski, V. Bazarov, N. A. Rozhkov y el conocido filósofo marxista A. Bogdánov, que se definía empiriomonista, empezó a poner en discusión el

¹⁹² Ibid., vol. XVI, p. 294.

¹⁹³ Ibid., vol. XVIII, pp. 231-232.

¹⁹⁴ Plejánov a F.I. Dan, 26 de noviembre de 1908, en *Filosofsko-literaturnoe nasledie Plejanova*, vol. 1, p. 232.

materialismo dialéctico. Bogdánov fue rápidamente situado «fuera de las fronteras del marxismo» y privado del título de «camarada». Su crimen era, *horribile dictu*, el haber «rechazado la concepción [filosófica] de Engels» (y como consecuencia la de «su seguidor ruso Beltov», o sea Plejánov): «De este modo usted rechaza también la concepción de Marx, dado que Engels tenía las mismas posiciones filosóficas que el autor de *El Capital...* y por tanto se une a los "críticos"». ¹⁹⁵ Con la misma intolerancia se dirigió más tarde contra sus amigos de antaño, y en primer lugar contra Alexander Potresov, quien en su ensayo dedicado a los inicios del marxismo en Rusia, incluido en el monumental estudio menchevique sobre los movimientos políticos y sociales del siglo XX en Rusia, *Obshchestvennoe dvizhenie*, ¹⁹⁶ había disminuido en parte (al menos en opinión de Plejánov) el papel desempeñado por el mismo Plejánov y por su grupo Liberación del trabajo en la difusión del marxismo en Rusia. La aportación de Potresov fue denunciada como «un verdadero libelo sobre el marxismo revolucionario» y «una traición al marxismo». ¹⁹⁷ Tras haberlo excomulgado tan solemnemente, Plejánov insistió en que los directores de *Obshchestvennoe dvizhenie*, Martov, Martínov y Dan, pararan la publicación del ensayo de Potresov y se separaran de él. Ante su negativa, Plejánov presentó la dimisión del periódico menchevique «Golos sotsialdemokrata» e inició una campaña contra Potresov y otros mencheviques, a quienes acusó de «liquidadores» que querían enterrar el partido. ¹⁹⁸ Se atribuye al bolchelvique Lev Kamenev el haber pronunciado la sentencia de que la herejía de Pofresov había sido «la liquidación de Plejánov y de su papel en la socialdemocracia». ¹⁹⁹

¹⁹⁵ Materialismus militans, en *Sochinenia* cit., vol. XVII, páginas 2-3.

¹⁹⁶ *Evoliuetsla obshchestvenno-politicheskoi mysli v predrevo-liutsionnuiu epokhu, Obshchestvennoe dvizhenie v Rosii v nachale XX-go veka*, a cargo de Martov y otros, Petersburgo 1909, vol. 1, páginas 538-640.

¹⁹⁷ Plejánov a Dan, 26 de noviembre de 1908, *Filosofskolte- naturnoe nasledie Plejanova*, vol. 1, p. 233; Plejánov a Axelrod 21 de enero de 1909, *Perepiska Plejanova i Axelroda*, vol. 11, p. 274.

¹⁹⁸ Cf. *Filosofsko-literaturnoe nasledie Plejanova*, vol. 1, páginas 229-236 y *Perepiska Plejanova i Axelroda*, vol. 11, pp. 267-277.

¹⁹⁹ Martov a Potresov. 1 de octubre de 1909, carta inédita, en Nicolaevsky Collection, Hoover Institution, Stanford, California.

En abril de 1909, la guerra de Plejánov contra bolcheviques y mencheviques «heterodoxos» (en la que se veía a sí mismo - al menos cuando se refería a Bogdánov- como «un cazador frente a su pieza» o como «un gato con el ratón en la boca»²⁰⁰ le había convertido, como confesó a Vera Zasúlich, en «un hombre aislado políticamente».²⁰¹ Perdió incluso los amigos mencheviques que le quedaban en 1911, cuando, en una desenfrenada cruzada reivindicativa contra los «liquidadores», embistió en una «carta abierta» contra Pavel Axelrod y Vera Zasúlich, calumniándoles incluso por su intervención y sus pretensiones en los conflictos del partido en 1903.²⁰² Volvió a sus desiertos cuando Martov, Dan y Martínov, con una «carta abierta» a Axelrod y Vera Zasúlich, les reafirmaron su amistad y su admiración y resumieron el comportamiento autodestructivo y la tragedia personal de Plejánov con la frase: «la combinación de una mente digna de Chernishevski con el alma de Don Basilio».²⁰³

La guerra mundial y la revolución rusa supusieron el fin de lo que quedaba de la autoridad de Plejánov como teórico marxista *del* socialismo ruso e internacional. Con un notable giro con respecto a su posición anterior, cuando afirmaba que las guerras debían ser juzgadas únicamente en base al criterio de la oportunidad revolucionaria - «salus revolutionis suprema lex»- y que por tanto no había que hacer ninguna distinción entre beligerantes agresivos y defensivos, apeló a las «simples leyes de la moralidad y de la justicia» que, declaraba, deben llevar a los socialemócratas a apoyar a Francia y a Bélgica en su defensa ante el agresor alemán.²⁰⁴ Aún peor fue que, tras haber ignorado totalmente el elemento moral en Marx, Plejánov descubrió, e hizo uso y abuso de ella, la frase «simples leyes de la moralidad y de la justicia», contenida en el Mensaje inaugural a la Asociación internacional de trabajadores de noviembre de 1864 (que,

²⁰⁰ Plejánov a Axelrod y a Martinov. 5 de octubre de 1909, *Perepiska Plejanova i Axelroda*, vol. 11, p. 266.

²⁰¹ Plejánov a Vera Znsúlich, 14 de abril de 1909, *Filosofsko-literaturnoe nasledie Plejanova*, vol. I, p. 242.

²⁰² *Ob uybke Avgura*, en Sochinenia cit., vol. XIX. pp. 379-380.

²⁰³ MARTOV, DAN Y MARTÍNOV, *Otkrytoe pismo Axelrodu i Zasulich*, París, marzo de 1912, p. 6.

²⁰⁴ PLEJÁNOV, *O voine*, Petrogrado 19172, pp. 19, 49-51.

como Marx confió a Engels, se había visto «obligado a añadir» a pesar suyo por la presión de los promotores mazzinianos de la Asociación, colocándola de todos modos de manera que «no pudiera hacer daño»²⁰⁵, y, combinándola a la manera de Bernstein con «la ley moral de Kant», la postulaba como principio guía de la política exterior socialdemócrata.²⁰⁶

En cuanto a su actitud con respecto a la Rusia zarista en guerra, mientras Lenin pensaba que «el mal menor sería ahora, inmediatamente, la derrota del zarismo», porque «el zarismo es cien veces peor que el kaiserismo» y consideraba indispensable orientar «nuestra labor (una labor tenaz, sistemática, tal vez prolongada) en el espíritu de convertir la guerra nacional en guerra civil»,²⁰⁷ Plejánov no veía ninguna razón para preferir un «explotador de lengua alemana» a un explotador que hablara en ruso, sobre todo porque estaba seguro de que una victoria alemana sobre Rusia detendría «nuestro desarrollo económico, pondría fin a la europeización de Rusia y reforzaría el viejo orden».²⁰⁸

De vuelta a la Rusia revolucionaria a finales de marzo de 1917, Plejánov y su pequeño grupo de fieles, en particular Lev Deich y Vera Zasúlich, se reagruparon en torno al periódico «Edinstvo», luchando por la continuación por parte de Rusia de la guerra «defensiva» hasta la victoria final sobre Alemania, y propugnando con particular fervor una ofensiva que Plejánov presentaba como «salvación de Rusia».²⁰⁹ Así, cuando en junio de 1917 se lanzó finalmente la ofensiva de Kerenski, Plejánov llamó a los reacios soldados rusos a «correr a la batalla» con la *Marsellesa*, que llevaba al oído las «viriles palabras de este himno inmortal»:

Amour sacré de la patrie, conduis, soutiens nos bras vengeurs!
Liberté, Liberté chérie, combats avec tes défenseurs...²¹⁰

²⁰⁵ Marx a Engels, 4 de noviembre de 1864, MARX-ENGELS, Opere cit., vol. 42, p. 13.

²⁰⁶ *O voine* cit., pp. 19-20, 47-51.

²⁰⁷ Lenin a Alexander Shliapnikov, 17 de octubre de 1914, en LENIN, Obras completas cit., vol. 39, p. 165.

²⁰⁸ *O voine* cit., pp. 70-71.

²⁰⁹ Plejanov, *God na rodine*, vol. I, París 1921.

²¹⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 11.

En contraste con su antigua autodisciplina de abstención del poder, predicaba apasionadamente y sin pausa la participación socialista en una amplia coalición de gobierno que incluiría a todas «las fuerzas vivas del país», como los «distintos partidos burgueses» que no «están interesados en la restauración del régimen zarista», porque «fuera de la coalición no hay salvación».²¹¹ El mismo que sólo siete años antes alardeaba de tener las mismas «concepciones tácticas» que había «completamente elaborado» ya a principios de los años ochenta, cuando se fundó el grupo Liberación del trabajo,²¹² ahora justificaba la supresión del tabú sobre el gobierno de coalición aduciendo el abierto rechazo que el marxismo hace del dogmatismo y condenando «el imperdonable pecado de servir al Moloch del doctrinarismo».²¹³

Denunciando a los bolcheviques como «los bakuninistas de hoy», criticaba la intención de éstos de instaurar una dictadura del proletariado en la atrasada Rusia, porque «según las enseñanzas socialdemócratas» tal dictadura sólo era «posible y deseable» desde el momento de que los trabajadores «constituyeran una mayoría de la población».²¹⁴ Así, probablemente por primera vez, Plejánov acabó aludiendo a una interpretación generalmente aceptada de la dictadura del proletariado que la identificaba con el dominio de la mayoría. Sin embargo, dirigió toda su ira contra los mencheviques, los «semileninistas», como les llamaba sarcásticamente. A pesar de que se definían por una revolución burguesa rusa, lo que querían en realidad --observaba polémicamente Plejánov-- era un «orden burgués» y un desarrollo capitalista «sin la burguesía», de modo que «destruían la democracia revolucionaria» y la revolución.²¹⁵ Era bastante lógico que, al atacarlo, los bolcheviques aprovecharan al máximo la pérdida de toda visión internacionalista y revolucionaria; pero incluso los mencheviques se distanciaron de él y de su grupo del «Edinstvo», dejándolo fuera del Comité Ejecutivo del Soviet de

²¹¹ Ibid., pp. 150, 152.

²¹² *Nashe polozenie* (1910), en *Sochinenia* cit., vol. XIX, p. 283.

²¹³ *God na rodine* cit., vol. II, p. 40.

²¹⁴ Ibid., vol. I, p. 110; vol. II, pp. 30, 32.

²¹⁵ Ibid., vol I, p. 184; vol. II, pp. 42, 83-84, 140.

Petrogrado y del congreso menchevique celebrado en agosto.²¹⁶ Los mencheviques «semileninistas» de la «Rabochaia gazeta» se vengaron incluso el 25 de mayo de 1917, cuando, comentando el triste aislamiento de Plejánov, escribieron:

La historia le ha jugado una mala pasada: le ha llevado, a él que era el primero que había trazado el recto camino de la revolución, a oponerse al movimiento revolucionario con todo el peso de su autoridad durante la guerra, y cuando la revolución ha acabado por estallar, sin él y a pesar suyo, la historia lo ha echado de la lucha, lo ha puesto aparte y le ha dejado un único consuelo: la queja quisquillosa.²¹⁷

Cuando, después de la revolución de octubre y la disolución de la Asamblea constituyente, Víctor Chernov, en la «Delo naroda», le imputó, y Lenin en «Pravda» reconoció a Plejánov la responsabilidad de haber dado el fundamento teórico del terror bolchevique y la disolución de la Asamblea Constituyente (Lenin incluso consideró oportuno publicar la intervención jacobina de Plejánov de 1903, comentando que esa «página... parece especialmente escrita para el momento actual»)²¹⁸, Plejánov, en el que sería su último artículo, reafirmó sin ningún arrepentimiento su credo jacobino y dialéctico.²¹⁹ Volviendo a la cuestión planteada en el II Congreso del POSDR, o sea, si los bolcheviques debían adherirse absolutamente a algunos principios democráticos en sus actividades prácticas, Plejánov confirmó la regla que había formulado entonces, según la cual para los revolucionarios sólo podía haber «un principio absoluto»: el bienestar del pueblo es la «ley suprema».²²⁰ Traducido

²¹⁶ L. LANDE, *The Mensheviks In 1917*, en *The Mensheviks*, a cargo de L. Haimson, Chicego 1974, p. 8.

²¹⁷ Edinstvo, en "Rabochaia gazeta", 25 de mayo de 1917, número 64.

²¹⁸ LENIN, *Plejánov y el terror*, en LENIN, *Obras completas* cit., vol. 28, pp. 61-63.

²¹⁹ Buki Az-Ba, en "Nashe edinstvo", 11 y 13 de enero de 1918, n.14 y 16, reeditado en *God na rodine* cit., vol. II, págnas 257-268.

²²⁰ No he encontrado ninguna confirmación del juicio expresado por el biógrafo de Plejánov, BARON, *Plekhanov* cit., p. 242, según el cual «vivió lamentando con todas las fibras de su ser» su discurso jacobino de 1903.

en «lenguaje revolucionario», esto significa: «la victoria de la revolución es la ley suprema».²²¹

Aunque en el pasado siempre había afirmado, en sus discursos y por escrito, aquel principio como «obvio», ahora, al haber sido acusado por sus adversarios, por ejemplo Chernov, de difundir una «perniciosa herejía», y al reprocharle «malignamente» otros que había abandonado sus principios en el momento en que «los seguidores de Lenin los aplicaban celosamente», se sintió obligado a dar una explicación.²²² Su método dialéctico o modo de pensamiento (derivado de «Hegel, el genio alemán del idealismo», y convertido en uno «de los más importantes componentes del socialismo científico») concebía todas las cosas en relación con el tiempo y el espacio. Por ejemplo, la esclavitud puede haber sido justificable en un determinado tiempo y lugar como útil al «progreso humano», hasta el punto de que en una ocasión Engels dijo medio en broma: «sin la esclavitud antigua, el socialismo moderno sería imposible». Al no existir «un absoluto», la oportunidad era el único criterio en las cuestiones de táctica y de política: un determinado desenvolvimiento de la acción podía contribuir positiva o negativamente al bien del pueblo y de la revolución. Por tanto, el «millerandismo», o sea la participación socialista en un gobierno burgués, tenía que ser juzgada en su contexto: mientras el ingreso de Millerand en el gobierno de Waldeck-Rousseau era un error, Jules Guesde tenía razón al entrar en el ministerio de defensa nacional.

El mismo método dialéctico o criterio de la oportunidad se aplicaba a cuestiones como la actitud socialista respecto a la guerra, el voto de los créditos de guerra, y la Asamblea constituyente. Si el proletariado francés hubiese disuelto por la fuerza la Asamblea constituyente en 1848-1849, o sea «aquel órgano de la reacción» hostil a los trabajadores, él habría sido el primero en no condenar su acción; pero la Asamblea constituyente que los «comisarios del pueblo» acababan de disolver, defendía firmemente los intereses «del pueblo trabajador de Rusia», y la disolución se dirigía no contra

²²¹ *God na rodine* cit., vol. II, p. 257.

²²² *Ibid.*, p. 267.

los enemigos de los trabajadores, sino contra «los enemigos del Instituto Smolny».²²³

No había sido su discurso de 1903 lo que había inspirado la acción de los bolcheviques -proseguía- sino la lógica de la revolución de octubre, por la que, tras haber tomado el poder, se encontraban frente a una Asamblea constituyente con mayoría de socialistas revolucionarios, y tenían que disolverla si querían mantenerse en el poder. Al faltar una de las condiciones del socialismo, una «dictadura de la mayoría», habían tenido que recurrir a una dictadura de la minoría, al terror y al mito (al estilo Nechaev) de la revolución en Europa occidental.

Lenin y los bolcheviques no eran -pese a la acusación de Chernov- sus «hijos»; como máximo, eran sus descendientes «ilegítimos». Su táctica, acusaba Plejánov, era «una deducción totalmente ilegítima» de aquella «predilecta idea táctica» que, basándose en el pensamiento de Marx y Engels, él había asumido y propuesto. Por tanto era desleal hacer de él, como «teórico del marxismo ruso», el responsable de todas las «estúpidas y criminales actividades» de cualquier aspirante a marxista ruso. En todo caso, contraatacaba Plejánov, los bolcheviques actuales eran primos hermanos de Chernov, y por eso no era sorprendente que se hubiesen apropiado de su programa agrario.²²⁴

Lenin, fuera o no «hijo ilegítimo» o «primo hermano de Chernov», se consideraba discípulo de Plejánov (¿de antes de 1905?, ¿de antes de la guerra?) «cuando era socialista» y había establecido, según la paráfrasis de Lenin, que:

Los enemigos del socialismo pueden ser privados por un tiempo no sólo de la inviolabilidad de la persona, no sólo de la libertad de prensa, sino también del derecho de sufragio universal. Cuando se trata de un mal parlamento, hay que procurar «disolverlo» en dos semanas. El bien de la revolución, el bien de la clase obrera, es la ley suprema.²²⁵

²²³ Ibid., pp. 259-266.

²²⁴ Ibid., pp. 266-268.

²²⁵ LENIN, *Obras completas* cit., vol. 28, p. 62.

Al igual que su «maestro de marxismo», también Lenin podía proclamar que, con la ayuda de su ciencia marxista, estaba seguro de lo que sería bueno para la revolución, y podía obrar en consecuencia. Tampoco a esto Plejánov habría sabido responder más que enarbolando una serie de textos marxistas y de precedentes históricos, que a su vez Lenin habría interpretado de un modo distinto o habría liquidado dialécticamente como irrelevantes para la nueva situación, y habría dicho la última palabra haciendo cerrar el «Edinstvo».

En efecto, Plejánov estaba ya desarmado ideológicamente aun antes de ser reducido al silencio. Su quejosa insistencia en la ortodoxia marxista como concepción del mundo establecida, global y vinculante, era incompatible con su alardeada dialéctica, que concebía el mundo y la sociedad en perpetuo movimiento. Su misma afirmación de que la teoría de Marx, sin ser evidentemente «una verdad eterna», era sin embargo «la más alta verdad social de nuestro tiempo»,²²⁶ pecaba de flagrante incoherencia con el virtuosismo dialéctico de un Plejánov, caricaturizado por los bolcheviques como un Sísifo desnudo, públicamente tapado con la hoja de parra... de la dialéctica.²²⁷

En realidad, tras haber convertido en una doctrina inmutable su concepción de la revolución burguesa, con su ingeniosa autodisciplina de abstención del poder, originariamente elaborada para la Rusia preindustrial de los años ochenta y de sus impacientes revolucionarios populistas, la había convertido en un compromiso permanente con la misma validez y adaptabilidad para una Rusia pos-Vitte, que había conocido casi treinta años de industrialización y de urbanización. Por esta razón, su teoría y estrategia revolucionarias no consiguieron analizar en términos creativos la debilidad de la burguesía rusa, la alienación de la sociedad y la impaciencia de las nuevas masas trabajadoras, las potencialidades revolucionarias de los campesinos, el surgimiento de los soviets, y las oportunidades y las aspiraciones al poder de los socialdemócratas.

²²⁶ PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. XI, p. 28.

²²⁷ *Letopis revoliutsi*, vol. 1, Berlín-Petersburgo-Moscú 1923, p. 156; véase la caricatura reproducida en I. GETZLER. Martov. *Biografía política di un socialdemocratico russo*, Milán 1978, p. 117.

No puede sorprender que su teoría revolucionaria resultase patéticamente irrelevante y se convirtiese en un obstáculo ideológico (desde luego para los mencheviques) en las revoluciones rusas, nacionales, democráticas y sociales de 1905 y de 1917.

Si la preocupación dominante de Plejánov y la obra de su vida como pensador marxista y socialdemócrata ruso, consistía en europeizar y civilizar la revolución rusa, impidiendo que se transformara en una revolución socialista inmadura y degenerara en una especie de despotismo oriental, que tanto temía, hay que decir que fracasó miserablemente.

VITTORIO STRADA

*La polémica entre bolcheviques y mencheviques
sobre la revolución de 1905*

La revolución de 1905-1907 fue un acontecimiento decisivo en el desarrollo del Estado y de la sociedad rusa. De repente, con el «domingo sangriento» del 9 de enero, todas las clases sociales y las organizaciones políticas manifestaron en una explosión de actividad las enormes energías que habían acumulado en los años anteriores y que desde hacía mucho tiempo habían sido reprimidas por el absolutismo zarista. El absolutismo era sentido por estratos cada vez más amplios de la sociedad rusa como el obstáculo anacrónico a una modernización democrática capaz de dar espacio y respiro político a las nuevas fuerzas económicas y sociales, formadas por el intenso desarrollo industrial del país. En esta perspectiva estaban interesadas de distinto modo clases opuestas, como la burguesía y el proletariado, así como las masas campesinas, que eran las más oprimidas por la tenaz supervivencia de privilegios semif feudales. La Rusia de principios de siglo aparecía como un complejo no sólo de fuerzas sociales, sino también de regímenes económicos. Y toda esta formación económico-social heterogénea y dinámica estaba regida por un despotismo al que los socialdemócratas rusos coincidían en llamar «asiático» para subrayar su especificidad con respecto al absolutismo europeo-occidental, al que ya habían hecho desaparecer el desarrollo capitalista y las revoluciones burguesas.

Precisamente esta variedad de regímenes económicos en el seno de una misma formación social y estatal confirió a la lucha revolucionaria, que estalló en 1905, un carácter de novedad con respecto a las demás revoluciones burguesas de la historia europea. De esta novedad, que se convirtió en objeto de análisis y discusión en la socialdemocracia no sólo rusa, se puede decir que también fueron conscientes las clases dominantes viejas y nuevas en Rusia. Y lo fueron en el sentido de que tanto la política de los grupos feudal-monárquicos como la de las fuerzas liberal-burguesas, estuvo condicionada por el hecho de que la «revolución burguesa» de 1905, que estalló históricamente con retraso con respecto a las revoluciones europeo-occidentales de los siglos anteriores, tenía

lugar en una fase histórica de maduración de la clase obrera, que disponía también en Rusia de un partido político propio, que además era teóricamente aguerrido y avanzado. El «viejo régimen» podía basarse en esta situación para obtener fuerzas de maniobra y de compromiso con los grupos que potencialmente constituían el «nuevo régimen» burgués. Pero de esta situación nacían también tareas nuevas para la clase obrera y para su partido, que entonces en Rusia estaba ya dividido en dos fracciones hostiles, la menchevique y la bolchevique, con otras ramificaciones menores.

1. La socialdemocracia rusa y Europa

La revolución de 1905 fue por tanto, para la socialdemocracia rusa, una auténtica prueba de fuego. No sólo en el sentido directo en que lo es toda revolución, que somete a un partido revolucionario a riesgos y desafíos decisivos, sino también en un sentido más comprometedor, ya que para el partido socialdemócrata ruso se trataba, incluso antes de actuar, de comprender la situación histórica nueva en la que tenía que actuar. Y se trataba de una comprensión que no sólo debía iluminar la acción, sino que tenía que definir la identidad misma del agente histórico, es decir, de la socialdemocracia rusa, y también de las dos fracciones en las que ésta se hallaba dividida. Dado que, al tratarse de una situación nueva, la situación revolucionaria rusa tenía que referirse a las revoluciones burguesas europeo-occidentales, es decir la revolución francesa de finales del siglo XVIII y la de 1848, el necesario esfuerzo interpretativo de la situación revolucionaria de 1905 se convertía inevitablemente, para los socialdemócratas rusos, en una tarea comparativa que precisamente tenía que establecer qué es lo que unificaba y qué es lo que diferenciaba a 1905 por una parte, y a 1848 y 1789-1793 por otra. Esto, en una perspectiva aún más amplia, implicaba una nueva comparación, nunca desdeñada a lo largo de toda la historia del pensamiento político y social ruso, entre las características histórico-estructurales de Rusia y de Europa occidental.

Comprender el mecanismo de la revolución rusa y compararlo con el mecanismo de las revoluciones europeas representaba

fundamentar en un sólido terreno histórico-teórico los problemas tácticos de la socialdemocracia, como el de la relación con las demás fuerzas sociales y políticas o la actitud con respecto a las modestas reformas constitucionales que el zarismo se vio obligado a llevar a cabo. Pero representaba también algo más decisivo para la socialdemocracia rusa: definirse a sí misma, aclarar el significado de su joven historia y las distintas posibilidades de su desarrollo, verificar en suma si las divergencias entre bolcheviques y mencheviques, expresadas en el II Congreso, eran superables o iban a estabilizarse. La verificación, como es sabido, dio un resultado de extrema claridad, ya que precisamente la revolución de 1905 demostró que la disidencia entre las dos fracciones de la socialdemocracia rusa era profunda e inconciliable. También en este sentido, 1905 fue, para decirlo con una expresión corriente, el «ensayo general de 1917». Más allá de las divergencias tácticas, siempre posibles y naturales incluso en el seno de una misma organización política en una marejada problemática como una revolución, en 1905, más aún que en la discusión en torno al *¿Qué hacer?* de Lenin, se manifestaron ulteriormente, y con mayor coherencia lógica, dos modos distintos de entender las tareas propias de la clase obrera rusa y de su partido y los métodos para llevarlas a cabo.

Como ya había sucedido en la polémica en torno al *¿Qué hacer?*, que había desembocado en el II Congreso del partido, la socialdemocracia rusa constituía para la socialdemocracia europeo-occidental una realidad histórica compleja y nueva, mal conocida, y más problemática por el hecho de que los mismos socialdemócratas rusos estaban divididos en la interpretación de la realidad y de sus perspectivas prácticas. Las relaciones entre socialdemocracia rusa y no rusa (en particular, la socialdemocracia alemana) eran bastante estrechas en lo que se refiere a la investigación teórica y la elaboración política; pero en aquella ocasión se convirtieron en relaciones directas, con la participación de Rosa Luxemburg en el V Congreso del partido. Las principales intervenciones de los socialdemócratas occidentales (la de Kautsky y sobre todo la de Luxemburg) fueron escuchadas con atención por las repercusiones que tenían en la socialdemocracia europea y fueron situadas en el marco de la elaboración teórica de aquellos políticos. Pero es cierto

que para comprender el sentido del debate que la revolución rusa de 1905 provocó en la socialdemocracia rusa, hay que partir de la perspectiva interna de esta formación política. Ninguno de los modelos propuestos por bolcheviques y mencheviques salió victorioso y la revolución fue derrotada. Pero, aparte del hecho obvio de que incluso una revolución derrotada actúa de un modo profundo y constructivo en la historia, la misma discusión que tuvo lugar entonces en la socialdemocracia rusa ofreció el clarificador espectáculo de dos mentalidades y de dos estrategias, una de las cuales, la bolchevique, acabaría venciendo históricamente diez años más tarde, sin por ello disminuir el valor y el significado del bando perdedor.

La tarea que nos proponemos llevar a cabo no supone la realización de un análisis histórico de la primera revolución rusa, ni la reconstrucción en toda su amplitud material de la dinámica concreta y puntual de la táctica bolchevique y menchevique en el curso de la revolución. Lo que nos interesa es delimitar el núcleo de las dos políticas socialdemócratas rusas en aquella marejada. La mejor vía para ello la ofrecen las ocasiones de polémica y confrontación directa que las dos fracciones socialdemócratas tuvieron entonces; es decir, no las polémicas a distancia, que requerirían un minucioso desciframiento crítico a quien no fuese ya favorable previamente a una de las fracciones, sino los dos congresos (el IV y el V), celebrados respectivamente en abril-mayo de 1906 y en abril-mayo de 1907, en los que polemizaron abiertamente no sólo los principales protagonistas, o sea los mencheviques y los bolcheviques, sino (en el V Congreso) también Trotski y Luxemburg. Hay que precisar también que no intentaremos una historia completa de estos dos congresos, sino un análisis de las discusiones más destacadas, como base para su profundización con otros textos. Los problemas tratados serán los centrales de la relación entre la socialdemocracia y los liberales, por un lado, y los campesinos, por otro, y el de la relación del partido socialdemócrata mismo con la clase obrera y con los nuevos órganos de acción y dirección nacidos en 1905: los soviets.

2. La cuestión agraria

El IV Congreso del Partido obrero socialdemócrata ruso fue llamado «de unificación» y fue organizado precisamente por los centros dirigentes de las dos fracciones, menchevique y bolchevique, que a finales de 1905 formaron un Comité central unificado para convocar el congreso. El congreso, en el que los delegados mencheviques estaban en mayoría, tuvo lugar en Estocolmo en abril de 1906. Hubo dos puntos políticos centrales, en los que se reflejaba la existencia de un año de luchas revolucionarias: el problema agrario y la cuestión de la Duma, la asamblea representativa creada en diciembre de 1905.

El movimiento revolucionario había mostrado la insuficiencia del programa agrario socialdemócrata elaborado y ratificado en el II Congreso del partido (1903). El programa ya no podía limitarse a prever únicamente la devolución a los campesinos de los *otrezki*, las parcelas de tierra que en la reforma de 1861 los propietarios habían sustraído de la parte asignada a los campesinos y que, por tratarse de zonas cultivables, pastos y bosques, eran de vital importancia para los campesinos que se veían obligados a arrendarlas a los propietarios. Ahora el movimiento campesino había planteado concretamente el problema de toda la tierra que estaba aún en manos de los grandes propietarios. El informe de Lenin al Congreso sobre la cuestión agraria no se ha conservado, pero su punto de vista puede deducirse fácilmente de otros escritos de la misma época y del desarrollo de la discusión. Consistía sustancialmente en la propuesta de confiscar todas las tierras pertenecientes a la Iglesia, a los monasterios, al Estado y a los propietarios y, en caso de victoria de la revolución, nacionalizarlas. Algunos bolcheviques, entre ellos Stalin, proponían en cambio una división de la tierra de los propietarios y la entrega de las parcelas a los campesinos como propiedad privada. Éstos consideraban, de hecho, que entre la revolución democrática-burguesa y la revolución socialista transcurriría un período bastante largo que justificaría esta ordenación de la agricultura, mientras Lenin, que tendía a una transición interna acelerada de una a otra revolución, veía en la nacionalización un instrumento apto para favorecer esta transición. Esto no le impidió, sin embargo, unirse por razones tácticas, al proyecto de quienes querían repartir las tierras y

entregarlas a los campesinos individuales. La tesis menchevique, en cambio, se basaba en una municipalización de la tierra, que debía quedar a disposición de los órganos de autogobierno local. Éstos arrendarían las parcelas a los campesinos.

Contra el proyecto de nacionalización se formulaban dos argumentos principales. Maslov, el estudioso menchevique de la cuestión agraria, tras haber señalado la variedad de condiciones económicas coexistentes en un país de tan vastas proporciones como Rusia (variedad que no podía ser ignorada por un programa agrario como hacía la propuesta «simplista y abstracta» de Lenin), afirmó que la nacionalización tendría el efecto negativo de unificar en una reacción contrarrevolucionaria a todas las diversas zonas del Imperio ruso. Según Maslov, habría «no una única Vandea, sino una rebelión general de los campesinos contra la tentativa de una intervención por parte del Estado para disponer de las parcelas de tierra *propias* de los campesinos, contra la tentativa de nacionalizarlas», y los reaccionarios usarían esta tentativa para empujar a los campesinos a sublevarse contra los revolucionarios, para quienes «la realización del proyecto» de Lenin llevaría «la revolución no a su final, sino a su principio». ²²⁸ Además Maslov criticaba los «comités campesinos» que Lenin había previsto para que sirvieran de intermediarios entre el centro y los campesinos tras la nacionalización, mientras para los mencheviques ese intermediario, después de la municipalización, debía estar constituido por órganos de autogobierno local. Lenin,

en su proyecto -afirmaba Maslov-, tras haber privado a los revolucionarios no-campesinos del derecho a tomar parte en la distribución de la tierra, proponiendo que la tierra sólo sea entregada a los comités campesinos, piensa que luego, en el desarrollo ulterior de la revolución, cuando se proclame la República democrática, les será confiscada la tierra y será entregada al Estado. Es difícil inventar un medio mejor para suscitar en los campesinos aversión por la República democrática y para empujarlos a la contrarrevolución. ²²⁹

²²⁸ *Chetvërty (obedinitelny) sezd Rsdrrp.* Protokoly, Moscú 1959, p.. 55.

²²⁹ *Chetvërty* cit., p. 56.

La objeción de Plejánov al programa agrario de Lenin tiene un carácter más teórico y formula una crítica contra los bolcheviques que ya les había sido hecha en la época de la polémica sobre el *¿Qué hacer?:* Lenin se habría distanciado de las posiciones marxistas para revivir, bajo una apariencia socialdemócrata, la vieja tradición del populismo revolucionario ruso, aproximándose incluso a las posiciones neopopulistas del partido socialista-revolucionario. Al mismo tiempo Lenin recibe otra crítica: la de haber cambiado su propia actitud de los años noventa, cuando según los mencheviques, colaboraba con los «marxistas legales», con respecto a los cuales, una vez evolucionados hacia posiciones liberales autónomas, Lenin manifestará constantemente, y en especial a partir de 1905, una gran hostilidad política y un violento desprecio intelectual, a diferencia de los mencheviques, que, como veremos, intentarán establecer una relación crítica pero constructiva con la burguesía liberal.

Hay que señalar (antes de volver a la intervención de Plejánov sobre la cuestión agraria en el IV Congreso) que en los años de la primera revolución rusa se van formando las primeras tentativas de una interpretación histórica, obviamente polémica y políticamente comprometida, del breve período inicial de la historia de la socialdemocracia rusa. El mismo Lenin se comprometió en esta revisión, recogiendo sus propios artículos de 1908 y escribiendo un importante prólogo de los mismos.²³⁰ En el campo menchevique recordemos la serie de artículos publicados por Martínov, en el mismo año, en el «Golos socialdemokrata»,²³¹ en el que se ponen de manifiesto y se acentúan las diferencias y divergencias, en general no conscientes o al menos no explícitas, que separaban a Lenin de socialdemócratas como Plejánov y Axelrod ya en los años noventa, es decir, antes de la escisión entre mencheviques y bolcheviques. Según Martínov, entonces Lenin «pecaba» por exceso inverso con respecto a sus posiciones de principios de siglo y sobre todo del período de la

²³⁰ Véase en LENIN, *Obras completas*, vol. 13, pp. 106 y ss.

²³¹ Véanse los artículos titulados *Dvizhushchaia sila ruskol revoliutsi (K dvadtsatipiatiletlu ruskol sotsial demokrati)* que aparecieron en 1908 en varios números del «Golos sotsial-demokrata» («La voix du socialdemocrate»), órgano teórico y político menchevique publicado en Ginebra y luego en París.

revolución de 1905, es decir, pecaba de moderantismo. Sin entrar en el intrincado conjunto de las cuestiones históricas y teóricas de la primera década de desarrollo de la socialdemocracia rusa, consideremos, como ejemplo, en la reconstrucción de Martínov, un solo punto que nos será útil también para comprender una alusión polémica de la intervención de Plejánov. Según Martínov,

En 1902 Lenin todavía consideraba que la devolución de los *otrezki* a los campesinos era lo máximo que podía alcanzar la revolución sin violar los intereses del desarrollo social, que entonces era capitalista, y sin violar los intereses de la lucha de clase del proletariado. En 1902 Lenin todavía pensaba, por tanto, que la expropiación completa de la gran propiedad de la tierra era una medida económicamente reaccionaria en Rusia. Se trataba de un planteamiento diferente al del grupo de la Liberación del trabajo en cuanto al significado de la reivindicación de devolución de los *otrezki*: según este grupo, sólo la «relación de fuerzas» de un momento determinado, es decir únicamente consideraciones tácticas (el peligro de una coalición contrarrevolucionaria de las clases burguesas contra reivindicaciones agrarias radicales, dada la ausencia en aquel momento de un fuerte movimiento campesino capaz de apoyarlas) nos obligaba *de momento* a abstenernos de introducir en el programa la expropiación completa. Pero, si se daba un cambio favorable de la relación de fuerzas y un desarrollo de movimiento revolucionario de los campesinos, este grupo consideraba posible y oportuno una ampliación de las reivindicaciones hasta la expropiación completa, no sólo sin temor a que ésta perjudicara al desarrollo del capitalismo, sino con el convencimiento de que ocurriría lo contrario. Pero, sin convertir entonces conscientemente la expropiación en una consigna a la orden del día, el grupo consideraba necesario continuar sin revelar sus ideas a este respecto, y por eso Plejánov hizo, al mismo tiempo que Lenin, *su* comentario

al programa agrario en la «Iskra», comentario divergente por principio del comentario leniniano.²³²

Así se entiende a qué se refería Plejánov cuando, al principio de su co-informe sobre la cuestión agraria, tras haber subrayado la exigencia de una corrección de los «errores insinuados» en el programa agrario de 1903, declaró que entonces «muchos camaradas nuestros apoyaban los *otrezki*, porque temían una revolución agraria campesina, que habría detenido en Rusia el desarrollo del capitalismo».²³³ Pero, si bien en el pasado (según Plejánov y Martínov) el programa agrario de Lenin era demasiado moderado y atrasado, su nuevo programa, la nacionalización, se presentaba no sólo como aparentemente demasiado revolucionario, sino también con un peligro vinculado al carácter específico de la historia y del Estado ruso. Plejánov llama a este carácter específico «chinismo» (*kitaishchina*)²³⁴ y lo analiza en un artículo sobre la

²³² A. MARTÍNOV, *Dvizhushchaia sila mskoi revoliutsi*, en "Golos sotsial-demokrata". 1-2. p. 14.

²³³ Chetvërty cit., p. 58.

²³⁴ Escribe Plejánov: «¿Se os ha ocurrido leer en el volumen VII de la geografía de Elisée Reclus las páginas dedicadas a China? Si es así, recordaréis el curioso pasaje en el que comenta que, tras varias peripecias que trajeron consigo revoluciones y cambios de dinastías, los socialistas chinos, abandonaron la idea de la propiedad comunitaria ('como había existido anteriormente') e intentaron aplicar un nuevo sistema». En 1609 Wang An-shih, amigo y consejero del entonces emperador chino Shen Tsung, promulgó un decreto que abolía la propiedad de la tierra. Gracias a este edicto el Estado se convirtió en propietario único y asumió la distribución de todos los productos, cuya producción debía ser dirigida por funcionarios estatales. Esta medida suscitó una fortísima oposición por parte de los mandarines y los grandes terratenientes feudales durante un cierto tiempo, pero Wang An-shih (dice Reclus) supo mantener un sistema de comunismo estatal durante quince años. «Bastó sin embargo un cambio de reinado para derrocar al nuevo régimen, que respondía escasamente a los deseos del pueblo así como a las aspiraciones de los personajes influyentes y que además había creado toda una clase de inquisidores que se habían transformado en auténticos terratenientes» (*Nouvelle géographie*, tomo VII, p. 577)" (G. V. PLEJÁNOV, *Sochinenia*, volumen XV, Moscú-Leningrado 1926, p. 31). Este episodio de «comunismo» chino sirve a Plejánov para concluir

«cuestión agraria en Rusia» publicado poco antes del congreso en el *Dnevnik socialdemokrata*. En su intervención, resume su punto de vista, que tiene una importancia fundamental en toda la concepción plejanuviana de la historia rusa comparada con la historia europea-occidental y de las tareas de «europeización» socialista que el movimiento socialdemócrata ruso debía llevar a término, con las siguientes palabras:

La historia agraria de Rusia se parece más a la historia de la India, de Egipto, de China y de otros despotismos orientales que a la historia de Europa occidental. No hay nada de sorprendente en ello, ya que el desarrollo económico de cada pueblo tiene lugar en un ambiente histórico original. En nuestro país las cosas se han planteado de tal modo que la tierra y los agricultores han sido reducidos a la servidumbre de la gleba por el Estado, y sobre la base de esta servidumbre se ha desarrollado el despotismo ruso. Para acabar con el despotismo es necesario eliminar su base económica. Por eso yo estoy ahora en contra de la nacionalización; cuando

que «nosotros no solamente no esperamos nada bueno de las fantasías de los Wang An-shih rusos, sino que nos esforzaremos para que estas fantasías resulten económica y políticamente imposibles» (ibíd., p. 33). Pero el horizonte del análisis de Plejánov se amplía desde la polémica sobre la «nacionalización de la tierra» a la interpretación del carácter específico de la historia rusa, como era típico de su marxismo. Escribe lo siguiente: «Hay que reconocer que en la historia agraria de la Rusia moscovita ha habido desgraciadamente, una excesiva cantidad de chinismo. Bajo la influencia de muchas condiciones históricas desfavorables (entre ellas el atraso económico de esta parte de Rusia y el yugo mongol desempeñaron un papel no despreciable) el derecho de propiedad de la tierra pasó gradualmente de las manos de los *agricultores* al gran duque (e inmediatamente al zar), que empezó a disponer de la misma como de un fondo para satisfacer las necesidades del Estado. El período petroburgués de nuestro Imperio convirtió en sistema lo que había empezado en el período moscovita». El resultado fue que «el Estado ruso poco a poco se convirtió en el Leviatán soñado por Thomas Hobbes» (ibíd., pp. 33-34).

discutíamos de ello con los socialistas-revolucionarios, Lenin consideraba que mis objeciones eran justas.²³⁵

En cambio, ahora «Lenin ve la nacionalización con los ojos de los socialistas revolucionarios» y (comenta Plejánov, señalando el componente populista de Lenin, pero simplificando al mismo tiempo la originalidad de su pensamiento político, que no fue una simple repetición del populismo revolucionario ruso)²³⁶ «me complace recordar los viejos amigos, pero no me complace ver que los socialdemócratas hacen suyos los puntos de vista populistas».²³⁷ Para Plejánov, el nuevo programa agrario de Lenin está ligado por una parte a «hipótesis optimistas», «costumbre habitual del pensamiento utópico»,²³⁸ según las cuales la República democrática que nacerá de la revolución se mantendrá eternamente, y por tanto la nacionalización no dará los resultados temidos por Plejánov; éste, en cambio, insiste en el peligro de una restauración del régimen despótico, que se basará en gran medida precisamente en la nacionalización. Por otra parte, Plejánov se daba cuenta de que el programa agrario de Lenin no era un fin en sí mismo, sino que estaba «estrechamente ligado a la utopía de la toma del poder por parte de los revolucionarios»,²³⁹ es decir estaba ligado al proyecto jacobino-populista cuyo instrumento, según los mencheviques, era la organización y la concesión del partido propugnadas por Lenin. También por este motivo Plejánov estaba en contra del programa agrario leniniano y prefería la municipalización, que, al estar confiada a órganos de autogobierno local, aun en caso de restauración de un régimen despótico constituiría, gracias a tales órganos políticos, una barrera contra la reacción. Si se diera el caso, concluía Plejánov, de que la municipalización no fuera posible, y hubiera que elegir entre la nacionalización y la distribución de la

²³⁵ *Chetvërty* cit., p. 59.

²³⁶ Sobre el problema de las relaciones entre Lenin y el populismo cf. la introducción de V. Strada a la edición italiana del *¿Qué hacer?*, Turín 1971, y la bibliografía anexa.

²³⁷ *Chetvërty* cit, p. 59.

²³⁸ *Ibid.*, p. 60.

²³⁹ *Ibid.*, p. 61.

tierra a los campesinos, «en interés de la revolución», él preferiría esta última solución.

3. *Clases y Estado en la revolución*

En estas distintas posiciones sobre la cuestión agraria se volvía a plantear toda la polémica que el marxismo ruso, en particular por obra de Plejánov, había sostenido con el populismo. Un punto central de esta polémica era la cuestión del Estado, del viejo Estado despótico ruso que los revolucionarios populistas habrían querido usar, tras haberse apoderado del mismo mediante una conjura, para llevar a cabo una radical transformación económica y social del país. Precisamente en sus obras fundadoras del marxismo revolucionario ruso Plejánov había combatido la idea populista-jacobina de la «toma del poder» y había advertido contra el ideal de un «comunismo patriarcal y autoritario», en el que en lugar de «los "hijos del sol" peruanos y de sus funcionarios, habría una casta socialista que dirigiría la producción nacional».²⁴⁰ En el artículo ya recordado sobre la cuestión agraria en Rusia, Plejánov, al desarrollar su idea central del «despotismo oriental», señala precisamente que en la historia agraria rusa está la raíz del hecho de que «el Estado ruso se ha convertido poco a poco en el Leviatán soñado por Thomas Hobbes».²⁴¹ Naturalmente, esta situación histórica de servidumbre y de despotismo no ha dejado indemne la mentalidad del campesino. ¿Cómo se explican (se pregunta Plejánov) la aparente facilidad de la propaganda revolucionaria sobre los campesinos y los «desórdenes» agrarios que tienen lugar? Y responde: por «la psicología del campesino, históricamente formada en el terreno de la "nacionalización" de la tierra a la que he aludido. Se trata de una psicología que existía mucho antes de que los campesinos empezaran a ceder al influjo revolucionario. Es una psicología que no han creado los

²⁴⁰ PLEJÁNOV, *Sochinenia*, vol. 11, Moscú-Leningrado 1923, página 81. Para esta polémica antipopulista (y antileninista ante litteram) de Plejánov véase la introducción a la edición italiana del *¿Qué hacer?*, cit., pp. LV-LVI.

²⁴¹ PLEJÁNOV, *Sochinenia* cit., vol. XV, p. 34.

revolucionarios, sino la "historia del Estado ruso"». ²⁴² Cuando los campesinos hablan de quitar la tierra a los propietarios, no sueñan en absoluto en remover las bases del Estado. Es más: el campesino

se considera un conservador de la base económica que ve como algo consagrado por los siglos, ya que el Estado ruso se ha basado en ella durante siglos. Por eso considera sinceramente como rebeldes a los propietarios que se oponen a la distribución de las tierras. En un cierto sentido, en el sentido de la aspiración consciente, es realmente un conservador. Incluso si se consiguiera restablecer esa base económica de nuestro antiguo orden estatal, la rueda de la historia daría muchas vueltas hacia atrás. ²⁴³

De ahí la doble actitud de Plejánov y de los mencheviques con respecto a los campesinos, a quienes ven como fuerza de oposición y al mismo tiempo posible apoyo a un nuevo despotismo:

Por eso nosotros apoyamos el movimiento campesino únicamente en cuanto destruye lo viejo, pero no en cuanto tiende a reconstruir algo ante lo cual lo viejo aparece como un fenómeno nuevo y progresivo. El doble carácter del movimiento campesino nos exige evitar una doble táctica, porque no hay nada peor que esto. Al contrario, debemos prestar atención a que nuestra táctica no se desdoble bajo la influencia del doble carácter del movimiento campesino, a que no se deje penetrar en parte por el espíritu reaccionario, a que no apoye la tendencia a dar marcha atrás a la historia económica rusa. ²⁴⁴

Así como las posiciones bolcheviques eran acusadas por los mencheviques de neopopulismo aventurista y utópico, las posiciones mencheviques eran acusadas por los bolcheviques de tendencias liberal-demócratas y de tibieza revolucionaria. Así Stalin,

²⁴² Ibid., p. 35.

²⁴³ Ibid., pp. 35-36.

²⁴⁴ Ibid., p. 36.

que entonces usaba el pseudónimo Ivanovich, dirá que la intervención de Plejánov, con sus constantes pullas polémicas contra el «carácter pernicioso del leninismo», carga la atmósfera de tensión y desde luego no favorece la «reunificación»: del mismo modo que Plejánov insiste en hablar de las «maneras anárquicas» de Lenin, «también nosotros podríamos hablar de las maneras cadetes del camarada Plejánov».²⁴⁵ Se trataba también en este caso de una treta polémica, porque estaba claro para todos que las posiciones de las dos fracciones estaban bastante alejadas entre sí y, como se confirmaría poco después, resultaban inconciliables. Más significativo es el razonamiento mediante el cual Stalin no apoya ni la nacionalización ni la municipalización, sino el reparto de las tierras: se trata de un razonamiento meramente pragmático y táctico, dispuesto a aceptar soluciones dobles. La alianza con los campesinos -subraya- es meramente «temporal», y por tanto «no podemos dejar de tener en cuenta las reivindicaciones de los campesinos», que quieren «el reparto de las tierras», medida que no contradice los intereses actuales de la revolución, y que por tanto debe ser asumida por la clase obrera.²⁴⁶

En apoyo de Lenin interviene de un modo más brillante Lunacharski. También él se centra en la actuación de Plejánov, que convertía a Lenin en un socialista-revolucionario: «Afirmar seriamente que Lenin es un socialista-revolucionario sería tan extraño y absurdo como si en esta asamblea alguien afirmase que el camarada Plejánov es un cadete».²⁴⁷ Asistimos todavía a los primeros lances dialécticos, ya que, sobre todo en el V Congreso, afirmaciones de este tipo, aunque no tan perentorias, no parecerán «extrañas y absurdas» en ninguna de las dos direcciones, al haberse trasladado el problema central al de la relación de la socialdemocracia por un lado con las masas campesinas y los partidos ligados a ellas (en primer lugar los socialistas-revolucionarios), y por otro lado con las capas burguesas liberales y el partido constitucional-demócrata, su

²⁴⁵ *Chetvërtý* cit., p. 78. Se llamaba «cadetes» a los liberales rusos, a partir de las iniciales del nombre de su partido «constitucional-demócrata» (en ruso *kontitutsionnaia-demokraticheskaia*: kade).

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 79.

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 98.

representante. Siguiendo en la polémica con Plejánov, Lunacharski ensalza la «flexibilidad», de la que Lenin «ha dado una prueba absolutamente inequívoca al pasar, por influencia de los acontecimientos, de los *otrezki*, de los que era el principal defensor, a la nacionalización».²⁴⁸ La apreciación era al mismo tiempo un reconocimiento del gran cambio realizado por Lenin en su política agraria. Pero no se limitaba a esta política la intervención polémico-defensiva de Lunacharski, que había quedado impresionado por el punto en el que Plejánov había criticado la idea de Lenin de la «toma del poder». Es obvio que Plejánov no pensaba -razona Lunacharski- en la natural aspiración de toda fuerza política, sobre todo revolucionaria, a salir victoriosa en la lucha por el poder:

No, el camarada Plejánov pensaba evidentemente en la toma del poder mediante una conjura, esa acción que hoy tal vez sólo puede verse en la opereta. Llegan al palacio cincuenta hombres enmascarados con puñal y dan un golpe de Estado. ¿Pero acaso la victoria de la revolución está ligada en Lenin a una toma del poder de opereta como ésa? En absoluto.²⁴⁹

Se advierte aquí, a través del tono irónico y chistoso de Lunacharski, el eco de la polémica que se había desencadenado en torno al *¿Qué hacer?* especialmente en el II Congreso. Naturalmente, la teoría de la «toma del poder mediante una conjura» no se planteaba en estos superficiales términos de opereta y, como veremos, se precisará mejor durante la discusión sobre la revolución de 1905.

En la intervención final de Lenin sobre la cuestión agraria hay dos puntos que merecen particular atención. El primero se refiere a la garantía contra una restauración que convertiría a la nacionalización de la tierra en una medida contrarrevolucionaria. Lenin precisa que sólo hay «una garantía»: «una revolución socialista en Occidente».²⁵⁰ Pero esta garantía debe aplicarse a todas las soluciones de la cuestión agraria y no sólo a la nacionalización:

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 99.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 98-99.

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 127.

Sin esta garantía, y dada cualquier solución del problema (municipalización, reparto, etc.), la restauración no sólo es posible, sino incluso inevitable. Yo formularía esta tesis en los siguientes términos: la revolución rusa puede vencer con sus propias fuerzas, pero en ningún caso puede conservar y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede conseguirlo si en Occidente no hay una revolución socialista.²⁵¹

Más adelante precisa la idea del carácter internacional de la revolución rusa mediante una comparación entre ésta y la revolución francesa:

Nuestra república democrática no tiene ninguna reserva, sino que arrastra al proletariado socialista en Occidente. En este sentido no hay que olvidar que la revolución burguesa clásica en Europa, es decir la gran revolución francesa del siglo XVIII, tuvo lugar en una situación internacional totalmente distinta de aquella en la que tiene lugar la revolución rusa. En el siglo XVIII Francia estaba rodeada de Estados feudales y semif feudales. En el siglo XX Rusia, que lleva a cabo la revolución burguesa, está rodeada de países en los que el proletariado socialista está armado y en vísperas de librar el último combate con la burguesía.²⁵²

La comparación con la revolución francesa y con la revolución de 1848 se repetirá a menudo, como veremos, en la interpretación y en la polémica sobre la revolución de 1905. De momento basta señalar que, mientras el telón de fondo es una revolución socialista en Europa, la cuestión agraria, incluso en el interior de la situación rusa, es sólo un momento central de una acción más vasta: la toma del poder. Y, en palabras de Lenin, recordar el populismo revolucionario de la *Narodnaia volia* es muy forzado, porque entonces los únicos que querían tomar el poder eran un grupo de intelectuales sin un verdadero movimiento de masas, mientras que ahora, tras el

²⁵¹ Ibid.

²⁵² Ibid., pp. 127-128.

movimiento revolucionario popular abierto a partir de 1905, el problema de la toma del poder está a la orden del día en todo el mundo. Dice Lenin en polémica con Plejánov:

La revolución agraria es una frase vacía si su victoria no presupone la conquista del poder por parte del pueblo revolucionario. Sin esta última condición no habría una revolución agraria, sino una revuelta campesina o las reformas agrarias constitucional-demócratas.²⁵³

Estas posiciones de Lenin adquieren todo su relieve en el marco de su idea de la revolución burguesa en Rusia, idea paradójica según la cual «la victoria de la revolución burguesa en nuestro país es imposible *como victoria de la burguesía*».²⁵⁴ Continúa Lenin:

Esto puede parecer paradójico, pero es un hecho. El predominio de la población campesina, su terrible opresión por parte de los grandes terratenientes semif feudales, la fuerza y la conciencia del proletariado organizado en el partido socialista, son condiciones que confieren a nuestra revolución burguesa un carácter particular.²⁵⁵

Este carácter particular no quita de hecho a la revolución su carácter burgués, pero la «distingue radicalmente de las demás revoluciones burguesas de la época moderna y la aproxima a las grandes revoluciones burguesas de los viejos tiempos, en las que los campesinos desempeñaban un relevante papel revolucionario».²⁵⁶

Esta original interpretación histórica del carácter específico de la revolución burguesa es el fundamento de la no menos original teoría leniniana sobre las formas del poder revolucionario a las que debía dar lugar, y explica las posiciones contrarrevolucionarias que la burguesía rusa debe asumir:

²⁵³ Ibid., p. 130.

²⁵⁴ V. I. LENIN, *Polnoe sobranie sochinemi*, vol. 17, Moscú 1961, p. 44.

²⁵⁵ Ibid.

²⁵⁶ Ibid., p. 46.

Esta peculiaridad determina únicamente el carácter contrarrevolucionario de nuestra burguesía y la necesidad de la dictadura del proletariado y de los campesinos para la victoria en esta revolución. Porque la «coalición del proletariado y de los campesinos», que significa la victoria en la revolución burguesa, no es más que la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos.²⁵⁷

Aquí Lenin realiza una síntesis bastante audaz: no repite las posiciones populistas, sino que las continúa innovándolas en una estrategia más vasta, correspondiente a la nueva situación histórica de la lucha de clases en Rusia y a una particular interpretación de los textos de Marx y Engels. El programa estratégico resulta realmente grandioso: la revolución en curso es burguesa, y no se trata de realizar inmediatamente una revolución socialista; pero quien dirige esta revolución burguesa es el proletariado en alianza con los campesinos, y el órgano de poder estatal que deberá llevar a cabo esta revolución burguesa sin burguesía es la «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos», que tiene como referencia la dictadura jacobina de la revolución francesa. Pero se trata de una dictadura que no sólo realiza «democráticamente» (en los términos de una democracia jacobina y no liberal) la revolución burguesa, sino que tiene como otra de sus tareas esenciales el «desarrollo» (*pererastanie*) de la revolución burguesa en revolución socialista. El verdadero dirigente de esta operación histórica, que forma parte de una revolución europea, será evidentemente el partido, pero el partido tal como Lenin lo había concebido y, sobre todo, el partido bajo su guía personal, ya que él mismo era quien había ideado y programado todo aquel movimiento y podía lícitamente tomar decisiones estratégicas y tácticas inmediatas y cambiar repentinamente sus mismas posiciones, a menudo dejando desconcertados a sus más íntimos colaboradores.

Sin embargo, siempre se trataba de decisiones y cambios que respondían a una lógica coherente, aunque secreta: la lógica de un proceso acelerado y guiado por el desarrollo histórico en Rusia y

²⁵⁷ Ibid., p. 44.

fuera de Rusia, según una nueva perspectiva en la que el viejo populismo entraba en síntesis creativa con un determinado marxismo. Puede verse, por tanto, el abismo que separaba a Lenin de los mencheviques, antipopulistas decididos, convencidos de que la revolución rusa era sustancialmente una revolución burguesa «tradicional» y *por tanto* una ocasión oportuna para que el proletariado ruso apoyase a la burguesía liberal en su lucha contra el absolutismo y al mismo tiempo una ocasión para ampliar el movimiento de masas, sobre todo en las ciudades, hacia un movimiento de educación política de toda la clase obrera en la conquista de las libertades democráticas y de nuevas posiciones de lucha. En esta operación, para los mencheviques el partido era menos importante que la clase y la experiencia política de las masas era más importante que el reforzamiento de un grupo dirigente revolucionario. No es casual que la experiencia de los soviets naciera en el seno del área menchevique y se consolidara a pesar de la desconfianza de los bolcheviques (Lenin fue quien antes y mejor vio la importancia de los soviets en el marco de su propio proyecto estratégico y táctico). En cuanto a Trotski y a Rosa Luxemburg, el discurso, como veremos, será más difuso.

Volviendo al IV Congreso, y en particular a la intervención final de Plejánov sobre la cuestión agraria, vemos que Plejánov había advertido los puntos radicales de divergencia con Lenin, aunque por su parte tendía constantemente a reducir a Lenin a las posiciones populistas, en vez de captar la novedad (además de la continuidad) de Lenin con respecto al populismo:

Entre Lenin y yo hay divergencias extremadamente serias. Son divergencias que no se amortiguan, sino que se aclaran en toda su gravedad, en toda su extensión. Nuestro partido está atravesando un momento extremadamente serio. De la decisión que toméis hoy o mañana sobre la cuestión que nos interesa, dependerá en gran medida el destino de todo nuestro partido, y con él de todo nuestro país. Es así porque en el proyecto del camarada Lenin se manifiesta no sólo su particular punto de vista sobre nuestra cuestión agraria, sino todo el carácter de su pensamiento revolucionario.

Blanquismo o marxismo, éste es el problema que tenemos que decidir hoy.²⁵⁸

En Lenin, dice Plejánov, «se ha malogrado un abogado realmente excelente»,²⁵⁹ vista la elocuencia con la que ha defendido su proyecto. Pero Lenin, con una sinceridad que hay que agradecerle, ha reconocido que «su programa agrario está estrechamente ligado a su idea de la toma del poder».²⁶⁰ Pues bien, alega Plejánov, «nuestro punto de vista es que la toma del poder nos resulta obligatoria, pero obligatoria cuando hagamos la revolución proletaria. Dado que ahora la revolución inminente sólo puede ser pequeño-burguesa, tenemos la obligación de rechazar la toma del poder».²⁶¹ Finalmente Plejánov da una interesante respuesta directa a Lenin, e indirecta a Lunacharski, sobre el carácter de la Narodnaia volia:

El camarada Lenin dice con fervor y energía que, tras el 17 de octubre,²⁶² la idea de Narodnaia volia acerca de la toma del poder ha dejado de ser una utopía. ¿Pero en qué consistía el carácter utópico de esta idea? ¿Acaso en que la Narodnaia volia pretendía tomar el poder con las fuerzas de un puñado de hombres? No. Sólo quien juzga a los conjurados sobre la base de las conjuras de opereta, como hacen algunos de nuestros críticos teatrales, puede pensar que la Narodnaia volia subordinaba sus esperanzas a los esfuerzos de un puñado de conjurados; no, incluso ésta comprendía que la toma del poder por parte de los revolucionarios debe ser el resultado del movimiento revolucionario de todo el pueblo. El carácter utópico de su pensamiento consistía en considerar posible que el poder revolucionario resolviera tareas que no puede resolver, y eliminara problemas que en realidad no pueden

²⁵⁸ *Chetvërtiy* cit., p. 139.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 140.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 139.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 142.

²⁶² Es decir, tras la primera victoria de la revolución que motivó el Manifiesto imperial sobre la Duma legislativa y sobre la concesión de las libertades políticas.

eliminarse. Los utópicos se diferencian de los marxistas en que eluden las dificultades de un problema mediante supuestos optimistas. Este procedimiento utópico caracteriza ahora el pensamiento revolucionario de Lenin. Precisamente elude las dificultades del problema mediante supuestos optimistas. Y para él, quien duda de la fuerza de persuasión de ese procedimiento, aparece como sospechoso de indiferencia hacia el espíritu revolucionario.²⁶³

Se trata de una aguda observación que, sin embargo, no tenía en cuenta la fuerza ya no sólo de persuasión, sino también de acción que la «utopía» leniniana poseía en sumo grado. Esta limitación de la crítica plejanoviana procedía de la incomprensión de la originalidad de esa «Utopía», no sólo con respecto al populismo, a la que estaba ligada, sino respecto a todas las demás utopías. La «utopía» de Lenin era realista, se basaba en una comprensión de la particular situación histórica rusa y en una extraordinaria flexibilidad política y moral, en radical contraste con la rígida «ortodoxia» menchevique. Los verdaderos «utópicos» eran los mencheviques, que creían poder repetir en Rusia la limpia distinción entre revolución burguesa y revolución obrera, sin advertir la fragilidad y al mismo tiempo la inercia del aparato estatal de su país, y sobre todo que convertían la democracia en un principio ético que la clase obrera y su partido debían respetar.

4. Socialismo y democracia «burguesa»

Como hemos visto, la discusión sobre la cuestión agraria ya se entrelazaba con los problemas más esenciales y generales de la política del partido. Por tanto, el paso a la segunda parte del congreso, referida al «momento actual y las tareas de clase del proletariado», no fue más que una profundización natural de lo que se había dicho en la primera parte. El problema político inmediato era el de la participación o el boicot a la Duma, soluciones propugnadas respectivamente por mencheviques y bolcheviques

²⁶³ Chetvërtý cit., p. 142.

(aunque más tarde Lenin reconoció que el boicot a la I Duma, cuando la marea revolucionaria empezaba a decrecer, había sido un error). Veamos los motivos más generales y estables de la divergencia entre las dos fracciones de la socialdemocracia rusa.

Desde el principio de su informe Martínov subraya la imposibilidad de conciliación entre mencheviques y bolcheviques:

Nosotros, los llamados mencheviques y los llamados bolcheviques, divergimos no sólo en nuestras actuales directrices tácticas, sino que divergimos en el criterio mismo, en la idea misma acerca del curso de toda revolución. Precisamente por esto valoramos de distinto modo el momento actual y llegamos a conclusiones tácticas distintas.²⁶⁴

Así pues, si las divergencias tácticas dependen de principios opuestos, habrá que ver cómo concebían la revolución los bolcheviques y los mencheviques. Según Martínov, «los bolcheviques dicen: o construcción de un edificio constitucional o insurrección armada», es decir, los bolcheviques plantean una alternativa absolutamente «utópica», ya que «en todas las grandes revoluciones la explosión espontánea y el enfrentamiento violento se producen paralelamente a la ruptura de las instituciones políticas, es decir a la construcción constitucional, y ambos procesos no sólo no se excluyen sino que incluso se condicionan recíprocamente».²⁶⁵ Más adelante veremos que en el V Congreso la oposición entre las dos fracciones sobre esta cuestión aún será más clara; pero veamos antes cómo se repite la acusación de neopopulismo y de anarquismo dirigida contra Lenin. Martínov, tras recordar una vez más la intervención de Lunacharski que había ironizado sobre la «toma del poder» como una conjura de opereta, y desarrollando lo que había dicho Plejánov, insiste:

Si el camarada Voinov Lunacharski conociese la historia del movimiento revolucionario ruso tan bien como conoce la

²⁶⁴ *Chetvërtý* cit., p. 192.

²⁶⁵ *Ibid.*

historia de las operetas, llegaría a otras conclusiones. Tkachëv y Bakunin han escrito sobre la insurrección lo mismo que ahora nos ha explicado el camarada Lenin en su discurso sobre la cuestión agraria; aquéllos no hablaban de un puñado de conjurados, sino de un vasto movimiento espontáneo de masas populares, de la «creación revolucionaria» del pueblo, de la «justicia del pueblo»,²⁶⁶ y precisamente acerca de esta concepción de la revolución, Engels dijo: «Imaginarse así la toma del poder sólo pueden hacerlo personas que no hayan cumplido los doce años de edad».²⁶⁷

Los motivos de disenso con los bolcheviques se refieren al juicio sobre el papel de los liberales, con respecto a los cuales Lenin mantuvo sistemáticamente una desdeñosa oposición.²⁶⁸ La posición de Martínov es distinta: ninguna ilusión acerca los liberales, pero

debemos tener en cuenta que, por el mismo curso objetivo de los acontecimientos revolucionarios, los liberales se ven obligados a buscar apoyo entre los nuevos elementos de la población democrático-burguesa. Nuestros liberales son contrarrevolucionarios, pero organizan y unen elementos de la media y pequeña burguesía que inevitablemente les superarán en su programa y en su táctica.²⁶⁹

Ante la objeción bolchevique, según la cual en una época de lucha abierta entre socialismo y burguesía la democracia burguesa ya no está en condiciones de elaborar una ideología revolucionaria, Martínov se refiere a la situación particular de Rusia, pero de un modo opuesto al de Lenin; para él se trata de una situación de revolución burguesa en la que «el antagonismo entre la naciente sociedad burguesa y el agonizante feudalismo es una fuente de

²⁶⁶ Y la Narodnaia rasprava, la organización de Sergei Nechnëv. Véase nuestra introducción al volumen de A. HERZEN, *A un vecchio compagno*, Turín 1977.

²⁶⁷ *Chetvërty* cit., p. 192.

²⁶⁸ Cf. las páginas anteriores del presente volumen.

²⁶⁹ *Chetvërty* cit., p. 194.

enfrentamientos revolucionarios mucho más agudos que el antagonismo entre el proletariado y la burguesía».²⁷⁰

Pero el verdadero enfrentamiento no estaba tanto en los medios (en cierto sentido, ninguna de las dos tácticas, ni la del apoyo a la democracia liberal ni la de la alianza con los campesinos revolucionarios, dieron en 1905 los resultados esperados respectivamente por mencheviques y bolcheviques), como en los fines. Una vez más, en la conclusión de su intervención, tenía razón Martínov cuando decía que incluso contribuía a dividir a las dos fracciones el modo de concebir «el tipo psicológico del buen revolucionario».²⁷¹ Desde luego, según Martínov, los bolcheviques imitaban a Blanqui, pero más tarde precisa que lo imitan mal, porque Blanqui solía decir que el buen revolucionario debe ser «du feu sous la glace», es decir, que debe tener el corazón ardiente pero la cabeza fría. En los bolcheviques, en cambio, lo ardiente es la imaginación y el corazón es frío. Vale la pena contar una anécdota: mientras Martínov estaba charlando con Lenin en el pasillo, llegó corriendo de la sala del Congreso Lunacharski que, ansioso, gritó a Lenin: «¡No quieren aceptar la inclusión de la palabra "revolucionario!"». Lenin y Lunacharski corrieron inmediatamente hacia la sala y alzaron la mano, votando a favor de la palabra «revolucionario», «sin que Lenin supiese en absoluto dónde había que incluir la citada palabra».²⁷²

Lunacharski, que tomó la palabra después de Martínov, denunció la exasperación de la polémica antibolchevique, que había hecho decir a los mencheviques que una eventual «victoria del leninismo significaría una desvalorización del pensamiento marxista, el olvido de las tradiciones marxistas, el triunfo del utopismo y de la frase revolucionaria».²⁷³ Recuerda a los mencheviques que también ellos, en el momento ascendente de la revolución, incurrieron en el mismo utopismo que ahora reprochan a los bolcheviques. Por otra parte, Lunacharski acusa a Plejánov de «neofobia»: «por temor a un presunto triunfo del populismo se ha asustado de las nuevas,

²⁷⁰ Ibid., p. 195.

²⁷¹ Ibid., p. 199.

²⁷² Ibid.

²⁷³ Ibid., p. 201.

audaces y decididas consignas». ²⁷⁴ Pero Lunacharski no entra en un análisis propiamente dicho y termina con la invitación retórica a la unidad del partido y con la exaltación genérica de «un pensamiento revolucionario eternamente joven» y de una «práctica revolucionaria que eternamente se perfecciona». ²⁷⁵ Más interesante resulta una admisión de Lunacharski (que posteriormente será citada polémicamente por un delegado menchevique), según la cual «algunos sueños que en otro tiempo eran ociosos se han transformado en posibilidad real». ²⁷⁶ Como si el error de los populistas de la Narodnaia volia - comenta el menchevique Rudenko (Ermanski)-- no fuese de principio sino de haber proyectado con veinte años de adelanto una idea de revolución que sólo podía convertirse en realidad en 1905, por obra de Lenin. ²⁷⁷

Los mencheviques insisten en el significado que los movimientos y las organizaciones de masas, independientes del partido socialdemócrata, tienen en el desarrollo y en la formación revolucionaria de la clase obrera, así como en la ampliación de su esfera política de acción, y polemizan con la desconfianza y la oposición que esos movimientos encuentran en los bolcheviques. Aparte de los soviets, de los que se hablará en el V Congreso, los sindicatos, por ejemplo. Dice Kostrov (Zhordania):

Los bolcheviques ponían en discusión el significado de los sindicatos. Decían: ahora ²⁷⁸ no es el momento de ocuparnos de ellos, no somos nosotros quienes debemos organizarlos, ¡que lo hagan otros! Los mencheviques, en cambio, afirmaban: nosotros debemos organizar los sindicatos y convertirlos en el motor de la revolución. ¿Y qué ha sucedido? Que esta última táctica ha sido aceptada por todos bajo la presión de la realidad. ²⁷⁹

²⁷⁴ Ibid., p. 202.

²⁷⁵ Ibid., p. 203.

²⁷⁶ Ibid., p. 202.

²⁷⁷ Ibid., p. 205.

²⁷⁸ Es decir, al principio de la revolución.

²⁷⁹ Chetvértiy cit., p. 215.

Pero el principal motivo de disidencia entre bolcheviques y mencheviques a propósito de los sindicatos no era un cierto retraso de los primeros en ocuparse de los sindicatos en el curso de la revolución, sino el distinto modo de concebir las relaciones entre movimiento sindical y movimiento político. La llamada «teoría de la neutralidad» llevaba a los mencheviques a defender una «paridad de derechos» entre lucha sindical y lucha política y por tanto un paralelismo entre las respectivas organizaciones, mientras que para Lenin se trataba de someter los sindicatos a la dirección del partido.²⁸⁰

Una vez más una divergencia particular lleva a referirse a una divergencia de base: el concepto mismo de revolución. Para Zhordania, la «táctica utópica» de los bolcheviques «procede de su concepción utópica del curso de la revolución». De hecho,

se imaginan la revolución de un modo muy simple: en un día o en una semana habrá una insurrección de toda Rusia, la autocracia será derrocada, en su puesto aparecerá el gobierno revolucionario y se instaurará la república. Insurrección-gobierno provisional-república, es todo el esquema político de los bolcheviques.²⁸¹

Y en realidad es el esquema de la revolución de 1917, como sabemos. Para los mencheviques, en cambio, «la revolución se desarrolla de un modo evolutivo, no puede saltarse determinadas fases, es decir, no se desarrolla según el esquema de los bolcheviques, y no hay una sola insurrección victoriosa, sino toda una serie de insurrecciones victoriosas»,²⁸² por lo que la consolidación de los liberales (constitucional-demócratas) es sólo la primera y necesaria etapa de la revolución a la que seguirán otras luchas e insurrecciones que serán ya socialistas. Los socialdemócratas, concluye Zhordania, no deben encerrarse en un «absentismo político», boicoteando las nuevas instituciones de la vida civil, sino que por el contrario deben

²⁸⁰ Cf. LENIN, *Polnoe sobranie sotsineni*, vol. 16, Moscú 1961, pp. 427-437.

²⁸¹ *Chetvërty* cit., p. 216.

²⁸² *Ibid.*

llevar a cabo «una intervención política en todas las manifestaciones de la vida civil».²⁸³

5. «Partido militar» y «partido de masas.

Aparecieron otras dos cuestiones: la de la dictadura y la del carácter del partido revolucionario. un delegado menchevique se pregunta sorprendido por la pobreza y la ambigüedad del concepto leniniano de dictadura de los obreros y los campesinos. Cita. un pasaje del escrito de Lenin, *La victoria de los cadetes y las tareas del partido obrero*, donde Lenin imagina una escena cuyos protagonistas son el oficial cosaco Avramov, conocido por su ferocidad en la represión de los revolucionarios, y Spiridinova, una dirigente del partido de los socialistas-revolucionarios, detenida en 1906 por un atentado. Imagina a Avramov ensañándose con Spiridinova y saca esta conclusión polemizando con los liberales que creen en un Estado de derecho:

Cuando Avramov y los cosacos torturan a Spiridonova, hay dictadura policíaca sobre el pueblo. Cuando el pueblo revolucionario... aplique la violencia a Avramov y a los Avramov, habrá dictadura del pueblo revolucionario.²⁸⁴

O sea, que para ilustrar la «dictadura del pueblo» Lenin no encuentra otro modo que el de dar la vuelta a la peor manifestación de la arbitrariedad policíaca del Estado zarista. E inmediatamente después precisa: «El concepto científico de dictadura no significa más que un poder basado directamente en la violencia, no limitado por nada, ni por ninguna ley ni la más mínima regla».²⁸⁵ Este es el proyecto de «dictadura» que Lenin proponía para Rusia y no sin razón el delegado menchevique se pregunta si para Lenin no eran ya manifestaciones de «dictadura del pueblo revolucionario» los actos

²⁸³ Ibid., p. 217.

²⁸⁴ LENIN, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. 12, Moscú 1960, página 320.

²⁸⁵ Ibid.

de terrorismo y de «expropiación» realizados con particular celo por los socialistas-revolucionarios.

Pero tan importante como el problema de la futura «dictadura» era el del carácter y las tareas del partido. También en este aspecto la oposición menchevique al modelo bolchevique era profunda. Se podría decir que bolcheviques y mencheviques tenían dos nociones diametralmente opuestas de la hegemonía. Este término era usado en la socialdemocracia rusa desde su formación, pero con un significado limitado: se refería al papel de guía que la clase obrera debía asumir en el movimiento de liberación antiabsolutista y en la lucha por la democracia y el socialismo. Y se refería, naturalmente, a los tiempos y a los modos en los que podía ejercerse este papel de guía. En la revolución de 1905, se enfrentaron, como hemos visto, en la socialdemocracia rusa dos modos de ejercer la hegemonía: el modo bolchevique, que tendía a la «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos», y el menchevique, que contaba con un desarrollo liberal-democrático bajo el empuje del movimiento popular y de la política socialdemócrata a fin de crear en Rusia las condiciones más avanzadas para una acción posterior, propiamente socialista, de la clase obrera. Pero, aunque la cuestión de la hegemonía se planteaba entonces en estos términos, la divergencia era aún más profunda, como en parte ya hemos visto. Lo era en el sentido de que, para los bolcheviques, la hegemonía era una cuestión de toma inmediata del poder para realizar, mediante un poder dictatorial dirigido desde la cúspide del partido (bolchevique, aunque se llamara socialdemócrata), la revolución burguesa «sin burguesía» y pasar luego al socialismo; en cambio, para los mencheviques, el problema no se planteaba en términos tan «técnicos», ni en una perspectiva tan antiliberal, y la hegemonía de la clase obrera en Rusia tenía que realizarse, no necesariamente en un período más largo, pero sí en un período más denso de ocasiones para la autoeducación política de las más amplias masas populares y para la misma maduración del partido, entendiéndose por partido no sólo la cúspide del mismo. En resumen, en la idea menchevique estaba implícita una noción más amplia de hegemonía, ligada a la participación en la vida civil en sus instituciones, una participación que para los mencheviques no excluía la lucha directa ni sus iniciativas revolucionarias.

Esta diversidad de posiciones fue claramente expresada en un momento de la intervención de Rudenko (Ermanski), que advirtió las raíces no meramente tácticas de la intransigencia y la dureza bolchevique. Sigamos su análisis:

Los bolcheviques no piensan en ampliar y reforzar las fuerzas sociales que deberán infligir los golpes al régimen existente. Piensan solamente en los golpes y en la planificación de los mismos. Para los bolcheviques actualmente la técnica de la lucha es más importante que el trabajo político. Toda la debilidad de nuestra realidad en el campo de la conciencia de la base de masas de la vida de nuestro partido, todo el carácter amorfo y espontáneo de nuestra lucha, es aceptado por los bolcheviques como un hecho al que hay que atenerse. Este hecho sólo lo abordan mediante la organización planificada de las cúspides del partido, la organización de los revolucionarios profesionales. Con ello pretenden cubrir todas las lagunas en el campo de la organización del proletariado y de los demás elementos revolucionarios.²⁸⁶

Pero «uno de los errores radicales de los bolcheviques consiste precisamente en que sólo piensan en la destrucción del absolutismo»,²⁸⁷ cuando en realidad esto no basta; para que esa destrucción sea definitiva y auténtica y el absolutismo, a pesar de haber sido destruido políticamente, no resurja allí donde encuentra su base, es decir, en la burocracia, en la policía y en el ejército, hay que organizar la base de masas de la revolución, educándola en el espíritu nuevo de la democracia y del socialismo:

Sólo este trabajo confiere a nuestra lucha un carácter socialdemócrata, sólo esto liga nuestras reivindicaciones democráticas inmediatas a los fines socialistas últimos. Desde este punto de vista todas las tareas técnicas del momento deben someterse a las tareas políticas. Construir la conciencia y la voluntad de las masas, y organizarlas en el proceso de

²⁸⁶ Ibid., p. 222.

²⁸⁷ Ibid.

planteamiento y solución de tareas políticas, en el proceso de la lucha, es nuestra tarea en todo momento. En este sentido la posición de los mencheviques es más justa, más socialdemócrata.²⁸⁸

Es un análisis penetrante, pero que subvaloraba la enorme fuerza histórica que poseía la tecnología revolucionaria racionalista, populista-marxista de Lenin.

La intervención de Stalin en apoyo de la tesis bolchevique pone de manifiesto otro rasgo de su pensamiento político que veinte años después tendría oportunidad de desarrollarse ampliamente: no sólo el pragmatismo, como en la intervención sobre la alianza temporal con los campesinos, que dejaba la puerta abierta a un cambio de táctica en esta cuestión, sino también el esquematismo con el que cuestiones complejas eran simplificadas y reducidas a algunas consignas drásticas y tajantes, de modo que el «racionalismo» de Lenin se convertía en un esquematismo lineal:

Según los camaradas mencheviques, no nos interesa la hegemonía del proletariado sino la hegemonía de la burguesía democrática (...). Por tanto, no tenemos que participar activamente de un modo inmediato ni en la organización de la insurrección armada ni en la toma del poder. Este es el «esquema» de los mencheviques. Por el contrario, si los intereses *de* clase del proletariado exigen su hegemonía, si el proletariado debe ir no a la cola sino a la cabeza de la actual revolución, es obvio que el proletariado no puede renunciar a la insurrección armada ni a la toma del poder. Este es el «esquema» de los bolcheviques. O la hegemonía del proletariado o la hegemonía de la burguesía democrática; así se plantea el problema en el partido, y ahí residen nuestras divergencias.²⁸⁹

Però los problemas eran más complejos de lo que aparentaba la interpretación staliniana. Para comprobarlo volvamos a las

²⁸⁸ Ibid., p. 223.

²⁸⁹ Ibid., pp. 224-225.

intervenciones de los principales dirigentes mencheviques, menos simplistas que las meramente polémicas y defensivas de Lunacharski y de Stalin. Martínov recuerda que no está en cuestión el papel central y hegemónico de la clase obrera, papel cuya reivindicación no es un monopolio de los bolcheviques, sino que siempre ha sido un elemento básico de toda la teoría del «padre del marxismo ruso», Plejánov.²⁹⁰ Hay otros puntos de debate. En primer lugar los campesinos, acerca de cuya función determinante en la revolución insiste Lenin. Dice Martínov:

Nos quieren hacer creer que en una sociedad con relaciones capitalistas en desarrollo, en una sociedad en la que económica, política y culturalmente predomina la ciudad sobre el campo, el poder y la hegemonía política serán conquistados por el campo.²⁹¹

Y continúa: «La nueva teoría de la revolución campesina es una evidente restauración de las viejas utopías populistas».²⁹² Martínov, como sucede a menudo con los mencheviques, deforma la fórmula leniniana que, aun atribuyendo a los campesinos un papel decisivo en la revolución rusa y negando en cambio todo papel a la burguesía liberal, no por ello piensa en una nueva «revuelta al estilo de la de Pugachev», como afirmaba Martínov, sino que elabora una nueva concepción de la revolución en la que los campesinos constituyen una especie de formidable «fuerza de choque», mientras el «núcleo de asalto» sigue siendo el proletariado urbano y el «estado mayor» de este ejército está formado por «revolucionarios profesionales». Es indudable, como se ha señalado, la continuidad con el populismo revolucionario, pero también es indudable la originalidad, que diferencia la teoría de Lenin de la de los socialistas-revolucionarios, para quienes no se planteaba el problema de una revolución burguesa, ya realizada (según ellos) con las reformas de 1861, sino que se planteaba el objetivo de una socialización de las relaciones de

²⁹⁰ Para la posición de Plejánov en los inicios del marxismo en Rusia véase la introducción a la edición italiana del *¿Qué hacer?* cit., pp. LIV-LIX.

²⁹¹ Chetvërty cit., p. 238.

²⁹² Ibid.

propiedad, socialización indisolublemente ligada al derrocamiento del absolutismo zarista. Para Lenin, en cambio, la revolución en curso tenía un indudable carácter burgués, y por tanto los objetivos socialistas de la clase obrera y de los campesinos debían subordinarse a los fines de esta revolución. Por otra parte, la revolución burguesa debía ser dirigida, contra la misma burguesía, por la dictadura de los obreros y los campesinos, y ésta dirigida a su vez por los «revolucionarios profesionales». Renacía, pues, el viejo populismo, con ropajes marxistas y, sobre todo, con un proyecto histórico grandioso y realmente «utópico», como afirmaban los mencheviques, que con razón decían ser «más socialdemócratas» que los bolcheviques, pero que era más utópico en 1905 que en 1917, cuando la guerra mundial ofreció a Lenin una ocasión única y Lenin era consciente de que se trataba realmente de una ocasión irrepetible, como declaró en varias ocasiones) para realizar su «utopía», con todas las consecuencias que ello implicaba.

Con respecto a los soviets, Martinov tenía razón en reivindicar la anticipación menchevique: «El camarada Lenin ha olvidado que nosotros habíamos previsto el nacimiento de estas formas de creación popular mucho antes de las jornadas de octubre, generalizándolas con el nombre de órganos de autogobierno revolucionario».²⁹³ Efectivamente los soviets se incluían en el programa menchevique de ampliación de las formas de intervención de masas, autónomas con respecto al partido. Pero un bolchevique había observado: «¿Por que hay que llamar [a los soviets] autogobierno revolucionario local, por qué hay que usar esta expresión mística?».²⁹⁴ También Lenin interviene contra este «misticismo» de la autonomía de los soviets, ironizando sobre el hecho de que Plejánov, a pesar de ensalzar a los soviets, «no se ha tomado la molestia de analizar que son los soviets de diputados obreros. ¿Qué son? ¿Son un órgano de autogobierno revolucionario o son los órganos embrionarios del poder?».²⁹⁵ La respuesta de Lenin se inclina claramente por la segunda opción. Para entender rápidamente cómo se planteaba el problema de los soviets en el seno del

²⁹³ Ibid., p. 240.

²⁹⁴ Ibid., p. 239.

²⁹⁵ Ibid., p. 242.

grupo bolchevique hay que examinar las tomas de posición aparecidas en «Novaia zhizn» (Vida nueva), el primer periódico bolchevique legal. Son tomas de posición cargadas de desconfianza y resistencia ya que los soviets les parecían a los bolcheviques algo políticamente amorfo que invalidaba la autoridad y la hegemonía del partido. B. Radin escribía en el periódico, al final de un artículo titulado *¿El soviet de diputados obreros o el partido?:*

Hemos abordado la cuestión de si el soviet puede sustituir al partido o asumir la dirección de la lucha política del proletariado, y hemos contestado negativamente. Significa esto que cuando el soviet se plantea determinadas tareas políticas concretas (como la dirección de la huelga general) no debe aclarar su fisonomía política? En absoluto. El proletariado debe saber con certeza bajo que bandera marcha su órgano electivo y de qué partido vienen las consignas y las directrices que llevará a cabo en sus acciones prácticas. En la lucha política, jugar a ciegas no responde a los intereses del proletariado. Es necesario que el soviet declare con precisión a que partido acepta como dirigente y a que programa político se adhiere.²⁹⁶

Será Lenin quien, oponiéndose a visiones estrechas como la de Radin o a otras aun más sectarias, verá en los soviets un importante instrumento de ampliación de la acción política y de formación de un nuevo poder. Lenin declara que los bolcheviques están dispuestos a establecer una «alianza temporal de lucha con toda la democracia revolucionaria para alcanzar nuestro común objetivo político inmediato».²⁹⁷ Por ello, concluye, «manteniendo rigurosamente nuestra peculiaridad y autonomía de partido, ingresamos tanto en los soviets de diputados obreros como en las demás uniones revolucionarias. ¡Vivan los nuevos órganos de poder del pueblo! ¡Viva el órgano unitario, supremo y victorioso del poder popular!».²⁹⁸ Pero

²⁹⁶ Istoria R. K. P. (b) dokumentaj, a cargo de S. M. Levin e I. L. Tatarov, vol. I, Leningrado 1926, pp. 334-335.

²⁹⁷ LENIN, Polnoe sobranie sochinieni, vol. 12 cit., p. 127.

²⁹⁸ Ibid.

sigue existiendo el dualismo entre el partido autoritario y monocéntrico y el soviets como «místico» órgano de «autogobierno revolucionario», lo cual explica la suerte de los soviets tras la Revolución de Octubre. Y explica también la política de Lenin con respecto a los soviets entre febrero y octubre de 1917 y su misma fórmula: «¡Todo el poder a los soviets!», que en esencia significa «¡todo el poder al partido!».

No analizaremos con detalle el amplio informe de Axelrod sobre la cuestión de la Duma y nos limitaremos a algunos puntos generales más destacados. Axelrod expone analíticamente la tesis menchevique según la cual el momento común de la lucha contra el absolutismo lleva al proletariado ruso a una «colaboración política» temporal con la burguesía para conquistar las condiciones de una lucha política madura. Por tanto, Axelrod polemiza con las tendencias «blanquistas» que se llenan de fraseología marxista, y denuncia el hecho de que, a partir de principios de siglo, «en el campo de los socialdemócratas mismos empieza a difundirse la inconsciente tendencia a la despersonalización política de nuestro proletariado, a su transformación en objeto e instrumento de la revolución, en masa políticamente amorfa que desempeña el papel no de autónomo portador de la revolución sino de fuerza física de combate directo por una organización política que está fuera y encima de él».²⁹⁹ En varias ocasiones Axelrod subraya que su crítica no se refiere únicamente a los bolcheviques, sino también a los mencheviques, que «con pocas excepciones, no se han diferenciado sustancialmente de los bolcheviques»³⁰⁰ en la primera fase de la revolución. Axelrod se pregunta qué significado tiene la expresión «vanguardia revolucionaria» y, tras afirmar que no se puede reducir la clase obrera a «vanguardia» en el sentido técnico-militar de fuerza física usada por el estado mayor revolucionario en la lucha revolucionaria, declara:

La misión de la vanguardia revolucionaria en la Rusia absolutista está indisolublemente ligada a su intervención consciente como intérprete y representante de los intereses de toda la nación, de todo el país, contra su opresor y déspota

²⁹⁹ Chetvërty cit., p. 253.

³⁰⁰ Ibid., p. 257.

general, contra la autocracia policial zarista. Las condiciones históricas del nacimiento y del desarrollo de nuestro movimiento de liberación incluyen la posibilidad objetiva de elevar a nuestro proletariado a la significación de vanguardia de nuestro movimiento. Pero aprovechar estas condiciones en interés de esa elevación política de la clase obrera rusa significa aclarar, subrayar y promover claramente el significado nacional o democrático general de los esfuerzos emancipadores de estas masas, y hacerlo de un modo sistemático, en el terreno de los enfrentamientos pequeños y grandes de las masas obreras con las autoridades y los explotadores.³⁰¹

En esta perspectiva resulta «burgués» precisamente el ultrarrevolucionarismo que se orienta únicamente a la insurrección armada y convierte a las masas en un instrumento técnico militar de esta operación. Sigamos el razonamiento de Axelrod:

Al poner (...) todas sus esperanzas y perspectivas en una insurrección armada victoriosa, técnicamente preparada al modo de una conjura o conspiración, concentrando o intentando concentrar toda la atención y todas las fuerzas de nuestro partido en esta preparación de una insurrección popular, ellos, los bolcheviques, empujan inconscientemente al partido por la vía del revolucionarismo más burgués posible. Utilizo estos términos porque esa vía nos desviaría definitivamente de la realización de nuestra tarea principal, que es el desarrollo político de las masas obreras y su unificación en una organización autónoma de clase. Esa vía nos llevaría a la despersonalización política del proletariado porque prepararíamos sistemáticamente a las masas obreras únicamente para desempeñar el papel de fuerza física de combate, sin una voluntad ni organización política propias. Esta voluntad y esta organización se forman inmejorablemente en un ambiente de amplia lucha político-social, en el que las masas obreras, dirigidas por la

³⁰¹ Ibid., p. 259.

socialdemocracia, se enfrentan en la práctica cara a cara con las fuerzas organizadas de las otras clases. Pero ese ambiente se crea precisamente sobre el terreno de un régimen constitucional, que abre amplio espacio a la lucha interna organizada de las distintas clases para influir y conquistar el poder en el Estado.³⁰²

Podemos recordar un último punto no del informe de Axelrod sino de su intervención final sobre la cuestión de la Duma. Se trata de su juicio sobre Lenin, un juicio que no se limita al plano personal, como hacían a menudo los otros mencheviques, que tendían a atribuir a Lenin únicamente un papel negativo en el renacimiento del populismo, sino que tiende a ver el fenómeno del leninismo en una perspectiva histórica. Dice Axelrod:

Por alta que sea la valoración que hagamos de su talento e influencia de Lenin, erraríamos si le atribuyéramos toda la responsabilidad de todas nuestras deficiencias, errores y fallos de partido, que tanto han perjudicado al partido en los últimos años. También Lenin es un producto de todo nuestro pasado, y si le siguen tantos camaradas por un camino que nosotros consideramos funesto para el partido, evidentemente no es por simple capricho o predilección suya, sino porque expresa sus aspiraciones y sus puntos de vista, que se han desarrollado en el terreno de las condiciones históricas dadas.³⁰³

La discusión sobre la insurrección armada precisa pero no cambia el marco general que hemos trazado, el cual demuestra la insuperable oposición entre bolcheviques y mencheviques más allá de todos los problemas tácticos, sobre los que había posibilidad, en cambio, de llegar a un acuerdo de compromiso. Los bolcheviques acusarán todavía a los mencheviques de mantener posiciones constitucional-democráticas, y los mencheviques les acusarán de resucitar el populismo anarquista y conspirador. Lunacharski dirá claramente que «la tendencia general de los mencheviques consiste

³⁰² Ibid., p. 272.

³⁰³ Ibid., p. 322.

en dar la espalda al fantasma inminente de la revolución y en situar el trabajo del partido en el cauce del trabajo orgánico». En cambio,

nosotros repetimos y no nos cansaremos de repetir que si en los próximos terribles enfrentamientos entre el pueblo y el gobierno el partido quiere conservar su posición destacada y conquistar la dirección de las masas, tiene que convertirse no sólo en un partido de reformas pacíficas, no sólo en un partido de misioneros e iluminados, sino también en un partido militar.³⁰⁴

A esta afirmación se contraponen la del menchevique Dan:

Aunque estemos en vísperas de una insurrección, aun reconociendo plenamente la necesidad de las acciones militares, nosotros reconocemos abierta y francamente que no somos una organización conspiradora sino un partido de masas, y como tal no podemos asumir esas tareas.³⁰⁵

Con estas posiciones enfrentadas entre el «partido militar» y el «partido de masas» podemos concluir este análisis del IV Congreso del POSDR, análisis que no ha pretendido abordar todas las importantes cuestiones tácticas del momento sino trazar las líneas fundamentales y generales de las divergencias entre bolcheviques y mencheviques existentes en aquel momento y también, y con mayor fuerza, en el período siguiente.

6. La ruptura entre mencheviques y bolcheviques en el V Congreso

Las grandes líneas que hemos visto nos permiten orientarnos también en el material del V Congreso, celebrado en Londres en abril-mayo de 1907. El Congreso, que tuvo como tema central la actitud de los socialdemócratas rusos con respecto a los partidos burgueses, registró la ruptura definitiva entre las dos fracciones

³⁰⁴ Ibid., p. 376.

³⁰⁵ Ibid., p. 397.

bolchevique y menchevique, que por otra parte, aunque seguían formalmente unidas en un solo partido, ya constituían de hecho dos organizaciones, además de dos políticas, distintas. Con respecto al congreso anterior, del que fue continuación lógica y conclusión en un momento de reflujó revolucionario, en el Congreso de Londres el diálogo polémico entre bolcheviques y mencheviques se vio enriquecido por una nueva voz que, incluso organizativamente, tuvo un papel decisivo: la de Rosa Luxemburg, delegada de la organización de Lódz del partido socialdemócrata polaco. También fue importante la presencia de Trotski, que no pertenecía a ninguna de las dos fracciones.

El hecho más destacado del congreso fue el aislamiento de los mencheviques ante la convergencia de posiciones de Lenin, Luxemburg y Trotski. Naturalmente, se trataba de una convergencia objetiva, en absoluto concertada de antemano, y con notables discrepancias, entre Lenin y los bolcheviques por un lado, y Luxemburg y Trotski por otro. En lo que se refiere a las relaciones entre Lenin y Trotski, un tema que ahora no nos interesa analizar, debemos hacer de entrada una consideración. La fórmula leniniana de la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», como en general las fórmulas de Lenin, tenía un armazón teórico que no privaba en absoluto de elasticidad política y por tanto de capacidad de evolución a la fórmula misma. Basta con leer estas célebres palabras de septiembre de 1905:

De la revolución democrática empezaremos a pasar, en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos detendremos a medio camino.³⁰⁶

En estas líneas ya puede advertirse que la frontera entre «revolución burguesa» y «revolución socialista» era, para Lenin, bastante difusa, y el paso de una a otra (es decir, los ritmos de un único proceso revolucionario «ininterrumpido») era una cuestión meramente táctica, que el partido debía resolver en base a un análisis

³⁰⁶ LENIN, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. II, Moscú 1960, página 222

(realizado por el mismo partido, obviamente) de las fuerzas del «proletariado consciente y organizado». La fórmula trotskiana de la «revolución permanente», que atribuía únicamente al proletariado una función revolucionaria, que habría convertido por tanto la conquista del poder en la base inmediata de una política socialista, era más lineal. Pero, más que temporales divergencias contingentes, las dos fórmulas de la «revolución ininterrumpida» y de la «revolución permanente» ponen de manifiesto dos estilos de pensamiento político. En Lenin había una atención mayor al problema campesino y por tanto un juego político más dinámico a este respecto, con elaboraciones tácticas destinadas a ser abandonadas (como la esperanza en que surgiría una fuerza política de las masas campesinas revolucionarias), lo cual puede dar la impresión de una menor seguridad con respecto a los esquemas teóricos incisivos y claros de Trotski.

Pero precisamente porque las posiciones de Lenin estaban en continuo movimiento, aunque eran fieles a una rigurosa lógica interna, puede creerse que Lenin se «aproximó» -como suele decirse (y como el mismo Trotski hizo creer)- a las posiciones de Trotski en 1917. En realidad fue Trotski quien se aproximó a Lenin al aceptar aquel partido «jacobino» que había duramente criticado en la época de la polémica sobre el *¿Qué hacer?*, partido «jacobino» que (como Lenin había visto con absoluta claridad siguiendo la tradición populista revolucionaria, que era la justificada acusación que le hacían los mencheviques) era el instrumento necesario para realizar la «revolución ininterrumpida», sirviéndose de las masas campesinas. Ahí reside también la superioridad de Lenin con respecto a Rosa Luxemburg, que había polemizado también con Lenin en la época de la «cuestión organizativa» y que, a diferencia de Trotski, polemizará de nuevo con Lenin después de la Revolución de Octubre acerca del problema de las libertades. Lenin sabía bastante mejor que sus aliados «objetivos» en el V Congreso no sólo lo que quería sino también qué había que hacer para conseguirlo, y estaba dispuesto a aceptar sin escrúpulos las consecuencias de esta determinación. Los mencheviques, cuya política era perdedora y no conseguía ni tan sólo el apoyo de la socialdemocracia europeo-occidental (incluso Kautsky, como es sabido, se situaba en posiciones radicales en la interpretación de la revolución de 1905), tenían al

menos el mérito, por así decirlo, de comprender en parte el carácter de la teoría leniniana y de ver en parte sus posibles resultados.

7. Trotski, Parvus y la «revolución permanente»

La posición de Trotski durante la primera revolución rusa se basa en el concepto de «revolución permanente» que se convertirá en el elemento cardinal de su teoría política y que, como tal, participará en la gran polémica de los años veinte sobre el carácter de la Revolución de Octubre, sobre el significado de la «ortodoxia» leninista y sobre las perspectivas del comunismo internacional. Precisamente en el libro titulado *La revolución permanente*, escrito en 1929, cuando se encontraba en Alma Ata ya camino del exilio, Trotski analizará todas las implicaciones de aquel concepto, remitiéndose naturalmente a su origen: la revolución de 1905. Pero, si bien la teoría trotskiana de la «revolución permanente» sólo puede entenderse correctamente en el marco de todo el complejo pensamiento político de su autor, un análisis de la discusión entre bolcheviques y mencheviques sobre los acontecimientos de 1905, tal como se desarrolló en el IV y en el V Congreso, debe recordar una figura que, a pesar de estar ausente en aquellas reuniones del partido, desempeñó un papel destacado en la socialdemocracia rusa de entonces y que, además de colaborar estrechamente con Trotski, fue incluso uno de los inspiradores de su teoría de la «revolución permanente». Nos referimos a Parvus (A. L. Gelfand), ruso de origen, que participó activamente en la socialdemocracia alemana y, con la revolución de 1905, volvió a intervenir temporalmente en el movimiento socialdemócrata ruso.

También Parvus utiliza dos parámetros para interpretar los acontecimientos revolucionarios rusos y para elaborar una línea de acción política en los mismos: la naturaleza específica de la sociedad rusa y el modelo de las revoluciones burguesas europeo-occidentales. El desarrollo histórico ruso, que en el período precapitalista se desarrolló «más de acuerdo con el modelo chino que con el modelo europeo»,³⁰⁷ ha hecho que en Rusia haya «burguesía capitalista, pero no burguesía media, como la que ha engendrado y

³⁰⁷ Parvus, *Rusia i revoliutsia*, San Petersburgo 1906, p. 136.

sobre la que se ha apoyado la democracia política de Europa occidental». ³⁰⁸ También en Rusia, como en la revolución europea de 1848, la burguesía capitalista, una vez derrocada la autocracia, se distanciará rápidamente del proletariado para consolidar sus propias conquistas. Pero el retraso con que se produce la revolución rusa con respecto a las revoluciones europeas, cuando el movimiento obrero ha alcanzado ya una notable madurez política, y el carácter específico de la situación rusa, dominada por una autocracia militar apoyada por el capital internacional y por una burguesía en forzada ascensión política y privada de una amplia base social propia, plantea tareas particulares a la socialdemocracia revolucionaria. Esta «debe preparar la fuerza política capaz no sólo de derrocar a la autocracia, sino también de ponerse en cabeza del desarrollo revolucionario». ³⁰⁹ Situándose en la vía de una política revolucionaria autónoma, el proletariado ruso debe plantear con atención sus relaciones con las demás fuerzas políticas y sociales. Con respecto a los liberales no se trata de hacer una política de alianza o de oposición, sino que, manteniendo la propia autonomía política y la propia centralidad de clase, el proletariado deberá unificar en torno suyo las fuerzas liberales y democráticas, con la advertencia de que hay que «vigilar al aliado tanto como al adversario» y «preocuparse más de explotar la situación creada por la lucha que de conservar un aliado». ³¹⁰

El marco general de esa política es el rechazo de lo que Parvus llama la «concepción fatalista del desarrollo histórico derivado de las relaciones de clase». ³¹¹ Si fuese cierto que las relaciones de clase determinan de un modo inmediato y simple el curso histórico de los acontecimientos, todo sería fácil y sólo habría que «calcular el momento de la revolución social como los astrónomos calculan el momento en que va a pasar un planeta, y luego esperar». ³¹² En realidad, objeta Parvus, «la relación entre las clases se genera antes que nada por la lucha política», cuyo resultado final está

³⁰⁸ *Ibid.*

³⁰⁹ *Ibid.*, p.138.

³¹⁰ *Ibid.*, p.139

³¹¹ *Ibid.*, p.194.

³¹² *Ibid.*

determinado por el desarrollo de las fuerzas de clase. Pero todo «su curso histórico, que dura siglos, depende de una serie de condiciones económicas, políticas y nacionales colaterales, de la conciencia política de los partidos en lucha, de su táctica y de su capacidad de aprovechar el momento político». ³¹³ Esta revaloración del momento político lleva a Parvus a atribuir un papel bastante importante al Estado y a afirmar que «una clase social puede, mediante el poder estatal, mantener su dominio incluso a pesar de las condiciones económicas». ³¹⁴ La autocracia rusa, según Parvus, es un gran ejemplo de esta primacía del poder político bajo (y contra) el desarrollo económico. En Rusia la revolución abre la posibilidad no del socialismo, «irrealizable actualmente sin una revolución social en Europa occidental» ³¹⁵ sino de un particular tipo de gobierno democrático en el que el papel expectante del proletariado depende en gran parte de la energía revolucionaria del mismo proletariado, de la decisión política de la socialdemocracia y de la capacidad de ambos de usar el poder estatal, al menos temporalmente, en interés de las masas. Parvus cree que «el gobierno provisional en Rusia será el gobierno de la democracia obrera». ³¹⁶

En este proceso nuevo de la revolución burguesa rusa, retrasada con respecto a la época de las revoluciones burguesas de la Europa occidental pero acelerada con respecto a los ritmos de sus fases y de sus resultados sociales, Parvus no ignora el papel de las masas campesinas, a las cuales niega, sin embargo, la capacidad de constituir una fuerza revolucionaria propiamente dicha. La función de su intervención reside en la capacidad de «aumentar la anarquía política en el país y por tanto de debilitar al gobierno». ³¹⁷ Más tarde Parvus percibirá mejor el momento de unidad de las luchas campesinas con las luchas obreras, a las que reconoce siempre el papel central y la autonomía.

³¹³ Ibid. p.194.

³¹⁴ Ibid.

³¹⁵ Ibid., p.195.

³¹⁶ Ibid., p. 141. El artículo (*Chto daët nam 9-oe ianvaria*) lleva fecha del 18-31 de enero de 1905.

³¹⁷ Ibid. p.140.

Para Parvus la revolución proletaria «cerrará el ciclo de las revoluciones iniciado por la gran revolución francesa»,³¹⁸ y en ésta considera que el momento más alto, ya de transición a la nueva fase socialista, no estaba en los jacobinos sino en la conspiración de Babeuf. El específico mecanismo histórico de la revolución rusa, que hemos resumido aquí, hará que ésta no se limite a su ámbito nacional sino que «en su transcurso levantará a los pueblos y conmoverá en sus fundamentos a todo el mundo capitalista». ³¹⁹ Será precisamente este nuevo resurgir europeo-occidental del movimiento revolucionario lo que hará posible el paso de la revolución rusa de la fase política a la fase social y por tanto al socialismo.

Pero ya en su fase política la revolución rusa ha creado algo radicalmente nuevo, destinado a durar y a expandirse en el futuro: los soviets, «instituciones no sólo destructivas sino también creativas», en las que se advierte una «fuerza capaz de reorganizar el Estado». ³²⁰ En el soviets obrero Parvus vislumbra «el núcleo del nuevo poder estatal». ³²¹

Todo este proyecto revolucionario podía realizarse con dos condiciones: la primera, que las fuerzas políticas burguesas, y en primer lugar las fuerzas liberales, realmente tuvieran un margen muy estrecho de posibilidades y de capacidad de acción política autónoma y que por tanto se convirtieran en un instrumento del proyecto político proletario; la segunda, que era condición de la primera y que es la que ahora nos interesa, es que el proletariado dispusiera de una organización política capaz de realizar este proyecto. Porque, aunque Parvus, como Trotski y Luxemburg que mantenían posiciones afines, ensalzaba la creatividad de las masas, tenía claro que sin una dirección política precisa aquella creatividad sería inútil. De ahí la polémica de Parvus con el partido socialdemócrata ruso como inadecuado a las tareas revolucionarias, polémica que era particularmente dura contra Lenin, pero que tampoco era suave en lo que se refiere a los mencheviques.

³¹⁸ Ibid., p. 198.

³¹⁹ Ibid., p. 206. El artículo (Nashi zadachi) es del 13 de noviembre de 1905.

³²⁰ Ibid., p.214.

³²¹ Ibid., p . 216.

La polémica con Lenin es compleja y se desarrolla durante años. Baste recordar la crítica dirigida por Parvus al «leninismo», entendido «en el sentido de que Lenin en su *¿Qué hacer?* y en las resoluciones tomadas en el II Congreso dio una clara expresión a un determinado orden de ideas políticas y organizativas». ³²² Este «leninismo» es interpretado como un bernsteinismo invertido ya que en el *¿Qué hacer?* Parvus no ve solamente la «angustia conspirativa que se ha desarrollado en el campo de la intelligentsia rusa» revolucionaria, ³²³ sino también una reacción mecánica al revisionismo de Bernstein. La conocida tesis leniniana según la cual el movimiento obrero, abandonado a sí mismo, en su desarrollo espontáneo no se distancia del orden capitalista y se limita a la creación del movimiento sindical, es, según Parvus, un «modo perfectamente bernsteiniano de ver las cosas», ³²⁴ aunque Lenin saque de ello conclusiones opuestas a las del revisionismo alemán y busque medios políticos (el partido nuevo) que actúen como antídoto: «Lenin es un oportunista al revés. Considera que el movimiento obrero es oportunista, y lo quiere invertir en un sentido revolucionario» ³²⁵ y por eso transforma «el socialismo en ideología» y sitúa en primer plano «el problema organizativo»: «los marxistas ilustrados, fuertemente partidarios de la centralización, encaminan a la masa revolucionaria por el canal social-revolucionario», ³²⁶ tarea que, según Lenin, es perfectamente asumida por los revolucionarios profesionales. Parvus considera en cambio que «la organización es la forma con que afluye el proceso social-revolucionario y que es creada por éste» y que «no hay una forma organizativa capaz de abarcar por sí sola toda la lucha de clase del proletariado». ³²⁷

Así como Lenin es criticado por Parvus por su «oportunismo al revés», los mencheviques lo son por su oportunismo directo. En cuanto

³²² Ibid., p. 188.

³²³ Ibid., p. 190.

³²⁴ Ibid.

³²⁵ Ibid.

³²⁶ Ibid.

³²⁷ Ibid., p. 174.

la revolución se convierte en Rusia en un hecho político, a la socialdemocracia rusa se le plantea la tarea de apoderarse del poder estatal y de usarlo, naturalmente de un modo conforme a las condiciones económicas de Rusia, en interés de la clase obrera. Los mencheviques han menospreciado esta tarea y se han sumido en meditaciones acerca de la oportunidad de ceder voluntariamente el poder político a la democracia burguesa, inmediatamente después de que el ejército revolucionario del proletariado hubiese obtenido la victoria.³²⁸

Así, los mencheviques eran prisioneros del «fatalismo» contra el que Parvus se pronuncia con las observaciones que hemos reproducido.

Contra el «esquematismo organizativo» de los bolcheviques y la «angustia política» de los mencheviques, y contra la «intolerancia» que albergan ambas partes, Parvus reafirma la exigencia primaria de la socialdemocracia rusa: convertirse en un partido «unido y compacto», porque «si el ejército se escinde en dos partes, cada una de las cuales desarrolla su táctica independientemente de la otra, todo el ejército será derrotado, a pesar de la táctica más perfecta perseguida por una u otra parte».³²⁹

Es un razonamiento impecable en abstracto, pero que precisamente los dos congresos que aquí estamos analizando demuestran que era históricamente poco realista. El «ejército» se escindió en dos partes, pero no equivalentes; y una parte, la del «esquematismo organizativo», tenía una potencial superioridad sobre la de la «angustia política» y, en determinadas condiciones generales, estaba destinada a acabar prevaleciendo. Vistas en una perspectiva que ahora ya puede ser profunda y esclarecedora, las posiciones de Parvus, y las posiciones no coincidentes pero afines de Trotski y de Luxemburg, que tan rigurosas eran en su lógica revolucionaria, estaban debilitadas por una inadecuada comprensión del significado y la entidad de la escisión en la socialdemocracia rusa y por una confianza demasiado abstracta en el

³²⁸ Ibid., p. 194.

³²⁹ Ibid., p. 195.

papel autónomo y creativo de las masas y de la misma clase obrera. Parvus hace una caricatura de Lenin, obsesionado por su idea «organizativa» llevada hasta el absurdo:

Se mantiene agazapado e intenta poner la vida política bajo un sombrero de papel; se enfada porque ésta continúa escapándosele por todas partes; se enfurece y declara traidores a quienes impulsen el proceso político y la lucha revolucionaria fuera del sombrero leniniano. Para Lenin, sin darse cuenta, toda la vida política le resultará una traición.³³⁰

Parvus vivirá lo suficiente para ver, muy de cerca y de un modo no pasivo, que el «sombrero de papel» leniniano cubrirá casi toda la «vida política» socialista, mientras se declarará «renegada» y «traidora» a aquella pequeña parte que continuará escapándosele.

8. *Partido y revolución: la tesis de Lenin*

Volviendo a los protagonistas del V Congreso comprenderemos mejor que Rosa Luxemburg tuvo oportunidad de criticar a los mencheviques por su ortodoxia formal. Plejánov citaba lo que Marx y Engels habían escrito en el *Manifiesto del Partido comunista* a propósito de la función revolucionaria de la burguesía. Y Luxemburg ironizaba sobre «nuestro gran teórico y creador del marxismo ruso»:

Referirse al modo con que Marx y Engels caracterizaron la función de la burguesía hace cincuenta años para aplicar aquella característica a la realidad actual. significa dar un ejemplo sorprendente de pensamiento metafísico, transformando el vivo pensamiento histórico de los autores del *Manifiesto* en un dogma petrificado.³³¹

En realidad, Plejánov y los mencheviques no deducían su política de un modo tan mecánico de los textos de Marx; en todo caso, como

³³⁰ Ibid., p. 169.

³³¹ *Piaty (londunski) sezid Rsdrp. Protokoly*, Moscú 1963, Pagina 384.

es habitual entre los marxistas, buscaban en los textos de los «clásicos» un apoyo a su política o, en el mejor de los casos, llevaban a cabo un movimiento recíproco de los «clásicos» a la realidad. Anteriormente, en la discusión en el IV Congreso, vimos la complejidad de la lógica de la política menchevique, así como de la misma política leniniana. Como Trotski Luxemburg usaba algunas hermosas fórmulas revolucionarias, que sin embargo en Rusia sonaban algo abstractas. En cierto sentido, en la polémica entre bolcheviques y mencheviques la posición de Luxemburg se presenta como una «tercera vía», pero que está mucho más cerca de la vía bolchevique. Tras haber especificado que la burguesía liberal es ya un cadáver político y que la única fuerza revolucionaria es el proletariado, precisa:

Sin embargo, es cierto que el verdadero marxismo está tan lejos de la sobrevaloración unilateral del parlamentarismo como de una idea mecánica de la revolución y de la sobrevaloración de la llamada insurrección armada. Mis amigos polacos y yo no tenemos la misma opinión que los camaradas bolcheviques.³³²

Por tanto, Luxemburg pasa a criticar las tesis de la preparación técnica de la insurrección con tácticas «conspiratorias», buscando de este modo la aprobación de Plejánov. Pero inmediatamente después, y advirtiendo por adelantado que en aquel problema ya no buscará el acuerdo de los mencheviques, habla de la necesidad de la conquista del poder político por parte del proletariado para realizar las tareas de la actual revolución. Sin embargo, la diferencia más profunda de Rosa Luxemburg con los mencheviques no reside en el análisis de la revolución rusa ni en la elaboración de una política coherente, sino en el juicio sobre el bolchevismo como fenómeno político: mientras para los mencheviques éste iba asumiendo cada vez más los caracteres de una doctrina autónoma vinculada a determinadas tradiciones revolucionarias, para Luxemburg no era más que una natural reacción a la política «oportunist» (según la expresión de Lenin) de los mencheviques. Luxemburg dijo, entre los aplausos de

³³² Ibid., p. 389.

los bolcheviques: «La inflexibilidad es la forma que asume inevitablemente la táctica socialdemócrata en un extremo cuando en el otro extremo la táctica es amorfa como una gelatina que se escurre por todas partes bajo la presión de los acontecimientos».³³³

La posición de Trotski es análoga a la de Luxemburg. Pero su polémica con los mencheviques es más interna en su argumentación:

Vosotros, mencheviques, intervenís a menudo contra la aceleración de la lucha de clases en la esfera de las relaciones políticas. Exigís que la «colaboración» política entre la burguesía liberal y el proletariado, colaboración que existe objetivamente en el ámbito de nuestra revolución, se traduzca en el lenguaje de la conciencia política. ¿Pero acaso esta «colaboración» es menor entre el proletariado y las masas populares, con los campesinos en cabeza? ¿O bien el antagonismo de clase entre el proletariado y los campesinos está más desarrollado que el antagonismo entre el proletariado y la burguesía urbana? Vosotros no diríais esto. Pero entonces tenéis que tener en cuenta todas estas correlaciones en la práctica de los acuerdos electorales, desde el momento en que reconocéis no sólo su admisibilidad sino también su necesidad. De otro modo os comportaríais de un modo fatalmente contradictorio. Si estipularais acuerdos con los liberales contra la reacción y no establecierais un acuerdo con los campesinos revolucionarios contra los burgueses liberales, violaríais todas las perspectivas reales y, en vez de una intervención autónoma en las relaciones políticas con objeto de revolucionarlas, no haríais más que dar un simple apoyo a los cadetes, es decir que de hecho seríais de nuevo, durante las elecciones, un pelotón auxiliar de la burguesía liberal.³³⁴

Más genérica es la crítica de Trotski al bolchevismo, que pecaría «demasiado a menudo del vicio del rigorismo y del "intransigentismo" formal» Y sería «demasiado a menudo la simple

³³³ Ibid. p. 391.

³³⁴ Ibid., p. 259.

antítesis de la táctica de los mencheviques». ³³⁵ Trotski está convencido de que aún es posible la unidad del partido: «unidad de las acciones políticas (...) es posible incluso con multiplicidad de ideas (...). En caso contrario la actividad política sería en general impensable». ³³⁶ Y dirigiéndose a Lenin para invitarlo a un compromiso, declara:

Sin la conciencia de su necesidad, también un compromiso se convierte en fuente de nuevas luchas y de desmoralización. Sólo resulta vital y rico de contenido cuando por encima de la concurrencia de las reivindicaciones totalmente legítimas de fracción se pone el precepto, obligatorio para todas las fracciones, de la unidad de las acciones de un partido unitario. ³³⁷

Pero, evidentemente, no era posible ningún compromiso, y no por mala voluntad de los representantes individuales de los partidos, sino por la divergencia sustancial que iba delineándose cada vez con mayor claridad.

Lenin recapitula la interpretación bolchevique de la revolución. La revolución rusa es

burguesa en el sentido de su contenido económico social. Lo cual significa: las tareas de la revolución que está produciendo en Rusia no van más allá del ámbito de la sociedad burguesa. Ni tan sólo la plena victoria de la actual revolución, es decir la conquista de la república más democrática y la confiscación de toda la tierra a los propietarios por parte de los campesinos, ataca los fundamentos del orden social burgués. ³³⁸

Pero de esta tesis, común a los mencheviques, «no se saca la conclusión de que el motor principal o la guía de la revolución sea la

³³⁵ Ibid., p. 263.

³³⁶ Ibid., p. 50.

³³⁷ Ibid., p. 266.

³³⁸ Ibid., p. 365.

burguesía»,³³⁹ como pretenden los mencheviques. Y es así porque la revolución se produce en una época en la que «el proletariado ya ha empezado a tomar conciencia de sí como de una clase particular y a unirse en una organización de clase autónoma».³⁴⁰ Y «en estas condiciones el proletariado se sirve de toda conquista de la democracia, se sirve de todo paso adelante de la libertad para reforzar su propia organización de clase contra la burguesía», como, por otra parte, «el antagonismo de la burguesía y del proletariado obliga a la burguesía a intentar mantener determinados instrumentos e instituciones del viejo poder para utilizarlos contra el proletariado».³⁴¹ Se trata de la clásica política leniniana de «clase contra clase», en la que democracia y libertad son instrumentos para afirmar la «dictadura». Pero ¿dictadura de quién? Aquí interviene el problema campesino, en cuya resolución Lenin hace una importante precisión acerca de las relaciones entre los campesinos y el partido.

Lenin explica el mecanismo específico de la revolución rusa, señalando que hace imposible cualquier colaboración entre proletariado y burguesía liberal en una lucha común contra el absolutismo. No sólo por las consideraciones anteriormente citadas, sino también, y en el caso de Rusia sobre todo, porque «la principal peculiaridad de esta revolución es el agudo carácter con que se presenta la cuestión agraria»; precisamente esta cuestión, «es decir, la lucha de los campesinos por la tierra contra los terratenientes, es una piedra de toque de la actual revolución».³⁴² De ello se deduce que «la burguesía no puede ser ni el motor principal ni la guía de la revolución», y que «sólo el proletariado es capaz de llevarla (la revolución) hasta el final, es decir, a la plena victoria». Sin embargo,

esta victoria sólo puede alcanzarse con la condición de que el proletariado consiga arrastrar tras de sí a la mayor parte de los campesinos. La victoria de la actual revolución en Rusia

³³⁹ Ibid.

³⁴⁰ Ibid.

³⁴¹ Ibid., p. 366.

³⁴² Ibid.

sólo es posible como dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos.³⁴³

Hasta aquí Lenin expone con extrema claridad su esquema de la revolución. Pero el problema consiste en saber cómo se realizará esta «dictadura», no en lo que se refiere a la sociedad (Lenin ya ha dicho, *sin* posibilidad de equívoco, que se tratará de un poder ilimitado)³⁴⁴, sino en lo que se refiere a los dos miembros coaligados en el ejercicio de la dictadura. Dado que el proletariado tiene un partido propio, ¿se tratará de una coalición con otro partido campesino? Esta posibilidad había sido ciertamente contemplada por Lenin, pero ahora, ante las inevitables «vacilaciones de los campesinos y de los partidos demócratas campesinos», Lenin afirma que «la socialdemocracia no debe preocuparse ni un momento por el miedo a aislarse de tales vacilaciones», y debe aclarar a los campesinos que «sólo el partido obrero es el defensor realmente seguro y fiel hasta el final de los intereses no sólo del socialismo, sino también de la democracia, no sólo de todos los trabajadores y los explotados, sino también de toda la masa campesina que lucha contra la explotación feudal».³⁴⁵ La fórmula de Lenin resulta lo suficientemente elástica como para proyectar no sólo, como se ha visto, la «revolución ininterrumpida», sino también un único partido del proletariado y de los campesinos. Es una operación que podría hacer pensar en aquella «despersonalización» del carácter de clase del partido del que hablaban los mencheviques, si no se supiese que quienes garantizan, en las intenciones, el carácter proletario de esta revolución ininterrumpida», de esta «dictadura» y de este partido son los «revolucionarios profesionales», que, a pesar de no ser proletarios, racionalmente han hecho suyo el «punto de vista» histórico del proletariado y la ciencia nacida de aquel «punto de vista», el marxismo. Frente a esta grandiosa construcción, la «revolución permanente» de Trotski y la luxemburguiana confianza en la fuerza y en la misión de la clase obrera parecen posiciones

³⁴³ Ibid.

³⁴⁴ Cf. el apartado 5 de este capítulo.

³⁴⁵ *Pialy* cit., p. 373.

desarmadas, que para actuar y vencer en la historia deberían ser absorbidas en parte en el más amplio y lúcido proyecto leniniano.

9. La polémica «antipopulista» de los mencheviques

Volvamos a los mencheviques. Su polémica con Luxemburg se refiere en particular a la valoración del liberalismo ruso. Cherevanin señala que el proletariado no debe alegrarse de la debilidad del liberalismo ruso, porque esto no significaría que «nuestro proletariado, para maravilla del proletariado de todo el mundo, abre perspectivas socialistas». Al contrario, sería un signo de «debilidad del movimiento popular, porque el antiguo régimen» se mostraría «fuerte y firme en la lucha».³⁴⁶ Las palabras más claras fueron pronunciadas sobre este tema por Martov, quien, tras haber ironizado sobre el «ensayo de historia del liberalismo ruso» ofrecido por Rosa Luxemburg, rechaza el esquema según el cual «el liberalismo pierde vigor cuando hay un ascenso del proletariado y, al contrario, resucita cuando el proletariado es derrotado».³⁴⁷ En realidad

toda la historia de la vida social (*obshchzestvennost*) rusa demuestra que todo ascenso de la revolución, suscitado por la intervención del proletariado, inyecta sangre nueva en las venas anémicas del movimiento democrático-burgués. Os desagrada constatarlo porque este hecho desmiente vuestras fórmulas simplistas sobre el curso ulterior de la revolución. Pero si no fuera así, todas las teorías sobre el proletariado ruso como vanguardia de la revolución y sobre el papel específico del proletariado en la misma, estarían vacías de contenido.³⁴⁸

Al alegrarse cuando el proletariado se aísla de la burguesía liberal, Luxemburg y los bolcheviques ven «donde hay una clara y evidente debilidad del proletariado, el máximo grado de su madurez

³⁴⁶ Piaty cit.. p. 244

³⁴⁷ Ibid., p. 408.

³⁴⁸ Ibid.

revolucionaria». Y concluye: «Vosotros sublimáis la impotencia de la revolución. Esto significa adular groseramente al proletariado, que no necesita tal adulación». Por eso los mencheviques luchan contra la cadetofobia» de los bolcheviques.

Nosotros no os acusamos de que intentéis desenmascarar la incoherencia y la indecisión del democratismo cadete; me atrevo a creer que en la polémica contra los cadetes nosotros no les hemos infligido los golpes más débiles. Pero nosotros creemos que, al instigar a los obreros contra los cadetes por el hecho de que éstos son burgueses, identificando el liberalismo burgués y la democracia burguesa, impedís que el proletariado vea el carácter burgués y no proletario de los demás estratos de la población en cuanto éstos actúan de un modo más revolucionario que los cadetes. Con este tipo de agitación no mejoráis en el proletariado la conciencia del carácter inconciliable del antagonismo entre proletariado y burguesía, sino que favorecéis la disolución del proletariado en el «pueblo», es decir en la masa que lleva a cabo una vida económica en condiciones pequeño-burguesas y preburguesas (...). Vuestro esquema, según el cual todo lo que es burgués es por naturaleza contrarrevolucionario, lleva inevitablemente a esta encrucijada que cubre con la aureola de no-burgués todo el que en la actual revolución interviene de un modo revolucionario.³⁴⁹

También Plejánov polemizó con Luxemburg, en particular con su afirmación de que los mencheviques habían repetido de un modo dogmático la posición de Marx de 1847-1848 y por tanto habían considerado que la burguesía era portadora de una energía revolucionaria que -había objetado Luxemburg- hacía ya tiempo que la burguesía no poseía. Plejánov contestó diciendo que ya en los años cuarenta Marx no consideraba a la burguesía alemana como clase revolucionaria y, tras hacer las oportunas citas, concluía:

³⁴⁹Ibid., p. 409.

Marx consideraba a la burguesía alemana como nosotros consideramos a la burguesía rusa. Veía su incoherencia pero creía necesario apoyarla en su lucha contra el viejo orden, a pesar de su carácter incoherente. Ahora nos dicen que en aquel tiempo el movimiento obrero alemán estaba aún en estado embrionario. Admitámoslo. Pero, como es sabido, esto no impedía a Marx esperar que la revolución burguesa en Alemania fuera solamente el prólogo de la revolución proletaria (...). Esto no es un esquema sino un método, nuestro método materialista aplicado a la política (...). Nosotros le somos fieles. La camarada Abramovich le ha llamado blanquista. No es exacto. Su concepción sigue siendo el marxismo; el blanquismo está acaparado por los camaradas bolcheviques. Y no es tampoco un marxismo «petrificado». Es un marxismo evaporado, volatilizado al calor de la fraseología revolucionaria.³⁵⁰

Y termina con unas frases incisivas:

El camarada Liber ha preguntado a la camarada Rosa Luxemburg en qué silla está sentada. ¡Ingenua pregunta! La camarada Rosa Luxemburg no está sentada en ninguna silla. Como una Virgen de Rafael, vuela por encima de las nubes... de agradables fantasías.³⁵¹

Sobre la cuestión campesina, Martínov no olvida la evolución de la posición de Lenin al respecto,³⁵² pero observa que no hay una

³⁵⁰ Ibid., p. 421.

³⁵¹ Ibid., p. 422.

³⁵² «La errónea valoración por parte de los bolcheviques de la situación actual del campesino ruso arranca de nuestro marxismo legal, en cuyas publicaciones tuvieron un papel destacado las por vosotros conocidas obras de Ilich [Lenin], *El desarrollo del capitalismo en Rusia, Estudios económicos*, etc. Nuestros marxistas legales de los años noventa, en el ardor de la polémica con los populistas que negaban la posibilidad de un desarrollo del capitalismo en Rusia, solían exagerar en sentido contrario y demostraban que el capitalismo era casi dominante, de una u otra forma, en toda nuestra economía campesina y en toda la superficie del país (...). Segun Ilich, las

divergencia entre bolcheviques y mencheviques en el hecho de que «en el momento actual enormes capas de campesinos tienen un estado de ánimo más democrático y más revolucionario que la pequeña y la mediana burguesía urbanas»³⁵³ y que «en la lucha hemos tenido y aún tendremos que avanzar al lado de los campesinos más a menudo que al lado de la democracia burguesa urbana». Pero

relaciones precapitalistas, regresivas en la economía campesina, desaparecieron sin dificultad y sólo se conservan en las relaciones entre campesinos y propietarios en la prestación de trabajo para el arriendo de la tierra. En todas estas publicaciones la tendencia se tomaba por un hecho consumado. Gracias a esta errónea valoración de la realidad económica Lenin temía que la lucha campesina por la tierra tomase dimensiones excesivas y desbaratara sus proyectos. Sólo así puede explicarse la famosa teoría de la restitución de los *otrezki*, teoría que actualmente parecería moderada incluso desde el punto de vista de los cadetes. Sólo así pueden explicarse las desmedidas esperanzas de Lenin en los terratenientes capitalistas liberales. Recordaréis su célebre frase: "¡Hasta la vista, señores mariscales de la nobleza, nuestros aliados de mañana!" Estas ideas unilaterales de Lenin, como es sabido, ya entonces eran discutidas por sus compañeros de redacción de la "Iskra" (Piaty cit., pp. 379-380). Hay que tener en cuenta que Martínov alude al artículo de LENIN, *Vnutrennee obozrenie* (Reseña interna), en "Zaria", diciembre de 1901. en el que Lenin, comentando los discursos de dos mariscales de la nobleza, críticos con respecto al orden existente, invitaba a la socialdemocracia a realizar actividades de agitación y propaganda en todos los estratos sociales insatisfechos por la política de la autocracia zarista. El artículo terminaba con las siguientes palabras: "A los mariscales de la nobleza les diremos. al despedirnos de ellos: ¡hasta la vista, señores, aliados nuestros de mañana!" (LENIN. *Polnoe sobranie sochineni*, vol. 5. Moscú 1963. p. 347), palabras que se hicieron irónicamente proverbiales entre los socialdemócratas rusos y que le valieron a Lenin la acusación de oportunismo. En realidad, este proyecto de alianza con los "mariscales de la nobleza", aunque fuese ingenuo y en todo caso fracasado, era un signo del vasto y móvil tacticismo de Lenin que, en la realización de su proyecto estratégico, sabía usar las inquietudes y las oposiciones antigubernamentales y anticapitalistas más diversas excepto, naturalmente, las de las fuerzas políticas, como los liberales, que tenían una conciencia estratégico propia y antitética. Estas fuerzas, aunque fueran de tendencia marxista (como los mencheviques), se convertían para Lenin en un adversario político casi parangonable al zarismo y al capitalismo.

³⁵³ Piaty cit., p. 378.

los bolcheviques no ven la profunda «duplicidad» objetiva del movimiento campesino, que junto a momentos progresivos tiene otros momentos reaccionarios. Así, se ha producido un resurgimiento de los «ideales populistas que a menudo nos parecían enterrados por el desarrollo económico del país; y este movimiento ha insuflado nuevas fuerzas al partido socialista-revolucionario que en los años noventa había sido empujado a un segundo plano por el marxismo».³⁵⁴

Hasta aquí Martínov expone las conocidas ideas del menchevismo sobre el resurgimiento del populismo en la vida política rusa y en el bolchevismo. Más nueva e interesante es la siguiente observación sobre los efectos de esta situación:

El perjuicio de las utopías agrarias de los campesinos no se limita únicamente a la esfera de las relaciones agrarias. En este terreno social se forman ideas ingenuas y utópicas acerca de la táctica política que se difunden con la fuerza de una epidemia. Esta táctica mujik fue caracterizada en su momento con precisión y con cariño por el anarquista Lev Tolstoi: «¡Vamos, hermanos, a la guerra contra los villanos, sin miramientos! ¡Coged los garrotes!» En estas palabras se agota toda la sabiduría de la estrategia campesina y, lo que es particularmente importante, esta sabiduría se contagia al proletariado de modo que se debilita la principal fuerza motriz de la revolución. El proletariado, agotado por la crisis económica, cansado tras las huelgas y las derrotas de diciembre, con profunda desconfianza hacia la débil y oportunista burguesía liberal ciudadana, últimamente ha empezado a escuchar los discursos populistas y a dejarse convencer por las afirmaciones de que el campo toma el relevo de la ciudad, de que la solución de la cuestión agraria en el campo eliminará el paro en la ciudad y que gran parte de los obreros volverá de la ciudad al campo y se instalará de nuevo en la tierra. Con ello se consigue que en las filas del proletariado se difundan ampliamente métodos anarquistas y

³⁵⁴ Ibid., p. 381

terroristas de lucha que minan la fuerza y la solidaridad de clase del proletariado.³⁵⁵

Y Martínov termina con una acusación a Lenin:

El mismo Lenin que escribía invectivas en la «Iskra» contra el «aventurismo revolucionario» de los socialistas-revolucionarios y que calificaba de «seguidismo» a los que «se inclinan ante la espontaneidad», ha capitulado ante la espontaneidad campesina, ha sido el primero en plegar ante ella su propia bandera socialdemócrata, el primero que en las páginas de «Novaia Zhizn» ha reproducido la consigna socialista-revolucionaria: «tierra y libertad», y gracias a él los bolcheviques de nuestro partido han asimilado totalmente las consignas socialistas-revolucionarias en el trabajo de agitación que en la práctica resulta muy difícil de distinguir del de los mismos socialistas-revolucionarios.³⁵⁶

Martínov no parece advertir en su polémica que entre bolcheviques y socialistas-revolucionarios había una diferencia sustancial, a pesar de semejanzas indudables. En realidad, Lenin convertía a los campesinos en el ejército de una gran operación estratégico-histórica cuyo estado mayor no estaba «contagiado» en absoluto por la ideología agraria de los socialistas-revolucionarios. Lenin no se basaba en una especie de populismo campesino sino en una fría lógica política de transformación revolucionaria de la que los campesinos y sus partidos (como los socialistas-revolucionarios) eran meros instrumentos. Tampoco acertaba otra crítica formulada por Martínov a Lenin, que reproducimos por pura curiosidad:

El espíritu socialista-revolucionario no sólo ha penetrado en las ideas políticas del ala bolchevique de nuestro partido, sino que ha socavado las bases de su concepción marxista del mundo. Casi todos los líderes políticos del bolchevismo

³⁵⁵ Ibid., p. 382.

³⁵⁶ Ibid.

pertenecen, como es sabido, a los críticos del materialismo, a los empiriomonistas.³⁵⁷

La prensa menchevique insistirá en esta acusación y descubrirá un ligamen orgánico entre el «voluntarismo» político bolchevique y el «subjetivismo» filosófico del empiriomonismo profesado por eminentes bolcheviques como Bogdánov y Lunacharski. Con su *Materialismo y empiriocriticismo* Lenin, como es sabido, desmentirá esta interpretación y dará al bolchevismo un fundamento filosófico materialista y objetivista.

10. *Jacobinismo y leninismo*

Lo que se ha dicho hasta aquí sobre el V Congreso del POSDR es suficiente para entender las tendencias y las mentalidades profunda e inconciliablemente distintas de bolcheviques y mencheviques, que fueron entonces los auténticos protagonistas del drama de la socialdemocracia rusa, mientras que Trotski y Rosa Luxemburg, a pesar de su deslumbrante ingenio, su maestría oratoria y su pasión revolucionaria, han quedado como figuras y posiciones históricamente menores. No entraremos en un ulterior examen del debate sobre la actitud que la socialdemocracia tenía que asumir con respecto a los partidos burgueses, pero nos parece que no podemos terminar esta visión del V Congreso sin recordar, aunque sea brevemente, la última parte, dedicada al «congreso obrero», a la idea formulada por primera vez por Axelrod, en el verano de 1905, de la que tenía que salir una nueva organización de partido, mucho más abierta y articulada, para ampliar el campo de acción socialdemócrata entre las masas. Es conocida la firme oposición de Lenin a este proyecto, que para él era fruto del «estancamiento de la revolución y del deseo de legalizar a toda costa el partido echando por la borda la república, la dictadura del proletariado, etc.».³⁵⁸ También es sabido que la idea del «congreso obrero» fue rechazada como oportunista por los bolcheviques con el apoyo de las

³⁵⁷ Ibid.

³⁵⁸ LENIN, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. 15 cit., p. 185.

delegaciones polaca y letona. Ahora no nos interesa un análisis o una historia de ese proyecto, sino únicamente algunos aspectos de su discusión en el Congreso londinense con objeto de completar el panorama que hemos trazado hasta *aquí*.

Axelrod hace una afirmación explosiva que provoca inmediatamente la indignación y las protestas de los bolcheviques: «Yo afirmo que nuestro partido, por su origen, ha sido y sigue siendo la organización revolucionaria no de la clase obrera, sino de la intelligentsia pequeño-burguesa para ejercer una influencia revolucionaria sobre aquella clase».³⁵⁹

Una afirmación como ésta, cualquiera que sea la opinión que merezca, demuestra mejor que ninguna otra cosa la libertad mental de la socialdemocracia rusa en sus orígenes, que no temía ponerse críticamente en cuestión a sí misma. Escuchemos de nuevo a Axelrod:

Nuestro partido, gracias al conjunto de condiciones de su nacimiento y de su desarrollo, ha asumido históricamente la forma de una organización de la intelligentsia revolucionaria y sigue manteniendo este carácter. Para refutar este hecho se alega que los obreros predominan numéricamente en nuestra organización. Pero la inmensa mayoría ha ingresado en los últimos tiempos o, más exactamente, ha sido admitida o acogida en la organización, y en la mayoría de los casos por cálculos de fracción. Además la masa de proletarios aceptados está en el partido como una capa de plebeyos, mientras que la intelligentsia desempeña el papel de la aristocracia, de la capa de patricios que gobierna los asuntos internos y externos de nuestro Estado-partido y protege a sus masas plebeyas de toda influencia perniciosa procedente del exterior.³⁶⁰

El partido socialdemócrata ruso ha atravesado hasta ahora un periodo preparatorio para alcanzar algún día su carácter orgánico de clase. Es una situación compleja e incluso peligrosa que a Axelrod le recuerda la del populismo. Y Axelrod lleva a cabo un sintético análisis

³⁵⁹ Piaty cit., p. 505

³⁶⁰ Ibid.

de la intelligentsia populista que, por su profundidad y por su significado, merece ser reproducido íntegramente.

A principios de los años setenta la intelligentsia revolucionaria proclamó que el pueblo (los campesinos) era la única fuerza capaz de llevar a cabo la revolución social, mientras se consideraba a sí misma únicamente como capaz de ayudar al pueblo a organizarse y de servir casi de instrumento de la historia para su emancipación. «El pueblo lo es todo, la intelligentsia por sí sola no es nada». Y sólo cuando se fundirá con él y se disolverá en él, realizará efectivamente una misión histórica seria y fecunda. Esto era un artículo de fe para la intelligentsia revolucionaria de los años setenta. Pero a finales de esa década y a principios de la siguiente su actitud con respecto a la actividad autónoma revolucionaria del pueblo y su propia función histórica había cambiado radicalmente. El «pueblo» como factor revolucionario activo sólo desempeñará su papel en la escena histórica una vez que la intelligentsia haya llevado a cabo la revolución política. Y en vez de proceder a la divinización revolucionaria del pueblo, la intelligentsia empezó a deificarse a sí misma y a su propio partido intelectual como fuerza social que representaba directamente los intereses del pueblo y que estaba llamada históricamente a sustituir con su propia organización y con sus propias iniciativas heroicas su actividad autónoma organizada, al menos hasta la caída del absolutismo. Esa evolución, naturalmente, sólo se percibe en algunos aspectos en nuestras filas.³⁶¹

Con un acto de lucidez y de coraje que más tarde habría resultado impensable, Axelrod declara que también en el partido socialdemócrata se ha desarrollado un proceso análogo, aunque en un primer momento de un modo consciente: los primeros socialdemócratas rusos intentaban crear una organización en un momento en que el proletariado sólo podía desempeñar el papel de objeto de la influencia revolucionaria de la intelligentsia, pero

³⁶¹ Ibid., p. 506.

también sabían que debía tratarse de un breve período transitorio. El período transitorio se ha prolongado demasiado y el movimiento revolucionario de las masas lo demuestra. Se trata por tanto de pasar a una fase nueva de la organización de partido, luchando contra un proceso análogo al que Axelrod aludía con respecto al populismo. Pero en las filas del partido

ha empezado a difundirse y a enraizar la ilusión de su identidad con la organización proletaria de clase de los países de Occidente. Un patriotismo y un conservadurismo estrictamente organizativos han alcanzado un gran poder en la masa de la intelligentsia socialdemócrata, para la cual el mantenimiento de nuestra concreta organización de partido históricamente formada se ha convertido en una especie de fin autosuficiente, mientras la idealización del proletariado y de su futura organización política de clase ha sido sustituida por la autoidealización de nuestra intelligentsia de partido como portadora histórica de la conciencia y de la coherencia socialista, así como a la idealización de nuestro partido intelectual o semiintelectual como auténtico partido de clase, expresión directa de las masas obreras.³⁶²

No podía haber nada más antibolchevique en esta polémica que atacar lo que Axelrod llama «patriotismo de partido», y no es casual que la posición de Axelrod fuera ferozmente combatida. Axelrod termina con un veredicto aún más duro, tras el cual, sin embargo, no se ve cómo su mismo «congreso obrero» podía ser una vía de salida: si el partido no se esfuerza en estimular el espíritu de iniciativa y de autonomía de las masas,

nuestro partido se transformará de una organización que se desarrolla e intenta desarrollar la actividad de clase del proletariado en una fuerza conservadora que impedirá directamente el desarrollo político del proletariado y con su misma existencia frenará este desarrollo.³⁶³

³⁶² Ibid., p. 507.

³⁶³ Ibid., p. 517.

Por otra parte, la transformación del partido en «organización de clase de las masas obreras» no podrá ser el resultado inmediato del «congreso obrero», sino únicamente de «todo un proceso histórico en el que los sectores de vanguardia del proletariado deberán desempeñar el papel no de objeto sino de sujeto que trabaja conscientemente para unificar la propia clase en una fuerza política consciente».³⁶⁴

Naturalmente los defensores de la idea del «congreso obrero» no podían olvidar los soviets y la actitud que en un primer momento habían tomado los bolcheviques hacia ellos. Dice Martov:

Llegaron las jornadas de octubre. La huelga de Petersburgo planteó a las masas la pregunta: ¿qué hacer? Los mencheviques dieron una respuesta inmediata: elegir el soviets de diputados obreros. Para los mencheviques de toda Rusia esta posición era tan clara que tras Petersburgo se crearon soviets en más de treinta ciudades rusas. Vosotros sabéis perfectamente que al principio los bolcheviques combatieron a los soviets y luego siguieron a los mencheviques.³⁶⁵

Y en otra intervención repite, dirigiéndose a los bolcheviques:

¿Es que no iréis a los soviets hasta que os arrastren a ellos «vuestros» obreros, del mismo modo que os arrastraron contra vuestra voluntad al soviets de Petersburgo de diputados obreros después de larga resistencia por vuestra parte, acusándonos de querer destruir el partido con la organización y el apoyo a los soviets?³⁶⁶

También Dan, tras haber recordado la idea menchevique de «autogobierno revolucionario», advierte, dirigiéndose igualmente a los bolcheviques:

³⁶⁴ Ibid.

³⁶⁵ Ibid., p. 529.

³⁶⁶ Ibid., p. 552.

A la sombra de esta idea han nacido los soviets de diputados obreros. Vosotros habéis luchado contra la formación de soviets, pero se han convertido en una realidad y os habéis visto obligados de nuevo a dar marcha atrás. Habéis luchado contra el carácter apartidista de los soviets de diputados obreros, nos habéis exigido que jurásemos fidelidad al programa del partido y de nuevo habéis tenido que dar marcha atrás, y ahora las organizaciones obreras apartidistas están incluidas en vuestra resolución.³⁶⁷

Podemos terminar con estas palabras de Martov:

¿Acaso de los hechos que todos conocemos puede sacarse la conclusión de que las «organizaciones apartidistas» sólo son buenas en los momentos de «intervención directa», mientras en los intervalos entre estos momentos, tan frecuentes en nuestra revolución, debemos combatir esas tentativas organizativas? Esta es la opinión de los bolcheviques. Nosotros no opinamos así. Para nosotros resulta un mal inevitable el hecho de que en los períodos de «desarrollo orgánico» la clase se vea obligada por las condiciones de su existencia servil a «delegar» en su vanguardia la defensa de sus intereses políticos. Para nosotros el movimiento obrero no es una fuerza espontánea a la que nosotros, los revolucionarios, queramos únicamente «usar» para destruir el Estado feudal y conquistar la república (...). La forma que el partido asume en un momento determinado no puede ser nunca un fetiche para el socialdemócrata revolucionario.³⁶⁸

Dan observa, en su historia del período inicial y de formación del bolchevismo que, tras la victoria bolchevique en el Congreso de Londres, «el partido, oficialmente bolchevique por su línea política, se convirtió para los bolcheviques en un objeto de "uso" como cualquier otra institución política u obrera». Por eso

³⁶⁷ Ibid., p. 567.

³⁶⁸ Ibid., p. 531.

la política del bolchevismo se convirtió en «conspirativa» en dos direcciones: con respecto a los problemas de orden político general y con respecto al mismo partido: la actividad del «centro bolchevique», que encarnaba la idea de un círculo restringido de «revolucionarios de confianza», conspiraba cuidadosamente no sólo con respecto a la policía del Estado sino también con respecto al partido y a los miembros del Comité central, «bolchevique» por su orientación política. Era la culminación lógica de la línea de desarrollo político-organizativo iniciada por el *¿Qué hacer?* de Lenin. Pero era también la fuente del dominio absoluto de la inmediata «funcionalidad» en la elección de los medios de lucha que - junto a la dedicación ilimitada al propio colectivo fraccional, a la inagotable energía en la persecución de un objetivo propuesto, a la rigurosísima disciplina, a la sumisión incondicional a todas las directrices «de arriba» y junto a otras cualidades «dinámicas» desarrolladas en el bolchevismo por toda la historia de su origen y de su desarrollo--- se convirtió en parte constitutiva de la fisonomía político-psicológica del bolchevismo y se extendió desde éste a los círculos dirigentes del comunismo internacional.³⁶⁹

Esta novedad del bolchevismo, que claramente se manifestó en la política elaborada por Lenin en el curso de la revolución de 1905, se había formado sin duda en el terreno de la tradición del populismo revolucionario, como no dejaron de notar los marxistas rusos contemporáneos al nacimiento del bolchevismo, aunque al identificar al padre subvaloraron la originalidad del hijo. Pero en esta genealogía hay que remitirse a una generación anterior y recordar, como también hicieron los contemporáneos, la tradición jacobina (o blanquista, dado que en Rusia las dos líneas se fundieron en una). En vísperas de la revolución de 1905 Lenin acuñó su célebre fórmula: «El jacobino, indisolublemente ligado a la *organización* del proletariado que ha tomado conciencia de sus propios intereses de clase, es el

³⁶⁹ Ibid.. pp. 432-433.

socialdemócrata revolucionario»,³⁷⁰ fórmula positiva dirigida contra los «girondinos» mencheviques: «El girondino, que se muere de deseo por los profesores y los maestros, que teme la dictadura del proletariado, que suspira por el valor absoluto de las reivindicaciones democráticas, es el oportunista»,³⁷¹ fórmula negativa destinada a incluir en ella a mencheviques, «economicistas», revisionistas, liberal-demócratas, es decir, a todos los no-bolcheviques que no estuvieran directamente ligados a la reacción más recalcitrante. En su escrito clásico sobre la política de 1905, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Lenin insiste en la contraposición girondinos-jacobinos. «Los girondinos de la actual socialdemocracia rusa» son los mencheviques y los liberales que quieren «deshacerse de la autocracia de un modo elegante y reformista», mientras

los jacobinos de la actual socialdemocracia, los bolcheviques (...) quieren elevar con sus consignas a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana y en particular a los campesinos hasta el nivel del democratismo coherente del proletariado, que conserva plenamente sus peculiaridades de clase. Quieren que el pueblo, es decir el proletariado y los campesinos, se deshagan de la monarquía y de la aristocracia «a lo plebeyo», destruyendo despiadadamente a los enemigos de la libertad y aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer ninguna concesión a la maldita herencia de la servidumbre de la gleba, del atraso asiático, del ultraje del hombre.³⁷²

Naturalmente, precisa Lenin, la referencia a los jacobinos no significa que la socialdemocracia revolucionaria tenga que repetir su programa; se trata de una «comparación» que sirve para aclarar las dos «tácticas» (en realidad habría que decir las dos mentalidades) de la socialdemocracia rusa. Las referencias a los jacobinos las repetirá Lenin en 1917 y en general son frecuentes en sus escritos y

³⁷⁰ LENIN *Polnoe sobranie sochineni*, vol. 8, Moscú 1959, p. 370.

³⁷¹ *Ibid.*

³⁷² LENIN, *Polnoe sobranie sochineni*, vol. II cit., pp. 47.48

constituyen un sistema de ideas y un modelo de directrices que sintoniza con las referencias, no menos frecuentes e intrínsecas, al populismo revolucionario y que se integran armónicamente con ellas en la elaboración teórica y práctica de su política.³⁷³

En cuanto a Plejánov, para poner un ejemplo de «girondino»-menchevique, su admiración por los verdaderos jacobinos no era menor que la de Lenin, y en su temperamento había no poco de «jacobino».³⁷⁴ Pero su marxismo antipopulista le hacía creer que había «una regla, que no admite exclusiones, según la cual cuantas menos posibilidades tiene una clase o una capa social de defender su propio dominio, más inclinación manifiesta hacia las medidas terroristas».³⁷⁵ De ello se deduce que «la "gran revuelta" de la capa obrera, que es ya inminente en los países civilizados, no se distinguirá ciertamente por su crueldad». En realidad «el triunfo de la causa obrera está tan garantizado por la historia misma que no tendrá necesidad de recurrir al terror».³⁷⁶ Pero ¿y si el «triunfo de la causa obrera» no estuviera «garantizado por la historia»? ¿Y si la «gran revuelta» no tuviese lugar en los «países civilizados», es decir económicamente maduros, según el clásico modelo marxista, sino que se proyectara, en nombre de un nuevo marxismo populista, en un país al que no se puede llamar «incivilizado» pero que ha recorrido rápidamente la vía de la modernización económica con el agravante de una rígida y sofocante sobreestructura absolutista? El marxismo de Plejánov, que no era de hecho un marxismo «girondino», tenía que chocar entonces con el marxismo de Lenin, que era un marxismo populista con abundantes reminiscencias jacobinas. No era fatal que venciese el marxismo de Lenin, que para

³⁷³ Sobre el problema del jacobinismo en Rusia véase mi introducción a la edición italiana del *¿Qué hacer?* de Lenin cit., y *A un vecchio compagno* de Herzen.

³⁷⁴ Sobre el «jacobinismo» de Plejánov y sobre la polémica a este respecto inmediatamente después de la revolución bolchevique véase la nota de las pp. XL-XLI del citado prólogo al *¿Qué hacer?* Puede señalarse que el «jacobinismo» de Plejánov, a diferencia del de Lenin, fue sentimental e incoherente y, sobre todo, desarmado, es decir carente de una adecuada teoría y praxis de la organización del partido y del poder.

³⁷⁵ PLEJÁNOV, *Sochinenia*, vol. IV, Moscú 1923, p. 63.

³⁷⁶ *Ibid.*, p. 64.

triunfar necesitó una gran guerra, la guerra mundial. Pero una vez consolidado como nuevo poder estatal nacional, el leninismo maduro y llevado a la práctica en todos sus aspectos mostró claramente su diferencia radical con el modelo jacobino. A diferencia de la revolución francesa,³⁷⁷ la revolución bolchevique no tuvo un breve período de «terror», sino que mantuvo el «terrorismo» interno durante un período extraordinariamente largo, prácticamente aún abierto, y con dimensiones que no pueden compararse a las del terror jacobino. Pero la diferencia más profunda entre jacobinismo y leninismo es que éste se basa en una idea teórica y práctica de partido ideológico-político que ha constituido una novedad absoluta en la historia. La otra diferencia reside en la estructura de este partido, estructura adecuada para extenderse y reproducirse, con variantes, a nivel mundial, apoyada en una ideología de lucha y de poder, y en una jerarquía de funcionarios, sin precedentes en el socialismo. El mismo componente populista del leninismo estaba destinado a pasar a segundo plano y a adquirir un significado cada vez más genérico, mientras se afirmaba de un modo cada vez menos discutido y cada vez más puro la idea capital de la organización y del dominio riguroso de una sociedad de masas homogeneizada. El marxismo preleninista estaba destinado a convertirse en la aureola humanista y en el pedestal cientista (o el abstracto instrumento de contestación ideológico-política) de una ideología que no tan sólo los marxistas «ortodoxos» mencheviques habían conseguido ver en todas sus potencialidades e implicaciones. La misma función o «misión» de la clase obrera cambiaba con respecto a las tradicionales y fundamentales expectativas del socialismo, marxista incluido, y demostraba que podía transformarse de fuerza activa de

³⁷⁷ La comparación entre revolución rusa y revolución francesa es un lugar no menos común que la comparación entre leninismo y jacobinismo. Pero el hecho de ser «lugares comunes» no quita estos paralelismos su posible significado profundo, en mayor medida por cuanto estuvieron presentes en la conciencia de los mismos revolucionarios rusos, tanto antes de 1917 como se ha visto en la discusión sobre 1905, como después, como se ve en toda la polémica de los años veinte sobre el «termidor». En cuanto al paralelismo entre bolchevismo y jacobinismo nos remitimos al escrito de A. MATHIEZ, *Le bolchévisme et le Jacobinisme*, París 1920.

emancipación universal en instrumento pasivo de una nueva sociedad popular y total rígidamente administrada.

Con la revolución rusa de 1905-1907 el modelo leniniano de acción histórica alcanza un nuevo grado de madurez tras la rigurosa teoría del *¿Qué hacer?*³⁷⁸ A partir de entonces no habrá más que precisarlo, adaptarlo a las grandes ocasiones históricas y proyectarlo a nivel mundial con la teoría del imperialismo. Los mencheviques, a pesar de estar derrotados históricamente, tuvieron al menos la suficiente inteligencia marxista para comprender que algo nuevo (aunque para ellos representaba la vuelta de algo viejo) estaba sucediendo en la socialdemocracia rusa. En cambio, en esta ocasión esa lucidez no estuvo presente en Rosa Luxemburg, que «como una Virgen de Rafael que vuela por encima de las nubes de agradables fantasías», en palabras de Plejánov, descenderá a la tierra en 1917 con su crítica de las consecuencias de la revolución bolchevique, como había descendido también en 1904 con su crítica del concepto leniniano de partido. En cuanto a Lenin, autor de la mayor y más

³⁷⁸ Si, como suele decirse, la revolución de 1905 prefiguró las revoluciones de 1917 -de las que fue el «ensayo general», según la conocida expresión de Lenin (La Tercera Internacional y su papel en la historia, en *Polnoe Sobranie Sochineni*, vol. 38. Moscú 1963, p. 306)- no hay que olvidar, sin embargo, todas las diferencias radicales que distinguen aquellos acontecimientos a nivel interior e internacional. Baste recordar que la revolución bolchevique de octubre de 1917 no estaba dirigida contra la autocracia zarista, sino contra un débil gobierno nacido de una revolución popular, que había derrocado a la autocracia, y no se basó en un amplio frente unitario de fuerzas democráticas y socialistas, sino que se consolidó como dominio de una minoría sobre esas fuerzas, las cuales, por lo demás, fueron rápidamente eliminadas. También fue distinta la técnica de la revolución de octubre con respecto a la revolución de febrero de 1917 y a la revolución de 1905. De hecho no nació de un movimiento popular espontáneo generador de un articulado sistema de tendencias políticas, sino que tuvo lugar como un original «golpe de Estado», basado en una adhesión pasiva de amplias masas (sobre todo campesinas) disgregadas y exasperadas por la guerra. Todo esto, y otras circunstancias, debe ser tenido en cuenta para comprender la dinámica coherencia de las distintas posiciones asumidas en las dos situaciones revolucionarias (de 1905 y de 1917) por Lenin, por los mencheviques, por Kautsky, por Rosa Luxemburg y por otros hombres y partidos políticos socialistas, demócratas y liberales.

duradera innovación del marxismo, ¿hasta qué punto era consciente del viraje que estaba imprimiendo a la historia? Sus seguidores, y sobre todo el principal de ellos, en realizaciones y en poder, Stalin, sitúa la cuestión en la fórmula rectilínea del marxismo-leninismo, que desde hace tiempo se ha encarnado en un dominio material e ideológico capaz de impedir a muchas personas y durante mucho tiempo el ejercicio de una visión crítica de los problemas.

JUTTA SCHERRER

Bogdánov y Lenin: el bolchevismo en la encrucijada

Alexander Bogdánov (seudónimo de Alexander Alexandrovich Malinovski, 1873-1928) no es sólo una de las principales figuras del marxismo soviético. Durante cierto tiempo fue el más estrecho colaborador de Lenin, convirtiéndose además, en 1922, en el presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Para Zinoviev ha sido uno de los dirigentes bolcheviques con mayor influencia.³⁷⁹ Bogdánov consideró, desde un principio, su propia teoría de la sociedad y de la revolución como una alternativa al marxismo ortodoxo y, más tarde, basándose en las experiencias de la revolución de 1905, incluso como una alternativa al «leninismo», término éste utilizado por primera vez en sentido crítico, para indicar un estilo autoritario, por A. V. Lunacharski, en 1907, que por aquel entonces mantenía las mismas posiciones que Bogdánov. Cuando, en el verano de 1909, Lenin lo excluye de la fracción por «bolchevique de izquierdas», Bogdánov - a finales del mismo verano- funda el grupo literario Vperiod, que sobrevivirá en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR) hasta el verano de 1917, si bien, en lo que a él respecta, dejará de formar parte del mismo desde finales de 1911. Pocas semanas antes de la Revolución de Octubre, Bogdánov fundó el Proletkult (abreviatura de Cultura Proletaria). Con un número de adherentes que, a finales de 1920, se aproximaba al de los miembros del Partido Comunista (casi medio millón), la organización del Proletkut fue subordinada por Lenin al aparato estatal, el Narkompros, una vez retirado Bogdánov, definitivamente, de la vida política. Originariamente médico, después de 1921 se dedicó a investigaciones hematológicas y fundó, en Moscú, el primer instituto para transfusión de sangre, del que fue nombrado director en 1926. Murió en el curso de un experimento efectuado sobre su propia persona, interpretándose el hecho, por algunos, como un suicidio.

³⁷⁹ G. E. ZINOVIEV, *Geschichte der Kommunistischen Partei Russlands (Bolshewiki)*, Erlangen 1972, p. 155.

Junto a G. V. Plejánov, Bogdánov fue, con mucho, el escritor más conocido y más popular de la socialdemocracia rusa, como lo demuestran los altos tirajes y las diversas ediciones de sus obras. No obstante, las divergencias políticas y filosóficas, así como la rivalidad con Lenin, han rodeado su nombre, desde finales de los años veinte, de un silencio casi total. Su influencia sobre la *intelligentsia* socialdemócrata rusa e incluso, y especialmente, sobre el proletariado ruso, antes y después de 1917, ha sido hasta ahora tabú para la historiografía oficial del partido; hasta los trabajos occidentales sobre la socialdemocracia rusa, los bolcheviques y el leninismo, ignoran completamente su nombre. *Materialismo y empiriocriticismo*, que Lenin redactó en el exilio en 1908 y publicó en Rusia en 1909, se ha convertido en la principal fuente para juzgar a Bogdánov. Pero la condena filosófica con la que Lenin quiso deliberadamente preparar la expulsión de Bogdánov del grupo, no basta por sí misma para explicar el conflicto entre los dos portavoces del bolchevismo; tanto más cuando Bogdánov había sido ya anteriormente objeto de críticas filosóficas análogas, formuladas por los mencheviques L. I. Axelrod (Ortodox, 1904) A. M. Deborin (1907) y Plejánov (1901 y 1908), y *Materialismo y empiriocriticismo*, expresaba más bien el punto de vista personal de Lenin. Las divergencias entre Lenin y Bogdánov no solamente eran de naturaleza abstracta y teórica; perseguían objetivos prácticos y políticos distintos, y estaban directamente relacionadas con cuestiones tácticas referentes a las diversas corrientes del partido: «La oposición de los seguidores de Mach -ha observado Korsch- se había planteado incluso en el Comité Central del Partido Bolchevique».³⁸⁰ O en otras palabras, como escribe Haupt, «como sucede a menudo en la historia del socialismo, el enfrentamiento político fue también un profundo enfrentamiento ideológico».³⁸¹

³⁸⁰ K. KORSCH, *Zur Philosophie Lenins*, en A. PANNEKOEK, *Lenin als Philosoph*, Frankfurt-Viena 1969, p. 134.

³⁸¹ G. HAUPT y J. J. MARIE, *Les bolcheviks par eux-memes*, París 1969, p. 270 (trad. cast., *Los bolcheviques*, México. 1972).

1. Una amenaza de escisión entre los bolcheviques

La importancia de Bogdánov «para el desarrollo de nuestro partido y para el desarrollo de la teoría de la sociedad en Rusia, fue extraordinaria», escribió Bujarin en la nota necrológica publicada en «Pravda» en abril de 1928. Durante un período notable, fue uno de los «teóricos más eminentes del marxismo», el «hombre más culto de nuestra época», una generación entera «había vivido literalmente de sus obras», «muchos, muchos, muchos deben el inicio de su formación revolucionaria a él y únicamente a él».³⁸²

El compromiso político de Bogdánov estuvo ligado desde un principio y muy estrechamente a sus intereses literarios y pedagógicos. De la actividad de propaganda desarrollada en su juventud en Tula, en círculos obreros clandestinos, es fruto, en 1897, el *Kratki kurs ekononzicheskoi nauki* (Breve compendio de ciencia económica), el primer manual de economía política destinado a los obreros; hasta finales de los años veinte hubo sucesivas impresiones del libro, fue utilizado en las escuelas soviéticas del partido y es una de las pocas obras de Bogdánov traducida a otros idiomas. Asimismo, su siguiente obra, *Osnovnye elementy istoricheskogo vzgliada na prirodu* (Elementos fundamentales de una consideración histórica de la naturaleza, 1899), fue el resultado directo de la actividad didáctica desarrollada por Bogdánov en algunos círculos obreros. Después de haber pasado bastantes años en prisión y en el exilio, en Kaluga y en Vologda -un período extremadamente provechoso para su actividad como escritor-, se retiró a Suiza en 1904. Allí, Bogdánov -que en octubre de 1903 ya se había adherido al grupo bolchevique- se encontró por primera vez con Lenin. Éste, en 1898 (en la revista *Mir Bozhi*), había celebrado como un «notable acontecimiento en nuestra literatura económica» el *Breve compendio de ciencia económica*, subrayando y elogiando el hecho de que «el autor se mantiene en forma consecuente dentro de la concepción del materialismo histórico».³⁸³ En esos momentos, en Ginebra, Bogdánov se convierte en aliado de Lenin en la lucha contra los mencheviques. Ambos preparan la edición de un órgano del grupo bolchevique, que sale en

³⁸² N. BUJARIN, A. A. *Bogdanov*, en *Pravda*, 8 de abril 1928.

³⁸³ V. I. LENIN, *Obras completas*, Buenos Aires, 1969 y ss., volumen 4, p. 46.

Ginebra en enero de 1905 con el título de «Vperiod» (Adelante) y después «Proletari» (Proletario). Bogdánov había llevado a la redacción a algunos de sus amigos conocidos durante el exilio, tales como Lunacharski, V. A. Bazarov (Rudnesh), I. I. Skvortsov-Stepanov, a la sazón totalmente desconocidos por Lenin. El propio Bogdánov volvió a Rusia para utilizar sus numerosas relaciones y conseguir así la financiación de la revista. Estando todavía en Ginebra, fue elegido, junto con Lenin, M. N. Liadov, M. M. Litvinov y algunos otros, para el Biuro Komitetov Bolsinstva (Buró de los comités de la mayoría), un nuevo órgano que debía funcionar paralelamente al Comité Central del POSDR, en cierto modo como la cúspide del grupo bolchevique, poco después conocido como Centro bolchevique. En Rusia, Bogdánov preparó, pese a la oposición de los mencheviques, el III Congreso del partido, que se celebraría en Londres del 25 de abril al 20 de mayo de 1905.

Bogdánov fue elegido miembro del Comité central, junto con Lenin y L. B. Krasin; al mismo tiempo fue designado principal responsable del trabajo literario del Comité central en Rusia. En Petersburgo representó al Comité central en el primer Soviet de diputados obreros, y organizó con Krasin los grupos de lucha del Partido (grupos técnico-militares), los cuales participarían más tarde en las célebres expropiaciones bolcheviques en los Urales y en el Cáucaso, que sirvieron para volver a llenar las arcas del Partido. En octubre de 1905, Bogdánov fundó en Petersburgo, con Krasin, Rumianchev, Gorki, Bazarov, Lunacharski y Liadov, el primer diario bolchevique legal, la «Novaia Zhizn» (Vida Nueva). Por el simple hecho de estar en Rusia desde el principio de la revolución, Bogdánov estaba más familiarizado con el proceso revolucionario que Lenin, que volvió al país en noviembre de 1905. En aquella época Bogdánov era más conocido entre los obreros que Lenin, siendo incluso considerado, en 1905, el principal dirigente de los bolcheviques. Arrestado tras la disolución del Soviet de Petersburgo, en diciembre de 1905, es elegido, cuando todavía permanecía en prisión, miembro del Comité central en el IV Congreso del partido, celebrado en Estocolmo en abril de 1906. Puesto en libertad en el mes de mayo siguiente, vive con su mujer, con Lenin y Krúpskaia, en una casa de campo cerca de Kuokkala, en territorio finlandés próximo a la frontera rusa. Desde allí Bogdánov hace de intermediario entre el

Comité central y los diputados bolcheviques de la segunda Duma. En el V Congreso del partido, que tiene lugar en Londres en mayo de 1907, se distingue por sus intervenciones sobre problemas de organización y dirección, y, sobre todo, sobre cuestiones de propaganda literaria. A diferencia de Lenin, es elegido de nuevo para ingresar en el Comité central del Partido. Era, además, miembro del Centro bolchevique que constituía la dirección de «Proletari», y determinó en gran medida la táctica a seguir.

Este último punto resultó ser la manzana de la discordia. El distanciamiento de Lenin y Bogdánov tiene su origen en la valoración de la situación política de después de la disolución de la segunda Duma, en septiembre de 1907. La controversia versaba sobre la participación en las elecciones para la tercera Duma y sobre la utilización de la misma como tribuna para la propaganda socialdemócrata (ésta era la tesis de Lenin), o bien la concentración de las fuerzas para una nueva insurrección revolucionaria y el boicot a las elecciones para la Duma, expresión del régimen pseudoconstitucional, incapaz de ofrecer ninguna posibilidad de acción al bolchevismo revolucionario (tesis de Bogdánov). Esta última, como consecuencia de la discusión, fue la remitida a la cúspide de la fracción soviética, después que catorce de los quince delegados bolcheviques a la conferencia panrusa de agosto de 1907 se pronunciaran a su favor, mientras Lenin se ponía al lado de los mencheviques, que desde los inicios habían propuesto una táctica tendente a aprovechar las mínimas posibilidades legales existentes en Rusia.

La táctica del boicot, mantenida, además de por Bogdánov, por Lunacharski y por G. A. Alexinski, diputado bolchevique en la segunda Duma, tuvo gran éxito entre los obreros, que se abstuvieron en masa en las elecciones y siguieron el llamamiento de Bogdánov de prepararse para la insurrección armada. No obstante, una vez frustradas las esperanzas de un estallido inminente de la revolución, el boicot a las elecciones pareció haber perdido todo significado, aunque una conferencia regional de los bolcheviques, mantenida en Moscú en mayo de 1908, se expresaba en términos extremadamente críticos con respecto a la actividad desarrollada por los socialdemócratas en la Duma. Una parte de los delegados, entre ellos Stalinislav Volski, sostuvo la teoría de que los diputados eran inútiles

(en realidad, porque los integrantes del POSDR, en su mayoría, mencheviques) y solicitaron su retirada (en ruso otozvat retirarse ahí el término «otzovistas» para designar al grupo); otra parte, capitaneada por Bogdánov, Alexinski y V. L. Shantser (Marat), planteó que, por medio de un ultimatum: el Comité central exigiese a los diputados socialdemócratas de la Duma aceptar la disciplina de partidos y respetar incondicionalmente las decisiones del Comité central; de ahí el nombre de «ultimatistas».

Los otzovistas y los ultimatistas ejercieron una notable influencia, durante cierto tiempo, en las organizaciones del partido de Moscú, en el comité de Rusia central, en Petersburgo, en Odessa y en los Urales. A su peso político cabe añadir el hecho de que este grupo de ala izquierda de la fracción soviética -que comprendía a Bogdánov, Lunacharski, Krasin, Alexinski, Bazarov, y también Maxim Gorki (estrechamente ligado a ellos), así como Volski, Shantser, Liadov, los historiadores M. N. Rozhkov, V. A. Desnitski (Stróiev), D. Z. Manuilski, V. R. Menzhinski, y otros más- no representaba solamente el más notable potencial intelectual de los bolcheviques, sino que todos ellos mantenían una concepción del marxismo no ortodoxa, «antiautoritaria», como decían, preocupados por el desarrollo posterior del mismo, por una verdadera y particular renovación del marxismo, gracias, sobre todo, a la introducción de los últimos conocimientos de las ciencias naturales y de la filosofía de la ciencia; todos hubiesen querido integrar el marxismo en la gnoseología de los empiriocriticistas Ernst Mach y Richard Avenarius, que propugnaban la tesis de que el conocimiento se basa únicamente en la experiencia. Se trataba de ¿un nuevo aspecto del revisionismo? Ya lo había afirmado Mártoov en 1904, a propósito de Bogdánov. ¿Un revisionismo «de izquierdas» como reacción al revisionismo de «derechas» de los marxistas «legalistas» rusos? ¿Las tesis mantenidas por este grupo reflejaban, en general, la crisis del marxismo?, o ¿el *raskol*, la escisión, amenazaba en particular al bolchevismo? Los agentes de la Ojrana, casi siempre bien informados con relación a esta época hablan con la máxima naturalidad de una fracción de «leninistas» y otra de «bogdanovistas». Pero, ¿quiénes son los «verdaderos» bolcheviques? Plejánov declara sin ambages que el «bogdanovismo» es la filosofía bolchevique oficial, con la intención de demostrar que los bolcheviques son revisionistas no

sólo en el plano teórico, sino también en el filosófico. El término *bogdanovshchina*, de uso corriente en las polémicas de los años veinte, nace, en realidad, hacia 1908, en el enfrentamiento de Plejánov con Bogdánov y sus seguidores, los empiriocriticistas. El conflicto perdura en el interior de la fracción bolchevique durante todo el año 1908. Lenin concentra siempre los esfuerzos en la lucha contra Bogdánov, indiscutible dirigente de los «bolcheviques de izquierda». A fines de 1907 el Centro bolchevique envía a Bogdánov y a Krasin a Ginebra, en consideración a la posición ocupada por ellos en el comité de redacción de «Proletari»; en la primavera de 1908, Lenin los aleja de esta función. Poco después, Bogdánov y Krasin deben dejar de encargarse de los responsables de finanzas del Centro bolchevique; después de estas medidas, Lenin ya dispone de dinero propio para la fracción -presionado de nuevo, y no por última vez, por los mencheviques- y puede separarse de los compañeros comprometedores por su participación en las expropiaciones. Mientras trabaja en *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin escribe a un colaborador de «Proletari» (V. V. Vorovski) en julio de 1908: «Nuestra situación es difícil, se perfila una escisión de Bogdánov... Es inevitable un enfrentamiento en la próxima conferencia. La ruptura es muy probable. Yo me saldré de la fracción en cuanto domine la línea "de izquierda" y de auténtico "boicotismo"».

En junio de 1909 Lenin convoca en París una reunión de la redacción de «Proletari». Lenin añade, arbitrariamente, algunos miembros, y manifiesta que esa reunión es un congreso del Centro bolchevique, autorizado para deliberar; se toman decisiones sobre textos escritos previamente por el mismo Lenin, y que a su vez, refuerzan posteriormente la posición dirigente de Lenin en el interior de la fracción: Bogdánov es expulsado del grupo bolchevique; otzovismo, ultimatismo, liquidacionismo de izquierdas, la «construcción de Dios», la escuela del partido de Capri (en la réplica leniniana se han perdido todos los matices), son condenados como estériles tentativas políticas de «bolcheviques de izquierda», como «perversiones» del marxismo, «totalmente irreconciliables con las posiciones del bolchevismo, que aparece ahora a partir de la

reunión»³⁸⁴, como un nuevo centro ideológico y político, que se distancia de la fracción bolchevique.³⁸⁵

Materialismo y empiriocriticismo de Lenin, que sólo puede ser entendido teniendo en cuenta la situación política del momento en que fue escrito («el libro forma parte de un proceso», afirma Pannekoek),³⁸⁶ en los conflictos a que hacemos referencia no tuvo, prácticamente, ninguna función. La importancia de esta obra data de los años veinte, en especial del período que siguió a la muerte de Lenin, por su relación con la discusión sobre la toma de partido (*partijnost*) de la filosofía. En este sentido, la respuesta de Bogdánov al «panfleto puramente político» de Lenin escrita en 1910 (Pokrovski, 1926) y hasta ahora totalmente desconocida -con el título significativo de *Vera i Naulca* (Fe y Ciencia)- se limita a una dura crítica del método de Lenin, que consistió en atribuir a Bogdánov y a Mach ideas completamente diferentes de las que en realidad tenían, y a tomar posición, punto por punto, respecto a las singulares «acusaciones» de que había sido objeto.

Cabe preguntarse si las divergencias filosóficas entre Lenin y Bogdánov habían sido la causa fundamental del conflicto de 1909, o si, por el contrario, estas divergencias fueron utilizadas en este preciso momento contra Bogdánov por razones tácticas. Incluso cuando Lenin se hallaba redactando el polémico escrito, reconoció con franqueza que no estaba suficientemente capacitado en cuestiones filosóficas, mientras que conocía desde el principio, y según propia confesión, el punto de vista filosófico de su adversario. Como se desprende de una carta dirigida a Maxim Gorki, de 25 de febrero de 1908, Lenin leía todas las obras de Bogdánov en cuanto eran editadas, ya a finales de los años noventa, así como durante su exilio en Siberia; no sólo conocía el principal trabajo filosófico de Bogdánov, *El Empiriocriticismo*, una obra en tres volúmenes que vio la luz entre 1904 y 1906, sino que incluso la había analizado con

³⁸⁴ *Protokoly soveshchania rasshirennoi redakts i "Proletaria" Partizdat* 1934, p. 202.

³⁸⁵ *Ibid.*, p. 50.

³⁸⁶ PANNEKOEK, Lenin cit., p. 87. niega precisamente que Lenin en materialismo y empiriocriticismo haya sometido a Mach, Avenarius y Bogdánov a una crítica «marxista».

detenimiento y había comunicado sus críticas al propio Bogdánov. Pero, en tanto bolcheviques -explica a Gorki-, Bogdánov y él habían establecido, en el verano-otoño de 1904, el acuerdo tácito de excluir la filosofía en su relación, entendiéndola como «zona neutral», lo que les permitía «seguir conjuntamente, en la revolución, la táctica de la socialdemocracia revolucionaria [o sea, del bolchevismo] que, a mi parecer, ha sido la única justa».³⁸⁷ De ahora en adelante, la filosofía será considerada un hecho personal y privado, y sobre todo, será mantenida al margen de las publicaciones del grupo. Sin embargo, a pesar de esta afirmación, Lenin había exhortado a L. I. Axelrod, un fiel seguidor de Plejánov, a escribir una crítica sobre las ideas filosóficas de Bogdánov, que llegó a publicarse en las postrimerías de 1904, en «Iskra».

«Oportunista genial», como había sido siempre, según las palabras de Lunacharski, Lenin rompía su «bloque» con Bogdánov en el momento que éste se encontraba a la cabeza de una parte importante del grupo y se declaraba depositario y guardián del «verdadero» bolchevismo; cuando, para usar las palabras de Gorki, Bogdánov y los que compartían sus ideas -entre ellos el mismo Gorki- contraponían al «fatalismo histórico» de Lenin y Plejánov, la «filosofía de la acción».³⁸⁸ Sin embargo, deformando completamente el principio activista de la «filosofía de la lucha proletaria», defendido por Bogdánov y subrayado por Gorki, precisamente Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo (Observaciones críticas sobre una filosofía reaccionaria*, reza el subtítulo) había hecho creer que la posición filosófica de Bogdánov amenazaba fuertemente la voluntad revolucionaria de lucha de los marxistas rusos, la capacidad de acción política del partido.

Pero ¿cuáles son los rasgos peculiares de la «filosofía de la acción» de Bogdánov?, ¿contra qué «peligro» había tomado postura Lenin?, ¿qué significaba el bolchevismo, a nivel general, en ese momento histórico?, y ¿qué significaba el bolchevismo para Bogdánov? Sin lugar a dudas se puede decir que en esos momentos el bolchevismo

³⁸⁷ LENIN, *Polnoe sobranie sochineni*, Moscú 1964. vol. 47. página 142 (esta carta no aparece en la cuarta edición de las Obras completas de Lenin).

³⁸⁸ Carta de M. Gorki a K. P. Piatnitski, en V. I. LENIN y A M. GORKI, Pisma. Vospominania. Dokumenty, Moscú 1969, P. 48.

se hallaba en una encrucijada, y que las dos posibles direcciones estuvieron encarnadas, durante un corto pero importante espacio de tiempo, por las personalidades de Bogdánov y Lenin.

Así como podemos presuponer el conocimiento de la línea de Lenin, que finalmente resultó «vencedora», no podemos decir lo mismo de la teoría de la sociedad y de la revolución de Bogdánov, desacreditada por Lenin, quien la definió como una «caricatura del bolchevismo», y discriminada *a priori* por sus sucesores. En las páginas que siguen intentaremos, pues, analizar el programa político de Bogdánov, hasta ahora escasamente conocido, su concepción del bolchevismo, su visión de la futura sociedad socialista, el desarrollo de su diferenciación, en estos años de fuertes enfrentamientos, de la concepción leniniana del bolchevismo.

2. La «imagen del mundo» política

Poco después de su expulsión de la fracción, en un documento dirigido a los bolcheviques, Bogdánov afirmó que la acaecida «escisión del bolchevismo», era una fiel «repetición, hasta en los mínimos detalles, de la vieja historia de la escisión menchevique-bolchevique, al margen de las personas interesadas». La alianza de Lenin con Plejánov, el «parlamentarismo a toda costa», era un principio inequívocamente menchevique. En contraposición a esta nueva «fracción de centro», al «bolchevismo parlamentario del último "Proletari" y al menchevismo partidista de izquierda», los «bolcheviques de izquierda son, para Bogdánov, los únicos capaces de garantizar la continuidad del bolchevismo: dentro de la socialdemocracia son los que defienden la táctica revolucionaria en contra de la oportunista».

La táctica revolucionaria del bolchevismo, en las condiciones históricas de la reacción, en la época «intrarrevolucionaria», es definida por Bogdánov del siguiente modo: 1) refuerzo de la organización ilegal y conspirativa del partido, a pesar de todas las medidas represivas; 2) educación de las masas obreras en una conciencia de clase socialista (educación distinta a la difusión de consignas de orden democrático-revolucionario para la lucha cotidiana), a través de propaganda tanto legal como ilegal; 3)

creación de escuelas del partido, a fin de que los obreros estuvieran en condiciones de dirigir la lucha proletaria, en lugar de los intelectuales; 4) continuación de la lucha revolucionaria, por medio del estudio de los métodos de la rebelión armada y de la técnica militar, a través de grupos, escuelas e instructores adecuados, a fin de preparar la inminente revolución.

La «escisión del bolchevismo», de la cual Bogdánov había advertido a sus compañeros en julio de 1909, se llevó a cabo, incluso de manera formal, en los últimos días de ese mismo año. Sucedería realmente lo que Leo Johiches (Tyszka) había previsto irónicamente en una carta dirigida a Bogdánov, a finales de septiembre de 1908: no te extrañes -escribía- si el enfrentamiento entre bolcheviques, existente a todas luces en la redacción ampliada de «Proletaria», da lugar a una tercera escisión en el interior del partido, con un comité central propio, constituido por el «colectivo de lectores de la escuela obrera».³⁸⁹ Educadores y alumnos de la escuela de partido de Capri, creada en agosto de 1909 por los «bolcheviques de izquierda», a iniciativa de Bogdánov y Gorki, habían solicitado al Comité central del POSDR, su reconocimiento como *literaturnaia organizatsia*, con el nombre de Vperiod, petición que les fue oficialmente aceptada por el pleno de París de 1910.

La «plataforma» del grupo Vperiod, *La situación actual y las tareas del partido*, redactada sustancialmente por Bogdánov, manifiesta que sus principales objetivos son «la lucha por restablecer la unidad del bolchevismo» y la elaboración de las tareas de índole práctica de la socialdemocracia revolucionaria, sobre la base del bolchevismo «tal y como lo entendemos nosotros». El propio bolchevismo es definido como la «aplicación más rigurosa y consecuente del socialismo científico a la realidad *rusa*». La situación específica de Rusia -éste es también el punto de partida de numerosas discusiones teóricas de Bogdánov sobre el «marxismo ruso o bolchevismo»- aportó el principio de la *partijnost* (toma de partido). Pero ¿qué significa, concretamente, esto?

Sólo los principios organizativos del bolchevismo, exactamente la *partijnost* -se argumenta en la plataforma- podrían cambiar radicalmente la difícilísima situación del partido en Rusia: surgidos

³⁸⁹ *Protokoly soveschchania rasshirennoi redakts i "Proletaria" cit.*, p. 263.

por una serie de circunstancias aisladas, dispersas, que se reproducían en el artesanal y tradicional estilo de trabajo, los malos hábitos imperaban hasta el punto de imposibilitar, de momento, la concordia en el seno del partido, y, en un futuro, una auténtica unificación. Incluso cuando ya se había elaborado el programa del partido, los personajes más sobresalientes, sobre todo los intelectuales, no habían querido renunciar a la posición dirigente que desempeñaban en los círculos, los cuales funcionaban sobre todo en el extranjero. Sin embargo, la teoría bolchevique sobre la organización política es bien explícita: psicología de partido contra psicología de círculo; en nombre de la disciplina organizativa, el bolchevismo reclamaba que «los intereses de la causa se antepusieran a cualquier «autoridad», que se privilegiara la parte rusa del partido respecto a las organizaciones del exterior, que se llevase a cabo una subordinación a la dirección, y que la solución de los problemas de la vida de partido tuviese lugar en una amplia base organizativa y según los principios del centralismo democrático; reclamaba, en definitiva, la unificación de las diversas organizaciones nacionales, en una «unidad de acción de partido». Según los firmantes de la «plataforma», la resolución más importante del bolchevismo desde el punto de vista programático, organizativo y táctico, se encuentra en la definición de la pertenencia al partido: pertenece al partido, única y exclusivamente, la vanguardia del proletariado que se distingue por su conciencia revolucionaria, y no el movimiento espontáneo de las masas proletarias, como se puede leer en la definición del papel del proletariado y de su táctica formulada durante la revolución de 1905.

A partir de 1907 -constata la «plataforma»- fue desapareciendo, como consecuencia de la reacción y la represión policial, el centralismo democrático. Desde entonces, el bolchevismo sufriría una auténtica desmembración: los centros se desligaron completamente de las organizaciones locales; la lucha en el interior de la organización paralizó la labor de partido en pro de la lucha proletaria. A fin de poner remedio a esta situación, el grupo Vperiod propone que se construya desde la base - es decir, en las organizaciones locales- la acción de agitación y propaganda bolchevique, en esos momentos casi inexistente. Aquí, al igual que en el documento de Bogdánov, el bolchevismo es definido como la

continuación de la lucha revolucionaria en el momento presente, y como prevención contra el parlamentarismo oportunista. Hasta que las organizaciones locales no funcionen, es ilusorio pensar en poder utilizar la tribuna de la Duma como medio de propaganda eficaz. Sin embargo -sometiéndose a la disciplina de partido- la «plataforma» no propone que los diputados socialdemócratas se retiren de la Duma: «Hasta que el partido no cambie legalmente las decisiones relativas a la tercera Duma, todas las organizaciones, todos los miembros del partido, están obligados a apoyar, con cualquier medio que esté a su alcance, la labor del grupo parlamentario». No obstante, «cualquier miembro del partido tiene derecho a juzgar los resultados y el valor del trabajo desarrollado en la Duma». En este sentido, los autores de la «plataforma» consideran el «otzovismo» como «una de las diversas matizaciones del ala revolucionaria del partido», y sostienen que, en la misma diversidad de matices, continúa inalterable la unidad en los *principios*, testimonio de la vitalidad y autenticidad del bolchevismo.

Los puntos del programa elaborado por la «plataforma» relativos a propaganda y agitación, permiten reconocer fácilmente el ideario de Bogdánov sobre la educación socialista del proletariado ruso: son ideas que están, desde el principio, en la base de su compromiso político, que le ha movido a organizar las escuelas de partido de Capri y Bolonia, y que sentarán las bases, como veremos, de su teoría de la sociedad y de la «cultura proletaria».

La lectura leniniana de la «plataforma» es muy característica:³⁹⁰ el análisis de la «actual situación histórica de nuestro país» (análisis al que el mismo Lenin no niega, en general, una cierta fidelidad a la postura mantenida por los bolcheviques en las deliberaciones de la conferencia de 1908), es una «caricatura de revolucionarismo», ya que, a través de «argumentos bolcheviques correctos» si son considerados en particular, condena la utilización de la Duma como tribuna propagandística, es decir, no tiene en cuenta la «originalidad» del período de transición a la «nueva revolución». En otras palabras, Lenin ve exclusivamente en la «plataforma» un manifiesto de los «otzovistas», y para él los otzovistas son los que no tienen en cuenta la «peculiaridad del momento actual», con la

³⁹⁰ LENIN, *Obras completas*, vol. 16, p. 183.

táctica que se limita a considerar única y exclusivamente el levantamiento revolucionario. Y, si esta táctica corresponde a los principios bolcheviques durante la revolución, ahora ya no resulta válida, dado que ha cambiado la situación política y económica de Rusia. Así pues, Lenin no discute, en lo referente a los principios, los fundamentos bolcheviques de los otzovistas, y así se comprende que adopte un concepto como el de «bolchevismo de izquierda». Aun durante cierto tiempo, después de publicado *Materialismo y empiriocriticismo*, su autor no excluye completamente la posibilidad de que Bogdánov y su grupo se atengan a los principios organizativos bolcheviques.

El texto de Lenin sobre la «plataforma» y, también de forma sustancial, los distintos artículos sobre el grupo Vperiod, escritos en los mismos meses, son una prueba evidente de que su polémica con Bogdánov versaba, en primerísima instancia, sobre problemas tácticos y de dirección política, sobre los métodos de la lucha política para la «nueva revolución», sobre el «análisis marxista del momento», esto es, sobre la táctica a adoptar en el período de «entre revoluciones». Para Lenin el grupo Vperiod está constituido por otzovistas. Pero el otzovismo es una retirada del «bolchevismo ortodoxo» y por eso debe combatirse sin ambages. La lucha contra la desviación filosófica del «marxismo ortodoxo» se mantiene en un segundo plano. No obstante, demostrar que Bogdánov no es ya un marxista en el terreno filosófico, adquiere una importancia fundamental cuando Lenin, para confirmar cierta táctica, se remite al análisis marxista de la situación del momento, un análisis que Bogdánov es incapaz de abordar precisamente porque es un seguir del «idealismo filosófico». En la polémica de Lenin con Bogdánov, la expresión «bolchevismo de izquierda» todavía aparente en 1914 (se habla de un grupo bolchevique de izquierda en el Cáucaso), y Lenin contrapone al mismo el verdadero «bolchevismo marxista», al que incluso alguna vez denomina «bolchevismo antivperiodista».

En el comentario leniniano de la «plataforma», ni siquiera hay un esbozo de examen crítico de las propuestas concretas de Bogdánov para construir una organización de propaganda y agitación en Rusia, para la educación socialista de los obreros, a fin de formar dirigentes obreros que sustituyan a los intelectuales; en suma, de las propuestas de «renovación del partido» que planteaba Bogdánov, que

constituyen la idea central de la «plataforma». Después de todo, los «escritores y teóricos de nuestro partido» que habían formado el grupo Vperiod por iniciativa de Bogdánov, consideraban que su función era la de «crear una nueva literatura de propaganda popular, que desarrollara completa e íntegramente la concepción socialista científica del mundo, en sus relaciones con la realidad rusa». Aunque dedica algunas breves frases a la «cultura proletaria», no puede hablarse de una discusión teórica o de contenidos, sino más bien de una postura táctica con el fin de alejar a Gorki, principal exponente del «arte proletario», de la ideología de la «cultura proletaria» - según Lenin, un «nuevo seudónimo del machismo» (Mach)- y atraerlo a la fracción de Lenin. Lo mismo puede decirse de algunos artículos y cartas que Lenin escribe más tarde, en 1944, sobre el grupo Vperiod, donde para justificar la exclusión de Bogdánov de «Pravda», polemiza contra la «filosofía proletaria de Mach». *Materialismo y empiriocriticismo* es la única obra de Lenin en la que la discusión teórica se antepone a los intereses tácticos inmediatos.

No obstante, ¿cómo se configura, concretamente, el programa de Bogdánov de agitación y propaganda, un programa que postula la realización del objetivo proletario fundamental: la difusión de las ideas y los ideales socialistas? ¿Y por qué Lenin, en sus respuestas, no entró en el fondo del asunto de esa iniciativa del grupo Vperiod, así como evitó discutir la opinión de que este grupo representaba como «literaturnaia gruppá», una de las «diversas corrientes ideológicas» que necesariamente deben existir en un partido fuerte y vivo?

3. Agitación y propaganda

El problema de la relación del partido con la Duma –debates sobre el boicot, otzovismo y ultimatismo-, propició la ocasión para la demanda bogdanoviana de un «aparato de agitación y propaganda sólido y activo». dicho programa organizativo, aparentemente concebido sin tener en cuenta la táctica conspirativa afirmada en otras ocasiones, entra en los mínimos detalles y hace de la «plataforma» un importante documento político. Después de *¿Qué hacer?* de Lenin, es el primer texto bolchevique que afronta los

problemas de la agitación y propaganda política de una manera orgánica y pormenorizada.

La «plataforma» no negaba, por principio, que la Duma pudiera ser utilizada positivamente para la propaganda socialdemócrata. Pero, a sus ojos, era inaceptable que los diputados socialdemócratas no se sintieran responsables ante las organizaciones locales del partido, ni ante el Comité central, o al menos -dado que en los últimos tiempos el Comité central no se había reunido regularmente- ante el «Proletari» (el Centro bolchevique), y que asimismo no mantuviesen ningún lazo con estas organizaciones. El total aislamiento de los diputados de la Duma con respecto a las organizaciones obreras -como había escrito Bogdánov en el mismo «Proletari», en el verano de 1908- hacía temer que la actividad de los socialdemócratas en la Duma llevase a los obreros a una actitud decididamente antiparlamentaria. La «plataforma» subraya que no se preconiza ninguna forma de antiparlamentarismo. Frente al antagonismo entre parlamentarismo y sindicalismo revolucionario o anarquista, que caracteriza a la socialdemocracia internacional, ambas posturas son consideradas como extremistas por la «plataforma». La voluntad general del partido es la que debe decidir lo que corresponde, en cada caso, a los intereses de clase. Los miembros del grupo Vperiod no tenían ninguna duda respecto a la valoración e interpretación de las tareas de clase, ni sobre la voluntad del partido. Sus propuestas en relación con la organización de la agitación y propaganda, se referían exclusivamente al «trabajo organizativo dentro del partido», es decir, a la organización en la ilegalidad; por otro lado, no se pronunciaron nunca sobre la cuestión de cómo utilizar adecuadamente, en otras condiciones políticas, la tribuna de la Duma para la propaganda socialdemócrata.

La situación del propio partido es otra razón que explica el esfuerzo de Bogdánov por conseguir una robusta red de agitación y propaganda: por una parte «se consideran socialdemócratas individuos que no se interesan por la vida del partido», que no desarrollan ninguna actividad para el mismo, que, además, son miembros únicamente nominales y ni siquiera abonan las cuotas; por otra, después de la revolución, los intelectuales abandonaron en masa el partido, lo que significó que las funciones hasta entonces desarrolladas casi exclusivamente por ellos, ahora deberían ser

asumidas por los propios obreros: por ejemplo, la redacción de revistas y panfletos políticos, la organización de los núcleos de agitación y propaganda, y, en definitiva, la misma dirección del partido.

Partiendo de estas premisas, la «plataforma» del grupo Vperiod prevé dos tipos de agitación y propaganda: el primero, encaminado a la preparación específica de los obreros destinados a llevar a cabo tareas de partido, a formar cuadros (el concepto de «cuadro» resulta muy ambiguo); el segundo, dirigido a la movilización de las masas obreras, educándolas en la conciencia revolucionaria y socialista. En síntesis, este modelo de agitación y propaganda que remite al centralismo democrático, el cual es concebido como la fórmula organizativa básica del bolchevismo, se articula como sigue. Una escuela de perfeccionamiento, que prepare a los obreros para que desarrollen una actividad organizativa y de agitación responsable y consciente, que debe partir del principio de que, en el momento de una nueva insurrección revolucionaria, el proletariado tendrá que disponer de dirigentes salidos de sus propias filas, y que dichos dirigentes proletarios deberán estar completamente familiarizados con las premisas del socialismo científico. Para lograr este fin es necesario un tipo de propaganda socialista nuevo respecto al pasado. La situación de ilegalidad y conspiración permite que en el futuro haya un único tipo de «círculo de propaganda», que coincidirá con la organización local. En dicha escuela, los obreros activos del partido, familiarizados con el programa del mismo y que poseen conocimientos básicos de economía política, siguen un curso de perfeccionamiento de tres o cuatro meses de duración, basado en la comunicación de las ideas fundamentales del socialismo científico, en una visión general del movimiento obrero y de su organización, en la atención a los problemas del campo y a las actuales tareas del partido. La dirección de estos círculos de propaganda -aquí es donde más se acusa la carencia de intelectuales- debe ser confiada a propagandistas preparados en otros círculos creados a este fin. Los mencionados círculos para propagandistas estarán dirigidos, a su vez, por personas que hayan frecuentado las escuelas superiores del partido. Los propagandistas se especializarán, así, en los diferentes frentes de trabajo del partido: preparación de agitadores de las fábricas, sindicalistas, agitadores para el campo y redactores de

periódicos locales. Los mejores alumnos de estas escuelas de propaganda son destinados a las escuelas del partido, las cuales no imparten una enseñanza específica, sino que se preparan para llevar a cabo funciones de dirección. Antes de redactar definitivamente el programa de propaganda, los centros regionales deben consultar a las organizaciones locales, a fin de conocer su parecer sobre el tipo de propaganda adecuada en cada ocasión, las expectativas específicas que los obreros plantean a los agitadores, etc. Una vez publicados los resultados de estas consultas, se convocarán conferencias regionales de propagandistas y agitadores, que fijarán los programas y determinarán las formas de organización del aparato propagandístico. Finalmente, el Comité central y la conferencia general del partido, con la colaboración de las escuelas y la prensa del propio partido, efectuarán un balance de los proyectos y programas elaborados.

Al igual que los obreros deben perfeccionarse políticamente en la ilegalidad, el trabajo de propaganda entre las masas obreras debe tener en cuenta el carácter conspirativo de la organización; por consiguiente, deberá llevarse a cabo, preferentemente, de forma escrita. El periódico ilegal local se convertirá en el principal instrumento de la agitación socialdemócrata entre las masas, y las organizaciones locales deberán intentar publicar periódicos populares de este tipo. Las redacciones dispondrán de grupos de redactores constituidos por obreros socialdemócratas, que recojan las informaciones y testimonios sobre la situación e intereses específicos de los obreros en las diversas regiones de Rusia. La prensa de partido local se encontrará con dificultades obvias; por esta razón deberá estar apoyada, sobre todo, por los centros del partido, que a su vez crearán un periódico popular que recoja materiales de actualidad, estadísticas, artículos de fondo sobre los principales temas de la teoría y praxis socialdemócrata, crónica del movimiento obrero internacional, pero también literatura amena; en suma, un conjunto de informaciones a las que puedan recurrir directamente las publicaciones locales. Análogamente, las direcciones regionales crearán agencias de información «literarias», que utilizarán, sobre todo, las bibliotecas universitarias y públicas, estando así en condiciones de poner inmediatamente a disposición de las redacciones de los periódicos obreros locales las informaciones e

investigaciones necesarias. Los periódicos obreros deben ser enviados, apenas publicados, a los centros del partido y al Comité central, con objeto de que éstos puedan intervenir en el aspecto teórico y práctico. Donde no exista la posibilidad de crear un periódico, se publicarán panfletos y folletos que hagan referencia a las necesidades económicas, políticas y culturales de las masas proletarias.

La distribución entre los obreros de cuestionarios y encuestas, los cuales no deben referirse exclusivamente a los intereses económicos y políticos inmediatos de los trabajadores (no es menos importante conocer la «vida cotidiana y civil» del proletariado) se considera uno de los mejores medios para garantizar la atención de las masas a la agitación. Otras cuestiones se refieren a determinados problemas de actualidad en el orden táctico por ejemplo, el paro y la manera de combatirlo, la intensificación de la actividad sindical, los seguros obreros, la relación con las cooperativas, etc. La idea principal de este método es precisamente el uso de los cuestionarios, con objeto de conocer directamente la opinión de los miembros de las masas obreras y atenerse a sus consejos, creando así, sobre esta base, una literatura de propaganda.

La «plataforma» prevé también formas específicas de agitación y propaganda para el proletariado rural, el ejército y los sindicatos, así como para las distintas instituciones legales (por lo demás, ésta es la única y breve alusión de la «plataforma» a la utilización de las posibilidades legales), cooperativas, clubs, universidades populares, bibliotecas, etc. Pero la «plataforma» insiste, de forma especial, en el punto de que la agitación y la propaganda comprenden también la divulgación de las experiencias de la insurrección armada y de la lucha de partido. La opinión mantenida por la socialdemocracia de la Europa occidental, en el sentido de que las masas obreras no están en condiciones de organizar una insurrección armada contra el ejército regular, debe rechazarse. Las organizaciones locales del partido crearán «escuelas de instrucción para el estudio especializado y práctico de la técnica de combate», instancia sobre la que Bogdánov hace hincapié no sólo en la «plataforma», sino también en todos los escritos políticos de la misma época, a fin de que el proletariado esté preparado para la inminente lucha revolucionaria, y mejorar, así, la experiencia de 1905. Hemos expuesto estas ideas sobre agitación y

propaganda de forma tan detallada, debido a que la «plataforma» nunca fue reimpresa y aún hoy es un texto casi inaccesible. Basándose en estas ideas, el grupo Vperiod anuncia la publicación de folletos de divulgación así como de un periódico proletario en cuanto fuera posible, con la finalidad «desarrollar forma íntegra y total la concepción socialista y científica del mundo en relación con la realidad rusa». Efectivamente poco tiempo después las ideas del grupo cristalizarán en la «serie popular» Vperiod, editada de forma irregular y más tarde bajo el título de *Natemu dnia* (Sobre el tema del día) y con el lema «Servir seriamente la causa de la renovación del partido».

La descripción de los métodos ilegales de agitación y propaganda que el grupo Vperiod presentó a los compañeros de partido en su «plataforma» con una franqueza poco usual en esos años de represión, no constituye únicamente su justificación, su razón de ser como organización «literaria» en el seno de un partido acusado de despreocuparse, en los últimos tiempos, de editar textos propagandísticos. La «plataforma» entiende su función de «creatividad cultural» como garantía de respeto a los principios organizativos del bolchevismo, basados en el centralismo democrático, así como a los principios del ala «revolucionaria de nuestro partido». En este sentido, en uno de los últimos puntos se vuelve a insistir en la necesidad de un «partido ilegal, cerrado, no muy numeroso, pero formado por miembros activos», cuya continuidad garantizan los escritores y teóricos del grupo Vperiod.

Como ya se ha comentado, Lenin nunca examinó con detalle la convicción del grupo Vperiod de representar una garantía del bolchevismo en el interior del partido. Esto es válido incluso para su crítica a los dirigentes del partido, prisioneros de la mentalidad de *intelligentsia*, crítica que Lenin reduce a apenas una frase y en una sola ocasión. Sin embargo, este último punto adquiere la máxima importancia en la ideología del grupo Vperiod, y se sitúa en la base de las principales reivindicaciones expuestas en la plataforma: preparar al proletariado ruso para distinguir su propio movimiento, desde el punto de vista organizativo, táctico e ideológico, y sentar así las bases de una renovación del partido.

En otras ocasiones, en varios escritos fechados en aquellos años del conflicto directo con Lenin, e inconcluso más tarde, en 1918,

Bogdánov cita -y hasta cambia- un párrafo de la «plataforma» en que se somete a severo juicio a los dirigentes del partido y, sobre todo, a Lenin, aunque este último no sea nombrado: el individualismo y el comportamiento autoritario, la ambición y el culto a la personalidad, el rechazo de la disciplina de grupo y de la crítica de los camaradas, y vanidad y el egoísmo de estos dirigentes, de la *intelligentsia* del partido, hacen infinitamente más difícil la lucha ideológica y malgastan las fuerzas de la organización en numerosos conflictos internos, y por eso mismo estériles. Además, todo esto ha generado, en los que trabajan para el partido, la mala costumbre de creer ciegamente en la autoridad, de no poner nunca en cuestión las opiniones de los dirigentes más destacados. Una crítica pormenorizada de los dirigentes -continúa Bogdánov-, no cambiaría nada de forma sustancial: en realidad se trata de un modo de comportamiento profundamente arraigado en el viejo mundo burgués y pequeñoburgués, de donde provienen los intelectuales «socialistas». La contradicción entre la patente influencia de la cultura burguesa institucional y el ideal socialista, la lucha de clases, puede ser superada únicamente si *hic et nunc*, en las condiciones del capitalismo, se contraponen a la cultura burguesa una nueva cultura proletaria, arraigada y difundida entre las masas, que se base en el principio de la «solidaridad auténtica en el mundo proletario». Según Bogdánov, sólo una «educación socialista completa» puede cambiar radicalmente y renovar la organización del partido.

En este momento las exigencias expuestas programáticamente por la «plataforma» -el desarrollo y actividad autónoma de los trabajadores, su independencia de los dirigentes reclutados en la *intelligentsia*- habían sido puestos en práctica en Capri (agosto-diciembre 1909) y en Bolonia (noviembre 1910- marzo 1911). Más claramente que la «plataforma», las «escuelas superiores socialdemócratas de agitación» demuestran que para los bolcheviques de izquierda, la agitación y la propaganda -que bajo la formación de ejercicios prácticos, constituían una parte notable el programa de estudio- no implicaban solo la formación de «cuadros permanentes de extracción obrera»,³⁹¹ o sea de una *intelligentsia* de

³⁹¹ *Otchet pervoi vysshei sotsial demokraticheskoi propagandistiko-ahitatorskoi shkoly dlia rabochij*, París 1910, p. 1.

partido reclutada entre los obreros. El «nuevo y superior tipo de propaganda de partido» se propone, inequívocamente, crear una *intelligentsia* obrera: «El proletariado, en cuanto clase social, debe contar con una *intelligentsia* propia, que trabaje entre las filas del proletariado por la destrucción del capitalismo» afirma el único de los fundadores de la escuela del partido de Capri que era de origen proletario, el «filósofo obrero» Mijail «seudónimo de N. E. Vilonov), muy influido por Bogdánov. Pero, ¿qué significa «*intelligentsia* obrera»? ¿Se identifica realmente con «los dirigentes obreros» del partido? Y ¿en qué consiste, en definitiva, la «renovación del partido» postulada por el grupo Vperiod?

La respuesta a esta pregunta está íntimamente ligada a la concepción bogdanoviana de la «cultura proletaria». Si bien fue desarrollada por primera vez en forma programática en la «plataforma» del grupo, como prefiguración de la futura sociedad socialista, ya se halla indicada en algunos textos escritos por Bogdánov antes de la revolución de 1905, especialmente en los ensayos publicados en 1904 en el «Pravda» moscovita, bajo el significativo título de *Novi niir* (El nuevo mundo). La «cultura proletaria», como estrategia revolucionaria de los «bolcheviques de izquierda», se convirtió en la ideología dominante de las escuelas del partido, en las que Bogdánov ve el germen de las «universidades obreras», y que en última instancia progresaron mucho más de lo previsto en un principio (la formación de futuros cuadros obreros). En el conflicto entre Lenin y Bogdanov, estas escuelas jugaron un papel de primer orden. Efectivamente, los «alumnos obreros» que asistían a ella y obtenían buenos resultados, debían regresar a Rusia y desarrollar actividades de agitación y propaganda en los nuevos círculos de propaganda de los que ya se hablaba en la «plataforma», es decir, difundir la teoría bogdanoviana de la sociedad y de la revolución, en la actividad de las escuelas del partido -que para él significaban, ante todo, divulgación del otzovismo-, al igual que en la actividad del grupo Vperiod en general, Lenin detectó enseguida un grave peligro, incluso antes de que entraran en funcionamiento, e intentó, por todos los medios, controlar las escuelas, atraerse a los alumnos, etc. En realidad, la escuela del partido, que la historiografía soviética denomina «leniniana», y que Lenin organizó en el verano de 1911 en Longjumeau, un suburbio de París, no es sino una réplica a

las escuelas del partido de la «izquierda bolchevique». Efectivamente, Lenin mantenía -según sus criterios de agitación y propaganda- que en aquel momento la posibilidad legal de la formación de cuadros estaba más asegurada a través de la tribuna de la Duma, que por las escuelas del partido, las cuales le parecían prácticamente irrealizables fuera de Rusia y en las penosas condiciones de la emigración.³⁹²

4. «Cultura proletaria»

Si bien la escuela de Capri «tiene como primer objetivo la profundización de clase de la propaganda socialdemócrata» -como se lee en el resumen escrito para su aprobación por el partido- y se define como «un nuevo instrumento para la educación de clase del proletariado», sin embargo, por propia iniciativa, no se propone tanto el formar «políticos de la revolución», o sea revolucionarios profesionales en el sentido leninista, cuanto, más bien, «socialistas responsables, que estén en condiciones de analizar los problemas presentes desde un punto de vista de clase». Esto lo indica con mayor claridad otro documento, que nació directamente de las actividades de la escuela de Capri y que fue publicado a principios de 1910 en París en las ediciones del grupo Vperiod con el título *Ko vsem tovarzhcham* (A todos los camaradas). Bogdánov hace notar en este texto que la organización de una propaganda socialista profunda no era del agrado de un grupúsculo de dirigentes provenientes de la *intelligentsia*, el «Centro bolchevique». Estos *partznye intellzgenty* consideran la dirección del partido como un monopolio; creen que se derrocharían inútilmente las energías del partido si fuesen empleadas para formar dirigentes de origen obrero. «Este miedo a la "competencia" de fuerzas frescas y vigorosas, de las fuerzas del proletariado mismo (...) no tiene nada en común con el bolchevismo»: Es algo en insuperable contradicción con la naturaleza misma del bolchevismo.³⁹³

³⁹² LENIN, Obras cit., vol. 17, p. 155.

³⁹³ MAXIMOV (A. BOGDÁNOV), Ne nado zatemniat, en *Ko vsem tovarishcham*, París 1910, pp. 4 ss.

En el mismo artículo, Bogdánov enumera las condiciones indispensables para la formación de trabajadores socialistas conscientes y capaces de dirigir un movimiento de masas; ante todo es necesaria la creación de una nueva literatura propagandística y la fundación de universidades obreras del partido. «El bolchevismo - afirma Bogdánov- no es un simple fenómeno político, sino que además es un movimiento socio-cultural», y la hegemonía política del proletariado sobre la burguesía es inconcebible sin su hegemonía cultural global.

Un presupuesto implícito del bolchevismo es, por lo tanto, la idea de la creación inmediata, en el ámbito de la sociedad actual, de una gran cultura proletaria más fuerte y armónica que la cultura de las clases burguesas que se están debilitando, infinitamente más libre y creativa.

Quienes no reconocen esta directa conexión entre la política, la ciencia, la filosofía y la literatura, en otras palabras el papel de la «cultura proletaria», no son para Bogdánov, bolcheviques auténticos. A su parecer, el auténtico bolchevismo ha sido traicionado por los círculos existentes en el extranjero, en primer lugar por el Centro bolchevique, por las «personas políticamente enfermas», y vive exclusivamente «en un movimiento proletario firme y sano», cuyo poder se expresa en la capacidad organizativa del proletariado, mientras que el Centro bolchevique realiza una actividad escisionista. El único bolchevismo auténtico, el concepto verdaderamente revolucionario de los objetivos e ideales del proletariado coincide, según Bogdánov, con su emancipación política, cultural y social en nombre del «ideal socialista».

Bogdánov cree que se debe tender hacia este grandioso futuro del proletariado en nombre del «viejo bolchevismo». «Con los jefes, si quieren, sin ellos, si no quieren, contra ellos, si se oponen». La liberación de los trabajadores debe ser una tarea del partido. «Nuestra causa es la del colectivo, no la de determinadas personalidades», así concluye el artículo, que se puede considerar como el manifiesto de su «filosofía de la lucha proletaria» o «filosofía del colectivismo» según la expresión utilizada por el mismo Bogdánov y por quienes asumen sus ideas.

La concepción bogdanovista de la energía organizativa del colectivo o del proletariado tiende a formar dirigentes del movimiento proletario, para comunicar a las masas la conciencia socialista. Exactamente con este objetivo se ha de entender el uso del concepto de «*intelligentsia* obrera». En el artículo *Kulturnye zadachi nashego vremeni* (Tareas culturales de nuestro tiempo) -un texto nacido a partir de las lecciones dadas en la escuela del partido de Capri y que originariamente llevaba el significativo título de *Tareas culturales del proletariado* cambiado a causa de la censura- Bogdánov habla de la «*novaia intelligentsia*» que «surge de las mismas filas del proletariado» que se identifica con el mismo proletariado «cultivado» en sentido ético, artístico y científico. Esta «nueva *intelligentsia*» está totalmente compenetrada con las «experiencias globales del proletariado» y por lo tanto no podrá separarse de él jamás. Sólo ella «puede dar al trabajo la coherencia necesaria, la integridad y la unidad interna de la psicología de clase, limpia y siempre fiel a sí misma».³⁹⁴

A partir de las experiencias de la revolución de 1905, Bogdánov sacó la conclusión de que la revolución socialista sólo será posible si los trabajadores han sido educados anteriormente en la conciencia socialista. Esto era evidente puesto que «en el trabajo económico cotidiano y en la política particular se esconde el peligro de una pérdida de perspectiva y un desviacionismo de los ideales revolucionarios hacia los compromisos y un practicismo superficial».³⁹⁵ El hecho de que este concepto de la formación de la conciencia, de la educación en su sentido más amplio, comprenda a toda la especie humana y la praxis política, está fuera de duda. La «cultura proletaria» es, en cierta medida, la teoría -si no la ideología- de esta educación orientada a la sociedad futura, incluso a la humanidad futura en general; además y en su origen tiene un significado mucho más amplio y profundo que la mera enseñanza de la literatura y el arte a las masas proletarias, o la promoción de poetas-obreros, artistas-obreros, etc. Si bien es éste el significado que, después del 1917, se atribuye siempre a aquel concepto, restringe y mutila sustancialmente el contenido de las ideas concebidas por

³⁹⁴ BOGDÁNOV, *Kulturnye zadachi nashego vremeni*, Moscú 1911, p. 69.

³⁹⁵ MAXIMOV, *Ne nado zatemniat* cit., p. 4.

Bogdánov antes de la revolución. «Cultura proletaria» significa conciencia y praxis; no es una estética, sino una ética. La «cultura proletaria» no es una filosofía; no tiene que ver sólo con la política sino que, justamente en cuanto a opción política, es una alternativa a las ideas de Lenin.

Si bien -como hemos dicho- la concepción bogdanoviana acerca de la «cultura proletaria» fue expuesta por primera vez de forma programática en la «plataforma» política del grupo Vperiod, sin embargo ya había sido expuesta y justificada detalladamente a principios de 1911, en *Socialism v mastozashchem* (El socialismo en la actualidad), una especie de manifiesto sociocultural publicado en la serie político-cultural Vperiod que se dirigía explícitamente a un público proletario. Esta justificación de la «cultura proletaria» vale también, invariable, para la organización del «Proletkult», hasta el inicio de los años veinte, y justamente por su importancia será oportuno detallar sus puntos fundamentales.

Se trata de una teoría general sobre la sociedad que se remite al bolchevismo y que, sin embargo, es muy diferente de la de Lenin.³⁹⁶ El punto de partida de Bogdánov es esta consideración: «La esencia del socialismo (...) reside en la organización solidaria de toda la producción, o sea en el predominio de las relaciones solidarias de trabajo entre los hombres». Esta es la base de todas las demás características del socialismo: la propiedad social de los medios de producción, la abolición de las clases y una distribución de los productos que consienta a cada cual desarrollar el trabajo que corresponda a sus propias inclinaciones. Ciertamente todas estas condiciones sólo se podrán llevar a cabo cuando la clase obrera conquiste definitivamente el poder, «sin embargo, el socialismo no es sólo futuro, sino también presente, no es solo una idea, sino también una realidad».

Si bien la organización social debe ser definida, en general, como una colaboración entre los hombres, se tiene que distinguir también entre las relaciones de trabajo solidario y las que no lo son porque se basan en el principio de la competencia. Hoy día una colaboración realmente solidaria existe tan solo entre los obreros de una fábrica; su situación dentro de la producción, las condiciones de trabajo y sus

³⁹⁶ *Sotsializm v nastoiashchem*, en "Vperiod", febrero 1911 n 2, pp. 60-71.

intereses son idénticos. En su relación de trabajo un obrero está al lado de otro, el trabajo de uno está ligado, de forma muy estrecha, al del otro, cada uno de ellos puede sustituir al otro. La igualdad de situación significa igualdad de intereses. La comprensión y simpatía recíprocas crean la cohesión solidaria entre compañeros, que se extiende primero, a los que trabajan en los campos más diferentes y después a los trabajadores de los diferentes países del mundo. Los obreros toman conciencia gradualmente, de esta solidaridad que «entra en su alma y en su intelecto» en una palabra, se convierte en «autoconciencia de clase». En esta «organización consciente», que existe ya en el trabajo, en su cooperación de clase y en la colaboración solidaria, tenemos que ver el inicio efectivo y real del socialismo.

En base a esta autoconciencia de clase, los trabajadores podrán desarrollar su propio ideal social y sus propias relaciones humanas, totalmente diferentes a las de la antigua sociedad. Lucha por el socialismo no significa tan sólo guerra al capitalismo, es además un trabajo positivo y creativo. Es «la creación incesante de nuevos elementos del socialismo» por parte del proletariado en su vida cotidiana y en las relaciones humanas entre los trabajadores. No basta con unir a los proletarios en una organización como el partido o sindicato; no es suficiente proponer a los proletarios consignas de lucha política y económica. Su cohesión interna y su unidad espiritual deben ser objeto de una profundización con la elaboración de una «cultura proletaria socialista». Su modelo está representado por las condiciones de trabajo de la gran industria mecánica técnicamente evolucionada; aquí en la cinta transportadora, donde cada gesto, cada manipulación de cada operario cuenta para el proceso de producción, aquí nace la comprensión recíproca, aquella interdependencia y solidaridad en el trabajo en las que Bogdánov ve el espíritu de la colaboración camaraderil o colectiva, y que constituyen la base de la conciencia proletaria y de la ideología proletaria en una palabra de la «cultura proletaria».

La «cultura proletaria» abarca toda la praxis cotidiana del proletariado, su vida civil y cotidiana. Se debe iniciar en la estructura familiar de los trabajadores, que -según Bogdánov no puede ser para los socialistas una cuestión privada. Incluso en las familias de trabajadores políticamente conscientes sobreviven residuos de barbarie, como la subordinación total de la mujer respecto al hombre

y la obediencia ciega de los hijos a los padres. El espíritu de solidaridad con los compañeros, que es la base de las relaciones de trabajo en las fábricas, también tienen que entrar en las familias obreras como conciencia socialista.

Lo mismo puede decirse con respecto a las organizaciones del partido, donde sobreviven fuertes residuos del estilo autoritario e individualista de dirección, y donde las masas están sometidas a pocas autoridades. Poner en evidencia esta contradicción con el socialismo proletario, la completa incompatibilidad del espíritu que reina en las organizaciones del partido con los principios de la disciplina de grupo y de la actuación colectiva, tiene que convertirse en uno de los principales «campos de trabajo» para la «cultura proletaria»

Junto a la moral familiar y de partido, la elaboración de una nueva ciencia una nueva filosofía y un nuevo arte es el tercer punto político esencial de la «cultura proletaria». La nueva ciencia y filosofía socialistas se deben apoyar en la experiencia proletaria; tiene que servir para organizar la experiencia de los trabajadores, una experiencia radicalmente diferente a la de las antiguas clases. Dado que otras condiciones de vida llevan también a otras formas de percepción y a otra comprensión de la naturaleza, «todas las ciencias y toda la filosofía, en manos del proletariado, asumirán un aspecto nuevo». La característica principal de la ciencia y de la filosofía actual es su dispersión en numerosos sectores aislados. En base a las relaciones conscientemente solidarias de los trabajadores, para quienes la total y recíproca comprensión es más importante que cualquier otra cosa, el desarrollo de una concepción socialista debe tender a la simplificación y unificación de las ciencias. Se deben descubrir los métodos de investigación que son la base de todas las ciencias, para ofrecer una especie de clave común a las diferentes disciplinas. Esto permitirá los trabajadores apoderarse de las diferentes experiencias con la misma rapidez con que, en la industria mecanizada, un obrero, «en base a sus experiencias, conoce las líneas y métodos generales de la técnica, pudiendo pasar con relativa facilidad de una especialización a otra».

El arte, de forma analógica a la ciencia, tiene que organizar la experiencia proletaria. Pero no con conceptos abstractos, sino con imágenes vivas; por ello «el arte es, en cierta medida, más

democrático que la ciencia», o sea está más cercano y más difundido entre las masas. «El proletariado necesita un arte propio, socialista, que esté totalmente compenetrado con sus sentimientos, con sus aspiraciones. Capri, donde la influencia de Bogdánov se ve incluso en la terminología, declara que la supervivencia de la cultura burguesa y su mundo constituye el obstáculo que se opone al éxito de la revolución. Cuanto antes se consiga la demolición de la cultura burguesa tanto mayores serán las posibilidades de la revolución, que Bogdánov no pierde de vista, si bien considera decisiva para su consecución la concienciación del proletariado, incluso más que la lucha de clases. Al afirmar la necesidad de la autonomía y de la libre iniciativa de la cultura proletaria, Bogdánov creía que tomaba al pie de la letra las teorías de Marx para conseguir el dominio de la clase obrera. La decisión de convertir al proletariado en un ente activo, que tenga constantemente como objetivo la revolución, de hacer un llamamiento a la espontaneidad creadora de las masas obreras, había adquirido el carácter de una oposición a la élite entendida como representación profesional del proletariado, puesto que Bogdánov veía en ésta una fuerza que había de obstaculizar y frenar la revolución proletaria. Por todo ello la vanguardia del proletariado no debía estar formada por intelectuales, sino por los trabajadores de la industria, que constituían la categoría «más consciente».

Los principios de la cultura y de los tiempos futuros se deberán inspirar únicamente en el comportamiento social de los trabajadores. No sin razón «socialismo proletario» de Bogdánov y su llamamiento a la conciencia proletaria concebida como la principal y más activa fuerza revolucionaria, fue considerado por Lenin como un radicalismo de izquierda. A la concepción elitista del partido, mantenida por Lenin, Bogdánov oponía una «cultura proletaria» directamente dirigida a las masas, que Lenin juzgaba anarquista.

Bogdánov lanzó explícitamente contra Lenin su llamamiento a la energía creadora del proletariado para que realizase su propia conciencia y su propio arte. En *Tareas culturales de nuestro tiempo*, y sus ideales, para poder llevar las masas a la lucha, para cultivarlas y «conducirlas hacia delante, hacia un futuro más luminoso».

Junto a la tarea de continuar la lucha y la organización, hoy -según Bogdánov- el proletariado tiene también el deber de recoger consciente y coherentemente los gérmenes de la nueva cultura, los

elementos del «socialismo actual», desarrollarlos y sistematizarlos. Sólo si el proletariado crea nuevas y propias formas de vida en todos los campos, podrán realizarse a sí mismo de una manera creativa, o sea socialista. Esta creación gradual del orden de clase socialista conducirá finalmente al proletariado hasta el triunfo que extenderá este orden a toda la humanidad. El desarrollo socialista culminará en la revolución socialista.

El que la clase obrera conquiste el poder espiritual antes que el poder político es la instancia verdaderamente política de la «cultura proletaria». La revolución espiritual es el presupuesto para la estabilidad política del dominio del proletariado. Sin embargo, todo esto no significa que Bogdánov, con su «postulado de un nuevo espíritu en el seno del proletariado», haya abandonado la perspectiva de «una victoria revolucionaria en un próximo futuro» ni que la ulterior evolución de su «cultura proletaria» corrija su originaria posición «ultrarradical», como afirma su hasta ahora único biógrafo Dietrich Grille.³⁹⁷ el postulado de la conciencia proletaria auténtica tiene su base y fundamento en la crítica al partido y a sus dirigentes, que son - a juicio de Bogdanov- prisionero de la cultura burguesa y que presentan características psicológicas, como el automatismo, el individualismo, etc., en total contradicción con la «experiencia proletaria». La «plataforma» de los discípulos y profesores de la escuela de texto nacido a partir de las enseñanzas de las escuelas del partido de Capri y Bolonia, Bogdánov reprochaba a los «adversarios de la idea de la cultura proletaria» (y junto a Lenin nombraba también a Plejánov) su «extremado conservadurismo teórico». Ellos habían hecho del marxismo, «una teoría que niega radicalmente la existencia de verdades absolutas y eternas», una verdad absoluta y eterna. Así atribuían una validez objetiva y perenne a conocimientos, a una ciencia, a una estética y a una moral que habían sido creadas totalmente por intelectuales. En cambio -según Bogdánov- concedían a los proletarios tan sólo la capacidad de ver en el marxismo una doctrina económica y política que podía darles la victoria. Según Lenin y Plejánov, la filosofía del materialismo dialéctico -expuesta naturalmente en términos de

³⁹⁷ D. GRILLE, *Lenins Rivale: Bogdanov und seine Philosophie*, Colonia 1966, p. 178.

divulgación- era más que suficiente para las exigencias del proletariado. Este «increíble desprecio» por la creatividad cultural del proletariado era para Bogdánov la justificación y legitimación de su crítica a los principales «ideólogos de la clase obrera», en una palabra de su oposición.³⁹⁸

En el mismo artículo sobre las tareas culturales del proletariado - que comprendían también la redacción de una nueva enciclopedia proletaria que, como la *Encyclopédie* del siglo XVIII, debería hacer del saber de una nueva clase el fundamento de una nueva época- Bogdánov expone su concepto de cultura, o sea de ideología, y nos da la clave para la interpretación de su teoría social. Para él, resulta «un interesante enigma psicológico» el hecho que hasta ahora los escritores marxistas no se hayan pronunciado nunca sobre el hecho de que «la ideología o la cultura intelectual cumple una función organizativa de la vida social, de los grupos y de las clases».³⁹⁹ Con su teoría sobre la relación funcional de la ideología con la estructura social, Bogdánov trata de colmar, de manera consecuente, esta laguna del «materialismo histórico».⁴⁰⁰ No basta con «reconocer que las ideologías han nacido de la producción, que dependen y que son la «sobreestructura», como dijo Marx», manifiesta Bogdánov en otra obra, realizada también a partir de las enseñanzas de Capri y de Colonia, que no se publicó hasta 1914, *Nauka ob ohshchestvennom soznani* (La ciencia de la conciencia social). «Es muy importante aclarar exactamente qué significan en la realidad y en la vida, esto es descubrir el sentido y el significado práctico de este concepto, puesto que en este punto reina la máxima confusión».⁴⁰¹ La ideología no cumple, bajo ningún concepto, un papel subalterno respecto a la vida económica, ni la «sobreestructura» es una mera consecuencia necesaria de la «base», sino el «instrumento de las organizaciones sociales, de la producción, de las clases y, en general, de todas las

³⁹⁸ A. BOGDÁNOV *Kulturnye zadachi nashego vremeni*, Moscú 1911, pp. 28-31.

³⁹⁹ *Ibid.*, p. 44.

⁴⁰⁰ *Ibid.*

⁴⁰¹ Cito de la traducción alemana: A. BOGDÁNOV, *Die Entwicklungsjormen der Gesellschaft und die Wissenschaft*, Berlín 1924. El prólogo se remonta a 1913, cf. *ibid.*, p. 6.

fuerzas y factores sociales; es un instrumento sin el cual no es posible ninguna organización». ⁴⁰² Bogdánov quiere aclarar, de un modo particular, que la ideología no es una «decoración» colocada en el edificio del trabajo social y de la economía, y al contrario quiere poner en evidencia la interdependencia e interrelación que subsiste entre la ideología y la vida económica. Las ciencias -sean técnicas, sean las que tratan de la historia natural- nacieron, ciertamente, de la producción; sólo podemos explicar su desarrollo a partir de la actual situación de la producción. Sin embargo, a su vez, mejoran la producción, la complementan, ya que sin estas ciencias las fábricas, las minas, los laboratorios y los ferrocarriles actuales son simplemente impensables. En este sentido, la ideología se puede comparar con el cerebro de un organismo; si bien es cierto que el desarrollo del cerebro está determinado por el desarrollo de los otros órganos y que el cerebro depende de ellos, es también cierto que sin el cerebro los demás órganos son totalmente inútiles.

En términos más generales, la ideología es la conciencia social de los hombres, que les sirve para organizar su vida. El desarrollo de la conciencia de clase, o sea la ideología de clase más avanzada, es considerada por Bogdánov como el «trabajo más urgente e históricamente más importante de nuestro tiempo». Contribuir a la formación de la nueva conciencia, o sea «instruir e iluminar» a la clase obrera, significa para él «poner las bases de su organización, participar en la formación de su cerebro, que tiene la misión de guiar su poderoso cuerpo». ⁴⁰³ Desarrollar la conciencia de clase equivale a organizar su fuerza de clase. ⁴⁰⁴ El «instrumento de organización» social, o sea la ideología, es la colaboración solidaria entre compañeros, la colectividad de trabajo, en otras palabras la «cultura proletaria».

Según la definición de Bogdánov, la cultura tiene en sí misma una «función organizativa», es «formación y consolidación de una determinada organización social». ⁴⁰⁵ La cultura es la suma de todas

⁴⁰² Ibid., p. 8.

⁴⁰³ Ibid.

⁴⁰⁴ Cf. BOGDÁNOV, *Kulturnye zadachi nashego vremeni* cit., p. 45.

⁴⁰⁵ ID Einige Missverständnisse. Eine Antwort an Kautsky en "Die Gesellschaft. Internationale Revue für Sozialismus und Politik vol. 11, 1925,

las conquistas materiales y no materiales conseguidas por la humanidad en el transcurso del proceso de trabajo, que elevan al hombre por encima de su naturaleza y perfeccionan su vida. La técnica con todos sus auxiliares, máquinas y medios de transporte, experiencias prácticas y científicas, el lenguaje, el arte, los usos y costumbres, la moral, el derecho y la política, son todos elementos de la cultura, que comprende también la educación de la fuerza física y la conquista de la salud, mediante la gimnasia y otros medios. Sin embargo debemos distinguir entre dos fuerzas culturales fundamentales: la cultura material y la espiritual. La «cultura material» comprende toda la esfera de la producción, la fuerza de trabajo de los hombres, su trabajo colectivo, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y su dominio de la naturaleza externa y además todos los medios y formas de producción, así como sus relaciones técnicas y económicas. Por el contrario, la «cultura espiritual» comprende la esfera de la filosofía, la ética, la política, el arte y el lenguaje, en una palabra la ideología, la conciencia social. Pero la cultura espiritual y la material no están separadas entre sí. La génesis y la función de los principios ideológicos sólo pueden ser entendidos a partir de sus premisas «materiales», o sea de sus condiciones técnicas y económicas. El nivel técnico de la sociedad y su estructura económica son el punto de partida de la ideología, o - con las palabras de Bogdánov- de las «tareas culturales» de la sociedad.

La «tarea de la cultura» reside, para Bogdánov, en el proceso de organización. Las ideologías tienen, por lo tanto, una función organizativa y sociopolítica real; aquello que organizan tiene como resultado final las relaciones de producción, las técnicas (las relaciones del hombre con la naturaleza) y las económicas (las relaciones recíprocas entre los hombres). El sentido objetivo de los procesos ideológicos consiste en fijar estas relaciones, regularlas y coordinarlas. «Las formas del pensamiento están determinadas precisamente por relaciones de producción, a las que a su vez sirven

p. 287. En el primer volumen del *Gesellschaft*, 1925, pp. 564-78, Kautsky había hecho un análisis crítico muy duro del artículo de BOGDÁNOV (publicado en alemán), *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft und die Wissenschaft*.

como instrumento de organización y, naturalmente, las formas fundamentales del pensamiento (ideológicas) están determinadas por relaciones de producción fundamentales». ⁴⁰⁶

Las formas fundamentales de cooperación en la división del trabajo, que aparecen en la historia, y sus correspondientes formas de pensamiento, o las «adaptaciones» necesarias de la ideología al trabajo, según Bogdanov se articulan en cinco fases evolutivas: 1) la colaboración primitiva -las ideologías primordiales (el período del comunismo primitivo); 2) la forma autoritaria simple de colaboración -las ideologías autoritarias simples (la época de las organizaciones patriarcales-gentilicias); 3) la forma autoritaria evolucionada de colaboración -las ideologías evolucionadas y complejas (la época del feudalismo); 4) la colaboración anárquica -las ideologías individualistas (la sociedad pequeño-burguesa y capitalista); 5) la colaboración solidaria entre compañeros -las ideologías colectivas (el período del colectivismo, cuyas formas embrionarias surgen ya durante el capitalismo por obra del proletariado). ⁴⁰⁷

Bogdánov subraya en todos sus escritos, y sobre todo en el *Empiriomonismo*, que las ideologías son la fuerza vital de la sociedad. Sin ideología no existen verdaderas clases sociales, puesto que si la base de la subdivisión de la sociedad en grupos y clases sociales es el proceso técnico y la producción, el momento de formación está constituido por la ideología o por las ideologías. ⁴⁰⁸ La ideología tiene un papel objetivo en la vida de la sociedad, tiene una función social necesaria; la sociedad utiliza la ideología. «Cuando surge la ideología se manifiesta como forma que organiza la vida del trabajo social». La ideología es la forma que organiza toda la praxis de la sociedad en otras palabras, el instrumento de su organización; organiza la experiencia y la transforma en saber. En el tercer volumen de *Empiriocriticismo* Bogdánov justificó la tesis de que la ideología organiza la experiencia dándole la forma del saber, de modo que la división de la sociedad en grupos sociales y en clases es un resultado

⁴⁰⁶ Para una exposición detallada de este esquema cf. ID, *Nauka ob obshchestvennom soznani*, Moscú 1914 (trad. alem. citada en la nota 23).

⁴⁰⁷ *Empiriomonizm*, libro III, San Petersburgo 1906, p. 89

⁴⁰⁸ ID., *Kulturnye zadachi nashego vremem* cit., p. 9.

del progreso cuantitativo y cualitativo de la técnica. Los grupos sociales se forman con el desarrollo de la especialización, mientras las clases lo hacen a partir de la progresiva apropiación de las funciones sociales organizativas y ejecutivas. La subdivisión de la sociedad en grupos y clases produce diferencias fundamentales desde el punto de vista de la selección social. Los grupos y clases sociales se convierten en entes sociales duraderos y definitivos cuando desarrollan ideologías determinadas y diferenciadas que condicionan la dirección de la selección social dentro de estas colectividades. La formación de los grupos sociales se produce en base a dos tendencias alternas: la diferenciación de la técnica, que determina la existencia de especializaciones diferentes y separadas, y la integración que impulsa la analogía y unidad de las funciones especializadas de la producción. Desde el punto de vista histórico el desarrollo de la técnica hasta la industria mecánica está dominado por la primera de estas tendencias la delimitación de los grupos sociales es tan clara y estable que consiente la larguísima duración que caracteriza, por ejemplo, la institución de las corporaciones. Pero la acumulación y la organización de la experiencia técnico-social lleva más tarde a la preponderancia de la tendencia a la integración. Se elaboran métodos generales en todos los campos, sobre todo en la industria mecanizada, los límites de la especialización se hacen menos rígidos, las ideologías de los grupos se aproximan y funden entre sí, mientras que la unidad de los métodos de trabajo no elimina, en absoluto, la fragmentación de la sociedad en grupos sociales. El fraccionamiento de la sociedad en clases tiene su inicio en los primeros estadios de la diferenciación y se produce como consecuencia de la particular relación que existe entre la función del organizador y la de la ideología social. «El organizador es la forma personificada de la adaptación organizativa, la ideología es la forma sin rostro».⁴⁰⁹ El organizador vive y trabaja, la ideología se desarrolla siempre sobre la base de una determinada situación de la energía, social; sobre la base de que prevalece la apropiación y adquisición de

⁴⁰⁹ En la concepción de la ideología según Bogdánov, en la que la ideología no se entiende como un mecanismo, el grado de «adaptación» a las condiciones de la era técnico-científica cumple un pape de gran importancia.

energía con respecto a la pérdida de la misma durante el proceso inmediato del trabajo, o sea durante el proceso técnico. Por este motivo los primeros inventores de la ideología son los mismos elementos que organizan la sociedad, por lo que la ideología creada por ellos es unitaria y sirve para toda la sociedad. La ideología elaborada por la parte organizativa de la sociedad mantiene todo su significado para ambas partes de la misma mientras el contenido organizado por la ideología es vinculante para ambas partes de un modo efectivo.

Si la situación cambia, si su contenido real, la vida de las dos partes de la sociedad se transforma radicalmente (por ejemplo al principio de la época esclavista, cuando la parte superior de la sociedad se dedica al intercambio comercial, mientras la inferior permanece ligada a la economía natural), se inicia la división ideológica de las clases: la ideología de la clase superior contradice la experiencia práctica y las necesidades de la clase inferior, y esta contradicción se hace cada vez mayor. La función organizativa de la clase superior le permite organizar la vida de la clase inferior en base a normas que no corresponden a las condiciones de vida de esta última clase. Tales normas tienen, para la clase oprimida, el significado de una potencia externa que es hostil -análogamente a las fuerzas de la naturaleza-, pero a la que, forzosamente, hay que adaptarse.

Aquí reside la primera y fundamental contradicción de clases, el punto de partida para el desarrollo de todas luchas de clases. Entre las diferentes formas históricas de la evolución de las clases, dos son de esencial importancia: la esclavitud y el capitalismo. Todas las demás formas- por ejemplo el feudalismo - se pueden reconducir a estas dos, puesto que cuando la evolución alcanza un nivel determinado se transforma en una de ellas. Estas dos formas de desarrollo de las clases se corresponden entre sí, en el sentido que la clase organizadora, que de forma progresiva se aleja del proceso técnico de la producción, pierde en el curso del tiempo su función organizativa real y se transforma en una clase parasitaria. Degenera y de esta manera pierde también su fuerza social. Las dos formas se distinguen entre sí por sus respectivos puntos de partida y por los resultados sociales finales. La forma antigua del desarrollo de clases se basa en el principio patriarcal, en la esclavitud de la economía

natural y, más tarde, se complica con el intercambio comercial, que por otra parte interesa tan sólo a los estratos superiores de la sociedad. La influencia de los señores y organizadores se extiende a toda la existencia de los esclavos, el vínculo que liga a los señores con los esclavos es estático, esto es, no puede ser roto por la voluntad del esclavo, sino sólo por la del señor. Esta forma de desarrollo de clase hace del trabajador un instrumento de la producción. Por lo tanto el progreso técnico cesa. No se puede formar ninguna ideología de los esclavos, no va más allá de una fase embrionaria: falta la lucha de clases. La decadencia de ambas clases se produce bajo la forma de un hundimiento de toda esa sociedad. La forma capitalista del desarrollo de clases se inicia con la organización pequeño-burguesa del intercambio. El papel organizativo del empresario está limitado a una determinada parte de la vida del trabajador, esto es la jornada laboral. La relación que ata al empresario y al trabajador no es fija, puede ser objeto de contrato. Este es el motivo por el que la masa de trabajadores individuales se transforma progresivamente en una colectividad compacta, que adquiere la capacidad de desarrollar funciones organizativas de manera creciente e ilimitada. El rápido progreso técnico, característico de este tipo de evolución, estimula el rápido desarrollo de las ideologías de las clases oprimidas y de las luchas de clases. Todo ello provoca el hundimiento de la que fue la clase de los organizadores y transforma la sociedad. El contradictorio desarrollo de la sociedad de clases da paso a una evolución integral y armónica. La espontaneidad extrasocial y social son superadas, las dos por igual, por la fuerza organizativa y planificadora de la humanidad, de modo que el dominio de esta última sobre la naturaleza crece ilimitadamente.⁴¹⁰

Si bien la ideología desempeña un papel excepcionalmente importante en la teoría de Bogdánov, no es sin embargo el factor primario en el plano de la causalidad social, tal y como a veces se afirma; la ideología no desempeña, bajo ningún concepto, una función autónoma en el desarrollo social. Toda la transformación estructuralmente relevante tiene su razón de ser en la técnica y no en la ideología. Según Bogdánov -que así se vincula deliberadamente al

⁴¹⁰ A. BOGDÁNOV, *Istoricheski monizm: Klassy i gruppy*, en *Empiriomonizm* cit., libro 111, pp. 139-42.

marxismo- la base de la evolución social está en el progreso técnico; todas las transformaciones de las formas sociales son resultado del progreso técnico. Pero la importancia de la ideología no es menor que la de la técnica, simplemente su importancia tiene «un carácter diferente» al de la técnica.⁴¹¹ Así, en un artículo publicado en 1902, *Razvitie zhizni v pri rodi i v obshcheste* (El desarrollo de la vida en la naturaleza y en la sociedad), Bogdánov subraya la estrecha conexión, o mejor concatenación, entre técnica e ideología. El progreso técnico, explica, se produce a través de inventos, que a su vez son la suma de todos los conocimientos, técnicos y abstractos, que posee el inventor; el trabajo del inventor se basa tanto en el material del conocimiento, la técnica (estructura), como en sus métodos de investigación, la ciencia (sobreestructura). Sin estos presupuestos «ideológicos», no se habría producido casi ningún descubrimiento. El grado de perfección de un invento está, por lo tanto, determinado por la cantidad y calidad de dichos presupuestos. Bogdánov, a partir de esta interdependencia entre técnica e ideología, saca la conclusión de que el conocimiento es la experiencia organizada del trabajo de la sociedad. Esta idea, subraya, no se contradice con la concepción marxista de la técnica como base de la vida social, por dos motivos: 1) Las formas de conocimiento, como todas las demás formas ideológicas, constituyen el material y la condición del desarrollo social, pero no son la fuerza motriz de esta evolución; el impulso para la formación de nuevas formas proviene de la técnica, aquí empieza todo proceso de transformación social. 2) Se debe considerar cuál es el significado de la ideología en general; la ideología es una forma organizativa y lo que ella organiza es, en última instancia, el proceso técnico. De esta manera, ella está, por así decirlo, circunscrita por el marco del mismo proceso técnico, que determina, en un sentido muy general, su contenido. La influencia que la ideología ejerce sobre el desarrollo técnico tiene, por lo tanto, sus raíces en la esfera de la misma vida técnica.⁴¹²

⁴¹¹ Cf. a este respecto y para sucesivas elaboraciones de Bogdánov el artículo *Razvitie zhizni v prirode i v obshchestve en Iz psijologi obshchestva*, San Petersburgo 1904, pp. 81-87.

⁴¹² Cf. a este respecto también la definición que Bogdánov da en el prólogo a la reedición de su *Kratki kurs ekonomicesko i nauski*, Moscú 1919 (el libro

Según Bogdánov, la ideología es también importante por los grandes y numerosos descubrimientos científicos realizados por especialistas e investigadores, sobre todo después del siglo XIX; y que muchas veces llevan directamente a la aparición de nuevas formas técnicas. Pero también en este caso -si bien esto no siempre es evidente- el descubrimiento es siempre el resultado de nuevas experiencias de trabajo, que se han hecho en el ámbito de la vida técnica en un sentido estricto, en la «base técnica». La investigación científica que conduce a resultados técnicos enormemente importantes (como los rayos X de Rontgen o el radium) no es tan sólo un proceso ideológico; su parte fundamental está constituida por el trabajo técnico. Entre el laboratorio químico de un estudioso o un especialista universitario y el laboratorio químico de un técnico de una fábrica no existe, para Bogdánov, ninguna diferencia esencial.

Por lo tanto, si la ideología no puede ser nunca el primer motor de la transformación de las formas sociales, o sea del desarrollo social,⁴¹³ según Bogdánov la función específica de la ideología es la de organizar estas formas que nacen del desarrollo técnico y que transforman la sociedad, o sea hacerlas conscientes. Esta función de la ideología -el desarrollo de la conciencia- es llamada su «tarea cultural» (en la teoría de Bogdánov está inequívocamente presente un rasgo activista, por no llamarlo voluntarista). Las «tareas culturales» consisten en entresacar, del material ofrecido por la «base técnica», formas de pensamiento, correspondientes «imágenes del mundo», para organizarlas después en los diversos campos, como la filosofía, la ética, el arte y la política. Dado que las últimas conquistas técnicas se encuentran en la gran industria mecanizada, dado que el último estadio de los métodos técnicos y de la experiencia técnica del trabajo está encarnada por la parte más avanzada del proletariado industrial, a juicio de Bogdánov la principal «tarea cultural» de los ideólogos de su tiempo es organizar

fue reeditado nueve veces entre 1897 y 1906): «La ideología es el instrumento organizativo de la vida económica y por lo tanto una condición importante para el desarrollo económico» (cit. de la traducción inglesa de la edición rusa de 1919: A. BOGDÁNOV, *A short course of economic science*, Londres 1925).

⁴¹³ Cf. ID., *Empiriomonism cit.*, libro 111, p. 66.

la conciencia de esta última clase: la «cultura proletaria»; o sea la ciencia proletaria, la filosofía proletaria, el arte proletario, la moral proletaria y sobre todo las organizaciones políticas proletarias.

Pero la «cultura proletaria», que ha de relacionar sistemáticamente los resultados y los métodos del saber actualmente adquirido con la experiencia de trabajo colectiva, con la praxis de la clase obrera, puede ser convertida en consciente, o sea organizada, tan sólo por quienes disponen de esta experiencia de clase. Como consecuencia, esta «tarea cultural» corresponde al mismo proletariado y no a los «teóricos ajenos al colectivo», pertenecientes a la *intelligentsia* burguesa.⁴¹⁴ Si bien es cierto que la base de la existencia del proletariado es el proceso técnico o la producción, y que ésta es también la fuente de las luchas sociales, económicas y políticas, también es verdad que ambos sectores están determinados por igual por la experiencia colectiva. Pero la más importante de las dos esferas -la técnica del trabajo- es profundamente extraña e ignorada para los «ideólogos de la *intelligentsia*». Especializados en los «problemas sociales», los intelectuales no conocen apenas el aspecto físico de la producción y no tienen siquiera un conocimiento serio y fundamentado de la ideología que corresponde a la producción (ciencias técnicas y naturales). Incluso dentro de su especialización -la ciencia de la sociedad y sus problemas-, los intelectuales no disponen de la relación directa con la vida práctica, concreta, que por el contrario posee el obrero. Es evidente que esta «*intelligentsia* ajena», que puede ser ciertamente útil a los trabajadores en sus organizaciones, en su actividad política y sindical (si bien justamente aquí juega un papel muchas veces oportunista), es absolutamente inutilizable para las «tareas culturales» de la clase obrera. No son los «varegos» -como Bogdánov llama a los intelectuales burgueses, a partir del pueblo escandinavo al que se atribuye la fundación del Estado ruso-, sino la «nueva *intelligentsia*», nacida del mismo proletariado, la que puede crear la «cultura proletaria».

En este punto el círculo, por así llamarlo, se cierra. Desde el principio y sobre todo tras la revolución de 1905 en la emigración, y en Rusia a partir de 1913 y hasta los años veinte, incluso hasta su

⁴¹⁴ ID., *Kulturnye zadachi nashego vremeni* cit., PP. 68-69.

muerte, todos los esfuerzos de Bogdanov, en la teoría y en la praxis, estuvieron orientados a contribuir a la formación de la conciencia y la ideología del proletariado, a organizar sus facultades creativas y humanas: con la creación de una literatura propagandística, con la institución de las escuelas del partido, que en realidad fueron más bien «escuelas obreras superiores», con la primera universidad proletaria, creada en Moscú en 1918, con su proyecto de una nueva enciclopedia proletaria, con el movimiento del Proletkult y finalmente con los experimentos (fatales para él) de transfusiones de sangre, realizados en calidad de médico e investigador, que debían contribuir a alargar la vida de la futura sociedad creada por la «cultura proletaria».

Bogdánov no podía negar que él mismo pertenecía a la *intelligentsia*, a los «cuervos blancos» tan despreciados o a las «aves de paso», como él mismo había dicho. Pero, por una parte, trató de minimizar el peso de este hecho -que representó seguramente un problema en su batalla a favor de la autonomía del proletariado frente a la *intelligentsia*- recordando su misma formación científica y técnica, que -según su teoría- lo situaba en el mismo plano que los técnicos y los especialistas de los laboratorios industriales; los investigadores y los técnicos encarnan por igual la experiencia técnica y la del trabajo y por tanto la ideología de las fuerzas productivas de la sociedad; son los dos platos de la «balanza» de la industria moderna.⁴¹⁵ Bogdánov, por otra parte, trató conscientemente de liberarse de la mentalidad de la *intelligentsia*, o sea del individualismo burgués, tal y como lo prueba su filosofía del colectivismo y, sobre todo, su comportamiento dirigido constantemente al colectivo (según Bogdánov toda referencia a la individualidad, al pensamiento individual⁴¹⁶ a la actuación personal

⁴¹⁵ Acerca del «equilibrio» y la armonía en la producción moderna y en la nueva sociedad, véase más adelante.

⁴¹⁶ Esto llega hasta el extremo de que Bogdánov, que conocía perfectamente las teorías sociales de su tiempo, no nombra títulos ni autores en ninguna de sus obras, aunque su influencia en la teoría de Bogdánov, así como en cierto sentido en la de Sorel, sea evidente: para él todas estas ideas eran el producto de experiencias colectivas y no tenía ninguna importancia que determinado individuo hubiese convertido esta experiencia de la comunidad en conceptos teóricos. Lo mismo sucede con todos los

y autónoma y sobre todo a la autoridad, es una absolutización del pensamiento y por ello tiene una significación «fetichista»). La pregunta que resulta difícil de contestar en el ámbito de este ensayo es en qué medida esta tentativa consiguió lo que se proponía.

5. Colectivismo: la ideología de la sociedad futura

Precisamente este «fetichismo» personificado por los «jefes ideológicos» y especialmente por Lenin y por Plejánov, tiene que ser suprimido, de una vez para siempre, por la «cultura proletaria», una cultura basada en la «unión de los hombres en un nuevo colectivo».⁴¹⁷ «La conciencia de clase del proletariado es su revolución ideológica, que precede a la revolución social general. En este punto se produce en toda la línea la destrucción firme y total del gran fetichismo en todos sus aspectos y manifestaciones: el escrito *Padenie velikogo fetishizma* (La caída del gran fetichismo) en el que Bogdánov analiza la «crisis actual de la ideología», es también una llamada apasionada al nuevo colectivo de los trabajadores y a la destrucción del comportamiento individualista y autoritario de los «jefes ideológicos», que no han permitido la formación de la «autoconciencia colectiva».⁴¹⁸ El hecho de que la ideología colectivista, al menos de forma inicial, haya surgido ya en la época del capitalismo, o sea antes aun de que exista un modo de producción verdaderamente colectivo, es una realidad que Bogdánov ha intentado explicar observando que, sobre la base de la industria mecánica y de la técnica moderna, se desarrolla un nuevo tipo de relación de trabajo y de colaboración de los trabajadores, la «solidaridad entre compañeros», gracias a la cual surge un nuevo tipo de cultura, la «cultura proletaria» o colectivismo.

¿En qué consiste el nuevo carácter del trabajo que justifica el colectivismo, la ideología de la sociedad del futuro? Mediante una

«bolcheviques de izquierda», como Lunacharski. Volski, etc., que no hacen la menor mención de ningún autor individual.

⁴¹⁷ BOGDÁNOV, *Kulturnye zadachi nashego vremeni*, p. 83.

⁴¹⁸ ID.. *Padenie velikogo fetishizma. Sovremenny krizis ideologi*, Moscú 1910, pp. 114-15.

serie de preguntas y respuestas -el modelo didáctico preferido por Bogdánov en numerosos artículos dirigidos directamente a los trabajadores- este autor se ha enfrentado con este problema en la *Ciencia de la conciencia social*, obra inspirada por las lecciones desarrolladas en las escuelas del partido de Capri y Bolonia, publicada por vez primera en 1914, reeditada en 1919 y 1923, y utilizada como texto en las escuelas soviéticas del partido en la década de los veinte.

Contrariamente al trabajo manual que, según el autor, requiere el empleo directo de la fuerza física del trabajador, el trabajo de la máquina significa que el obrero dirige la máquina. La nueva forma de trabajo es al mismo tiempo «ejecutiva y organizativa», así pues, engloba las características de las dos formas de trabajo que en el pasado estaban totalmente separadas: por una parte, la del «organizador» que dirige las acciones del ejecutor y supervisa la producción; por otra parte, la del obrero que cumple. Las nuevas condiciones técnicas elevan el nivel de la conciencia técnica y de la inteligencia general del trabajador, de tal manera que el papel del ingeniero ya no se diferenciará cualitativamente del papel del obrero: el «organizador» trabaja con los mismos medios que el «ejecutor», aunque el primero tenga a su disposición un material de datos técnicos más abundante. De este modo, las fuerzas trabajadoras llegan a fundirse en un solo tipo y se distinguen sólo por el grado de desarrollo. El desarrollo ulterior de la técnica -las máquinas que funcionan automáticamente y el tipo de maquinas todavía mas perfecta que se regulan automáticamente- elevará todavía más el nivel de las fuerzas trabajadoras «simples», y provocará necesariamente una homogeneidad absoluta con el trabajo científico-organizativo del ingeniero.

Tal tipo de colaboración, condicionada por la homogeneidad del trabajo en la producción mecanizada y basada en la conciencia, es «solidaria». Sin embargo, aunque la industria mecánica provoca una gran difusión de la solidaridad entre los trabajadores, ésta no puede desarrollarse perfectamente y realizar todo su significado en el proceso de trabajo directo de la época contemporánea: porque, mientras persista el sistema capitalista, el «organizador» conserva el dominio científico-organizativo de la fábrica, y las decisiones fundamentales y determinantes para la producción se toman sin

consultar a los obreros. El colectivo solidario de los trabajadores, que no sólo efectúa todos los trabajos en común, como ocurre en el capitalismo, sino que los discute e incluso decide de común acuerdo, presupone la «transformación de toda la estructura de la situación económica» y la «elevación de las fuerzas trabajadoras a un nivel alto (...) de manera que incluso los organizadores estén incluidos en el colectivo de compañeros, como colaboradores que superan a los demás sólo por el grado, no por el tipo de preparación».⁴¹⁹ De modo análogo, en las condiciones del capitalismo no puede ser alcanzado ni siquiera el vértice de la tecnología, el presupuesto técnico para la «cultura del colectivismo»: la introducción de máquinas automáticas (que son para Bogdánov la quintaesencia del dominio del hombre sobre la naturaleza) y la absoluta identificación del obrero con el ingeniero, o sea -la supresión de las diferencias de clase. Estos mecanismos automáticos, extremadamente complicados, llegarán a ser posible sólo cuando la idea directiva de la economía no sea la explotación, sino el interés de los productores y de la producción, es decir en una organización colectiva. El mecanismo automático sigue siendo ajeno al capitalismo, porque necesitaría máquinas demasiado caras; la estructura capitalista, en vez de aspirar al perfeccionamiento de las máquinas, piensa sólo en las ventajas que ofrecen al empresario.⁴²⁰ Pero cuanto más evolucionado es el tipo de máquina, cuanto más complicados y exactos son sus mecanismos, su automatización, así como sus reguladores e indicadores de su movimiento, tanto más temprano deja el obrero de ser esclavo de la máquina; en la sustancia de su existencia entran

⁴¹⁹ ÍD., *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft*, pp. 198-99.

⁴²⁰ En condiciones capitalistas, los modelos más desarrollados de la técnica moderna se encuentran sólo allí donde el empresario es el Estado y donde no se trata de ahorrar en relación con los precios de las máquinas, sino de lograr exactitud, cumplimiento y velocidad, o sea en la técnica militar. Es el caso, por ejemplo, de máquinas autorreguladoras como la Torpedo, una máquina flotante para la destrucción de barcos que se mueve automáticamente y que guía por sí sola sus movimientos submarinos; cf. a este respecto BOGDÁNOV, *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft*, p. 195. Véase también en el libro de Bogdánov ya en 1906 *Kratki kurs ekonomzcheskoi nauki*, el capítulo *Sotsialisticheskoe obshchestvo*, en el que de todos modos falta el ejemplo de las más recientes máquinas de guerra.

elementos del trabajo organizativo y él llega a ser necesariamente el «guía» que piensa, el «organizador».

El único lugar donde el colectivo obrero tiene ya una función deliberativa y no solamente ejecutiva, es la organización de clase del movimiento obrero. «En el campo de la lucha de clase, los trabajadores son un partido autónomo»;⁴²¹ sin embargo, este «nexo de solidaridad» no es perfecto, y aquí se manifiesta de nuevo la preocupación de Bogdánov por los elementos autoritarios ligados a la cultura burguesa que aún sobreviven en la clase obrera, especialmente en el interior de las organizaciones de partido: la subordinación pasiva, la confianza ciega en la autoridad, la confianza acrítica en los jefes y la falta de iniciativa de los obreros hacia los directivos que deriva de ello.⁴²² Pero las condiciones de la lucha de clases y la disciplina colectiva del proletariado industrial unida a esas condiciones (puesto que en el capitalismo las fuerzas trabajadoras son móviles el obrero trabaja hoy con un compañero, mañana con otro, incluso a menudo trabaja hoy en un sector, mañana en otro) significan que cada *obrero* llega a ser compañero de trabajo de todos los demás. El nuevo tipo de ideología, la cultura colectivista caracterizada por la idea y el ideal de la colectividad trabajadora, nace, pues, durante el capitalismo en la época de la producción mecanizada, pero en el ámbito del capitalismo no puede llegar al poder, y por tanto sólo puede tomar forma como un tipo de clase, el tipo proletario, que conseguirá prevalecer sólo en un sistema de

⁴²¹ *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft*, p. 199.

⁴²² Esta unión vinculante del proletariado con la cultura burguesa está explicada en términos aún más explícitos por Bogdánov en la introducción de 1923 a la edición alemana del primer tomo de la *Allgemeine Organisationslehre*, como resultado de la especialización de cada miembro que destruye la homogeneidad de la colectividad, generando no sólo desconfianza recíproca, sino incluso auténticas y concretas disensiones entre los miembros de la colectividad. Bogdánov ofrece como ejemplo específico la separación de los estratos superiores especializados y los inferiores no especializados en la II y III Internacional, o las tendencias corporativas en el movimiento sindical, la diferencia entre programa y táctica en los sindicatos, en las «cooperativas» y en los partidos políticos de la clase obrera: cf. BOGDÁNOV, *Allgemeine Organisationslehre. Tektologie*, t. 1, Berlín 1926, p. 11.

producción socialista, cuando constituya el modelo de toda la sociedad futura, no dividida en clases, un modelo para toda la humanidad. «Aquí la colaboración tiene que ser entendida como la comunión económica de la sociedad»; la armonía y la fuerza del colectivo se convierten en la «esencia del progreso humano» en general.⁴²³ La ideología de la clase se hace universal, la misma clase se transforma en el colectivo solidario de toda la humanidad, más aún, del mundo entero.⁴²⁴ La «cultura proletaria» se convierte así en la cultura socialista de la humanidad, la función de clase es irrelevante, la alienación queda suprimida. No cuenta ya la conciencia burguesa del individuo, la persona como unidad particular independiente, como centro autónomo de intereses, aspiraciones y conocimientos, sino tan sólo la nueva conciencia, el colectivo y el «hombre nuevo», el colectivista. Aquí todos serán trabajadores y todos encontrarán satisfacción en el campo mismo del trabajo, a su fuerza creadora, que nace de un exceso de energía trabajadora. La sociedad futura seguirá desarrollándose sólo en el sentido de una creciente armonía.⁴²⁵

El sistema del trabajo en la sociedad colectivista se define como «organización armónica». Las relaciones entre los trabajadores son totalmente iguales e inmunes a la lucha, puesto que ya no hay mínima autoridad y cada uno puede cambiar su especialidad por otra.

El sistema filosófico basado en estas relaciones de trabajo será monístico-armónico, ya que el ideal del trabajo y el conocimiento se identifican. La organización solidaria de toda la vida humana se basa en un pensamiento universalizado, monista; el pensamiento monista es el principio general de organización de un mecanismo social que regula la organización según un sistema de reglas, o sea que la controla según planes preestablecidos. La armonía absoluta significa la irrelevancia de conceptos como libertad y felicidad. Reina la atemporalidad de un «automa social» que renueva y se perpetúa a sí mismo.

⁴²³ *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft*, p. 37.

⁴²⁴ *Ibid.* p. 200.

⁴²⁵ *ID.*, *Kratki kurs ekonomicheskoi nauki*, p. 285.

Esta doctrina que corresponde al ideal del dominio colectivo sobre la naturaleza, la ideología del colectivismo, fue creada por Bogdánov en el *Empiriomonismo* (obra en tres tomos), donde se formulan las bases filosóficas de una teoría general de la sociedad colectivista o de la organización de la humanidad colectivista. La argumentación en favor de una conexión estrecha entre ideología y progreso técnico, desarrollada en el *Empiriomonismo*, se convierte en la ideología del mismo proceso técnico (de la experiencia y conocimiento técnico). El empiriomonismo es una concepción del mundo del trabajo y social. La ideología se define como «organización propia, proletaria por sus tendencias, una ideología que conoce el proceso técnico y que en un esquema general reproduce las líneas fundamentales de la estructura la sociedad contemporánea.⁴²⁶

Desde el *Empiriomonismo*, el itinerario mental de Bogdánov nos lleva coherentemente, a través de la «cultura proletaria», la elaboración de una ciencia que recoge y sistematiza claramente en sí misma toda la experiencia organizativa, la «*V seobshchaia organizatsionnaia nauka: Tektolohia*» (Ciencia general de la organización: Tectología). La obra fue concebida inmediatamente después de la actividad didáctica desarrollada en las escuelas del partido de Capri y Bolonia; Bogdánov publicó la primera parte en 1913, mientras la segunda, aunque acabada en 1916, no salió hasta después de la Revolución de Octubre; una edición completa de las dos primeras partes, y enriquecida con una tercera que lleva por título precisamente *Tektolohia*, fue publicada en 1922 (mientras los capítulos más importantes habían sido publicados en 1912-20 en la revista del Proletkult, la *Proletarskaia kultura*); en 1927 hubo una tercera edición y la última reelaboración de la tercera parte fue publicada en 1929, después de la muerte de Bogdánov, también con el título *Tektolohia*.

En esta obra verdaderamente monumental, y que el mismo Bogdánov define como una «teoría general de la naturaleza», el autor intenta demostrar «que toda actividad humana en el campo de la técnica, de la praxis social, de la investigación científica y del arte puede ser considerada como material de la experiencia organizativa

⁴²⁶ *Empiriomonizm*, libro III, p. 159.

y ser estudiada desde el punto de vista organizativo»⁴²⁷ puesto que la humanidad no conoce ninguna actividad, ninguna tarea distinta de las organizativas. Y si la naturaleza es una organización exterior a las finalidades humanas, «la técnica es una organización para las finalidades humanas». ⁴²⁸ La fórmula «del viejo maestro del socialismo científico, Friedrich Engels (...): Producción de los hombres, producción de las cosas, producción de las ideas» debe ser «enunciada con mayor exactitud» teniendo en cuenta los hechos de la experiencia y las ideas surgidas de los últimos desarrollos de la ciencia y de la técnica. Según Bogdánov, esta fórmula debe rezar ahora así: «Organización de las fuerzas externas de la naturaleza, organización de las fuerzas humanas, organización de la experiencia». ⁴²⁹ O bien, en otros términos: en el plano técnico la sociedad organiza el mundo exterior, en el económico se organiza a sí misma y en el ideológico organiza la propia experiencia y las propias vivencias.

La unidad de los métodos organizativos es impuesta por los últimos desarrollos de la técnica y de la ciencia. ⁴³⁰ La tarea de la «tectología» (para Bogdánov esta palabra -del verbo griego *textaioumai*: construyo- es el sinónimo más exacto del concepto moderno de «organización») es la de sistematizar la experiencia organizativa, es decir: la tectología tiene la tarea de concebir todas las ciencias como instrumentos para la organización de un único proceso de trabajo social, al que hay que dar una forma armónica y acabada, convertir estos instrumentos en una unidad armónica y completa, y elaborar métodos y puntos de vista generales que enlacen entre ellas todas las ciencias particulares. El punto de llegada es una ciencia «monística» unitaria, que construya un sistema de los métodos y de las leyes comunes que están en la base de todos los sectores particulares. La base común de esta ciencia «prevalecerá cada vez más sobre sus aspectos especiales, en relación directa con su evolución»; luego, desaparece la división en sectores particulares,

⁴²⁷ En ausencia del original ruso, cito de la edición alemana: *Allgemeine Organisationslehre. Tektologie*, Berlín 1926, t. L., p. 19.

⁴²⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁴²⁹ *Ibid.*, p. 21.

⁴³⁰ *Ibid.*, p. 47.

y el «paso de uno a otro llega a ser tan fácil, como el paso de una especialidad a otra dentro de la producción industrial».⁴³¹

Cuanto más se desarrolla la ciencia en un sentido «monístico», tanto más pierde su razón de ser la filosofía, concebida como un intento de unificar conocimientos dispersos y fragmentarios; al final, pues, la filosofía ya no será necesaria; por esto, por una parte irá desapareciendo y por otra desembocará en la ciencia monística. La universalidad de la filosofía consistía, en el pasado, en encontrar una síntesis de la experiencia, representada por una imagen armónica y unitaria del mundo. Pero el postulado de la unidad universal asegurada por la filosofía -«la firme consideración de la unidad»- resulta ingenuo en la época de la especialización de las ciencias. La tectología, que tiene la característica de proceder a la solución de los problemas especiales sólo cuando han sido generalizados anteriormente (éste es su sentido y su razón de ser) no «encuentra» la síntesis de la experiencia, contrariamente a la filosofía, sino que la crea. Su procedimiento es activo y organizativo. Es superior a la filosofía porque su universalidad tiene un carácter al mismo tiempo científico y práctico. La decimoprimer tesis de Marx sobre Feuerbach «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo», se convierte en el lema y la legitimación de la tectología, y el mismo Marx es definido como el «gran precursor de la teoría de la organización».⁴³² Puesto que las leyes de la organización son necesarias en primer lugar para la praxis y puesto que toda la experiencia organizativa de la humanidad entra dentro del ámbito de la tectología, ésta es «revolucionaria por naturaleza», en palabras de Bogdánov. El desarrollo de esta ciencia -la ciencia de Bogdánov- «será un indicio de que los hombres han conquistado el dominio consciente sobre la naturaleza exterior y social, así como de la posibilidad ilimitada de resolver las tareas propias de la teoría y de la praxis según planes científicos».⁴³³

En la medida en que la filosofía ha anticipado con su trabajo sintético, las generalizaciones científicas (por ejemplo con la idea de

⁴³¹ *Die Entwicklungsformen der Gesellschaft*, p. 211.

⁴³² *Allgemeine Organisationslehre*, t. L. p. 85.

⁴³³ *Ibid.*, p. 86.

la indestructibilidad de la materia, y de la energía), y en la medida en que algunas construcciones filosóficas tienen un carácter claramente tectológico, aunque no sean conscientes de ello (por ejemplo la dialéctica o la teoría de la evolución de Spencer), entrarán a tomar parte de la nueva teoría de la organización y perderán así su carácter específicamente filosófico.

Esta ciencia universal de los métodos de la organización -una ciencia que generaliza y recoge en un conjunto unitario todos los diferentes métodos y los sectores particulares de la ciencia-, es para Bogdánov la «ciencia del futuro», la «metodología del mundo».⁴³⁴

Como sector alejado de la praxis, la filosofía está ya cercana a su muerte, escribe Bogdánov en 1911. El mismo empiriomonismo no es en absoluto una filosofía completa y acabada, sino una forma de transición, puesto que conoce su camino y sabe a quién ceder su lugar. No es un fin último, sino la premisa inmediata de una nueva sistematización.

El inicio de una nueva ciencia general se planteará en los próximos años; su expansión nace de aquel trabajo organizativo gigantesco y febril que creará la nueva sociedad y terminará el tormentoso prólogo de la historia de la humanidad. Este tiempo no está ya muy lejano.⁴³⁵

En su «teoría de la organización» Bogdánov ha determinado las características de la dirección planificada de los procesos sociales, así como los principios que la conciencia humana tendrá que seguir para alcanzar un dominio completo de la naturaleza de la técnica y de la economía; y lo ha hecho con tal abundancia de detalles que hará falta un análisis mucho más amplio que el que se puede hacer en estas páginas. Las ediciones de la *Tektolohia* publicadas después de 1917 están aumentadas con textos en los que Bogdánov se ocupa de la organización de la sociedad soviética. Sus ideas acerca de la

⁴³⁴ Cf. a este respecto el capítulo *Nauka budushchesgo*, en BOGDÁNOV, *Filosofía zhivogo opyla*, Moscú 1920; Bogdánov redactó esta obra en 1909-1910 mientras desarrollaba aún su actividad en la escuela del partido de Capri o en el período inmediatamente siguiente.

⁴³⁵ *Ibid.*, p. 255.

organización planificada de la producción -Bogdánov mismo, por algún tiempo, fue miembro del Consejo superior de economía- así como acerca de la teoría del equilibrio (conocida hoy como sistema del *feed back*), han desempeñado una función extremadamente importante en la planificación económica soviética de la década de los veinte; otro problema ignorado hasta ahora por los estudiosos.

Finalmente la «ciencia general de la organización» de Bogdánov también ha encontrado su expresión en una forma completamente diferente y sorprendente: en Marte, donde un discípulo de Marx (el Marx de Marte se llama Xarma) ilustra las teorías de Bogdánov. En la novela *Krasnaia zvezda* (La estrella roja), escrita en 1906, todavía durante la revolución, y publicada en 1908, Bogdánov describe la imagen del «mundo nuevo» y de su organización; la obra tiene algo de novela política y de utopía al mismo tiempo, según un modelo propuesto en cierta manera por el *¿qué hacer?* de Chernishevski. Ya en el *Empiriomonismo*, Bogdánov había dado un juicio fundamentalmente positivo de la utopía, definiéndola como «actividad imperturbable en la lucha por la vida»- El pedagogo Bogdánov considera que la exposición de una utopía política bajo forma de novela (en 1912 el mismo Bogdánov escribió otra novela utópica, *Inzhener Menni* [El ingeniero Menni]) es un instrumento político-didáctico útil para hacer accesible a los trabajadores la idea de la sociedad colectivista futura: de hecho la presenta a las masas bajo la forma de imágenes eficaces, y no sólo como teoría, y de esta manera apela a su fantasía e imaginación. El colectivismo descrito en *La estrella roja* (e ilustrado con los ejemplos de la educación, a familia, la alimentación, la vejez, la enfermedad y la muerte, del trabajo, la ciencia y la socialización) debe su excelente funcionamiento a una máquina administrativa estadística central, que registra y controla los procesos de trabajo, la producción y la productividad de las empresas, la fluctuación de la fuerza de trabajo. Este mecanismo estadístico, que actúa con transmisiones y señales eléctricas, asegura a la producción el equilibrio programado, determinando qué productos tienen que ser fabricados, en qué cantidad, dentro de qué plazos y por qué número *de* fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo libre recibe las informaciones de la central estadística en cualquier lugar donde se encuentre, después de lo cual se dirige espontáneamente y en masa a los lugares de producción desde donde

se ha hecho la demanda para producir los bienes que faltan y en la cantidad requerida. De esta manera se alcanza el equilibrio estadístico necesario para el proceso de producción y para el buen funcionamiento de la sociedad, aunque todos sean completamente libres de escoger su lugar de trabajo y la organización de su trabajo. Se trata de una «profecía de la filosofía proletaria a punto de nacer», como definió Lunacharski la utopía de Bogdánov en una recensión de 1908. La idea de Bogdánov de la ciencia como experiencia colectiva de los hombres y como instrumento para organizar la vida de la sociedad está anticipada en esta utopía, donde son realizados el ideal colectivista y la esperanza de una desaparición total del individualismo en la sociedad perfecta del futuro. El progreso técnico es el único criterio de la verdad.

Pero junto a estas «grandes» ideologías, o «ideologías fundamentales» del colectivismo, el empiriomonismo y la tectología, se analizan en numerosos escritos las otras formas ideológicas del colectivismo que permiten a la humanidad «organizar y planificar sus fuerzas creadoras y su vida en todos los campos».⁴³⁶ por ejemplo las normas sociales, es decir las normas de la solidaridad, entre compañeros, que sustituyen a las normas jurídicas morales de la cultura burguesa; o bien el arte concebido como instrumento pedagógico y organizativo; o incluso la creación de una lengua unitaria de la humanidad, como «forma más general de organización para una cooperación a escala mundial».⁴³⁷ El colectivismo- así lo sugiere el análisis de cada tendencia ideológica- significa la abolición en todos los campos de la especialización o, como dice Bogdánov recogiendo una expresión de Ernst Mach, del «filisteísmo de la especialización».

Por lo que se refiere a la unificación lingüística, Bogdánov considera sintomático el hecho de que todo nuevo invento produce una terminología para indicar las partes de la máquina, sus funciones y la manera con que el obrero tiene necesariamente que actuar con ellas; con modificaciones poco relevantes, la mayoría de estos términos ha sido adoptada por todas las lenguas y lo mismo ocurre también con la terminología de las ciencias exactas. Pero también en

⁴³⁶ Ibid.

⁴³⁷ BOGDÁNOV, *Die Entwicklungsfornien der Gesellschaft*, página 255.

otros campos el incremento de palabras extranjeras sirve para indicar una compenetración recíproca de las distintas lenguas. O sea que el lenguaje -la forma más primitiva de organización- puede desarrollarse hasta llegar a ser una lengua unitaria válida para todo el proceso de trabajo, en base a una unidad efectiva y práctica de la vida de los hombres, o sea del colectivismo. Pero hay que tener en cuenta que Bogdánov no se refiere en absoluto a los intentos artificiosos de construir lenguas internacionales, como el esperanto. Se trata en estos casos de productos típicos de intelectuales y estudiosos ingenuos que no entienden el sentido de la lengua en general y que «sin poseer ninguna experiencia universalmente humana» de la lucha de los pueblos y de las clases, han decidido, de manera abstracta, crear una lengua artificial.⁴³⁸

El nuevo concepto de arte colectivista no significa en absoluto que todo el arte del pasado deba ser condenado y rechazado, crítica que más tarde será dirigida repetidamente a Bogdánov por los adversarios del *Proletkult*, especialmente por Lenin y Trotski. Sencillamente la conciencia colectivista entiende el arte de manera distinta. Con el nuevo arte el colectivismo transforma el antiguo y hace de él un medio pedagógico, un instrumento organizativo para sus propias finalidades. Por ejemplo, en el mundo antiguo la estatua de una divinidad tenía sentido religioso, para el artista y sus contemporáneos, encarnaba sentimientos autoritarios y era una imagen de un poder organizativo superior. En la época de la conciencia colectivista se ve y se siente en ella el ideal de vida del colectivo (comunidad, tribu, casta) que la produjo a través de su artista, la expresión de la comunión secular de la psicología de los esfuerzos, los sentimientos y la fe de aquel colectivo. Y colectivismo tampoco quiere decir que los talentos creativos tengan que ser reclutados sólo en el proletariado (Bogdánov ha subrayado repetidamente este punto en sus escritos, antes y después de 1917), aunque sea difícil que un intelectual se sienta unido profundamente a la vida colectiva.⁴³⁹

Lo que está en la base de todos los programas de Bogdánov para una «cultura proletaria», para una ideología colectivista, es su

⁴³⁸ Ibid., pp. 225-26.

⁴³⁹ Ibid. pp. 212-14.

postulado de la «revolución cultural en el proletariado»: «Es su revolución socialista interna la que tiene que preceder incondicionalmente a la revolución socialista externa de la sociedad».⁴⁴⁰

6. *La filosofía de la lucha proletaria*

El postulado de la revolución cultural en el proletariado, que debe tener lugar antes de la revolución política y económica, es una alternativa fundamental a la orientación revolucionaria del bolchevismo de Lenin. Efectivamente, la «teoría de la revolución» de Bogdánov se inspira en una interpretación de las perspectivas revolucionarias futuras sustancialmente distinta de la de Lenin: es la «ciencia de la organización», que se desarrolla sobre la base de las condiciones técnicas y económicas del trabajo en el capitalismo, la que realizará finalmente la transformación revolucionaria del mundo. «Cultura proletaria» significa que el proletariado está maduro para realizar por sí solo, sin la ayuda de los jefes-ideólogos autoritarios, e inmediatamente después de la revolución, el orden colectivista futuro de la sociedad que se preanuncia ya en la época del capitalismo, en virtud de su conciencia de la «colaboración solidaria entre compañeros». Dicho de otra manera: las coacciones externas y sociales, como el Estado, el dominio, el derecho y la moral, usos y costumbres, religión y metafísica, y especialmente un grupo de élite privilegiado que dirige al proletariado, ya no son necesarios.⁴⁴¹ El colectivismo -que Bogdánov llama también indistintamente socialismo y comunismo- empieza inmediatamente después de la revolución.

Según Bogdánov, la base para una sociedad armónica no podía estar constituida por el simple cambio de las relaciones de propiedad, sino por una profunda transformación de la esfera de la producción, donde la división del trabajo determinada en el curso de la historia, junto con la especialización, ha provocado la

⁴⁴⁰ Ibid., p. 224.

⁴⁴¹ Sobre estas ideas para el futuro cf. Bogdánov, *Krati kursekonomicheskoi nauki*, especialmente el capítulo final *Sotsialisticheskoe obshchestvo*.

fragmentación de las ideas y del pensamiento y por consiguiente la desunión de los hombres. Para esta finalidad, hacían falta ideas más evolucionadas acerca de la estructura de esta base, de las relaciones de producción, de la ideología, de la conciencia, etc. En la base de estas ideas --expuestas en las páginas anteriores-- estaba la filosofía de Bogdánov, que, a su vez, se apoyaba en los conocimientos de las ciencias de la naturaleza: el empiriomonismo.

Bogdánov mismo identifica su «fin último filosófico», el empiriomonismo, con el «ideal de un conocimiento integral y riguroso». El empiriomonismo, como podemos leer en el tercer tomo de su gran obra filosófica, «es el intento de dar a nuestra época y a la clase a la que me he consagrado enteramente, una visión del mundo lo más armónica posible». Era un intento -afirma- que había emprendido totalmente solo; no estaba afiliado a ninguna escuela filosófica propiamente dicha, aunque hubiese utilizado sus ideas como material para sus elaboraciones. «Sólo la filosofía social de Marx fue algo más que un simple material: fue la regla y el método de mi trabajo al mismo tiempo».⁴⁴²

Esta afirmación de independencia de las «escuelas filosóficas» es una réplica explícita a Plejánov, el primer teórico marxista ruso que en la introducción a la «*Kritika mashij kritikov*» (La crítica de nuestros críticos) había definido y condenado a Bogdánov como «machista» y «empiriocriticista». En este texto de 1906, Bogdánov replica: «Soy mucho menos "machista" que "holbachiano" es el camarada Plejánov; y espero que esto no nos impida ser buenos marxistas».⁴⁴³ Al mismo tiempo admite haber aprendido mucho de Mach: en primer lugar la idea de que los elementos de la experiencia no son ni «físicos ni psíquicos», y que estas características dependen exclusivamente del contexto de la experiencia. ¿En que consiste exactamente la influencia de los empiriocriticistas sobre Bogdánov, y cómo se diferencia Bogdánov del empiriocriticismo para justificar su sistema, el empiriomonismo (el término es del mismo Bogdánov)?

La formación de Bogdánov (descrita en el *Empiriomonismo*, en 1906) fue la de un naturalista; por esto en un primer momento había estado muy cerca del «materialismo de los naturalistas», con su

⁴⁴² *Empiriomonizm*, cit. libro 111, Introducción, p. XL.

⁴⁴³ *Ibíd.*, p. XLI.

monismo gnoseológico riguroso, con su objetivismo científico y su rechazo categórico de todos los «fetichismos de las concepciones religiosas y metafísico-idealistas». Pero luego el «materialismo social» de Marx le habían convencido que el «viejo» materialismo de los científicos de la naturaleza era insuficiente.⁴⁴⁴ Sin embargo, aún después de haberse vuelto marxista, en el sentido de la filosofía marxista de la sociedad, no había tenido motivo alguno para «renunciar a su vieja aspiración de buscar en las ciencias naturales las bases para la filosofía». Muy al contrario: si se entendía como filosofía la suma de la experiencia y de la ciencia, la realización de un sistema completo de conocimientos, precisamente la filosofía marxista, inexistente hasta entonces, tenía necesariamente que configurarse como una filosofía natural. «Precisamente las ciencias naturales son la ideología de las fuerzas productivas de la sociedad, puesto que se fundan en la experiencia técnica y en la ciencia técnica; según la idea fundamental del materialismo histórico, las fuerzas productivas de la sociedad son la base de su desarrollo en general».⁴⁴⁵ Crear una filosofía «unida orgánicamente a la teoría científica del marxismo» es la tarea que Bogdánov se propone resolver en el *Empiriomonismo* y en muchos otros escritos. Quiere conocer el conocimiento mismo y, de acuerdo con el marxismo, a través de una investigación socio-genética, el único camino posible,⁴⁴⁶ realizar una síntesis armónica entre los métodos de las ciencias naturales y su filosofía como se han desarrollado después de Marx y Engels por un lado, y la filosofía social de Marx por el otro.

La influencia del empiriocriticismo⁴⁴⁷ procede del hecho de que el materialismo dialéctico concebido por Engels ya no podía ser conciliado con los conocimientos de las ciencias modernas de la naturaleza. Los últimos descubrimientos de la física habían generado fuertes dudas acerca de la validez del concepto de materia: el átomo,

⁴⁴⁴ Ibid., p. III.

⁴⁴⁵ Ibid., pp. XXII-XXIII.

⁴⁴⁶ Ibid., p. IV.

⁴⁴⁷ Este nuevo examen de la influencia ejercida por el empiriocriticismo sobre Bogdánov y de su alejamiento de la orientación, que llevó a la elaboración de su sistema peculiar, el empiriomonismo, se remonta a las clases dadas por J.Lieber a principios de la década de los 60 en la Universidad Libre de Berlín.

en el que se había visto hasta aquel momento el último elemento material del mundo, se reducía ahora a un centro de energía y de fuerza. En las discusiones científicas de la época se hablaba de una «desaparición de la materia». Los empiriocriticistas Ernest Mach (que era también físico) y Richard Averanius habían sacado la conclusión de que el mundo se presenta de un modo inmediato al conocimiento humano con la sensación. Todos los conceptos utilizados por los hombres no son más que signos que indican esas sensaciones inmediatas; son símbolos mentales, signos que sirven para la comunicación y comprensión entre los hombres y la facilitan, pero que no tienen ninguna correlación con la realidad. Son meros símbolos conceptos como la cosa, la causa, el cuerpo, el átomo y la materia; y también las llamadas leyes naturales no son en el fondo más que símbolos mentales, hipótesis de trabajo. Según los empiriocriticistas, la formación de estos conceptos y la formulación de las leyes naturales, en la vida como en la ciencia, es un proceso que tiene lugar porque el hombre se esfuerza en ahorrar actividades cerebrales, en economizar su pensamiento. Este principio de la «economía mental» significa el rechazo de nociones materialistas clásicas como las leyes o la causalidad, que en realidad son conjeturas metafísicas sin ningún fundamento en la experiencia. La materia se convierte en un puro símbolo mental para modificar un conjunto relativamente estable de elementos sensoriales y las categorías de causa y efecto son sustituidas por el concepto funcional de la constancia de algunas conexiones. Así pues, aunque todo conocimiento puede ser reducido a sensaciones y conjuntos de sensaciones, la formación de los conceptos es necesaria para el hombre y para la actividad cognoscitiva que le es propia: conocer no es más que ordenar las sensaciones con el instrumento del concepto, para una comprensión recíproca lo más sencilla posible y un ahorro de actividad intelectual lo mayor posible. Es decir que el pensamiento científico tiene especialmente la finalidad de simplificar la comunicación y la comprensión recíproca de los hombres sobre sus contenidos sensoriales. Pero el filósofo que conoce estos hechos tiene que señalar que en el fondo toda conceptualización ignora la realidad y la contradice, en el sentido de que intenta fijar con el concepto, en el flujo de las sensaciones, algo que en realidad no puede ser fijado.

Uno de los problemas principales de Mach y Avenarius había sido el siguiente: ¿Cómo es posible derivar de las sensaciones, que son subjetivas, el carácter objetivo del mundo físico y de su conocimiento? Bogdánov, que adopta su teoría, según la cual la sensación es el elemento del conocer, considera sin embargo que el empiriocriticismo es insuficiente, porque no supera el dualismo entre lo psíquico y lo físico. E intenta proponer, a su vez, yendo más lejos que Mach y Avenarius, un monismo según el cual los fenómenos físicos y psíquicos se configuran como elementos de una idéntica experiencia, organizados de manera distinta: los elementos psíquicos son la experiencia organizada individualmente; los físicos son la experiencia organizada socialmente.⁴⁴⁸ El problema del origen subjetivo y de la validez objetiva universal de todos los conocimientos sobre el mundo, lo resuelve Bogdánov con la hipótesis de que la objetividad tiene su razón de ser en un hábito y costumbre social. El mundo físico es experiencia socialmente acordada, socialmente armonizada o socialmente organizada. Según esta concepción del mundo, conceptos como el tiempo, el espacio, la causa, la ley, la grandeza, la calidad, etc., no son propiedades del mundo o de las cosas en sí mismas, pierden todo carácter objetivo, son simples formas de organización y de clasificación de la experiencia, que sólo permiten al hombre formar un mundo objetivo en general. Pero estas formas clasificadoras tienen validez general para todos los hombres porque se han construido sobre la base de un entendimiento recíproco y han obtenido, por decirlo de alguna manera, un reconocimiento social. La realidad en su conjunto es, pues, el resultado de una experiencia organizativa que tiene sus bases en las sensaciones dadas originariamente, y que finalmente alcanza su validez universal gracias al hábito social de utilizar determinadas formas y determinados conceptos clasificadores.

Al reconocer al hábito social una función tan definitiva en la construcción de un mundo científicamente ordenado y conocido, Bogdánov cree no sólo que permanece fiel al marxismo y a su teoría del condicionamiento social del conocimiento, sino que le proporciona, además, una base filosófica mejor que la de Engels. Lo demuestra con especial evidencia su concepto de la verdad: según

⁴⁴⁸ BOGDÁNOV, *Empiriomonism*, cit. libro 1, pp. 35-41.

Bogdánov, la verdad de un pensamiento se deriva siempre únicamente de su formulación en un determinado contexto social. La verdad no es una grandeza objetiva, suprahistórica, como para Plejánov. Verdad es para Bogdánov lo que es socialmente válido para una determinada época. Así pues, todo el conocimiento es la técnica de una organización socialmente útil de la experiencia y de sus elementos, de las sensaciones. Este conocimiento es verdadero sólo si ayuda a grupos determinados a formarse una imagen del mundo que haga posible su vida. La verdad es una «máquina mediante la cual se corta, se recorta y se cose la realidad».⁴⁴⁹

La finalidad del conocimiento es la comprensión de la realidad, sino la organización adecuada de nuestra experiencia a partir de sus elementos.

Así como el pensamiento consiste en organizar los elementos de la experiencia, así toda la actividad humana en general es actividad organizativa. El sentido de toda organización es la creación de estados de equilibrio entre las fuerzas más dispares y opuestas entre sí. Pero, una vez conquistado, todo equilibrio puede ser alterado por la aparición de fuerzas nuevas, libres. Y por tanto la lucha por el equilibrio no se convierte sólo en el principio supremo de la actividad humana organizadora, sino también en la ley de desarrollo del mundo y de la historia; en este sentido incluso la dialéctica es para Bogdánov una lucha para eliminar desequilibrios que nacen del contraste entre fuerzas orientadas de manera diferente.

A partir de este nuevo fundamento filosófico del marxismo, que tiene como finalidad superar el determinismo mecanicista desarrollado a partir de los últimos escritos de Engels y de los de Plejánov, Bogdánov llegó a la concepción de la realidad y de la revolución que ya hemos analizado anteriormente. Su filosofía había tomado la forma de una «teoría general de la organización», capaz de organizar y planificar los estados de equilibrio de la sociedad futura; así podía declarar que su filosofía era capaz de transformar el mundo; aún más, que era la teoría revolucionaria misma; la organización o transformación planificada del mundo le parecía que constituían, por una parte, la innovación necesaria con respecto al

⁴⁴⁹ Citado sin especificar las fuentes por G. A. WETTER, *Der Dialektische Materialismus*, Viena 1958, p. 109.

determinismo y fatalismo histórico de Plejánov; y por otra parte, su tarea organizativa apelaba a la actividad de la imaginación humana con vistas a un fin común y concedía espacio a la voluntad en la construcción de la sociedad futura. Al atribuir tanta importancia a la experiencia organizativa para el curso de la historia y para el proceso social, Bogdánov asigna a la conciencia un papel extremadamente importante, aunque no principal;⁴⁵⁰ en este aspecto se diferencia radicalmente de sus críticos ortodoxos», a los que objetaba conscientemente que la división de la sociedad no puede ser interpretada esquemáticamente por la propiedad de los medios de producción, sino que requiere también de una explicación más clara que tenga en cuenta la posesión de la experiencia organizativa;⁴⁵¹ capaz de atribuir un peso más relevante, respecto al marxismo «ortodoxo», a la función de la ideología. Naturalmente, estaba fuera de lugar sacar la conclusión de que Bogdánov no cree en la necesidad de que el proletariado asuma el poder y de que los medios de producción pasen a manos de la clase obrera:⁴⁵² también para él la

⁴⁵⁰ Los críticos de Bogdánov ponen de relieve con insistencia su afirmación según la cual el ser social y la conciencia social son idénticos (cf. BOGDÁNOV, *Iz psijologi obshchestva*, San Petersburgo 1904. p. 51). De todas maneras no hay que entender la frase separada de su contexto: en este caso Bogdánov se alza contra el ingenuo dualismo de Plejánov y sus discípulos, que han absolutizado, «fetichizado» la célebre tesis de la *Crítica de la economía política* («el ser social determina la conciencia social») al considerar el ser como algo que está fuera de la conciencia. Por el contrario, Bogdánov cree interpretar correctamente a Marx cuando insiste sobre el hecho de que los factores económicos son inseparables de la conciencia: no son relaciones físicas entre los cuerpos, sino relaciones de trabajo que los hombres mantienen entre sí; el mismo trabajo es, por otra parte, una actividad consciente.

⁴⁵¹ Cf. A este respecto la crítica de Kautsky a la traducción alemana del ensayo de BOGDÁNOV, *Entwicklungsformen Gesellschaft*: Bogdánov habría confundido la economía con la técnica y el modo de producción «para el cual la forma de la propiedad los medios de producción es absolutamente decisiva», con el modo de trabajar, «que en determinadas condiciones técnicas es siempre el mismo, prescindiendo de la propiedad de los medios de producción»; cf. K. KAUTSKY. *Eine materialistische Geschichte des menschlichen Denkens*, en "Die Gesellschaft", 1925, t. I, P. 571.

⁴⁵² Así opina WETTER *Der dialektische Materialismus*, páginas 112-13.

revolución, la socialización de la propiedad es el presupuesto necesario para la creación de la sociedad colectivista-comunista; pero la revolución no cambiará en absoluto la suerte de los trabajadores, o la cambiará sólo de manera irrelevante, si éstos son incapaces de asumir su propio destino, y lo entregan a las «autoridades» ajenas a la clase. En este sentido su teoría de la revolución no considera la lucha de clase incondicionada como el único contenido decisivo de la conciencia proletaria, sino que atribuye una fuerza «revolucionaria» eminente a la «cultura proletaria», con el significado que hemos aclarado anteriormente.

El aspecto activista, voluntarista de la filosofía de Bogdánov, que quiere romper con el materialismo determinista, metafísico de los marxistas «ortodoxos», está relacionado directamente con la definición de la esencia del bolchevismo que aparece en sus escritos políticos y programáticos: el bolchevismo es organización, conciencia del proletariado y voluntad de la revolución. Parece significativo el hecho de que en su *Materialismo y empiriocriticismo* Lenin no trata el fondo del programa político-revolucionario de Bogdánov, su interpretación del bolchevismo. Efectivamente, su teoría política se basa también en una concepción del bolchevismo organizativo, consciente y voluntarista. Y en cierta manera, su praxis política estaba mucho más cercana al activismo y voluntarismo de Bogdánov, que al determinismo de Plejánov. Conscientemente Lenin evita a este respecto el debate político. Replica a Bogdánov defendiendo la «ortodoxia» y el materialismo determinista de Engels, y recoge uno a uno los argumentos filosóficos de Plejánov, incluso la crítica dogmática a que este último sometió a Bogdánov en cuanto empezaron a aparecer sus escritos.

Con esto Lenin creía haber rebatido la acusación de Plejánov según la cual el revisionismo de Bogdánov era la auténtica filosofía de los bolcheviques, Y según la cual éstos basaban su blanquismo en la herejía de Mach, de tal manera que según la opinión del mismo Plejánov, sólo los mencheviques eran los auténticos herederos del marxismo ortodoxo. Además, la específica situación política existente en el interior del partido en su conjunto había permitido a Lenin hacer creer por motivos tácticos que la lucha emprendida en contra de los «liquidadores» de izquierda», presentes en sus filas, debía ser situada en un plano análogo a la llevada a cabo por Plejánov

en contra de los «liquidadores de de derecha» mencheviques. *Materialismo y empiriocriticismo* puede ser leído solo teniendo presente esta equiparación entre la filosofía de Bogdánov y el bolchevismo, de la que fueron artífices los mencheviques, y entre cuyos críticos se distinguen de manera particular, junto a Plejánov, A. M. Deborin y L. I. Axelrod (ortodoxo); a propósito de esto, no nos tiene que llevar a engaño el hecho casi paradójico de que la influencia del empiriocriticismo ganara terreno también entre los mencheviques. El mismo Bogdánov vio en *Materialismo y empiriocriticismo* el intento de Lenin de presentarse en el terreno filosófico, en relación con la «auténtica ortodoxia», como «auténtico discípulo de Plejánov». ⁴⁵³ La inversión de la dialéctica en religión y en metafísica ⁴⁵⁴ efectuada por Lenin, a juicio de Bogdánov no es más que el producto del pensamiento autoritario, estático y por tanto «religioso», de la «escuela materialista nacional», es decir, del «marxismo ruso» específico. Hasta la publicación de *Materialismo y empiriocriticismo* esta «escuela» habría estado encarnada casi exclusivamente por Plejánov. La crítica de Bogdánov al estancamiento del marxismo se dirige, incluso en su escrito publicado en 1908 *Prikljuštenie odnoi filosofskoi skoly* (La aventura de una escuela filosófica), exclusivamente contra Plejánov. A partir de entonces junto a éste coloca también casi al mismo nivel, a Lenin, de quien Bogdánov ya no sabe «a qué fracción de los marxistas rusos pertenece». ⁴⁵⁵

En estas páginas no podemos examinar en qué medida la definición de los conceptos de materia y dialéctica propuesta en *Materialismo y Empiriocriticismo*, así como la determinación filosófica es un criterio para decidir el contenido de verdad de un conocimiento (toma de partido del pensamiento), constituyen un elemento esencial de lo que más tarde se convertirá en filosofía, de Lenin, y más tarde en leninismo. Aquí, a propósito del conflicto entre Lenin y Bogdánov, tenemos que constatar que, aunque *Materialismo y empiriocriticismo* está escrito contra Bogdánov, no contiene una discusión profunda de sus posiciones, como por ejemplo hace

⁴⁵³ A BOGDÁNOV, *Vera i nauka*, Moscú 1910, pp. 197 y 199.

⁴⁵⁴ *Ibid.*, p. 192.

⁴⁵⁵ *Ibid.*, p. 194.

Plejánov en *Materialismus militans*, que no hubiese podido sustraerse al análisis de su teoría de la revolución proletaria. En otras palabras, el análisis de *Materialismo y empiriocriticismo* contribuye muy escasamente, por no decir en nada, al conocimiento de las diferencias reales, políticas y tácticas, existentes entre Bogdánov y Lenin. En cambio, es útil para entender en qué consiste la reelaboración del materialismo dialéctico efectuada por Lenin en un momento en que las ciencias de la naturaleza se encuentran en una situación distinta respecto a los tiempos de Engels. Bien mirado el pensamiento filosófico expuesto en *Materialismo y empiriocriticismo* no se desarrolla gracias a una confrontación auténtica y real con un problema filosófico, sino que tiene motivaciones de orden práctico y político. En el proceso de formación de la filosofía de Lenin, la discusión con Bogdánov representa sólo una etapa, que había sido precedida por otros momentos y por otras polémicas con otros grupos políticos, como los populistas, los marxistas «legales» y los «economistas».

MASSIMO L. SALVADORI

La socialdemocracia alemana y la revolución rusa de 1905. El debate sobre la huelga de masas y sobre las «diferencias» entre Oriente y Occidente

Es una opinión generalizada que la socialdemocracia alemana ha sido el partido líder de la Segunda Internacional, tanto por el poder de su organización, junto a la que se alineaban los «sindicatos libres» ligados al partido y dirigidos por socialdemócratas, como por la importancia de los debates teóricos que se desarrollaron dentro de ella y que se convirtieron en capítulos de la historia del marxismo internacional. El más célebre y significativo de estos capítulos es, sin duda, aquel que se refiere a la polémica acerca del revisionismo, que se produjo durante los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX. Otro importante capítulo es el que hace referencia al debate desarrollado durante la revolución rusa acerca de la huelga de masas y la polémica que estalló sobre este tema dentro del partido socialdemócrata y entre el partido, por un lado, y los sindicatos por otro. Este debate está perfectamente claro en cuanto a sus contenidos; y ha sido reconstruido muchas veces, no sólo en las obras de conjunto sobre la socialdemocracia alemana, sino también en las monografías dedicadas a los principales personajes que participaron en aquellas discusiones; entre todos ellos destaca Rosa Luxemburg, que, aunque no fue la única sí lo hizo más apasionadamente que nadie, teorizó la huelga de masas como una forma nueva de la revolución proletaria moderna.

1. Las raíces de una polémica

Muchas veces reconstruido, en líneas generales al menos, este debate, sin embargo, no ha sido considerado en toda su importancia histórica. Se desarrolló en Alemania, bajo la poderosa influencia de la primera revolución rusa entre 1905 y 1907, durante un período en el que el Imperio guillermino se vio sacudido por grandes luchas de masas que tenían su origen tanto en reivindicaciones económicas cuanto en la aspiración de cambiar los injustos sistemas inmorales

internos, sistemas que condenaban a la socialdemocracia a ser una auténtica minoría política. Las cuestiones que, en aquel momento, se le plantearon al movimiento obrero alemán fueron las siguientes: ¿Debía adoptar la socialdemocracia alemana, para sus objetivos, la misma huelga de masas que había utilizado el proletariado ruso en su lucha contra el régimen zarista? ¿Debía ser reconocido el partido como guía indiscutible de todo el movimiento obrero y por lo tanto también de los sindicatos?

La reconstrucción de las controversias que, con relación a las cuestiones antes planteadas, dividieron al movimiento obrero alemán tiene una enorme importancia no sólo para la historia de Alemania y del partido líder de la Segunda Internacional. Esta reconstrucción es de gran importancia - y aquí tocamos el punto esencial, un punto que pienso no ha sido suficientemente aclarado por la historiografía- sobre todo porque durante esas polémicas se plantearon de forma clara e irreversible las premisas de la división que, a partir de 1917, partió en dos bloques principales al movimiento obrero europeo: uno que consideró que el proceso revolucionario debía estar basado fundamentalmente en la lucha de masas extraparlamentaria, y que era precisamente el proletariado ruso quien había abierto el camino de la nueva estrategia; otro, por el contrario que consideró suicida la imitación de las formas de lucha del proletariado ruso por parte del proletariado de los países con un capitalismo desarrollado, que era necesario actuar de acuerdo con la legalidad de las instituciones parlamentarias y que era asimismo indispensable alcanzar el socialismo ampliando los espacios creados por la democracia política extendida según la herencia liberal. Detrás de esta diversidad de planteamientos se escondía una profunda divergencia respecto al grado de «especificidad» de las condiciones y también de las formas de lucha de los trabajadores rusos.

En una palabra, lo que se discutió en Alemania entre 1905 y 1907 fueron las «diferencias» entre Oriente y Occidente, cuestión que habría de tener una continuidad, primero en el período siguiente a la tercera revolución rusa, dividiendo frontalmente a socialdemócratas y comunistas, después, tras el fracaso de la estrategia de la Tercera Internacional orientada a combatir al «socialfascismo», al llevar a nuevas reflexiones a los mismos comunistas, como la de los *Quaderni* de Gramsci, y finalmente, tras la desestalinización, llegando a través

de un largo proceso al «eurocomunismo». Hay que tener en cuenta, además, que el tema de las «diferencias» fue objeto de una sofisticada elaboración, durante el período entre las dos guerras mundiales, por parte de los austromarxistas, sobre todo por parte de Otto Bauer. Naturalmente, no se pretende decir que en el debate que tuvo lugar en el movimiento obrero alemán, entre 1905 y 1907, ya estuviese presente todo lo que más adelante fue objeto de polémica. Lo que se pretende establecer es que, por un lado, el problema fue entonces planteado en sus puntos esenciales, y, por el otro, que la división que se produjo después de 1917 entre socialdemócratas y comunistas tuvo entonces, en ciertos aspectos una anticipación y clarificación teórica y política.

2. La revolución rusa y la situación alemana

El poderoso eco de la primera revolución rusa se hizo sentir en una Alemania que había entrado en una fase de duras luchas sindicales y políticas, que estaba profundamente agitada por las repercusiones de la confrontación interimperialista, que había tenido su cénit en la primera crisis de Marruecos, y que estaba atravesada por contradicciones provocadas por la represión realizada en sus colonias africanas. En poco tiempo la revolución rusa puso en marcha un movimiento obrero alemán al que las condiciones internas situaban en un grado de combatividad que planteaba en el orden del día la cuestión de los objetivos de la lucha y de las formas de dicha lucha.

1905 se inició para los alemanes con la importante huelga minera de la región del Ruhr, en la que participaron más de doscientos mil huelguistas. Esta huelga tuvo una importancia excepcional, no sólo por su duración (se inició el 7 de enero y concluyó el 19 de febrero), sino también porque evidenció plenamente el espontáneo empuje de las masas que creó graves dificultades a la dirección de los mismos «sindicatos libres» socialdemócratas, la cual hubo de preocuparse no sólo por la rígida posición del frente patronal, decidido a no hacer ninguna concesión, sino también por la lucha que se prolongaba en base a una radicalización que afectaba tanto a los obreros organizados como a los desorganizados. A la huelga pusieron fin, a

duras penas, los sindicatos el 9 de febrero, con una clara derrota de las reivindicaciones de los trabajadores, pero de hecho se arrastró hasta el 19. La huelga del Ruhr fue el episodio más importante de las luchas obreras entre 1905 y 1907, y fueron numerosas las agitaciones sindicales que se produjeron después. En conjunto en 1905 se produjeron 2.323 huelgas y cierres patronales, con un total de 507.964 huelguistas; en 1906, 3.480 huelgas y cierres patronales con 316.042 huelguistas; en 1907, 2.792 huelgas y cierres patronales con 281.030 huelguistas.

Junto al movimiento de lucha sindical iniciado por la huelga del Ruhr, otro frente de agitación empezó en 1905: el que pretendía la reforma del sistema electoral de las «tres clases», en vigor en los Land de Prusia y de Sajonia y en base al cual la socialdemocracia estaba condenada a una auténtica impotencia política. En las principales ciudades de Sajonia (Dresden, Leipzig, Chemnitz) se produjeron, entre noviembre y diciembre, grandes manifestaciones de masas, en Dresde, con violentos enfrentamientos con la policía. En Hamburgo, en enero de 1906, se produjo una importante huelga por motivos políticos (en protesta contra el sistema electoral municipal). Durante el mismo mes se repitieron las agitaciones contra el sistema electoral de las «tres clases» en Prusia y Sajonia, agitación que continuó todo el año.

A estas causas de la agitación de masas se añadieron después, como ya se ha dicho, aquellas ligadas a la política imperialista de Alemania, que, con ocasión de la primera crisis de Marruecos, creó un serio peligro de conflicto interimperialista entre las potencias europeas, con graves repercusiones en el nivel de vida, sobre todo de los trabajadores, debido al enorme aumento de los gastos del ejército y la armada. Las relaciones sociales se agravaron posteriormente con la llegada de las noticias de la represión que las tropas alemanas realizaban, con enorme dureza, contra la población indígena insurrecta de las colonias africanas.

En una situación de fuertes tensiones dentro de Alemania, la revolución rusa actuó como estímulo final, ya sea provocando manifestaciones de solidaridad con el proletariado del Imperio zarista, ya sea acentuando el debate teórico acerca de la relación entre reforma y revolución, acerca de los métodos más adecuados para enfrentarse a un capitalismo cada vez mejor organizado y

combativo, o acerca de la relación entre lo que ocurría en Rusia y las luchas en curso en Alemania y, más en general, en la Europa central y occidental. Fue muy significativo el hecho de que, así como el momento álgido de la revolución rusa contribuyó a radicalizar a una parte del partido socialdemócrata alemán, el declive y la derrota contribuyeron a que prevaleciera la tendencia más moderada, aislando a Rosa Luxemburg que se había erigido en guía de la radicalización y principal elemento teorizador. En las elecciones generales de enero de 1907 la socialdemocracia vio alterada drásticamente su representación parlamentaria. El análisis que hizo la socialdemocracia, la cual había cedido frente a la ofensiva moderada de los sindicatos, fue que no había que tomar ejemplo de la revolución rusa y que la vía principal del éxito en Alemania pasaba por la legalidad, el gradualismo y las reformas. Occidente (incluso el extraño «Occidente» que era la Alemania guillermina) no podía ni debía seguir a Oriente.

3. La polémica entre partido y sindicatos

La influencia de la primera revolución rusa se manifestó en Alemania con el empuje procedente de la lucha de masas para reconsiderar la estrategia del movimiento obrero en un terreno preciso, el de la utilización de la huelga general. Este debate se suscitó, con una fuerza sin precedentes dentro de las filas del movimiento obrero alemán, no sólo por el ejemplo ofrecido por las huelgas de masas rusas y las importantes luchas que se habían desarrollado en Alemania, sino también por la influencia que tuvieron las huelgas de masas que se desarrollaron entre 1902 y 1904 en Bélgica, Suecia, Holanda e Italia, donde las huelgas habían tenido finalidades abiertamente políticas, de tal manera que el Congreso de la Internacional realizado en Amsterdam, en agosto de 1904, había discutido la cuestión de la huelga general. La mayoría, una vez rechazada la idea anarquista de la huelga general, había considerado posible una huelga general política que, como medida extrema, estuviera dirigida a «obtener cambios sociales significativos, o bien a rechazar atentados de la reacción contra los derechos de los trabajadores». Es muy significativo que entre los más decididos

opositores a la huelga general estuviesen los delegados alemanes y que el sindicalista socialdemócrata alemán Robert Schmidt declarara que para los sindicatos de su país la cuestión de recurrir a la huelga general no era «ni siquiera discutible» y que en cambio la vía a seguir era la del trabajo gradual y el reforzamiento de las organizaciones obreras.

La tibieza de espíritu que existía en la socialdemocracia alemana se puso en evidencia por el hecho que en el Congreso del partido, realizado en Bremen en septiembre de 1904, una propuesta, apoyada entre otros por Karl Liebknecht y Clara Zetkin, la de poner en el orden del día del próximo congreso la cuestión de la huelga general, había encontrado la oposición de la dirección del partido y finalmente toda decisión había sido puesta en manos de esta última.⁴⁵⁶ Esta cuestión, que dentro del movimiento obrero alemán había permanecido hasta entonces como un motivo de discusión teórica más bien académica, se convirtió, por el contrario, en un tema de candente actualidad bajo la influencia de la primera revolución rusa y el desencadenamiento de luchas de masas como la gran huelga del Ruhr.

La revolución rusa suscitó un enorme entusiasmo en la socialdemocracia alemana, que había estado ligada siempre a la imagen de la Rusia zarista como baluarte de la reacción europea y a la de la monarquía de los Romanov como hermana de la monarquía alemana de los Habsburgo. Cuando Kautsky, en 1897, escribía que Marx y Engels habían dejado como legado «la lucha contra el zarismo» junto a la lucha contra el capitalismo, expresaba una especie de «sentimiento ideológico común» de la socialdemocracia.⁴⁵⁷ Se veía a Rusia, por lo tanto, como un viento reaccionario que soplaba desde Oriente hacia Occidente, como la encarnación máxima del militarismo y el burocratismo. Por lo tanto liberar a Europa y al mundo del absolutismo zarista significaba crear las

⁴⁵⁶ Para una esencial, aunque precisa y exhaustiva información sobre el debate en el movimiento obrero internacional sobre la huelga general desde sus inicios hasta 1905, véase J. BRAUNTHAL, *Geschichte der Internationale*, vol. 1, Hannover 1961, pp. 291-304; también K. KAUTSKY, *Der politische Massenstreik*, Berlín 1914, páginas 9-108.

⁴⁵⁷ K. KAUTSKY, *Die orientalische Frage und die Socialdemokratie*, en "Vorwärts", 4 marzo de 1897.

condiciones previas para un cambio político en todo el continente. En esta dirección se manifestaba significativamente el órgano de la socialdemocracia bávara, el «Münchner Post», de clara tendencia revisionista, justo antes del estallido de la revolución. Una «Rusia liberada» (afirmaba) constituiría «tal vez» el hecho más importante de la historia contemporánea después de la revolución francesa. «Como escudo de la reacción, Rusia no constituye tan sólo el Estado ideal para las dinastías alemana y austríaca, para los *Junker* y todas las potencias reaccionarias que sobreviven desde la Edad Media, sino que además Rusia pesa como una maldición sobre las demás potencias de la Europa occidental y del resto del mundo, obstaculizando cualquier intento hacia la libertad, actúa de modo reaccionario y oscurantista», mediante su política interna, su política exterior y su militarismo.⁴⁵⁸

Sostener la revolución rusa con el objetivo de democratizar, de unir, por así decirlo, Rusia a Occidente, se convirtió en la consigna principal e inmediata de la socialdemocracia alemana una vez que el «domingo sangriento» de San Petersburgo, el 22 de enero de 1905, dio inicio a la lucha de masas contra el zarismo. Esta posición fue expuesta claramente por August Bebel, jefe del partido, en un llamamiento hecho en abril de 1905: «la conquista de los derechos políticos y del poder político» debe constituir «el objetivo fundamental» de la revolución; es necesario conquistar una «república popular libre en todo el Imperio ruso», fundada en las libertades políticas y cívicas, en la plena libertad de organización, en una legislación social y en la jornada de ocho horas; la conquista suprema debe ser el sufragio universal.⁴⁵⁹

Hasta aquí, se trataba de un apoyo entusiasta pero genérico a la revolución rusa, apoyo que tenía como punto central el interés de la socialdemocracia alemana por el derrocamiento de la monarquía rusa, que había creado en toda Europa un clima más favorable para la extensión de la democracia y la distensión internacional. Una actitud que ocultaba el problema central que se le presentaba al

⁴⁵⁸ *Zusammensturz des Zarismus*, en "Münchner Post", 23 diciembre 1904.

⁴⁵⁹ *August Bebel an die deutschen Arbeiter und Arbeiterinnen in Russisch-Polen und Lituanien*. Offener Brief, en *Dokumente Materialien zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, volumen IV, Berlín 1967, pp. 143-144.

partido y a los sindicatos alemanes. Este problema era el siguiente: ¿Qué tenía que hacer el movimiento obrero nacional de Alemania para apoyar la revolución? y más concretamente, ¿las formas de lucha del proletariado ruso debían ser adoptadas para combatir al capitalismo y al Estado alemán? A partir del planteamiento de estos problemas se dividió profundamente el movimiento obrero alemán, de tal manera que la discusión acerca de la revolución en el Imperio zarista se transformó en una discusión, incluso lacerante, sobre la revolución en Alemania.

La polémica se agudizó en el debate sobre las repercusiones que la lucha de masas del proletariado ruso, y sobre todo la huelga de masas, podían tener en Alemania. La actitud asumida por la corriente radical de la socialdemocracia (Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Clara Zetkin, Franz Mehring y el mismo Kautsky), según la cual la huelga de masas rusa constituía una «lección» para el proletariado alemán, que tenía que prepararse para acciones ofensivas, realizadas fuera de la estrategia parlamentaria tradicional y reivindicativo-sindical, con el objetivo de alcanzar cambios políticos profundos (en primer lugar la cuestión de la reforma electoral del «sistema de las tres clases»), produjo una masiva y fuerte reacción por parte de los «sindicatos libres». Se trataba de una reacción destinada a situar en un plano central no sólo el problema de las formas de lucha sino también el de las relaciones entre partido y sindicatos.

Frente a tomas de posición como la del «Leipziger Volkszeitung», periódico cuyo redactor jefe era Mehring y que era el órgano más autorizado del ala radical, la respuesta de los sindicatos, que representaban el más sólido bastión del gradualismo y el revisionismo práctico, no se hizo esperar. En una palabra, todas las corrientes del movimiento obrero alemán estaban unidas a la hora de celebrar el fin del infame zarismo; pero bajo ningún aspecto lo estaban en cuanto a celebrar las enseñanzas de los métodos de lucha rusos. He aquí lo que escribía el «Leipziger Volkszeitung» el 2 de febrero de 1905:

Un hecho tan grandioso como la revolución rusa tiene una influencia que supera totalmente los límites del Imperio ruso; y Alemania es el país que de un modo más claro está expuesto a esta influencia (...). La revolución rusa supone el final de una

vida tranquila. Abre perspectivas de un gran significado y nos sitúa ante problemas que, al afrontarlos, pondrán en acción todas nuestras energías y el instinto revolucionario de la clase obrera alemana se elevará hacia niveles superiores.⁴⁶⁰

Aún más incisivo es el siguiente texto:

La revolución rusa introduce un elemento nuevo en los métodos de lucha del proletariado internacional (...). Los trabajadores rusos han mostrado a los trabajadores de la Europa occidental el sistema para poner en práctica la huelga general de la que tanto se ha hablado (...). Una huelga general así (...) es la revolución organizada, es la actuación del proletariado como clase (...). La huelga general, la huelga política de masas, que supone en la Europa occidental el último y extremo medio de la lucha de clases en el campo político-económico, está siendo utilizado de manera ejemplar por la socialdemocracia rusa.⁴⁶¹

La intención de un análisis de este tipo era demasiado evidente: se decía bien a las claras que Occidente y Oriente debían unificar sus formas de lucha y que había que tomar ejemplo del proletariado ruso. Justamente esto es lo que era inaceptable para los dirigentes sindicales, ya que suponía una auténtica declaración de guerra a la estrategia sindical tradicional. El ejemplo ruso evidenciaba el hecho de que las luchas reivindicativas, en plena huelga general o bien en huelgas de masas, se ensamblaban con la lucha política de manera inmediata; estaba claro que la huelga de masas exaltaba la iniciativa elemental de las mismas masas. Los dirigentes sindicales interpretaron el ejemplo ruso como una amenaza dirigida a su propia función; además replicaron a los radicales diciendo que las

⁴⁶⁰ *An der Schwelle einer neuen Epoche*, en «Leipziger Volkszeitung» 2 febrero 1905 reproducido en *Die russische Revolution von 1905-1907 im Spiegel der deutschen Presse*, a cargo de L. Stern [de ahora en adelante citado RRSDP], vol. 11/3, Berlín 1961, 22.

⁴⁶¹ Märzstürme, en «Leipziger Volkszeitung», 21 de marzo de 1905 (RRSDP, vol. 11/3 cit., pp. 152-153)

condiciones de Rusia eran muy distintas a las de la Europa occidental y en particular a las de Alemania, que el Estado zarista no era el alemán y que el poder represivo de las clases dominantes de Alemania era muy diferente al de una nación corrompida y atrasada como Rusia, que además se había visto sacudida por una derrota militar como la sufrida ante el Japón. Los dirigentes sindicales anatematizaron los análisis de los radicales como argumentos de «escritores». «No somos partidarios, bajo ningún concepto, de las manifestaciones callejeras», replicó el órgano oficial de los sindicatos. Las manifestaciones rusas son expresión típica de movimientos de masas que no han pasado a través de la «escuela de la *organización*». El proletariado alemán posee un estilo diferente, como lo demuestra claramente la gran huelga del Ruhr; este estilo se manifiesta en una «disciplina de hierro» y en un «extraordinario autocontrol».⁴⁶²

El Congreso sindical de Colonia, celebrado en mayo de 1905, sancionó el total rechazo de los sindicatos alemanes a «aprender» de Rusia y el también absoluto rechazo a cualquier estrategia revolucionaria que tuviese como elemento principal de lucha la huelga general. Theodor Bomelburg, ponente del tema de la huelga general, afirmó que la idea de la huelga general tenía el inconfundible sello del anarquismo, que el abecé de los sindicatos debía ser la potenciación de la organización, y que una huelga política de masas podía ser considerada como un arma hipotética para combatir las amenazas contra los derechos políticos y sindicales, pero que se tenía que rechazar toda propaganda sistemática del empleo de ese tipo de huelga. Una resolución, presentada en el Congreso por Bomelburg en nombre de la *Generalkommission* de los sindicatos, en la que, por una parte, se condenaban «todos los intentos de establecer una táctica definida a través de la propaganda de la huelga política de masas» y, por otra, se exhortaba a los trabajadores a que no se dejasen distraer

⁴⁶² Generalstreik und Revolution in Russland, en «*Correspondenzblatt der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands*», 11 febrero 1905 (RRSDP, vol. II/3 cit., p. 148).

«del trabajo minucioso y diario para reforzar la organización», fue aprobada con sólo 7 votos en contra de un total de 208.⁴⁶³

Hay que hacer notar que una línea como la asumida por los sindicatos respecto a la cuestión de la huelga política de masas o más aún acerca de la huelga general, constituía una auténtica apertura de hostilidades, no sólo contra el ala más radical de la socialdemocracia, sino también contra el mismo revisionismo de Bernstein. Bernstein, de hecho, al intervenir en el debate en enero de 1905 -como veremos más adelante-, había dado su apoyo a un eventual uso de la huelga de masas para defender los espacios democráticos conquistados o para conseguir otros nuevos, aunque excluyendo toda utilización con objetivos revolucionarios. La resolución votada por el congreso provocó una poderosa y enérgica protesta en las filas de las organizaciones sindicales de base y en el partido. Se produjeron numerosas y enérgicas protestas en defensa de la huelga de masas en varias ciudades alemanas (Berlín, Bremen, Frankfurt, Hamburgo, Colonia, etc.). Sin embargo, la redacción del órgano central del partido, «Vorwärts», se alineó con la dirección de los sindicatos y, entre junio y octubre, realizó una puntillosa, e incluso violenta, campaña, especialmente contra Kautsky, que culminó en octubre cuando la redacción fue despedida y sustituida. Junto a Kautsky fue objeto de las acusaciones del «Vorwärts», de un modo muy concreto, la socialista holandesa Henriette Roland-Holst, que había publicado un estudio, *Generalstreik und Sozialdemokratie*, en junio de 1905 que tuvo una gran influencia en los debates.

Entre el 17 y 23 de septiembre de 1905 se celebró en Jena el congreso del partido socialdemócrata. La cuestión políticamente más importante del orden del día era la misma que había sido el centro del congreso de mayo: la huelga de masas. Entre los muchos comentarios dedicados por la prensa sindical y del partido a la apertura del congreso, escogemos dos que representan claramente las orientaciones opuestas existentes. El órgano de los sindicatos afirmó con claridad:

⁴⁶³ *Protokoll der Verhandlungen des fünften Kongresses der Gewerkschaften Deutschlands abgehalten zu Köln a.Rh. vom 22. bis 27. Mai 1905*, Berlín s.f. [1905], p. 30.

Preparar [la huelga de masas] equivaldría a organizar la revolución; es más importante reforzar la organización política y económica del proletariado, de tal manera que éste pueda afrontar cualquier situación y capitalizar todos los movimientos proletarios.⁴⁶⁴

Por otro lado, el órgano de las mujeres socialdemócratas, «Die Gleichheit», dirigido por Clara Zetkin, hacía oscilar el péndulo hacia el otro extremo diciendo:

La socialdemocracia alemana se reúne en Jena en un momento extraordinariamente grave y grandioso. El congreso se reúne bajo los auspicios de uno de los acontecimientos más importantes de la historia mundial: la revolución rusa.

El texto seguía en una línea totalmente contraria a la de los sindicatos, señalando como un ejemplo para todo el proletariado a la revolución rusa:

Los acontecimientos rusos despiertan en todo el proletariado la propia conciencia revolucionaria y la refuerzan; le hacen consciente de que la revolución es un momento inevitable del desarrollo histórico (...) dirigen su atención hacia la huelga política de masas como método de lucha.⁴⁶⁵

El congreso de 1905 tuvo un significado de enorme importancia para la socialdemocracia alemana, puesto que representó un cambio radical, que, evidentemente, hay que relacionar con la influencia ejercida por la revolución rusa, influencia que -como se ha visto- se dio en una situación social y política muy tensa y conflictiva en Alemania. El tema principal fue la huelga política de masas y con él

⁴⁶⁴ Der sozialdemokratische Parteitag in Jena, en «*Correspondenzblatt der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands*», 16 septiembre 1905 (RRSDP, vol. II/4, Berlín 1961, p. 643).

⁴⁶⁵ *Zum sozialdemokratischen Parteitag*, en «Die Gleichheit», 20 septiembre 1905 (RRSDP, vol. II/4 cit., p. 644).

los juicios sobre la revolución rusa, la relación entre ésta y la estrategia para Alemania y las relaciones entre partido y sindicatos. Bebel, jefe carismático del partido, realizó uno de sus grandes discursos, por los que era conocido como orador político sin igual. Afirmó que la socialdemocracia sólo tenía un camino que no era más que el de la oposición a todo el sistema dominante; que toda esperanza en un bloque reformador burgués democrático estaba condenada al fracaso; y que, por lo tanto, era necesario que el partido se aprestase a defender con la máxima energía las condiciones de su propio desarrollo amenazadas abiertamente por los intentos de la reacción. La socialdemocracia, por su parte, estaba decidida a seguir una vía pacífica, pero tenía que estar dispuesta a enfrentarse a los ataques de la reacción. Refiriéndose a los puntos conflictivos Bebel se mostró totalmente en desacuerdo con la posición adoptada por los sindicatos acerca de la huelga política de masas. Negó que la utilización de ésta produjese tan solo derrotas.

Al contrario, la huelga política de masas podía ser arma decisiva para defender y ampliar los derechos democráticos: «un arma que en determinadas condiciones, se tiene que utilizar».⁴⁶⁶ En estas condiciones, todo movimiento por parte de los sindicatos hacia la neutralidad política era negativo y podía acarrear graves daños, y por lo tanto se debía combatir. El deber de los sindicatos era reclutar nuevos elementos para la socialdemocracia.

A partir de todo esto, Bebel rechazó cualquier paralelismo entre la situación rusa y la alemana. Hizo notar que, en Alemania, la fuerza de la patronal era enorme, que los empresarios poseían una conciencia de clase, en conjunto, «muy superior a la de la clase obrera alemana» y además «una unidad total», una unidad que contrastaba con las divisiones del proletariado, dividido en diferentes organizaciones sindicales enfrentadas entre sí.⁴⁶⁷ Además, no podía olvidarse que, por un lado, la organización militar alemana era una «obra maestra», y por otro que algunos aspectos de la legislación social eran excelentes.⁴⁶⁸ A la vista de todo ello, Bebel, distanciándose

⁴⁶⁶ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitagés der Spd. Abgehalten zu Jena vom 17. Bis 23. Setember 1905*, p. 305.

⁴⁶⁷ *Ibid.*, p.291.

⁴⁶⁸ *Ibid.*, p.305.

claramente del ala radical del partido que consideraba las huelgas de masas rusas como un modelo a seguir, rechazó cualquier comparación entre Rusia y Alemania: «las condiciones en Rusia son tan anormales que estas huelgas [las rusas] no se nos pueden proponer como modelo».⁴⁶⁹

Bebel actuó, en una palabra, como mediador entre las tendencias del partido. Defendió, como los radicales, el eventual recurso a la huelga política de masas; pero, como los reformistas que se mostraban contrarios a la huelga de masas, rechazó el modelo ruso para Alemania. Entre los adversarios de la huelga de masas, destacó de manera particular el revisionista Eduard David, quien en su discurso polemizó abiertamente con Rosa Luxemburg subrayando que las condiciones alemanas no podían reducirse las rusas. Las teorías luxemburguianas, que consideran la huelga de masas como un medio para abrir el proceso de la revolución social, no significan otra cosa, en Alemania, que llevar agua al molino de los verdugos. Si Rusia da alguna enseñanza, ésta es precisamente la contraria a la que pretende Rosa Luxemburg:

La revolución rusa nos enseña muchas cosas, pero precisamente lo opuesto a lo que nos dice Rosa Luxemburg; nos enseña, sobre todo, que la revolución (...) en Rusia no se puede comparar, de ninguna manera, con las condiciones que existen entre nosotros, en Alemania. Lo que allí puede ser correcto, entre nosotros puede ser algo totalmente diferente, y es cosa de locos el tratar de obtener conclusiones tácticas para nosotros a partir de las condiciones rusas (...) En esta locura, sin embargo, reside el método de la camarada Luxemburg.

La vía maestra en Alemania es la de la democracia parlamentaria y sus métodos:

Conquistar el poder político no significa otra cosa que conquistar a la mayoría del pueblo a nuestras ideas. Pero

⁴⁶⁹ Ibid. p.306.

alcanzar algo como partido minoritario siguiendo métodos violentos es imposible, ahora y siempre.⁴⁷⁰

Entre quienes se opusieron decididamente a la huelga política de masas estuvo el jefe de los sindicatos, Legien, quien afirmó que «una vez tomado el camino de la acción de masas, nos encontraremos, de hecho, ante la revolución. Entonces ya no habrá retirada alguna posible».⁴⁷¹

Finalmente, el congreso aprobó, con 287 votos a favor, 14 en contra y 2 abstenciones, una resolución, representada por Bebel, por la que el partido reconocía la huelga política de masas como arma útil con dos fines: defender el sufragio universal y el derecho de asociación y, asimismo, conquistar «algún importante derecho fundamental» para la liberación del proletariado. Por lo tanto, se hacía necesario realizar una amplia campaña de propaganda ante la posibilidad de utilizar la huelga de masas.⁴⁷² El comentario del órgano central de los sindicatos ante la resolución votada sobre la huelga de masas fue de firme e intransigente oposición: los sindicatos no tolerarían que se desarrollase entre sus filas «una propaganda a favor de la huelga política de masas».⁴⁷³

Inmediatamente después del congreso del partido, la discusión acerca de la huelga de masas se avivó al máximo. A partir de noviembre, empezaron las manifestaciones y acciones de masas para exigir la reforma de las leyes electorales de los Lander. El movimiento fue progresivamente en aumento, de Sajonia se extendió a Prusia, y con la agitación de masas se inició el debate posterior sobre la relación entre la situación rusa y la alemana. En la prensa del partido se hizo fuerte la opción radical. El 10 de noviembre el «Volksstimme» publicaba que las enseñanzas de la revolución rusa ponían en evidencia la falsedad del mito según el cual el pueblo no podía vencer

⁴⁷⁰ Ibid., p.328.

⁴⁷¹ Ibid., p. 322.

⁴⁷² Ibid. p. 143.

⁴⁷³ *Der Parteitag der deutschen Sozialdemokratie*, en «Correspondenzblatt der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands», 30 de septiembre de 1905 (RRSDP, vol. II 4 cit., pp. 715-16)

jamás al Estado y a su aparato de poder.⁴⁷⁴ El 11 de noviembre, Rosa Luxemburg escribía en el «Vorwärts», en aquel momento bajo el control de los radicales, que el marxismo revolucionario volvía a ser la guía de las masas a partir de la revolución rusa.⁴⁷⁵ El 14 de noviembre, el «Leipziger Volkzeitung» proclamaba que lo ocurrido en Rusia significaba el funeral del revisionismo alemán y que el proletariado alemán había reconocido en la «huelga revolucionaria de masas» su arma de lucha.⁴⁷⁶

A principios de diciembre, la situación se agravó considerablemente en Sajonia. En Dresden se produjeron choques entre manifestantes y policía. El «Sächsische Arbeiter-Zeitung» comentó que la llama de la revolución rusa había encendido los ánimos del proletariado alemán.⁴⁷⁷ Es bien cierto que los dirigentes del partido hicieron lo posible para mantener la acción de las masas dentro de la legalidad pero esto no impidió que se hubiera alcanzado un límite realmente peligroso, más allá del cual se podía entrar en una abierta confrontación con las autoridades. ¿Había llegado al momento de recurrir a la huelga política de masas? Bebel actuó como portavoz del movimiento de masas en el Reichstag al hacer referencia a Rusia; a primeros de diciembre, declaró que «en determinadas circunstancias los pueblos de Europa occidental también podían demostrar a sus dueños lo mismo que el pueblo ruso había demostrado a los suyos».⁴⁷⁸ Pocos días más tarde, en el momento culminante de la insurrección armada de Moscú, Bebel radicalizó al máximo su postura, abandonando por un instante la posición

⁴⁷⁴ *Revolutionslehren*, en «Volsksstimme». 10 de noviembre de 1905 (RRSDP, vol. II/4 cit., p. 818).

⁴⁷⁵ *Nach dem Bankrott des Absolutismus*, en «Vorwärts», 11 de noviembre de 1905 (RRSDP, vol. II cit., p. 818)

⁴⁷⁶ *Geplatze Seifenblasen*, en «Leipziger Volkszeitung», 14 de noviembre de 1905 (RRSDP, vol II/4 cit., pp. 922-25).

⁴⁷⁷ *Wahlrechts-Sturm! Die Arbeiter-Battaillone im Marsch*, en «Sächsische Arbeiter-Zeitung», 4 de diciembre de 1905 (RRSPD, vol. II/5, Berlín 1961, p. 971).

⁴⁷⁸ *Aus der Reichstagsrede des Abgeordneten Bebel am 7. Dezember 1905*, en *Die Auswirkungen der ersten russischen Revolution von 1905-1907 auf Deutschland*, a cargo de L. Stern (de ahora en adelante citado AERRD), vol II/I, Berlín 1955, p. 127.

adoptada en el Congreso de Jena, según la cual no podían compararse las condiciones rusas con las alemanas. El 14 de diciembre, en el Reichstag amenazó: «Vivimos en una época de reacción, esto nadie puede desmentir lo (...). Sin embargo, el resultado de la reacción ha sido siempre la revolución». Las condiciones revolucionarias también se podían crear en Alemania, por lo que era absolutamente cierto que, «si no se abren nuevos caminos en Alemania ocurrirá lo mismo que ha sucedido en Rusia». Dirigiéndose a las clases dirigentes, dijo: «Por lo tanto, haced las reformas». Prusia esperaba la reforma electoral desde hacía treinta años.⁴⁷⁹

Diciembre de 1905 fue el punto culminante de la radicalización del partido socialdemócrata alemán, coincidiendo con la insurrección de Moscú y con la agudización de la lucha por las reformas electorales en Alemania. Durante este período los conservadores alemanes también afilaban sus armas. El argumento fundamental que utilizaron era el siguiente: la socialdemocracia alemana juega con fuego; Alemania no es Rusia; la potencia de las clases altas en Alemania no se puede comparar con la de Rusia. La prensa conservadora no dudó en pedir, si fuese necesario, la decidida represión de toda huelga política de masas y la limitación del derecho de asociación.⁴⁸⁰ Por su parte, el canciller von Bülow subrayó en el Reichstag, en más de una ocasión, que Alemania no era Rusia y que el gobierno alemán sabría imponer el orden en el país.⁴⁸¹ Dirigiéndose directamente a Bebel y a su discurso del 7 de diciembre von Bülow afirmó, refiriéndose justamente a la cuestión de la relación entre Alemania y Rusia:

Anteayer, el diputado Bebel mencionó varias veces las condiciones rusas, y en la prensa socialdemócrata leemos cada día comparaciones y alusiones al hecho de que entre nosotros podría ocurrir lo mismo (...). Pero por mi parte quiero decir que la situación de Alemania es totalmente diferente de la de Rusia

⁴⁷⁹ Reichstag, en «Vorwärts», 15 de diciembre de 1905.

⁴⁸⁰ *Die Gefahren des Generalstreiks*, 6 de diciembre de 1905, en *Neue Preussische Zeitung*, 6 de diciembre de 1905 (RRSDP.vol. II/5 cit., pp. 1024-25).

⁴⁸¹ *Aus der Reichstagsrede des Abgeordneten Fritzen und des Reichskanzlers von Bülow am 6. Dezember 1905*, en AERRD, volumen II/2, Berlín 1956, p. 96.

(...) además, quiero decir que, si la socialdemocracia tratase de desencadenar entre nosotros saqueos y asesinatos, huelgas generales y manifestaciones masivas, estas intentonas se estrellarían contra la solidez de nuestras instituciones, contra nuestro compacto gobierno y contra la sana conciencia del pueblo alemán, que no soportará el yugo de la socialdemocracia.⁴⁸²

A estas claras amenazas dirigidas contra la socialdemocracia por parte del canciller, se añadieron también en diciembre, las medidas tomadas por el ministerio de Guerra de Prusia de elevar las penas previstas por agitación antimilitarista y una carta de Guillermo II a von Bülow en la que expresaba la decidida voluntad de aplastar la socialdemocracia si ésta rebasaba los límites tolerables.

El inicio de 1906 creó las condiciones para un giro hacia la moderación dentro del movimiento obrero alemán y sobre todo para un choque decisivo entre los dirigentes sindicales y los del partido, durante el cual los primeros impusieron, de hecho, su voluntad a los segundos. En enero continuaron las manifestaciones de masas en apoyo de la reforma electoral y de la revolución rusa, que se enfrentaban con la represión. El 25 de enero, von Bülow reafirmó la decisión de las fuerzas conservadoras de hacer frente a la socialdemocracia. El 14 de febrero, Bebel proclamó en el Reichstag que la clase obrera alemana e internacional estaba inflamada por la revolución rusa.⁴⁸³ Sin embargo el comentario del órgano central de los sindicatos fue muy diferente, inmediatamente después de que la insurrección de Moscú fuera aplastada, extrayendo una «lección» muy determinada de la revolución: siguiendo ese ejemplo no había más salida que la derrota. Sólo una «buena organización» -decía el 6 de diciembre el «Conrrespondezblatt»- puede llevar al éxito. «Nada nos demuestra mejor esto que la sangrienta represión contra el proletariado ruso, que ha arrastrado a numerosas fuerzas y ha

⁴⁸² *Aus der Reichstagsrede des Abgeordneten Fritzen und des Reichskanzlers von Bülow am 9. Dezember 1905, en AERRD, volumen II/2, Berlín 1955, p. 131.*

⁴⁸³ *Aus der Reichstagsrede des Abgeordneten Fritzen und des Reichskanzlers von Bülow am 14. Februar 1906, en AERRD, volumen II/2, Berlín cit p. 281.*

sofocado con la violencia los primeros intentos del proletariado ruso para organizarse».

La radicalización del partido por una parte, y las claras amenazas de los conservadores por otra, indujeron a los dirigentes de los sindicatos a actuar dentro del partido mismo. No tenían ninguna intención de arriesgar la suerte de la organización sindical en una lucha contra el aparato del poder de las clases altas alemanas. La ofensiva sindical fue decidida y el partido se dobló. El 16 de febrero se reunieron en secreto los dirigentes de los sindicatos y del partido; el partido fue obligado a: 1) asumir el compromiso de impedir una huelga política de masas; 2) asumir la responsabilidad de dirigirla, en el caso de que, de todas formas, estallara. Los sindicatos asegurarían su apoyo de forma subordinada. Pocos días después, entre el 19 y el 23 de febrero, se celebró una reunión de los dirigentes sindicales, en el curso de la cual se discutieron las relaciones entre sindicatos y partido. En esta reunión se manifestó claramente la hostilidad hacia cualquier pretensión del partido de dirigir a los sindicatos y la negativa a aceptar, bajo cualquier aspecto, el ejemplo ruso. El influyente dirigente sindical Müller dijo abiertamente que una gran parte del partido se había dejado emborrachar por la revolución rusa y que los sindicatos estaban totalmente dispuestos a dejarse guiar por un «sano realismo» y no por el espíritu «romántico». Después atacó violentamente a Rosa Luxemburg, Kautsky y Mehring.⁴⁸⁴ Legien, por su parte, confirmó que para los sindicatos la resolución válida era la del Congreso de Colonia y no la del de Jena.⁴⁸⁵ Bringmann subrayó que la personalidad líder de los radicales era Rosa Luxemburg, cuyas teorías eran una continuación del espíritu revolucionario del *Manifiesto*: un espíritu que no «está de acuerdo con las condiciones existentes» en Alemania.⁴⁸⁶ V. Elm excitó el resentimiento de los sindicalistas: había llegado la hora en que los sindicatos pasarán al contrataque contra el partido.⁴⁸⁷ Otro

⁴⁸⁴ *Partei un Gewerkschaften. Wörthehabdruck de Punteieg: «Partei und Gewerkschaften» aus dem Protokoll der Konferenz der Gewerkschaftsvorstände vom 19-23 Februar 1906, Berlín cit., pp. 1-2.*

⁴⁸⁵ *Ibid.* p.6.

⁴⁸⁶ *Ibid.*, p. 14.

⁴⁸⁷ *Ibid.*, pp. 21-22.

sindicalista, Rexhauser, sostuvo que era necesario erradicar rápidamente el peligro de que la influencia de la revolución rusa indujera a las masas a considerar necesaria una nueva línea.⁴⁸⁸ Bomelburg apeló a los sindicatos para defender sus condiciones de vida frente a las amenazas reaccionarias alimentadas por la irresponsabilidad del ala radical de la socialdemocracia.⁴⁸⁹ Las voces contrarias a estas posiciones fueron escasas y aisladas.

El órgano central del partido, «Vorwärts», replicó con firmeza a la reunión, aduciendo motivos de principio; pero realmente desde posiciones defensivas y sobre todo sin posibilidad alguna de influir en los sindicatos mismos. Afirmó que nadie pretendía fabricar huelgas políticas de masas; denunció la voluntad manifiesta de los sindicatos de no reconocer «en una cuestión de significación global» la supremacía del partido, intérprete de las necesidades de conjunto del movimiento obrero; defendió a Rosa Luxemburg de las acusaciones de espíritu antisindicalista; por último acusó a los sindicatos, que pretendían ser los únicos intérpretes de la lucha proletaria, de no dejar otra alternativa que el anarquismo y el ultrarrevisionismo.⁴⁹⁰ Pero la realidad fue que, ante la línea sindical, el partido terminó por doblegarse.

El Congreso del partido celebrado en Manheim en septiembre de 1906 constituyó el acta casi notarial de la total victoria sindical. El notario de esta victoria no fue otro que el jefe del partido August Bebel. La huelga de masas no fue proscrita, pero sí archivada. Bebel, en su informe sobre la huelga política de masas, puso en evidencia las diferencias entre Rusia y Alemania y, por lo tanto, la imposibilidad de aplicar los métodos rusos con las masas alemanas. La ruptura de Bebel con el ala radical fue total.

Hay que rechazar de plano -dijo- la posición de quienes sostienen la huelga de masas, aun sin estar seguros de conseguir el triunfo. Sin el apoyo de los sindicatos ni tan siquiera se puede pensar en este tipo de lucha de aquello que manifestó acerca de Rusia y Alemania:

⁴⁸⁸ Ibid., p. 24.

⁴⁸⁹ Ibid., p.41.

⁴⁹⁰ *Zum Protokoll der Gewerkschaftskonferenz*, en «Vorwärts» 14-15, 17-19 agosto de 1906.

Hay que reconocer que la situación de Rusia y la de Alemania no se pueden comparar. Rusia es una nación muy atrasada tanto económicamente como políticamente Rusia está gobernada despóticamente, la población no goza de los más mínimos derechos políticos (...). La lucha en Rusia es una lucha revolucionaria, cuyos objetivos son la conquista de las bases elementales de un estado moderno (...). En Rusia la lucha busca una nueva ordenación del Estado, en nuestro país estas conquistas por las que se lucha en Rusia, hace muchos años que las obtuvimos (...). Por lo tanto, la situación de Rusia no puede ser comparada con la alemana. Aunque también nosotros debemos luchar contra el sistema actual, nadie puede, sin embargo, sostener que tengamos que recurrir en nuestra lucha a los mismos métodos empleados por nuestros compañeros rusos (...). Para nosotros no se plantea la cuestión de cambiar toda la sobreestructura política de la sociedad burguesa.⁴⁹¹

En una palabra, Bebel planteó claramente el problema de las diferencias entre Oriente y Occidente, al que Alemania pertenecía, a pesar de los límites existentes desde un punto de vista de desarrollo, democrático burgués. En cuanto al problema específico de la huelga de masas, Bebel no se desdijo de lo dicho en Jena, pero limitó su alcance de tal manera que en la práctica acabó coincidiendo con la de los sindicatos. Así obtuvo en el congreso el pleno consenso de Legien y Bömelburg y los demás líderes revisionistas. David, atacando a Kautsky en esta ocasión, que había mantenido en enero de 1906 que las experiencias rusas tenían que inducir a la socialdemocracia a cambiar de táctica, afirmó una vez más que Rusia no podía enseñar nada y que no había nada que revisar, que, finalmente, el «revisionismo revolucionario» debía ser rechazado.⁴⁹²

El congreso, por último, aprobó una resolución, presentada por Bebel, que significaba realmente la capitulación del partido ante los sindicatos, si bien aparentemente parecía una solución de

⁴⁹¹ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Spd. Abgehalten zu Mannheim vom 23. Bis. 29. September 1906.* Berlín 1906, pp. 231-32.

⁴⁹² *Ibid.*, p.260.

compromiso entre las dos partes. En ella se sostenía la no existencia de polémica alguna entre partido y sindicatos acerca de la huelga de masas; en el hipotético caso que se llegara a una huelga de masas, partido y sindicatos colaborarían estrechamente; sindicatos y partido no estaban subordinados entre sí, pero los primeros debían actuar de acuerdo con un «espíritu socialdemócrata». Esta resolución fue aprobada con 386 votos a favor y 5 en contra. Entre quienes habían votado afirmativamente estaban los dirigentes sindicales, David, Kautsky, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.⁴⁹³ El significado real de la votación no pasó desapercibido a los socialdemócratas moderados, que la valoraron como una derrota del ala radical. El órgano de la socialdemocracia bávara, el «Münchner Post», se dio cuenta de ello al escribir que podían darse por olvidados los resultados del Congreso de Dresden (1903), que había significado la derrota del revisionismo y la división entre partido y sindicatos. No quedaba ninguna duda, de cualquier manera, de que «las decisiones tomadas en Mannheim acerca de la huelga de masas» eran el fruto «de la creciente influencia de los sindicatos sobre el partido». Los derrotados eran Kautsky y Rosa Luxemburg; sobre todo con la derrota de ésta se evidenciaba claramente que el ejemplo ruso había sido marginado de la estrategia de la socialdemocracia.⁴⁹⁴

4. Kautsky: Alemania entre Rusia y Estados Unidos

Es conocida la posición de Kautsky como ideólogo oficial dentro de la socialdemocracia alemana, desde los últimos años del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Era una posición real aunque atacada por los revisionistas y críticamente aceptada por el ala radical hasta la ruptura entre estos últimos y el propio Kautsky en 1910 a raíz de la polémica desatada acerca de las formas del proceso revolucionario. Un componente decisivo de la autoridad de Kautsky era su relación personal con Bebel, jefe indiscutible del partido. Sin embargo, el mismo Bebel se desmarcó de Kautsky en el Congreso de

⁴⁹³ Ibid., pp. 305-6.

⁴⁹⁴ M.A.. *Der Parteitag von Mannheim*, en «Münchner Post» 3 de octubre de 1906.

Mannheim en la cuestión de la huelga política de masas, juzgando muy radicales las posiciones kautskianas.

Los años que van desde 1904 a 1906 significaron una fase muy importante en la evolución política de Kautsky, puesto que representaron para el influyente teórico un giro hacia la izquierda, giro debido tanto a las luchas de masas que estallaron en Alemania, cuanto a los efectos de la revolución rusa; así, Kautsky llegó a decir que se hacía necesario revisar la táctica de la socialdemocracia, combinando la lucha parlamentaria con las luchas extraparlamentarias, tal y como enseñaban las técnicas revolucionarias rusas.

Kautsky, por lo tanto, sufrió, de manera profunda la influencia de la revolución rusa y realizó un análisis de las fuerzas motrices de ésta, recibiendo por ello el apoyo incondicional de Lenin. Dicho análisis fue hecho, en gran parte, en estrecha conexión con el de la relación existente entre Alemania y Rusia en un intento de dar respuesta al interrogante abierto de si el movimiento obrero ruso podía haber abierto una línea de acción que los trabajadores alemanes pudieran y debieran imitar y hacer suya. En efecto, Kautsky planteó un problema fundamental: entre los grandes países occidentales, Alemania era el más parecido a Rusia por su autoritarismo político, por la falta de una burguesía liberal y democrática capaz de combatir el militarismo, el burocratismo y el *Junkertum* y por la existencia de un movimiento obrero que era la única fuerza dispuesta a luchar, de forma consecuente, por la democracia; pero, a diferencia de Rusia, Alemania poseía -como dijo repetidamente- el «gobierno más fuerte del mundo», un poderosísimo ejército y un capitalismo bien organizado. Por lo tanto, el proletariado alemán, en cierta medida en situación pareja al ruso, se enfrentaba con un adversario antirreformista muy poderoso y tenía necesidad de potentes acciones de masas para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, en Alemania un choque con las clases altas, que se manifestara en grandes luchas políticas de masas, coincidiría con un proceso revolucionario en el que, si era derrotado, el movimiento obrero podría encontrarse con su propia desaparición durante una fase histórica considerable.

En el período ascendente de la revolución rusa, Kautsky pensó que la victoria del proletariado en el Imperio zarista tendría un efecto de ámbito internacional, en primer lugar en Alemania, y de tales

consecuencias que debilitaría a las fuerzas conservadoras y crearía las condiciones para alcanzar un triunfo socialista en la Europa occidental. La huelga política de masas en Alemania sería, después del triunfo de las masas en Rusia, el arma decisiva para resolver los conflictos de clase. Pero el triunfo de la reacción en Rusia llevó a Kautsky a la conclusión de que los métodos de lucha de las masas rusas que no resultaba adecuados para derrotar a un Estado como el zarista, convulsionado por una grave derrota militar y dotado de recursos infinitamente inferiores a los que tenía a su disposición el Estado alemán, no podían proporcionar el triunfo en Alemania. Así concluyó la fase de radicalización de Kautsky y se sentaron las bases para su polémica posterior con Rosa Luxemburg y la posterior ruptura entre ambos. Kautsky teorizó entonces de manera definitiva «las diferencias entre Oriente y Occidente», sosteniendo que el camino de la socialdemocracia alemana no podía ser otro que el método gradualista y parlamentario de conquista de la mayoría en el Reichstag; Kautsky se unió así a las típicas posiciones del ala revisionista del partido.

El interés de Kautsky por Rusia ya había despertado antes de que en este país estallase la revolución. En el prólogo a la edición iddisch-rusa de su obra *El programa de Erfurt*, Kautsky afirmaba que había dos hechos que habían hecho cambiar «totalmente la situación del mundo hoy, respecto a la de hace diez años»: el dinamismo del capitalismo estadounidense a escala internacional y el desarrollo del proletariado en Rusia. Lo peculiar de la situación del Imperio zarista consistía en que el proletariado, para organizarse, necesitaba las «libertades políticas», pero éstas sólo podían alcanzarse con la destrucción del zarismo. Por lo tanto la lucha contra el despotismo en Rusia no era únicamente de la incumbencia del proletariado, sino que, al mismo tiempo, las fuerzas antizaristas sólo podrían triunfar gracias a «la lucha de clase del proletariado», la única fuerza que no podía ser derrotada para siempre.⁴⁹⁵ Kautsky, en julio de 1904, aclaró las razones del papel de vanguardia que el proletariado tenía encomendadas en el proceso revolucionario. Es cierto -dijo- que Rusia es el único país en el que la burguesía puede tener un papel revolucionario; sin embargo, la burguesía rusa se hallaba frente a una

⁴⁹⁵ K. Kautsky, *Eine Vorrede*, en «*Leipziger Volkszeitung*», 1, 3 de marzo 1903.

contradicción histórica causada por su propia situación social y política. Se sentía impulsada a acciones revolucionarias contra el absolutismo zarista pero su voluntad revolucionaria estaba frustrada por el gran temor que sentía ante el proletariado (temor heredado del «modo de pensar reaccionario de la burguesía occidental»).⁴⁹⁶ Por todo ello era evidente que una futura revolución rusa tendría unas características totalmente distintas a las de cualquier esquema precedente. Poco antes del estallido de la revolución rusa, Kautsky tuvo una polémica muy significativa con Kelles-Krauz (que se ocultó bajo el pseudónimo de Lushnia). Este hizo notar que, en su libro *Die Soziale Revolutzion*, Kautsky no hacía referencia a la lucha armada como medio revolucionario y se limitaba a hablar de la huelga de masas. Los argumentos que utilizó Kautsky nos permiten conocer el hilo de las ideas que el teórico alemán tenía respecto a la situación y proceso revolucionario en Rusia y Alemania. Si el proletariado alemán era el mejor organizado del mundo, también el gobierno alemán era el «más poderoso del mundo». Por lo tanto no se podía esperar que la hora de las próximas revoluciones proletarias, que Kautsky también veía cercana, fuese iniciada por la clase obrera alemana. Creía más probable que la iniciara el proletariado ruso, el cual, a pesar de estar en un grado de organización inferior al alemán, por un lado, por estar en condiciones de enorme explotación y sin ningún tipo de autonomía política, podía ser la fuerza más revolucionaria, y por otro estaba frente a una burguesía sin iniciativa alguna y ante un régimen absolutista en plena descomposición. La guerra ruso-japonesa aceleraría seguramente al triunfo de la revolución. El objetivo de la revolución rusa no sería la creación de un régimen socialista dadas las condiciones de inmadurez política y económica del país, sino la creación de un estado democrático cuyo principal apoyo y defensa no sería la burguesía sino el proletariado. La revolución triunfante en Rusia estimularía considerablemente al proletariado alemán y debilitaría el frente del conservadurismo internacional. El resultado final del proceso sería el «dominio político del proletariado» en la Europa occidental. Entonces se produciría la segunda fase del proceso revolucionario internacional: el proletariado en el poder en Occidente ayudaría al ruso en la

⁴⁹⁶ *Wie weit ist das kommunistische Manifest veraltet*, ivi, 27 de julio de 1904.

modernización económica material de su país, creando las condiciones para el desarrollo del socialismo en una Rusia democrática. El «conjunto» de la sociedad no puede «saltarse artificialmente las fases del desarrollo», escribió Kautsky, pero determinadas partes lo pueden hacer con la ayuda de las zonas más desarrolladas.⁴⁹⁷

El estallido de la revolución rusa, la gran huelga del Ruhr y la agitación de masas por la reforma electoral condujeron a Kautsky a pensar no sólo que su análisis precedente era exacto, sino que había llegado el momento de darle una estrategia. La posición de los sindicatos en Colonia respecto a la huelga política suscitó su crítica abierta y acusó a los sindicatos de no entender el momento histórico. Comentando el congreso sindical, escribió: «Es una extraña ironía del destino que en un congreso sindical se pida tranquilidad por parte de los sindicatos precisamente en el año más revolucionario de esta generación».⁴⁹⁸

Realmente Kautsky compartía la preocupación de los sindicalistas acerca de la huelga política y estaba tan convencido como ellos de que su utilización habría de tener un significado revolucionario. Pero el error de los sindicatos era no comprender que «también nosotros esperamos para Alemania situaciones revolucionarias».⁴⁹⁹ Kautsky tuvo también una durísima polémica con la redacción del «Vorwärts», inclinada hacia posiciones contrarias a la huelga política de masas. Dado el grado de conflictividad existente en Alemania -sostuvo- la huelga política de masas se producirá de todas formas, aunque no tenga el apoyo sindical.

Comentando la temática del Congreso del partido, que debía concluir con la aprobación de la propaganda sobre la huelga política de masas, Kautsky volvió sobre el tema de la revolución rusa y su significado. La característica fundamental de ésta estaba bien clara: «el proletariado industrial es la fuerza motriz más poderosa» de la revolución. Además, subrayó la naturaleza internacionalista del proceso iniciado en Rusia. La revolución rusa, «no obstante su

⁴⁹⁷ *Allerhand Revolutionäres*, en *Neue Zeit*, XXII, 1903-1904, vol. I., pp. 623-27.

⁴⁹⁸ *Der Kongress von Köln*, ivi, XXIII, vol. II, p.314.

⁴⁹⁹ *Ibid.*, p.315.

carácter burgués», representa «el inicio de la era de las revoluciones proletarias». ⁵⁰⁰ Si en Oriente el proletariado ruso no puede superar el horizonte burgués en su perspectiva revolucionaria, dado el atraso del país, en Occidente contribuye en gran manera a crear «situaciones revolucionarias de todo tipo», ⁵⁰¹ situaciones que en los países avanzados tienen un horizonte socialista. Este es el punto central del análisis kautskiano.

En el transcurso de la polémica con Werner Sombart, Kautsky desarrolló importantes aspectos del análisis sobre la revolución rusa y la relación entre Rusia y Alemania. Sombart había planteado una cuestión de gran importancia, sosteniendo que los Estados Unidos constituían, de hecho, el modelo de desarrollo capitalista y que los países avanzados de Europa terminarían por seguir este modelo. Kautsky replicó diciendo que no existían modelos universalmente válidos. La «paradoja» de Alemania consistía en que se hallaba a medio camino entre Rusia y Estados Unidos. «La economía alemana es similar a la americana y su *política* a la rusa», de esta manera «ambas naciones nos dan una idea de nuestro futuro». ⁵⁰² En este sentido el problema con que se tenía que enfrentar el proletariado alemán estaba claro: luchar contra un aparato de poder que no permitía el desarrollo democrático (aquí residía relativamente la analogía con la situación rusa) y que al mismo tiempo tenía una economía que era la más fuerte de Europa (y ésta era la analogía con los Estados Unidos).

Si la especificidad de la situación alemana consistía en el carácter a un mismo tiempo «ruso» y «americano» la rusa era la de hallarse en el curso de un proceso revolucionario de naturaleza burguesa, dado el peso que imponía en la situación económico-social el atraso del país, a pesar de que el proletariado era la fuerza revolucionaria preminente. A una situación política avanzada correspondía una situación económica atrasada. El resultado era que Rusia debía mantener una situación de «revolución permanente» durante un largo período. No podía preverse un Estado burgués sólido en Rusia. La democracia rusa tendría en el proletariado su fuerza básica,

⁵⁰⁰ *Zum Parteig*, en *Neue Zeit*, XXIII, 1904-1905, volumen II, p.756.

⁵⁰¹ *Ibid.*

⁵⁰² *Der amerikanische Arbeiter*, en *Neue Zeit*, XXIV, 1905-06, vol.1., p.615.

primero para conseguir los objetivos de modernización capitalista y después el socialismo. Además la revolución rusa ponía en marcha un proceso revolucionario internacional: «La revolución permanente es justamente lo que necesita el proletariado ruso».⁵⁰³

Una gran importancia tenía en Rusia la cuestión agraria, dadas las características del país, y por lo tanto también las relaciones proletariado-campesinado. Kautsky subrayó que, a diferencia de lo que ocurría en Europa, los campesinos rusos tenían un papel revolucionario aunque fuera en un sentido democrático-burgués, y no un papel conservador. Aristócratas y burgueses estaban unidos, en Rusia, frente a las reivindicaciones campesinas y en defensa de las grandes propiedades agrarias⁵⁰⁴, por lo que sólo los obreros podían ser los aliados de los campesinos.⁵⁰⁵

Una cierta duda quedó en el análisis de Kautsky respecto a las condiciones económicas de la alianza entre campesinado y proletariado en Rusia. Kautsky se daba cuenta de que los obreros tenían necesidad del apoyo campesino para conquistar la democracia, pero consideró, al principio, que el proletariado estaba interesado en la creación de pequeñas propiedades agrarias, puesto que serían en un futuro obstáculo para la formación de una agricultura socialista. Aconsejó, por todo ello, que el proletariado ruso mantuviera una actitud «neutral» en la lucha entre campesinos y grandes propietarios.⁵⁰⁶ Sin embargo, esta actitud fue superada poco después, en un ensayo más profundo que Kautsky dedicó a la revolución rusa, ensayo que recibió la plena aprobación de Lenin.

Este ensayo, *Triebkräfte und Aussichten der russischen Revolution*, escrito en noviembre de 1906, aportaba un importante cambio justamente en relación con el análisis de las relaciones entre proletariado y campesinado. La cuestión agraria -afirmaba Kautsky- podía resolverse, en Rusia, tan sólo por medio de un proceso revolucionario y la ruptura desde la base de las relaciones de

⁵⁰³ Ibid.

⁵⁰⁴ *Die Folgen des japanischen Sieges und die Sozialdemokratie*, en *Neue Zeit*, XXIII, 1904-1905, vol. II., p. 462.

⁵⁰⁵ *Die Agrarfrage in Russland*, ivi, XXIV, 1905-1906, vol. I, p. 414.

⁵⁰⁶ *Die Bauern und die Revolution in Russland*, ivi, XXIII, 1904-1905, vol. I, p. 677.

propiedad. No podía ponerse en práctica la vía de reformas graduales y legales que tenían como base las indemnizaciones, propuestas por las fuerzas liberales más abiertas al problema del campesinado. Este camino habría aniquilado financieramente al campesinado, que, en cambio, tiene necesidad de capitales para mejorar, modernizándolos, los sistemas de cultivo. En Rusia el proletariado industrial está preparado para este programa. Sin embargo, se debía cambiar toda la estructura del Estado y la sociedad rusa para realizar una modernización económica.

Sin la abolición del ejército permanente, sin el fin del rearme de la armada, sin la confiscación de todo el patrimonio de la familia imperial y de los monasterios, sin la bancarrota del Estado y sin la confiscación de los grandes monopolios, en la medida en que aún se hallen en manos de la propiedad privada -ferrocarriles, pozos petrolíferos, minas, industrias siderúrgicas etc- no se podía hallar las enormes sumas necesarias para la agricultura rusa, si se la quiere sustraer de su terrible decadencia.⁵⁰⁷

Las características de la revolución rusa eran definidas por Kautsky de esta manera: dado que la burguesía no era una de las «fuerzas motrices» de la revolución, esta no podía ser definida como «burguesa» desde el punto de vista político; sin embargo, puesto que el proletariado era económicamente demasiado débil, en correspondencia a lo atrasado del país, el objetivo no podía ser la dictadura del proletariado; el deber de los trabajadores era el de representar la fuerza políticamente hegemónica de una democracia revolucionaria, basada principalmente en la alianza con el campesinado, cuyos intereses económicos no socialistas se hacía necesario respetar. El socialismo sólo se podía hacer realidad como consecuencia de los efectos de una modernización conseguida por la democracia revolucionaria; entonces el proletariado tendría que estar dispuesto a afrontar el choque de intereses con los campesinos,

⁵⁰⁷ *Id. Triebkräfte und Ausschitnen der russischen revolution*, ivi, XXV, 1906-07, vol. I., pp. 324-27.

problema típico de los países desarrollados.⁵⁰⁸ Como conclusión, «parece imposible que la actual revolución rusa pueda llevar a la implantación de un modo de producción socialista, aun en el caso que aquélla llevase temporalmente al poder a la socialdemocracia».⁵⁰⁹

La influencia de los métodos de lucha rusos, tal como se ha dicho, indujo a Kautsky, durante un breve período, a exponer abiertamente la exigencia de revisar la táctica utilizada por la socialdemocracia alemana. Fue impulsado a esto, principalmente por las «lecciones de Moscú», esto es la insurrección armada del proletariado moscovita en diciembre de 1905. El 28 de enero de 1906, escribió un artículo en «Vorwärts» *Die Aussichten der russischen Revolution* la opinión en el que sostenía la necesidad de «revisar la opinión de Engels en el prólogo a *Las luchas de clases* de Marx, según la cual la época de las barricadas había acabado definitivamente». En realidad, en Moscú, había existido una combinación de acción política de masas, la huelga, que había «minado la disciplina del ejército» creando condiciones eficaces desde el punto de vista revolucionario. Kautsky reafirmó los mismos conceptos en el prólogo de octubre de 1906, a la segunda edición de *Die soziale Revolution*, donde afirmó que entraba dentro de lo posible que lo ocurrido en Moscú pudiera repetirse en la Europa occidental.⁵¹⁰

5. Rosa Luxemburg: las «lecciones» de Rusia

La holandesa Henriette Roland-Holst, autora del libro, ya mencionado, *Generalstreik und Sozialdemokratie*, aparecido en junio de 1905, tuvo un papel muy notable en el debate sobre la huelga de masas y la revolución rusa. En este libro, Henriette Roland-Holst había señalado las premisas necesarias para la huelga política de masas, con el objetivo de alcanzar fines políticos gracias a la «movilización de la fuerza económica del proletariado», con dos

⁵⁰⁸ Ibid., pp. 329-31.

⁵⁰⁹ Ibid., p. 333.

⁵¹⁰ *Vorwort zur zweiten Auflage*, en K.KAUTSKY, *Die soziale Revolution*, Berlin 1907, pp. 5-6.

elementos fundamentales: 1) el acuerdo entre partido y sindicatos, sin el cual se produciría «un experimento sumamente peligroso»; 2) la comprensión de que la huelga no puede producirse artificialmente, en cuanto que es esencialmente el resultado «de una explosión de excitación y energía revolucionarias acumuladas a lo largo de mucho tiempo». En cuanto a las condiciones de su realización, la autora hacía notar que era más fácil que la huelga de masas se produjera en un país como Rusia, en el que los trabajadores no disponían de derechos políticos ni de asociación, que en países como Alemania. Aquí la huelga podía ser –decía Roland-Holst de acuerdo con Kautsky- «tan sólo el primer paso hacia luchas decisivas».⁵¹¹

La socialista holandesa, al reflexionar acerca de las enseñanzas de la revolución rusa, se situó en posiciones casi coincidentes con las de Rosa Luxemburg en el curso del debate que se desarrolló en 1905 sobre la posibilidad de aplicar las experiencias rusas a la Europa occidental. Tanto «Neue Zeit» como en «Vorwärts», apoyó la huelga política de masas e incluso dijo que existían mejores condiciones para aplicarla en Occidente. Subrayó que la revolución estaba ya en el orden del día: «La revolución rusa se produce en una época en la cual en los países más importantes la lucha de la socialdemocracia está próxima a convertirse de lucha por este o aquel derecho en lucha por el poder del Estado»⁵¹². En el prólogo a la segunda edición de su libro, alababa las «enseñanzas» de la revolución rusa como valores universales de la lucha del proletariado. Las huelgas de masas -decía- son comparables al asedio de la fortaleza conservadora, una acción en oleadas sucesivas; la naturaleza de la huelga de masas es susceptible de establecer un ligamen insoluble entre la dimensión política y la dimensión económica. El movimiento de masas - y aquí tenemos un punto decisivo- produce el efecto de extenuar y revolucionar el aparato represivo militar a través de la disolución de la disciplina. Como conclusión, Roland-Holst llegaba a afirmar que la huelga política de tipo ruso había modificado profundamente la perspectiva que Occidente tenía acerca de la finalidad de esta arma.

⁵¹¹ H. ROLAND HOLST, *Generalstreik und Sozialdemokratie*, Dresden 1905.

⁵¹² *Proletarisches Bewusstsein und Revolution*, en *Neue Zeit*, XXIV, 1905-1906, vol.I, p. 215..

Lo que Rusia había demostrado era que la huelga política de masas constituía «el arma más eficaz» que también poseía el proletariado occidental para oponerse, «en las horas decisivas, al aparato del Estado». Llevada por su optimismo, llegaba a decir que era en Occidente donde la huelga de masas podía tener sus efectos más positivos; tanto más cuanto en la Europa desarrollada, el ejército, en cuyas filas se hallaban las masas de trabajadores socialdemócratas, podía ser «revolucionado», más que en Rusia, a partir de «un movimiento revolucionario popular».⁵¹³

El libro de Roland-Holst, publicado en junio, recibió el apoyo de Rosa Luxemburg, que, sin embargo, emitió una crítica muy significativa: a su parecer en el ensayo «se hacía excesivo hincapié en la organización y la disciplina y, en cambio, se diluía bastante el proceso histórico de agudización de las contradicciones de clase», y se exageraba el uso de la huelga política de masas con fines definitivos».⁵¹⁴ Esta crítica era la típica muestra de cómo Rosa Luxemburg enfocaba toda la cuestión de la huelga de masas y las «enseñanzas» de la revolución rusa. Se puede decir que el análisis de Rosa Luxemburg fue una exposición del significado que «la agudización de las contradicciones de clase» asume en las luchas de masas de las que la revolución rusa constituía un ejemplo sin precedentes.

Entre 1905 y 1906, Rosa Luxemburg centró su reflexión teórica en la relación entre lucha de masas y papel de la organización, y entre las condiciones rusas y las alemanas. Su tesis se puede esquematizar de la siguiente forma: la huelga de masas de tipo ruso no es más que la expresión más radical de un método de lucha que tiene un significado universal para las contradicciones entre capital y trabajo en una época revolucionaria; en este momento histórico la revolución se presenta como un proceso internacional, aunque tenga compartimentos y articulaciones específicamente nacionales, y cuyo objetivo final no está representado por la lucha por la democracia sino por la lucha por el socialismo. Las luchas por la democracia, incluso en Rusia, no son un fin sino un medio. La lucha revolucionaria es el producto de las contradicciones sociales y por lo tanto tiene una

⁵¹³ *Der politische Massentreik in der russischen Revolution*, ivi, vol II, pp. 214-221.

⁵¹⁴ *Rosa Luxemburg: ihr Leben und Werken*, Zürich 1937, p. 219.

base espontánea que reúne a todos los explotados, organizados o no. La función del partido socialdemócrata es la de ser guía de un proceso objetivo que no puede ser provocado ni interrumpido de manera artificial. El carácter de la revolución rusa es que tiene fines transitorios de tipo democrático-burgués, pero posee su fuerza principal en un proletariado socialista cuya posición política nacional está ligada a los destinos internacionales de las luchas proletarias de los países desarrollados, las cuales ya no pueden tener otro fin que la construcción del socialismo. En esta perspectiva la huelga de masas no es un arma defensiva, sino ofensiva, y lleva al choque directo con el Estado capitalista.

Oriente es el maestro de la revolución de Occidente, cuyo destino histórico en la época abierta por la revolución rusa es unirse al primero para cerrar el círculo. Rosa Luxemburg, desde el inicio de la revolución, pone en evidencia el siguiente factor: «el punto de partida de la próxima oleada revolucionaria se ha trasladado de Occidente a Oriente». Pero también Alemania, con la gran huelga del Ruhr, ha entrado en ebullición, de esta manera «el mundo capitalista y con él la lucha de masas internacional parece que ha salido del marasmo y del largo período de las escaramuzas parlamentarias». Emergen nuevamente, «las fuerzas revolucionarias elementales, activas en la sociedad moderna».⁵¹⁵ Por lo tanto, «la sublevación del proletariado ruso» es «un fenómeno nuevo» que la socialdemocracia internacional debe «asimilar».⁵¹⁶ Lo que Rosa Luxemburg quiere hacer entender en pocas palabras a la socialdemocracia alemana es que lo que las masas ponen en movimiento en Rusia no es una sublevación popular «oriental», sino una «revolución moderna».⁵¹⁷ Es precisamente el carácter de moderna revolución que se ha afirmado en Rusia lo que ha de llevar al rechazo total y frontal de cualquier argumentación (que, como se ha visto, era el caballo de batalla de los dirigentes sindicales y de los revisionistas) que pretenda que las condiciones rusas son distintas de las de los países desarrollados:

⁵¹⁵ R. LUXEMBURGO, *Die Revolution in Russland*, en *Gesammelte Werke* (de ahora en adelante citada GW), vol. 1/2, Berlín 1974, página 477.

⁵¹⁶ *Nach dem ersten Akt*, en GW cit., p. 487.

⁵¹⁷ *Der Bittgang des Proletariats*, en GW cit., p. 523.

La cuestión principal -escribía R. Luxemburg el 1 de mayo de 1905- consiste en lo siguiente: darse cuenta, clara y conscientemente, que de la actual revolución del Imperio ruso nacerá una poderosa *aceleración* de la lucha de clases internacional que muy pronto, también en la «vieja Europa», nos colocará ante una situación revolucionaria y ante nuevas tareas tácticas.⁵¹⁸

A medida que la revolución se extendía en Rusia, los argumentos se fueron haciendo más seguros y apremiantes. Lo que renacía en 1905, debido sobre todo a la lucha de los trabajadores rusos, era el primitivo espíritu revolucionario del marxismo. Lo que el proceso revolucionario ruso hacía «literalmente» renacer era el antiguo «esquema», tan despreciado, de marxismo, o sea la política marxista del *Manifiesto* y de la revolución de marzo de 1848.⁵¹⁹ Por ello la revolución rusa tenía, según Rosa Luxemburg, el valor de una restauración teórica del marxismo y exigía al movimiento obrero occidental una revisión estratégica. Siguiendo este análisis la conclusión definitiva -que habría de provocar las más duras reacciones entre quienes, dentro de la socialdemocracia rechazaban las «lecciones» de Rusia- era que, si fuese necesario, también en Alemania habría que estar dispuestos a utilizar el «idealismo revolucionario», empleado por los trabajadores rusos, para combatir a las clases dirigentes.⁵²⁰ En una conferencia, en diciembre de 1905, Rosa Luxemburg afirmó que la revolución rusa había «probado» que la huelga de masas era «históricamente necesaria para la clase obrera» y que por lo tanto también llegaría indefectiblemente a Alemania.⁵²¹ Haciendo balance del año 1905, manifestaba que había sido de grandes luchas y victorias políticas en toda Europa: En Rusia en primer lugar, en Italia con la gran huelga ferroviaria, en Francia

⁵¹⁸ *Im Feuerscheine der Revolution*, en GW cit., pp, 539-40.

⁵¹⁹ *Nach dem Bankrott des Absolutismus* (artículo sin firmar), en RRS DP, 114 cit., p. 818.

⁵²⁰ *Agrarier und Revolution* (artículo sin firmar), en RRS DP, 114 cit., p. 928.

⁵²¹ *Aus der Frauenbewegung, Der politische Massenstreik*, en "Vorwärts", 8 diciembre 1905.

con el proceso de unificación socialista, en Inglaterra con la acentuación socialista de la acción sindical y una nueva autonomía política del movimiento obrero y, finalmente, en Austria-Hungría con la lucha por el sufragio universal. «La historia de la humanidad está convulsionada por los dolores del parto, surgen nuevos planteamientos sociales, de los que nacerá lo nuevo.» Ante esta situación, la tarea de la socialdemocracia internacional es cumplir «su propio deber histórico universal de vanguardia».⁵²²

En el análisis dedicado a la revolución rusa del año 1905 y a su significación internacional, Rosa Luxemburg trató de plantear el problema central teórico de esta manera: ¿cómo pueden unos métodos de lucha, como los que ha empleado un país tan atrasado como Rusia, tener una validez general, aplicable incluso al proletariado occidental? Para responder a esta pregunta se tenía que conocer el carácter de la revolución rusa. La respuesta de Rosa Luxemburg a esta pregunta se puede resumir fundamentalmente en lo dicho en «Neue Zeit» pocos días después del «domingo sangriento». Rusia es el país más atrasado, desde un punto de vista político, de Europa. No tiene una burguesía moderna que pueda emprender la lucha contra el zarismo y mantener, a un tiempo, al proletariado bajo su hegemonía; tampoco existe aquella pequeña burguesía que «en todas las revoluciones modernas ha tenido un papel dirigente fundamental». La burguesía está aferrada al «conservadurismo reaccionario» y por tanto no es liberal. El liberalismo es la bandera de la nobleza agraria, que sufre el estatalismo y pide el libre-cambismo. Por lo tanto, la única clase realmente revolucionaria es el proletariado industrial, de la misma manera que la única ideología revolucionaria es la socialdemócrata: «contra la opinión generalizada, la revolución rusa actual tiene un carácter marcadamente más proletario que cualquiera de las otras realizadas hasta hoy».

Pero ¿por qué objetivos puede luchar el proletariado? He aquí la contradicción específica de Rusia: por un lado una situación de atraso social hace que el objetivo no pueda ser otro que el de alcanzar «una constitución estatal democrático-burguesa». Por otra parte, la presencia de un proletariado industrial plenamente desarrollado en

⁵²² *Neues Jahr, neue Kampf* (artículo sin firmar), ivi, 31 diciembre 1905.

un país sin una burguesía democrática y sin una pequeña burguesía revolucionaria hace que tan sólo los obreros puedan dirigir políticamente la lucha contra el absolutismo.⁵²³ Se podía incluso prever que la burguesía asumiese el poder político. Sin embargo, este poder de la burguesía no sería, ni mucho menos, un poder pleno, puesto que la situación posrevolucionaria estaría «desde el primer momento» mediatizada por una «profunda disidencia», cuya causa era el hecho que la burguesía habría recibido el poder no por su propia acción, sino por la del proletariado,⁵²⁴ el cual desde el primer momento había asumido «una posición de clase dirigente».⁵²⁵

El carácter proletario de la revolución estaba motivado, desde un principio, no sólo por el hecho de que los trabajadores eran la fuerza material primordial, sino también por las formas de lucha, formas propias de la lucha proletaria (los movimientos de masas), y por la duplicidad de objetivos, que no se dirigían sólo contra el absolutismo político, sino también contra la explotación económica. La lucha, por tanto, era políticamente antiabsolutista, y económicamente anticapitalista. La huelga de masas constituía, de esta forma «la síntesis de estos dos momentos». Las libertades políticas, la República y los derechos civiles, esto es el derrocamiento del absolutismo; todo aquello por lo que combate el proletariado ruso, no es un objetivo en sí mismo, cuya actuación podría llevar a la normalización burguesa, sino un medio para obtener «medios de lucha contra la burguesía».⁵²⁶

A finales de 1905, Rosa Luxemburg reafirmaba que Rusia «no está preparada para la constitución de un Estado socialista». Por otra parte, el proceso revolucionario había dado al proletariado conciencia de «sus propias fuerzas e intereses», y había puesto en el orden del día un cambio profundo en las relaciones de propiedad en el campo. La conclusión era la siguiente: «en el momento actual tan sólo es posible un régimen democrático-liberal con una poderosa

⁵²³ LUXEMBURGO, *Die Revolution in Russland*, en GW, vol. 1/2 cit., pp. 479-80.

⁵²⁴ *Ibid.*, p. 514.

⁵²⁵ *Ibid.*, p. 515.

⁵²⁶ *Eine Probe aufs Exempel*, en GW cit., p. 530.

base sociopolítica». ⁵²⁷ Es importante constatar por todo este análisis estaba basado en la convicción, confirmada tras la insurrección de Moscú, de que «la reacción no podrá triunfar nunca más». Aunque la reacción implantase una dictadura militar --decía Rosa Luxemburg en un artículo del 22 de diciembre ésta no podría durar mucho». ⁵²⁸

Por lo tanto, si bien la revolución era burguesa en cuanto a sus perspectivas institucionales, en cambio era proletaria en cuanto a los métodos utilizados: el proletariado combatía de modo autónomo y con sus propios medios. El medio esencial del proletariado era la huelga de masas, que se manifestaba como forma de lucha válida en el proceso revolucionario para todos los países y con el objetivo de conquistar el poder. Sin embargo, no se debe creer que para Rosa Luxemburg el proceso revolucionario tuviese que coincidir con la huelga de masas. Consideraba que esta etapa era tan necesaria, como definida y al final desembocaba en el enfrentamiento armado con el poder estatal. El papel de la huelga de masas tenía tres características esenciales: realizar una amplia unidad entre organizados y no organizados, provocar la crisis en el frente económico-social contrario y permitir una creciente autorganización de las masas. El papel del partido no es ordenar ni el inicio, ni las fases, ni el final de la revolución, ni la huelga de masas, ni fijar desde el exterior el proceso. El papel real del partido es el de representar a la parte consciente de un proceso cuyo motor son las contradicciones sociales. «Una revolución auténtica, un gran movimiento de masas, no es nunca, ni puede serlo jamás, un producto artificial dirigido y planificado de manera artificial». Lo que sí se puede hacer es, por el contrario, influir en la «dirección» de la revolución en la medida en que se consigan clarificar los objetivos de las clases revolucionarias y la situación social. Se puede, asimismo, «acelerar el estallido de la revolución» aprovechando la situación, pero no pensar que se puede dirigir una revolución y aún menos en su primera fase de desarrollo. ⁵²⁹

⁵²⁷ *Rosa Luxemburgo über die russische Revolution*, en *Leipziger Volkszeitung*, 29 de septiembre de 1906.

⁵²⁸ *Neues Jahr, Neue Kampf*.,cit.

⁵²⁹ *Vor der Entscherdangsschlacht* (artículo sin firmar), en *Vorwärts*, 21 de diciembre de 1905.

Partiendo de esta premisa, Rosa Luxemburg atacó frontalmente a quienes pretendían planificar las condiciones de los grandes movimientos de masas. La huelga general, que ella define como «primer paso y forma natural inicial de toda acción de masas abierta y de cualquier revolución moderna», en Rusia no ha sido el fruto de una propaganda abstracta, sino el producto de contradicciones sociales concretas. Ha estallado en Rusia faltando justamente todas aquellas condiciones (fuerte organización sindical, libertad de asociación, cajas de resistencia de las organizaciones sindicales, cuadros organizados dentro de una estructura centralizada y escaso militarismo) que los pedantes teóricos de la socialdemocracia alemana consideraban necesarios para una huelga de masas. De esta forma, la revolución rusa demostraba, por una parte, la fuerza de la huelga de masas, por otra su naturaleza de nuevo modelo de lucha, tanto más auténtico cuanto más difíciles fueron las condiciones en que se había desarrollado. Por todo ello, «la revolución que se está desarrollando en el Imperio zarista constituye un hecho nuevo, que debería ser, para las futuras luchas revolucionarias del proletariado europeo, mucho más típica que las precedentes revoluciones burguesas de Francia y Alemania». Este modelo estaba destinado a demostrar que la huelga de masas no es más que «la fase inicial» de la revolución.⁵³⁰ Según las acusaciones hechas por los que se oponían a la huelga de masas, ésta era una «fase inicial», pero una «fase inicial» hacia la represión militar. Rosa Luxemburg, avanzando la idea que luego harían suya también Kautsky y Roland-Holst, replicaba que la cuestión militar no podía afrontarse si no es desde los mismos efectos de las grandes movilizaciones de masas, que a su vez implicarían también a las masas de soldados. Una «auténtica acción de masas» -añadía- sólo se puede realizar «en una situación revolucionaria, en una situación que ya haya puesto en efervescencia a las masas populares y al país entero». El ejemplo ruso ha demostrado que el mismo proceso revolucionario da las soluciones al problema de la represión militar, puesto que una auténtica

⁵³⁰ *Eine Probe aufs Exempel*, en GW cit., p. 530-31.

revolución de masas implica a las tropas y debilita e incluso disuelve la fuerza militar.⁵³¹

La última gran «enseñanza» que daba la revolución rusa, la capacidad de autorganización de las masas, fue dirigida por Rosa Luxemburg contra la moderación sindical, contra lo que podríamos llamar superstición organizativa. Se trataba una actitud destinada a aumentar más que nunca la aversión que los dirigentes sindicales y los revisionistas sentían hacia la revolucionaria polaca. En el Congreso del partido de 1905, en medio de una áspera polémica, Rosa Luxemburg se dirigió a los «supersticiosos» de la organización desde arriba, exhortándoles a «aprender de la revolución rusa». «Las masas –dijo- han empezado una revolución sin tener apenas un mínimo de organización sindical y ahora, paso a paso, refuerzan su organización a través de la lucha.» Por lo tanto, hacía un elogio de la autorganización que nace de la experiencia misma. «Realmente, es una concepción totalmente mecanicista y antidialéctica la que pretende que el presupuesto necesario de la lucha es una organización fuerte. La organización llega también por la vía contraria, producida por la lucha misma y por la concienciación que ella misma genera».⁵³²

Toda esta línea de pensamiento tuvo una síntesis coherente y eficaz en el ensayo, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, escrito en 1906, que era un auténtico ataque contra la línea de los dirigentes sindicales alemanes. Los ataques luxemburguianos tuvieron su más clara expresión en un párrafo de la parte central del libro, en el que se consideraba necesario que «los trabajadores alemanes empiecen a considerar la revolución rusa como cosa suya, no sólo por un sentimiento de solidaridad internacional con el proletariado ruso, sino sobre todo porque se trata de un capítulo más de su propia historia social y política».⁵³³ Partiendo de este punto de vista, Rosa

⁵³¹ *Die Losung der Frage*, en GW cit., pp. 621-22. Cfr. también *Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 23. bis 29. September 1906 in Mannheim*, en GW, vol. 11, Berlín 1972, p. 172.

⁵³² *Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 17. bis 23. September 1905 in Jena*, en GW, vol. 1/2 cit., p. 603.

⁵³³ R LUXEMBURG, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, en GW, vol. 11 cit., p. 150.

Luxemburg sostenía que la revolución rusa y sus métodos de lucha, aun «dentro de la situación particular de la Rusia absolutista», eran la expresión de «los resultados globales del desarrollo capitalista internacional» y que por lo tanto la revolución antizarista no estaba provocada por las diferencias entre Oriente y Occidente. Al contrario, era «un fenómeno que preiudicaba nuevas revoluciones proletarias en Occidente»,⁵³⁴ en un momento en que también la Europa occidental se encaminaba hacia una «agudización de las contradicciones de clase».⁵³⁵ La revolución rusa había abierto «una nueva época del desarrollo del movimiento obrero», ofreciendo «por primera vez en la historia de la lucha de clases una grandiosa realización de la idea de la huelga de masas».⁵³⁶ Por si no fuera bastante, Rosa Luxemburg lanzaba contra los dirigentes sindicales un dardo envenenado: el movimiento de masas ruso había demostrado que el proceso revolucionario rompe todas las barreras que pueda haber entre trabajadores organizados y no organizados; por ello se hacía necesario poner fin a la «infravaloración de las masas proletarias no organizadas y de su madurez política».⁵³⁷ Por último, terminaba su análisis colocando a la orden del día el que consideraba único objetivo posible del movimiento obrero en Alemania: la dictadura del proletariado. En Alemania -escribía- «no se puede hablar ya de revolución burguesa», pues el liberalismo y la democracia burguesa eran fenómenos agotados. «Por lo tanto en Alemania y en un período de abiertas luchas políticas populares, el único fin históricamente necesario que existe es el de la dictadura del proletariado».⁵³⁸

En las intervenciones de Rosa Luxemburg en el Congreso de Londres de la socialdemocracia rusa, en mayo de 1907, volvió a apoyar, generalizándolo para «toda Europa occidental», a pesar de las derrotas de la revolución rusa y de la socialdemocracia alemana en las elecciones de enero de 1907, el concepto según el cual, habiendo dejado de desempeñar la burguesía su papel político

⁵³⁴ Ibid., pp. 149-50.

⁵³⁵ Ibid., p. 101.

⁵³⁶ Ibid., p. 95.

⁵³⁷ Ibid., p. 144.

⁵³⁸ Ibid., p. 153.

progresista,⁵³⁹ la revolución rusa constituía el primer acto de las «futuras revoluciones proletarias». El proletariado alemán tenía en el ruso un ejemplo de cómo conseguir un «ensanchamiento y profundización de las perspectivas de la táctica proletaria».⁵⁴⁰

6. Parvus: la revolución rusa y la democracia obrera

En un examen de los principales análisis realizados en Alemania sobre la revolución rusa y sus implicaciones en Occidente, no puede faltar una referencia a Alexander Helphand, exiliado ruso conocido con el pseudónimo de Parvus. Nacionalizado alemán y residente en Munich, había tomado parte activa a finales de siglo en la polémica sobre el revisionismo, convirtiéndose en uno de los más conocidos radicales. Al mismo tiempo, se había mantenido activo en las luchas ideológicas de la socialdemocracia rusa y en 1905 había marchado a Rusia, participando en la revolución. Parvus, que escribió en «Iskra» varios importantes artículos, en los que, comentando los efectos de la guerra ruso-japonesa, predijo en 1904 que la revolución era históricamente inevitable, puso las bases en 1905 de la teoría de la «revolución permanente». De esta manera, en cierta forma como inspirador de Trotski, conquistó un importante lugar en la historia del pensamiento marxista. En la prensa socialdemócrata alemana escribió varios importantes artículos en los que insistió en tres puntos esenciales: 1) la revolución rusa debía considerarse como el resultado de las contradicciones del capitalismo internacional y, al mismo tiempo, como portadora de nuevas contradicciones en el seno de aquél; 2) la dinámica interna de la revolución rusa no consentiría el establecimiento duradero de una política de base burguesa; 3) los soviets constituían el germen de una nueva forma de organización estatal -siendo éste un elemento totalmente nuevo incluso respecto a las posiciones de Rosa Luxemburg.

Todo el análisis específico publicado en la prensa alemana sobre la revolución rusa se debe situar en un contexto más amplio, que tiene como puntos de referencia, por un lado, la huelga general como

⁵³⁹ *Parteitag der SDAPR* 1907 in London, en GW, vol. II cit., p. 216.

⁵⁴⁰ *Ibid.*, p. 213.

nueva arma proletaria y, por otro, la tendencia del capitalismo a crear conflictos interimperialistas, que son a su vez generadores de revoluciones sociales.

Parvus teorizó, interviniendo en el debate sobre la huelga general, mucho antes del estallido revolucionario en Rusia y por tanto antes de las «lecciones» dadas por las acciones de masas rusas, que la huelga general era la forma específica con que se iniciaría el proceso revolucionario proletario. «La huelga general -escribía en agosto de 1904- en cuanto huelga política de masas no se dirige contra el poder económico de la clase capitalista, sino contra el poder político del Estado capitalista». Su objetivo es provocar la «desorganización del Estado» mediante la paralización de las «ramas más importantes de la producción y de los medios de comunicación». Tiene, asimismo, el objetivo de desmoralizar al adversario y crear entusiasmo entre el proletariado. Por todo ello «la huelga general no es otra cosa que la revolución sin el recurso de las armas». Las antiguas revoluciones se dirigían contra el gobierno y, no por casualidad, tenía como sede principal la capital del Estado. Por el contrario la huelga general «se dirige contra el Estado» y tiene como ámbito de acción el país entero. Además las antiguas revoluciones tenían como presupuesto «una insatisfacción generalizada frente a la política gubernamental»; en cambio, la huelga general «tiene como presupuesto el desarrollo de los sindicatos y la difusión de las ideas socialistas en el ejército». Por tanto «la huelga general es la revolución proletaria».⁵⁴¹

Una vez establecido que la huelga general representaba la nueva forma de la revolución proletaria, Parvus insiste en la actualidad tanto del peligro de guerra, como de la oposición revolucionaria del proletariado a este peligro. Comentando las revelaciones hechas por Delcassé acerca del peligro de guerra que Europa había corrido tras la crisis marroquí, Parvus analizó en «Leipziger Volkszeitung», en octubre de 1905, las raíces de la guerra en el mundo actual. Las razones fundamentales del peligro de una guerra europea no están en esta o aquella «coyuntura» de la política internacional, sino en las raíces del militarismo, que se alimenta de la vocación militarista de la aristocracia y de los intereses capitalistas en la producción bélica.

⁵⁴¹ PARVUS, *Über den Generalstreik*, en «Leipziger Volkszeitung» 23 agosto 1904.

Actualmente se ha entrado en un período de guerras y de graves tensiones, que permiten concluir que «nos hallamos frente a una guerra, si bien no sabemos aún donde estallará». La paz que hasta ahora ha reinado ha sido la «paz del miedo». Pero los síntomas del peligro de una guerra son precisos y preocupantes: la guerra chino-japonesa, la guerra hispano-estadounidense, la guerra contra los boers y la guerra ruso-japonesa. Los gérmenes que preparan la nueva guerra son: la transformación de los Estados Unidos en un Estado militarista, la transformación de Alemania en potencia marítima y la agudización de la lucha contra el dominio comercial de la Gran Bretaña. La situación mundial es tal que el proletariado no puede esperar nada bueno del equilibrio entre las potencias capitalistas. «La única posibilidad para impedir la guerra mundial consiste en la oposición revolucionaria del proletariado europeo».⁵⁴² El deber del proletariado no era, desde luego, el de esperar pasivamente el estallido de la guerra, sino el de impedirlo. Sin embargo, si la guerra estallara, entonces la respuesta de los trabajadores tendría que ser la de «desencadenar la revolución».⁵⁴³

Parvus analizaba la revolución rusa como parte de un proceso internacional, de la dialéctica entre imperialismo y revolución a escala mundial. La revolución rusa era una parte específica del fenómeno general. Por lo tanto, la revolución nacía en Rusia como hija del sistema capitalista mundial y estaba destinada a hacer sentir sus efectos sobre éste, al agudizar a escala internacional el conflicto entre capital y proletariado. Parvus, escribiendo en «Iskra» en 1904, preveía que la revolución rusa y su papel de «vanguardia» permitirían al proletariado la conquista del socialismo mundial. La guerra ruso-japonesa se había convertido en una lucha por la hegemonía en Asia oriental y estaba destinada a poner en juego la posición histórica del zarismo, repercutiendo en la balanza de las relaciones entre todas las naciones. Todo ello, para él, se convertía en un enfrentamiento entre capitalismo y proletariado a nivel internacional.

⁵⁴² Die Kriegsgefahr, en «Leipziger Volkszeitung», 17 octubre 1905.

⁵⁴³ Unsere Agitation gegen den Krieg, ivi, 18 abril 1905.

El proceso mundial del desarrollo capitalista lleva a la sublevación política en Rusia y esta sublevación hará sentir sus efectos en el desarrollo político de los países capitalistas de todo el mundo. La revolución rusa hace temblar las bases políticas del mundo capitalista y el proletariado ruso puede convertirse en la vanguardia de la revolución social.⁵⁴⁴

Pocos días después del «domingo sangriento» (22 de enero de 1905) Parvus señaló los términos de la dinámica revolucionaria iniciada en Rusia. Su tesis fundamental era que el proletariado ruso debía conquistar su unidad y total autonomía respecto a todas las demás fuerzas políticas; por lo tanto su actuación no podía limitarse a una política de alianzas que subordinase y limitase su independencia. La lucha contra el zarismo era el inicio de una lucha global, destinada a continuar contra la burguesía. «La clase obrera tiene que saber que revolución y derrocamiento del absolutismo no son hechos equivalentes, que, para llevar hasta el final el movimiento revolucionario, debe combatir primero contra el absolutismo y después contra la burguesía». Lo más importante para el proletariado es mantener «la independencia de su propia organización, su autonomía real respecto a otras corrientes políticas». A partir de esto se configuraban los cinco mandamientos del proletariado revolucionario (que en embrión eran la teoría de la revolución permanente):

1) No mezclar las organizaciones: avanzar separados, golpear unidos. 2) No renunciar a las propias reivindicaciones políticas. 3) No ocultar la diversidad de intereses. 4) Vigilar tanto a los aliados como a los enemigos. 5) Tender prioritariamente a aprovechar las situaciones creadas por la lucha y no a mantener las alianzas.

La socialdemocracia, si no quería perder la confianza de los trabajadores, no debía tener miedo de aspirar al poder político. Por

⁵⁴⁴ *Rossia i Revoliuza*, San Petersburgo, pp. 95, 133, cit. en W. B. SCHARLAU y Z. A. ZEMAN, *Freibeuter der Revolution: Parvus- Helphand, eine politische Biographie*, Colonia 1964, p. 71.

lo tanto, Parvus rechazaba toda perspectiva de una toma del poder por parte de la burguesía; sólo la socialdemocracia podía ser la fuerza adecuada para gobernar, no con el objetivo de «una transformación socialista», para la que no existían los necesarios presupuestos económicos, sino para la creación de una «república democrática» que se apoyaría en un «ejército revolucionario de los trabajadores».⁵⁴⁵

Con esta perspectiva, comentando, en agosto de 1905. en el órgano de la socialdemocracia bávara, el sentido de la revolución rusa, Parvus condensaba sus ideas afirmando que la revolución debía conseguir tres resultados principales: la constitución del proletariado como fuerza independiente, la lucha por las libertades políticas como presupuesto para la actividad autónoma de la socialdemocracia y la conquista de un régimen democrático como punto de partida para un nuevo y más amplio proceso revolucionario social.⁵⁴⁶

Los análisis más importantes desarrollados por Parvus fueron publicados por «Neue Zeit» en diciembre de 1905 y en abril de 1906. El primer ensayo estaba reproducido del primer número de la revista socialdemócrata rusa «Nastchalo» y tenía por título *Die Aufgaben der Sozialdemokratie*, un título que respondía adecuadamente al carácter de artículo programático (sin firmar). El punto central del ensayo era el nexo entre los objetivos inmediatos del proletariado ruso y los objetivos más a largo plazo, de tal manera que quedara clara la diferencia entre la fase burguesa y la fase que ya no lo era en la revolución. En efecto -argumentaba Parvus-, «el objetivo revolucionario inmediato» del proletariado ruso no consiste en la construcción de un régimen político dirigido por la burguesía, sino un régimen estatal en cuyo ámbito «sean garantizadas las demandas de la democracia obrera». De gran interés era la definición dada por Parvus acerca del término «democracia obrera», interesante puesto que contiene de un modo preciso las bases metodológicas, por así

⁵⁴⁵ PARVUS. *Vorwort zu Trotzki's Broschüre* «Bis zum 9. Januar 1905». Genf 1905, en Freibeuter cit., pp. 354-58. En el apéndice de este libro está publicado nuevamente el texto íntegro de Parvus.

⁵⁴⁶ *Die Russische Revolution und die Arbeiter*, en «Münchener Post», 6-7 agosto 1905.

decirlo, del proceso de la revolución «permanente». «La democracia obrera -escribía- contiene todas las exigencias más radicales de la democracia burguesa, pero confiere a algunas de éstas un carácter particular y añade otras puramente proletarias». En una palabra, las típicas libertades de la democracia burguesa son para el proletariado un medio para extender su propia fuerza organizativa de clase con miras a la lucha social. En este proceso crea organizaciones propias que, en cuanto a forma, superan los límites tradicionales de la misma democracia burguesa y, en cuanto a contenido, expresan el camino de la lucha por la revolución social contra el capitalismo.

Aún no se trata de la dictadura del proletariado, cuyo objetivo es cambiar de raíz las relaciones de producción de un país, pero se trata de un paso más allá de la democracia burguesa. Nosotros no podemos considerar aún como nuestra tarea la transformación de la revolución burguesa en revolución social. Pero menos aún creemos necesario someternos a la revolución burguesa (...). Nuestra tarea es ensanchar los límites de la revolución burguesa, en la medida en que, dentro de ella, defendamos los intereses del proletariado y en el marco de la constitución burguesa podamos crear la más amplia base posible para el cambio revolucionario de la sociedad.⁵⁴⁷

Se trata, pues, de aprovechar el liberalismo burgués para los objetivos autónomos del proletariado. El principal factor que, según Parvus, impediría en Rusia «la consolidación del orden burgués» era el entrelazamiento de las relaciones de clase entre burguesía, obreros y campesinos. En Rusia el capitalismo ya no estaba en condiciones de resolver la cuestión campesina; esto representaba un elemento decisivo que hacía más «complicada» que nunca la revolución y le confería la naturaleza de un proceso muy largo. La socialdemocracia, en cuanto organización política dirigente del proletariado, era la única fuerza capaz de resolver las demandas de los campesinos, ya que era la única fuerza que podía «modificar las relaciones de

⁵⁴⁷ *Die Aufgaben der Sozialdemokratie Russlands* (artículo sin firmar), en «Neue Zeit», XXIV, 1905-06, vol. I, pp. 455-56.

producción y liberar, así, de la explotación a todos los estratos de las masas trabajadoras». Si el capitalismo ruso no podía resolver la cuestión campesina, si ello impedía la constitución de un régimen político burgués estable, si sólo el proletariado podía liberar a los campesinos de la explotación, para Parvus también era igualmente evidente que la socialdemocracia no podía tener como objetivo el establecimiento de un orden político acorde con los deseos del campesinado de acceder a la pequeña propiedad. Ello se debía a que la socialdemocracia debía oponerse a un retroceso, a un «retorno hacia las antiguas formas de las relaciones económicas». Los socialistas debían encauzar el empuje revolucionario del campesinado «hacia la transformación socialista». ⁵⁴⁸ Esto excluía la posibilidad de una alianza paritaria en el campo político entre obreros y campesinos, y había que dar a los primeros una necesaria primacía en la dirección y en la estrategia. La revolución rusa, nacida de los efectos del desarrollo capitalista internacional en Rusia, estaba destinada a su vez a hacer sentir sus efectos en Occidente. Los «éxitos» de la democracia obrera en Rusia -escribía Parvus- «podrían provocar en la Europa occidental luchas decisivas entre las organizaciones socialrevolucionarias del proletariado por un lado y el poder estatal por otro». ⁵⁴⁹

El segundo ensayo publicado por Parvus en «Neue Zeit» desarrollaba el concepto de democracia obrera directa, introduciendo una dimensión que permanecería prácticamente ignorada por los análisis dedicados a la revolución rusa en Alemania. Parvus llamaba la atención sobre los soviets, como forma nueva y específica de la democracia obrera y como germen de un contrapoder permanente. La característica original de los consejos de diputados obreros de Petrogrado -subrayaba Parvus en el artículo *Die gegenwärtige politische Lage Russlands und die Aussichten für die Zukunft*- no podía ser asimilada a las precedentes organizaciones que combatían al gobierno, puesto que con ellos aparecía «por primera vez una organización que actuaba, no sólo en sentido destructivo, sino también en sentido constructivo; una fuerza de nuevo tipo, y éste era el punto esencial, «capaz de emprender la construcción de

⁵⁴⁸ Ibid., p. 457.

⁵⁴⁹ Ibid., p. 458.

un Estado». Es una observación importante porque anticipaba de manera absolutamente lúcida una argumentación que, en el futuro, se repetiría infinitas veces, después de 1917, en apoyo de la estrategia soviética. El soviet de Petrogrado se había preocupado por establecer contacto con las organizaciones de otras ciudades y así constituir el núcleo de «un partido proletario de masas». La aparición de los soviets modificaba, de manera nueva y sustancial, la relación tradicional entre el partido socialdemócrata y las masas obreras, creando entre ambos un elemento organizado susceptible de dar una poderosa estructura al proceso revolucionario. La socialdemocracia representaba la conciencia política («el programa») de la revolución; el soviet daba a la expansión de esta conciencia una base concreta, puesto que representaba orgánicamente los «intereses de las masas obreras»,⁵⁵⁰ enraizándose en los centros de producción.⁵⁵¹ El soviet, como organización de masas, se había convertido en el instrumento permanente de la movilización de las masas y de la huelga general. El partido, los soviets y la huelga general eran, para Parvus, los tres elementos del proceso revolucionario moderno y de la revolución específicamente proletaria.

Siguiendo el análisis de Parvus en este ensayo, se puede comprender plenamente el significado de su afirmación de que «la democracia obrera», nacida embrionariamente en Rusia, va más allá de los límites de la democracia burguesa y da inicio al proceso de la revolución permanente. El soviet ha sido «el primer cuerpo realmente representativo elegido por las masas populares», en el que se empieza a ver «el germen de un nuevo poder estatal».⁵⁵² El soviet no ha sido únicamente el organizador de los intereses del proletariado urbano, ha sido mucho más: el órgano de dirección política del proletariado sobre el campesinado y los soldados.⁵⁵³ A partir de este proceso revolucionario de nuevo tipo, Parvus preveía la posibilidad de resolver el problema decisivo de una moderna

⁵⁵⁰ PARVUS. *Die gegenwärtige politische Lage Russlands und die Aussichten für die Zukunft*, en «Neue Zeit», XXIV, 1905-06, vol. II, pp. 110-11.

⁵⁵¹ *Ibid.*, p. 120.

⁵⁵² *Ibid.*, pp. 111-112

⁵⁵³ *Ibid.*, p. 114.

revolución proletaria, esto es, anular la fuerza represiva del ejército, que debía ser implicado en un proceso de politización creciente hasta su parcial o total disolución como instrumento en manos del poder gubernamental enemigo.⁵⁵⁴

7. Bernstein: Estado y sociedad en Oriente y Occidente

Los análisis realizados por el ala radical de la socialdemocracia alemana tenían todos una misma conclusión en el sentido de considerar que la revolución rusa debía ser entendida como una parte específica de un proceso revolucionario que se iba delineando en toda Europa. Si se quiere decir con una fórmula, Oriente y Occidente no sólo no se debían considerar contrapuestos, sino susceptibles de converger hacia una unidad tendencial mediante las luchas revolucionarias propias de cada país y otras formas de lucha comunes. La tesis de los radicales, según la cual la huelga política de masas, de la que Rusia había dado pruebas tan excepcionales, era la fórmula de la revolución social, tendía precisamente a demostrar la existencia de una base común entre Oriente y Occidente. La era de las revoluciones europeas había comenzado y la revolución rusa era un episodio fundamental de la misma.

Los análisis del ala revisionista del partido socialdemócrata eran exactamente opuestos a las tesis radicales. Era verdad, sin embargo, como veremos, que respecto a la huelga política de masas también los revisionistas se hallaban divididos, en el sentido de que unos se mostraban contrarios y otros favorables. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en negar: 1) que la revolución rusa hubiese sido el inicio de la revolución europea; 2) que el socialismo estuviese en el orden del día de la historia, y 3) que fuese posible de alguna manera hablar de una unidad «revolucionaria», aunque fuese de forma tendencial, entre Oriente y Occidente, sobre todo acerca de los métodos de lucha a utilizar aquí y allá.

Resumiendo, se puede decir que toda la argumentación de los revisionistas se dirigía a subrayar las «diferencias» entre Oriente y Occidente. Esto a dos niveles: el de las condiciones socioeconómicas

⁵⁵⁴ Ibid., p. 119.

y, por tanto, políticas, y el de los métodos de lucha. También aquellos que, como Bernstein, eran favorables a la utilización, en ciertas condiciones y con ciertos fines, de la huelga política de masas como arma de la lucha, eran contrarios totalmente a considerarla como la fórmula al fin descubierta de la revolución social moderna. Además los revisionistas rechazaron obstinadamente cualquier semejanza entre el despotismo del Estado zarista y el autoritarismo del sistema político de Bismarck vigente en la Alemania guillermina. El objetivo de la socialdemocracia alemana debía ser una plena democracia parlamentaria y no el salto revolucionario hacia el socialismo. A su vez la socialdemocracia rusa debía tener como objetivo la superación de las «diferencias» entre Oriente y Occidente.

Por lo tanto, en el campo revisionista existían dos posiciones diferentes acerca de la cuestión de la huelga política de masas: la primera que lo rechazaba sin paliativos, en nombre del gradualismo y el legalismo, reduciéndola a una variante de la huelga general anarquista; la segunda que, por el contrario, la aceptaba, distinguiéndola netamente de la huelga general revolucionaria, en el caso de que fuese necesario defender la democracia frente a una intentona reaccionaria o bien en el caso de una lucha orientada a ampliar los derechos democráticos. Con este último significado, la huelga de masas no estaba en contradicción, de ninguna manera, con la vía gradualista y parlamentaria, sino que había que considerarla como un medio de presión ante el parlamento. Se puede decir que quienes mantenían la primera posición se alineaban con los dirigentes sindicales, mientras que quienes sostenían la segunda se desmarcaban de aquéllos. Decididos adversarios de la huelga política de masas eran los revisionistas Eduard David y Wolfgang Reine. Por el contrario, Eduard Bernstein, padre del revisionismo teórico, la apoyaba.

Ya se han visto, anteriormente, algunas de las posiciones tomadas por David. Es el momento de analizar con mayor profundidad su actitud. Comentando lo acordado en el Congreso de Jena, donde se aprobó la resolución favorable a la huelga de masas, David subrayaba que la dificultad no estaba en distinguir entre huelga general anarquista y huelga de masas, sino entre esta última y lucha callejera. Bebel, en el congreso, ya había hecho estas distinciones claramente. Las dificultades eran de orden práctico concreto, dado que, una vez

iniciada la vía de la huelga de masas, eran imposible *a priori* concretar las diferencias entre los distintos pasos del proceso, con todas las consecuencias que podrían derivarse de ello. Por todo ello, tanto la concepción de Legien, dirigente sindical, como la de Rosa Luxemburg eran legítimas al considerar que la huelga política de masas tenía un significado revolucionario, si bien ambas se diferenciaban en el sentido que el primero, Legien, veía en ella un factor destructivo, mientras que Rosa Luxemburg la auspiciaba a partir del ejemplo ofrecido por «la gloriosa revolución rusa». La vía a seguir, según David, era aquella que condujera a la mayoría parlamentaria.

Una vez conquistada la mayoría real de la población, entonces obtendremos el poder al que aspiramos. No hay otro camino. La democracia y el socialismo no pueden ser impuestos mientras la mayoría del pueblo esté contra nosotros; debemos respetar su voluntad.⁵⁵⁵

Heine no dudó en combatir la perspectiva del recurso de la huelga política de masas, agitando el espectro de la reacción desencadenada. Atacó duramente a los propagandistas de la huelga política como Roland-Holst (y a todos quienes, en primer lugar Rosa Luxemburg, mantenían posiciones análogas), acusándoles de no entender las condiciones específicas en que se desarrollaban, en Alemania, los procesos políticos y sociales. Lo que cuenta es la «comprobación de las condiciones *prácticas*»⁵⁵⁶ existentes en el país. En Alemania el adversario de la socialdemocracia es poderoso, mejor dicho, muy poderoso (éste es el principal argumento utilizado por los revisionistas contra los que apoyaban el «modelo ruso»). Es poderoso el empresariado y el aparato militar, en una palabra, todo el sistema de poder estatal. El adversario, y en primer lugar los empresarios, puede resistir mucho más tiempo una huelga general de masas que los huelguistas. Por lo tanto ésta sólo llevaría a «la

⁵⁵⁵ E . DAVID, *Rückblick auf Jena*, en «Sozialistische Monatshefte». n.10, octubre 1905, pp. 842-45.

⁵⁵⁶ W. HEINE, *Politischer Massenstreik in gegenwärtigen Deutschlands?*, ivi, n. 9, septiembre 1905, p. 755.

aniquilación de la socialdemocracia». ⁵⁵⁷ En una palabra, Heine lanzaba la siguiente advertencia: en Alemania no se puede jugar con fuego, porque «nuestros enemigos poseen medios irresistibles para aplastar el intento» y están dispuestos a utilizarlos. ⁵⁵⁸ Se llegaría a un régimen de violento reaccionarismo apoyado en un «militarismo fanatizado» y en la «justicia militar». ⁵⁵⁹ La huelga política de masas conduciría en Alemania a «la aniquilación de la organización política y sindical» del movimiento obrero y a «una política reaccionaria» que «tal vez podría poner en peligro incluso un futuro socialista y democrático en Alemania». ⁵⁶⁰

Las diferencias entre Oriente y Occidente eran el tema central de un artículo publicado por otro revisionista, Richard Calwer, en el órgano teórico de los revisionistas, los «Sozialistische Monatshefte». En este artículo no se rechazaba la experiencia rusa, antes al contrario, se la valoraba positivamente dentro de las condiciones específicas, políticas y sociales, de Rusia. Lo que se rechazaba era la posibilidad de trasladar lo ocurrido en Rusia, a Alemania y Occidente. En Rusia no se podía recurrir a la vía de las reformas, posible en Occidente, donde la revolución era «un absurdo». En un país despótico como Rusia, y como consecuencia de este mismo despotismo, «la revolución era la *última ratio*». ⁵⁶¹

Bernstein realizó en 1905 un complejo y articulado análisis sobre la huelga política de masas, la revolución rusa y su influencia en Alemania y sobre las diferencias entre Oriente y Occidente. En vísperas de la revolución rusa, afrontó la posibilidad de recurrir en Alemania a la huelga política de masas. Este análisis es importante, no sólo porque representa la posición de Bernstein, sino porque además contiene, respecto a la huelga política, la misma propuesta hecha por Bebel en el Congreso de Jena. Bernstein distinguía claramente entre huelga general anarquista y huelga general política de masas, que él mismo apoyaba en ciertas circunstancias. La huelga

⁵⁵⁷ Ibid., p. 757.

⁵⁵⁸ Ibid., p. 759.

⁵⁵⁹ Ibid., p. 761.

⁵⁶⁰ Ibid., p. 762.

⁵⁶¹ R. CALVER. *Russland* en «Sozialistische Monatshefte», n. 2, febrero 1905, p. 113.

general anarquista respondía a una estrategia equivocada en dos aspectos principales: 1) como medio revolucionario, subvaloraba las grandes posibilidades de resistencia de la sociedad burguesa; 2) una vez coronada por el éxito del proceso, la propiedad burguesa sería sustituida por una «nueva propiedad corporativa». La huelga política, como ya había observado, era, por el contrario, un «medio excepcional de presión frente al gobierno y la opinión pública» con objetivos concretos y delimitados: «la defensa contra medidas reaccionarias específicas o bien la satisfacción de determinadas reivindicaciones».⁵⁶² Las dificultades de una huelga de masas en Alemania eran, indudablemente, enormes. Pero, a pesar de ello, la socialdemocracia no podía retroceder en el caso de que en Alemania las clases dirigentes intentasen limitar el sufragio universal, puesto que éste no sólo era «la única palanca del movimiento obrero», sino también el presupuesto para el éxito de la vía gradualista y reformista.⁵⁶³

En un opúsculo, publicado en 1905, *Der politische Massenstreik und die politische Lage der Sozialdemokratie in Deutschland*, Bernstein insistió en el hecho de que el presupuesto para la victoria de una huelga política de masas era que no degenerase en lucha callejera y que, por tanto, estuviese orientada a «fines bien definidos».⁵⁶⁴ En el Congreso de Jena, expresando coherentemente su adhesión a la resolución propuesta por Bebel, favorable a la huelga política, Bernstein precisó que en Alemania, para que la huelga de masas tuviera éxito, era necesario tener en cuenta que en este país, junto a las fuerzas reaccionarias, existían además «amplias capas de la burguesía que no están de acuerdo con la reacción».⁵⁶⁵ Ciertamente no hubo ningún tipo de adhesión al concepto de huelga de masas sostenido por Rosa Luxemburg. Bernstein también utilizó el argumento predilecto de todos los adversarios de Luxemburg según el cual el «romanticismo revolucionario» luxemburguiano se basaba

⁵⁶² E. BERNSTEIN. *Ist der politische Streik in Deutschlands möglich?*, en «Socialistische Monatshefte», n. 1, enero 1905, pp. 32-33.

⁵⁶³ *Ibid.*, pp. 35-37

⁵⁶⁴ Protokoll cit., p. 314.

⁵⁶⁵ E. BERNSTEIN, *Einige Randbemerkungen*, en «Sozialistische Monatshefte», n. 2, febrero 1906, p. 130.

en una total incomprensión de la situación europea occidental y alemana, que llevaba el agua al molino de la reacción. Rosa Luxemburg no era otra cosa que la «madre de esa fraseología revolucionaria» que tenía como auténtico destinatario a la reacción.⁵⁶⁶

Todo lo que Bernstein dijo acerca de la revolución rusa y de sus efectos, posibles y reales, en Alemania, fue una interrumpida puesta en cuestión y refutación de los análisis de los radicales, particularmente de Rosa Luxemburg. Sus argumentos teóricos son fácilmente sintetizables: por un lado la afirmación que de la revolución rusa sólo se puede esperar, realmente, la transformación del Imperio zarista en una democracia, que la lleve de Oriente a Occidente, y por otro la tesis que Oriente no puede ofrecer ningún modelo a Occidente, puesto que las diferencias entre Estado y sociedad civil en una y otra área son irreconciliables.

La revolución rusa -afirmaba Bernstein en abril de 1905- puede ser «sólo burguesa-liberal-democrática», porque las relaciones de clase y de producción existentes en Rusia convierten a la perspectiva socialista en una «utopía sin esperanza».⁵⁶⁷ La tarea de la revolución era liberar a Rusia y a Europa del absolutismo y del militarismo zarista, contribuyendo a la consolidación de la democracia en Europa. La tarea de la socialdemocracia alemana era defender a la revolución rusa de una intervención extranjera.⁵⁶⁸

¿Pero había algo positivo, algo «ejemplar» en los métodos de lucha rusos, algo que pudiera servir también para Alemania? Bernstein, reflexionando sobre estos interrogantes en un artículo de enero de 1906, reconocía que indudablemente se tenía que admitir una «influencia» de la revolución rusa en la política interior alemana y admitía que el ejemplo ruso, en cierta medida, había «roto la tradición existente»;⁵⁶⁹ pero acababa reafirmando la necesidad de

⁵⁶⁶ *Revolutionen und Russland*, ivi, n. 4, abril 1905, página 292.

⁵⁶⁷ Ibid.

⁵⁶⁸ Ibid., pp. 294-95. Sobre este punto cf. también cf., *Zum sozialdemokratischen Parteitag in Jena*, en «Sozialistische Monatshefte». n. 9, septiembre 1905, p. 733.

⁵⁶⁹ *Politischer Massenstreik und Revolutionsromantik*, ivi, n. 1, enero 1906, p. 15.

volver a afirmar la estrategia reformista, es decir, una estrategia capaz de utilizar la energía de las masas.

Bernstein, respondiendo a estos interrogantes y en polémica directa con Rosa Luxemburg, desarrolló de manera orgánica el argumento acerca de las diferencias entre Oriente y Occidente. Los admiradores a fondo del ejemplo ruso -razonaba- ignoran, ante todo, que la fuerza de las huelgas de masas de los trabajadores rusos, caracterizadas por la espontaneidad, era directamente proporcional a la debilidad de las demás clases y del Estado. La «espontaneidad» era ella misma la verificación de esta situación típicamente rusa. La facilidad con que las huelgas estallan en Rusia y su espontaneidad «no es la prueba de la fuerza propia de la clase obrera, sino un signo de la temporal impotencia o falta de energía de las otras clases y de los poderes públicos».⁵⁷⁰ A partir de esto Bernstein iniciaba un amplio análisis de las diferencias de la sociedad y del Estado existentes en Rusia por un lado y en la Europa desarrollada por otro. En Rusia, la revolución fue posible gracias a una guerra perdida que lanzó al caos a una sociedad y a la impotencia al Estado. Caos e impotencia están ligados a la inexistencia de una sociedad organizada en partidos políticos que representen los grupos sociales, y en otro aspecto, al hecho de que el Estado ruso, al no tener a sus espaldas una sociedad organizada, se ha encontrado sin reservas. Todo ello es un efecto directo del despotismo: «es indefectible que tras el absolutismo llega el caos». En Alemania la situación es muy diferente porque, si bien es verdad que no existe plena democracia, existe, sin embargo, una articulación social y política capaz de crear una situación inasimilable a la rusa. También el Estado es totalmente distinto al ruso. El Estado alemán tiene a su servicio una burocracia devota que le da solidez. Tras el Estado existe un empresariado decidido y muy bien organizado. «En un Estado de este tipo existen partidos políticos organizados que, si bien no siempre saben lo que quieren, sí saben perfectamente lo que *no* quieren, un empresariado fuertemente organizado e incluso en determinadas industrias poderosísimo. El problema de la huelga política de masas, en este contexto, se debe plantear de manera muy diferente a como se haría en un país como Rusia, profundamente desorganizado y en

⁵⁷⁰ Ibid., p. 17.

convulsión; esto es algo tan evidente que sólo no lo ve quien posee la ingenuidad de un niño o bien la ligereza de un jugador». ⁵⁷¹

Bernstein, aparte de esto, insistía en otro aspecto: la no existencia de tradición revolucionaria en Alemania. Las ideas revolucionarias han penetrado en el movimiento obrero alemán, pero tan sólo a un nivel ideológico abstracto. Los alemanes, por motivos históricos, «no han sido nunca» revolucionarios.

Nuestro lenguaje es, sobre todo en los congresos, antiparlamentario y revolucionario, pero nuestra praxis es (...) antirrevolucionaria y parlamentaria. Nosotros no somos, en modo alguno, un partido revolucionario, sino un partido que actúa en la legalidad parlamentaria; y cada año lo somos más.

El destino de la socialdemocracia alemana era, y así había que aceptarlo, parlamentario. ⁵⁷²

En un comentario sobre el Congreso del partido de 1905, Bernstein, volviendo a las clásicas tesis expuestas en su obra que sentó las bases del revisionismo teórico, subrayaba, de acuerdo en esto con los radicales, que en Alemania la democracia política y el parlamentarismo eran bastante defectuosos; pero, partiendo de este presupuesto común, daba la vuelta a las conclusiones de los radicales. La socialdemocracia alemana debía esforzarse con todas sus fuerzas en revitalizar la democracia política y el Parlamento, para poder vigorizar a la lucha por las reformas. ⁵⁷³

⁵⁷¹ Ibid., p. 18.

⁵⁷² *Das vergrabene Pfund und die Taktik der Socialdemokratie*, en «*Sozialistische Monatshefte*». n. 4. abril 1906. pp. 293-95.

⁵⁷³ *Zum socialdemokratische Parteitag* cit., pp. 730-32.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:

info@doscuadrados.com

HISTORIA DEL MARXISMO una colección de 12 libros en la que se aborda de manera rigurosa y detallada el desarrollo del pensamiento marxista y sus diferentes corrientes. En su elaboración participaron Eric J. Hobsbawm, George Haupt, Franz Marek, Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada y Corrado Vivanti, con la colaboración de más teóricos y académicos vinculados al marxismo.

Este quinto volumen, "El marxismo en la época de la II Internacional (III)", incluye textos acerca de Rusia: desde el populismo y el marxismo legal, hasta el trabajo de Plejánov, el Proletkult, Bogdánov y la revolución de 1905.

